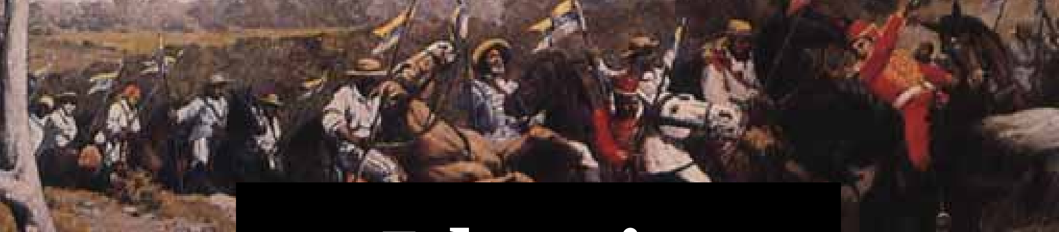


# Ideario político

**Mario Briceño Iragorry**

República Bolivariana de Venezuela

Fundación



Biblioteca Ayacucho

BIBLIOTECA AYACUCHO es una de las experiencias editoriales más importantes de la cultura latinoamericana. Creada en 1974 como homenaje a la batalla que en 1824 significó la emancipación política de nuestra América, ha estado desde su nacimiento promoviendo la necesidad de establecer una relación dinámica y constante entre lo contemporáneo y el pasado americano, a fin de revalorarlo críticamente con la perspectiva de nuestros días.

Esta es la colección popular o de bolsillo de Biblioteca Ayacucho. Se dedica a editar versiones abreviadas o antológicas de los autores publicados en la Colección Clásica. Sigue el rastro del dinámico género de la crónica que narra las maravillas del mundo americano, da cabida a la reflexión crítica y estética, y complementa y redondea los asuntos abordados por las otras colecciones de Biblioteca Ayacucho. Los volúmenes llevan presentaciones ensayísticas con características que los hacen accesibles al público mayoritario.

República Bolivariana de Venezuela

Fundación



Biblioteca Ayacucho

# Ideario político

Colección Claves de América

# Ideario político

**Mario Briceño Iragorry**

**35**

Presentación
Tarcila Briceño

República Bolivariana de Venezuela
Fundación

Biblioteca Ayacucho




Colección Claves de América, Nº 35
Hecho Depósito de Ley
Depósito legal lf 50120083704030
ISBN 978-980-276-467-9
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
www.bibliotecayacucho.gob.ve

Edición: Gabriela Antequera
Corrección: Thamara Gutiérrez, Nora López y Federico Olioso

Diseño de colección: Pedro Mancilla
Diagramación: Yessica L. Soto G.
Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

# PRESENTACIÓN

LA VIDA de Mario Briceño Iragorry transcurre desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. Época particularmente crucial, considerada por algunos como de transición entre las posturas decimonónicas y las contemporáneas propiamente dichas, que diera paso a la consolidación de un nuevo orden político después de la Segunda Guerra Mundial, y a cambios sustanciales en los paradigmas ideológicos que dominaron el mundo desde entonces. En su país, a Mario Briceño Iragorry le tocó vivir el paso de una economía agraria y rural, con todo lo que esto implicaba, a una economía dependiente de las exportaciones petroleras, que buscaba modernizarse sin tener aún un rumbo definido. Un país bajo un proceso político errático que giró desde los gobiernos de los últimos caudillos de corte rural, pasando por los fallidos intentos de implantación de una democracia moderna, hasta llegar al gobierno militar y dictatorial de Marcos Pérez Jiménez. Estas difíciles circunstancias que marcaron el espacio político en donde actuó Briceño Iragorry, y la realidad que vivía Latinoamérica en aquellos años, le dieron a su obra escrita una carga de angustia permanente por la comprensión de lo que él sabiamente, en su libro *Mensaje sin destino*, llamó "crisis de pueblo". Pueblo, como él mismo lo explica, entendido como categoría histórico-social y no como un sector de la comunidad.

Tópico constante e hilo conductor de su visión de país desde *Temas inconclusos* y *El caballo de Ledesma* en 1942.

Dos momentos fueron definidores en la vida pública de Briceño Iragorry. El año 1945, cuando fuera derrocado el gobierno del general Isaías Medina Angarita por un golpe de Estado, el 18 de octubre; y el año 1952, cuando la Junta de Gobierno liderada por el coronel Marcos Pérez Jiménez burló de manera fraudulenta la voz triunfante del pueblo que votó en las elecciones para la Asamblea Constituyente, hecho que condujo a la postre a la implantación de la tiranía militar y a su penoso exilio.

Hoy, cuando el mundo contemporáneo se encuentra de nuevo inmensamente convulsionado, la Biblioteca Ayacucho publica este libro *Ideario político*, de Mario Briceño Iragorry, que vio luz por primera vez después de su muerte. Esta obra está marcada por el dolor que le producen los hechos que acontecen en su patria y por la angustia e incertidumbre que padece ante el futuro del país. Con un discurso muy propio, se sale del ensayo riguroso para llegar a establecer en forma pedagógica, casi un diálogo, una conversación con el lector.

Al leer este libro sentimos que se entrecruzan dos planos existenciales, el primero, subyacente, que sólo se intuye, es el periplo del exilio, cuya ruta se va marcando en las fechas y lugares de cada uno de los ensayos. Todo este proceso comienza en Caracas, el 26 de noviembre de 1952, cuando junto con Jóvito Villalba participa en el mitin del Nuevo Circo con motivo de su candidatura a diputado, apoyada por el partido Unión Republicana Democrática (URD), para representar al Distrito Federal en la Asamblea Nacional Constituyente. Allí, con una profunda convicción, presenta la tesis de una Venezuela posible en la medida en que se rescate nuestra verdadera soberanía, no sólo económica sino cultural. Después los textos se escribirán en distintas ciudades del extranjero.

En San José de Costa Rica, el mes de enero; luego en marzo pasa por Ámsterdam, donde por contraste se le reaviva el recuerdo de la difícil hora que vive Venezuela, y finalmente se establecerá en España. Para el mes de agosto, en Madrid, ciudad de su especial afecto, vuelve a escribir sobre su posición nacionalista. No es difícil imaginar a Briceño Iragorry, en ese primer año, lejos del país, pensándolo, tratando de comprenderlo y escribiendo para explicar a su pueblo lo que se está viviendo. Le preocupa la patria, la nación, la tierra.

El segundo plano discursivo es el analítico, didáctico, ejemplarizante. Se mueve entre la angustia de la patria, que ha perdido su libertad, donde los valores tradicionales, los propios de la *venezolanidad*, se han trastocado; y la preocupación por Hispanoamérica y la *hispanoamericanidad*, que cada vez estaba más sometida a la égida voraz del imperialismo norteamericano. Pocos venezolanos han vivido como él un drama existencial, canalizado progresivamente en sabia escritura de Maestro dedicado a la difícil tarea de orientar al pueblo para la praxis ciudadana.

La Historia es para él una lección de vida. Mirarse en el pasado y en el tiempo vivido es un proceso que implica, muchas veces, el doloroso trauma de conocerse. Pero es el camino para tomar conciencia del ser como pueblo, como nación. Al ahondar en nuestra memoria, Mario Briceño Iragorry llega hasta el pasado colonial, largo período, tiempo de ritmo lento que sirvió para madurar los principios autonómicos del municipio, de las ciudades y de la región, que luego fueron fundamento para la acción emancipadora. Cuando escribe *Tapices de historia patria*, libro publicado en 1934, ya define esta posición que fue vista con mucho recelo en el ambiente académico del momento, y la reafirma años después, categóricamente, en *Mensaje sin destino* y en *Introducción y defensa de nuestra historia*.

Desde mediados del siglo XIX el discurso historiográfico, si bien tuvo un marcado carácter fundacional de la República, con una posición muy unilateral y tendenciosa, hizo énfasis en la guerra de emancipación como punto de partida y gestación de nuestra nacionalidad, y dejó en las sombras los trescientos años de vida colonial, como una época que no merecía recordarse y mucho menos evaluar. En algunos casos como el de Rafael María Baralt se hace un recuento casi literario de la colonia. En ese afán de afirmar la consolidación del naciente Estado y de la Nación como un proceso monolítico, se ha dado relevancia y papel determinante a la gesta heroica, de la cual se ha hecho más que una coyuntura un tiempo estructural. Desarticulando el pasado colonial del posterior republicano, como si se tratara de dos historias diferentes y sin relación, se construyó una historia a partir de los sucesos de 1810. Nada más alejado de la realidad. Pues cuando ahondamos en el estudio de los siglos XVI al XVIII, encontramos la vitalidad de las ciudades coloniales en el ejercicio del gobierno local, en la gestación de la conciencia criolla y en el desarrollo de un autonomismo, que si bien no siempre se enfrentó al poder regio, sirvió para frenar los privilegios de los funcionarios peninsulares, especialmente los de los gobernadores. De esa manera, la figura del federalismo que se adoptó en la Constitución de 1811 no es el resultado de una simple imitación de la de los Estados Unidos, sino una herencia de la vida provincial que se impuso antes de la creación de la Capitanía General de Venezuela en 1777.

Pero no será sino a fines del XIX y comienzos del siglo XX cuando se despierte realmente el interés por el conocimiento y la valoración del pasado colonial y se plantee como tópico en nuestra historiografía. Con Laureano Vallenilla Lanz, Pedro Manuel Arcaya y Ángel César Rivas, en una posición de reconocimiento de nuestro pasado hispano. En posteriores generaciones figuran Mario

Briceño Iragorry, Caracciolo Parra León y Caracciolo Parra Pérez, frente a posiciones opuestas defendidas por Gonzalo Picón Febres, César Zumeta y Alfredo Jahn, entre otros. Entonces se impuso un enfrentamiento entre dos tendencias que parecían irreconciliables y que respondieron a las llamadas *leyenda negra y leyenda dorada*. La negación de lo hispano arranca desde el mismo momento de la época de la emancipación, cuando por razones políticas fue necesario reforzar el enfrentamiento con la metrópoli, no sólo en el campo de batalla sino en la mentalidad de los criollos. En esa oportunidad se descalificó rotundamente el pasado colonial, como una época de oprobio, de negación y frustraciones, que era necesario olvidar.

Por ello, no es fortuito el hecho de que entre las primeras obras que escribiera el entonces muy joven Briceño Iragorry, en 1929, se encuentre la historia de la fundación de dos ciudades muy importantes en la época colonial, Maracaibo y Trujillo. Sobre esta última girará el discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia en el año siguiente. Así como tampoco lo era la publicación de *Mi infancia y mi pueblo* en el año 1952, ya en el exilio, cuando también circulaban *Mensaje sin destino*, *Alegría de la tierra* y *En defensa de nuestra historia*, cuatro obras ligadas profundamente al sentido de venezolanidad que él tenía.

Briceño Iragorry entendía la historia del país en un estrecho vínculo que comenzaba en su tierra de origen y lugar de sus antepasados, pasaba por la familia y se prolongaba en la nación. Por eso en *Mi infancia y mi pueblo*, decía: “Al buscarme a mí mismo en función de venezolanidad tropiezo con Trujillo y con su historia”. Historia que estaba “unida placentariamente” a la madre, “parte sustancial” de la historia de su vida. Será del seno del núcleo familiar, de la enseñanza que viene de antiguo “solar”, y del padre, de donde se nutre la sólida formación de valores que lo caracterizó a lo largo de la vida y de su obra.

* * *

Para Mario Briceño Iragorry, la venezolanidad, como elemento creador de nuestra identidad de pueblo, estaba hondamente enraizada, y en forma indisoluble, a la historia y la identidad de la América hispana. Dos escalas geohistóricas que permiten ver el problema en una amplia dimensión diacrónica y sincrónica, sustentadas por la lengua y la tradición religiosa y cultural. De allí arranca para él la condición de *hispanoamericanidad* que nos define y distingue del resto del continente. Defender esa tradición hispana es fundamental para la vigencia de los Estados nacionales. En esa idea incluye también los conceptos de iberoamericanismo y latinoamericanismo, espacios culturales "fraguados al amparo de las lenguas románicas que recuerdan la vieja latinidad". Toda su obra está vertebrada sobre este eje dual. En *Ideario político* de nuevo y *ex profeso*, de manera reiterativa, trata este tópico especialmente en dos de sus artículos.

Con motivo de la X Conferencia Interamericana, que se debía reunir en Caracas en marzo de 1954, Briceño Iragorry, a finales del año anterior, escribe *Fariseismo bolivariano y la antiamérica*. Convencido defensor de nuestra autonomía como pueblo, critica duramente la posición de los gobiernos que en América Latina se han puesto, junto con una oligarquía servil, a seguir el coro de la política de Washington para formar parte del llamado *panamericanismo*, alianza estratégica, iniciada desde 1889, que más se acercaba al espíritu hegemónico de Monroe que al ideal integracionista de Bolívar.

La primera mitad del siglo XX, con la figura de Theodore Roosevelt y su política del *Big Stick*, corresponde al ascenso de los Estados Unidos de Norteamérica como potencia mundial, y al avance brutal de su expansión por Centroamérica y el Caribe. El apoyo a la independencia de Panamá en 1903 y el control del Canal; la ocu-

pación a la República Dominicana entre 1903 y 1905 y la invasión a Cuba en 1906 fueron eslabones de esa avanzada. Esta política se agudizó en la década de los cincuenta en el marco de la Guerra Fría con el gobierno de Eisenhower; y llega a su punto más álgido en 1962 con el apoyo dado a la invasión de Bahía de Cochinos, en Cuba, cuando se implanta la Revolución.

Afortunadamente la X Conferencia reunida en Caracas se convirtió, a pesar de la feroz dictadura que se vivía, en un símbolo de defensa de la dignidad y la lucha por la autodeterminación de los pueblos, enarbolado por la palabra valiente del canciller guatemalteco, Guillermo Toriello, quien denunció los atropellos cometidos contra el gobierno del presidente Jacobo Arbenz en su país. En esta oportunidad el *Big Stick* del viejo Roosevelt lo empuñó el secretario de Estado norteamericano, John Foster Dulles.

Muchas voces de protesta antiimperialista se habían sentido en América desde las primeras décadas del siglo, entre ellas, es emblemática la obra de don Pedro Henríquez Ureña con *Utopía de América* en 1925 y *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* en 1928. En Venezuela, entre los escritores de aquellos años, además de Briceño Iragorry figuran Rufino Blanco Fombona, Pedro Manuel Arcaya, Miguel Acosta Saignes y Enrique Bernardo Núñez. Gente de distintas posiciones ideológicas, aunque la mayoría había sido formada en el paradigma positivista, con una visión un tanto idealizada del progreso continuo como eje de la historia, que conducía a sociedades utópicas movidas por la educación.

* * *

El 2 de diciembre de 1952 marcó en Venezuela el comienzo de la instauración definitiva del régimen tiránico de Marcos Pérez Jiménez, cuando éste, por intermedio de su Ministro de Defensa y en nombre de las Fuerzas Armadas, desconoce el triunfo del parti-

do URD en las elecciones para la Constituyente, y se convierte en presidente provisional. En abril del siguiente año se impone como presidente constitucional. El significado que tienen estos dolorosos acontecimientos en la historia del país es motivo de amplia reflexión en la presente obra. Briceño Iragorry, como actor importante que fue, expone las circunstancias y explica la trascendencia de estos hechos. Contextualizando el problema en el difícil proceso histórico que ha representado la construcción de la nación, cuestiona las tristes interpretaciones organicistas sobre nuestra sociedad, que fundamentaron teóricamente el establecimiento de regímenes autoritarios justificados por lo que se ha denominado eufemísticamente "el gendarme necesario".

Remontándose a los días de ruptura del orden colonial, destaca la actitud cívica del capitán general Vicente Emparan cuando acata conscientemente la voluntad de un pueblo que lo rechaza. Mario Briceño Iragorry continúa recorriendo el camino tortuoso que en el orden jurídico y electoral implicaron las numerosas Cartas Constitucionales desde el siglo XIX hasta 1947. Destaca sus imperfecciones por cuanto restaban igualdad de participación a hombres y mujeres de las distintas condiciones sociales. Con mucha hidalguía, y a pesar de sus profundas diferencias con el partido Acción Democrática, reconoce el avance de la Constitución que, después del 18 de octubre, concedió el voto universal y directo sin restricciones a todos los ciudadanos. Todo ese proceso se vio de nuevo interrumpido el 24 de noviembre de 1948, y cercenado definitivamente el 30 de noviembre de aquel año 52.

En todo este balance, la idea civilista se impone como meta por alcanzar en nuestra vida ciudadana. De nuevo Briceño Iragorry vuelve su mirada a los momentos fundacionales de la República en 1810, para destacar que ésta no fue obra de ningún ejército, sino de "la voluntad de hombres civiles". Razón suficiente para rechazar

la disposición de considerar el 5 de julio como Día del Ejército, cuando realmente se trataba de una jornada eminentemente cívica. Para él, en este país es necesario levantar la bandera de los Andrea de Ledesma, de los Vargas, Peñalver y Fermín Toro para rechazar la de los Carujos y Casa de León.

En esos días cuando de nuevo se enfrentaron la conciencia civilista y la irracionalidad armada, la figura de Mario Briceño Iragorry fue reconocida como un ícono de la defensa de nuestros más legítimos derechos como pueblo. Él mismo lo confiesa cuando nos dice que en aquel momento, sin distingos políticos, él "representaba una idea aglutinante de nacionalidad y de justicia" para todos. No solamente se le veía como el político luchador, sino como el hombre que con su obra de ensayista, historiador y educador había logrado conmover la conciencia nacional y que con su firmeza de convicciones había trazado un modelo ético de gran venezolano.

Cuando el 23 de enero de 1958 es derrocado el gobierno del general Marcos Pérez Jiménez, Briceño Iragorry, con una salud bastante resentida, regresa al país, después de pasar por Génova y Nueva York. Llega a Caracas, donde es recibido con todos los honores por su pueblo. Héctor Mujica, líder del partido comunista, manifiesta la admiración que todos sienten por el escritor, cuando en un acto público dice "… los malos hijos de la patria salen, mientras que los buenos regresan…".

Cerrando el ciclo del exilio y buscando de nuevo las raíces de su venezolanidad, en los días de mayo viaja a Trujillo, su ciudad natal. Jóvenes, adolescentes del liceo lo reciben amorosamente y empiezan a leer en su vida una lección de nuestra historia. Un mes después muere en Caracas.

*Tarcila Briceño*

## NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Este volumen reproduce la edición incorporada en la obra de Mario Briceño Iragorry, *Mensaje sin destino y otros ensayos*, de nuestro sello editorial (Col. Clásica, Nº 126, 1988). *Ideario político*, obra compilada por Briceño Iragorry, agrupa ensayos que habían sido publicados de forma independiente en España, por la Editorial Bitácora en 1953, y cuya circulación fue muy limitada tanto por el tiraje como por la censura de la época. En ellos, el autor hace un análisis histórico y social de la realidad política de principios de los años cincuenta (siglo XX) venezolanos. La primera edición de *Ideario político* se imprimió después de la muerte de su autor en 1958.

B.A.

# Ideario político

*Homenaje al bravo pueblo de mi Patria.*

M.B.I.

## *AL LECTOR*

*LA LITERATURA que recojo en el presente volumen circuló con gran dificultad en Venezuela durante la sombría dictadura abatida en enero pasado. Como ella está desvestida del carácter de libelo que suele asumir gran parte del material consagrado a la crítica de los gobiernos, he querido darle cuerpo de libro, para que así adquiera presencia nueva el sistema de ideas en que apoyé mis ataques al sistema derrocado. Principalísimo puesto ocupa entre ellas el pensamiento, angustiosamente expuesto, de que la liberación del país no podría ocurrir sino a través de un proceso de revisión de la vieja táctica de los partidos, por medio del cual se llegase a crear una conciencia de unidad nacional. Señalaba, también, por 1953, la urgencia de que los estudiantes elevaran su voluntad sobre lo privativo de los partidos, para hacer un frente que defendiera el civismo y la dignidad nacional. En noviembre de 1957, fueron justamente los estudiantes unidos quienes iniciaron la lucha contra el vergonzoso plebiscito reeleccionista y fue el pueblo unido, también, quien precipitó el 23 de enero la fuga del déspota. Como en los mejores momentos de la vida democrática, juventud, pueblo, partidos y Ejército conjugaron su acción para salvar la vida de las instituciones y para hacer posible el retorno del país a un clima conveniente.*

*En sucesivos volúmenes reuniré, además, ensayos, artículos y cartas enderezados todos a examinar el régimen caído, a divulgar ideas de justicia y a mantener, a la vez, el fuego de la protesta contra la peor de las dictaduras que ha sufrido Venezuela. Hecha luz sobre los procedimientos de terror, de crueldad y de latrocinio que sirvieron de apoyatura al grotesco régimen tecno-fascista, en hueras palabras llamado del "nuevo ideal nacional", nadie osará desmentir a quienes con riesgo de nuestras propias vidas lo acusamos y adversamos.*

*Para ganar momentosidad de liberales y demócratas, muchos que ayer ante él se doblegaron, ya se ceban como hienas en la persona del abatido dictador. Yo, con el derecho de la veteranía en la lucha contra el régimen caído, me limito a reproducir las palabras con las cuales ataqué durante su mando infeliz al verdugo de las libertades de mi Patria, y las reproduzco por cuanto en ellas, lejos de abultarse las injurias, se junta un ideario modesto, que puede prestar alguna ayuda a las jóvenes generaciones del país.*

*En la tarde de mis días salí a los campos de Montiel, para sumarme a la gente pujante que luchaba por la dignidad de la Patria. Sin experiencias en lides revolucionarias, tuve la suerte, en cambio, de haber logrado que mis palabras ganasen timbre adecuado a la necesidad del momento. La lucha me ha recompensado con saciedad: viejo, enfermo, golpeado e irrespetado por mis enemigos, siento, sin embargo, la alegría de comprobar que mi sangre arde y palpita con el tono y el fuego de una voluntad dispuesta a nuevos sacrificios. Para Venezuela ha sonado la hora de la victoria de la luz sobre la espesa tiniebla antigua. Muchos, dándose por satisfechos, han surgido sus naves en la rada apacible. Otros que nada o poco hicieron, entran con paso de señores a aprovechar la vendimia. Yo mantengo, en cambio, alzada el ancla y tendidas las velas, para seguir sobre las aguas hasta tanto se disipe toda*

*nube anunciadora de peligros para la suerte del pueblo. Navegar antes que vivir, es la consigna del hombre vigilante.* Vivire no est necesse, navegare necesse esto *(no precisa vivir, lo necesario es navegar). Creo, además, que la desaparición de Marcos Pérez Jiménez y su inmediata camarilla no representa aún el triunfo de la revolución voceada por quienes en una u otra forma asumimos la responsabilidad de luchar contra la dictadura. Bien ha comenzado la jornada libertadora, pero, para felicitarnos en el orden nacional, debemos esperar la hora en que un sereno inventario nos diga que el pueblo no ha perdido esta vez el esfuerzo realizado para abatir el terco despotismo.*

*M.B.I.*
Génova, febrero de 1958.

# AL SERVICIO DEL PUEBLO
# (Discurso del 26 de noviembre)

## *EXPLICACIÓN*

*SE IMPRIME una vez más el discurso que pronuncié en Caracas la noche del 26 de noviembre último, en la extraordinaria concentración popular con que el partido Unión Republicana Democrática puso término a la campaña electoral en la capital de la República. Hoy se reproduce en San José de Costa Rica, a donde me han traído los acontecimientos funestos ocurridos en mi Patria con ocasión de negarse la dictadura a reconocer el triunfo aplastante logrado por el pueblo en un singular y heroico esfuerzo por recobrar su dignidad cívica.*

*En verdad, dicho triunfo no lo esperábamos los dirigentes de la oposición. Fue tal el aparato de represión usado por los agentes gubernamentales, tan descarados fueron la distribución de dinero y los compromisos con los caducos representantes del gamonalismo rural y del monopolismo urbano, a tal extremo llegaron las amenazas contra las personas dependientes, directa o indirectamente de los organismos del Estado, que el ciudadano más optimista no podía esperar que fraguase en realidad la nobilísima resistencia del pueblo frente a la opresión dictatorial. Tampoco el Gobierno, con mejores elementos de juicio, advirtió a tiempo su fatal de-*

*rrota. Ocurrido el triunfo del pueblo, no quedó a sus enemigos y opresores otro camino que golpear burdamente la legitimidad y realizar el fraude más vergonzoso que registra nuestra historia política. A un legítimo resultado de* SESENTA Y SIETE *escaños para Unión Republicana Democrática y* DIECINUEVE *para el Partido Socialcristiano, contra* DIECISIETE *ganados por los grupos gubernamentales, la dictadura, por medio de una adulteración infame, dijo oficialmente que éramos* VEINTISIETE *los diputados de Unión Republicana Democrática y* CATORCE *los del Partido Socialcristiano. El resto de los ciento cuatro votos se los adjudicó alegre y cínicamente el Gobierno. Claro que tal amañamiento lo obtuvo después de haber presentado sus renuncias diez de los catorce ciudadanos que integraban el Consejo Supremo Electoral, negados a respaldar con sus nombres la burda falsificación ordenada por el Ejecutivo, y la cual se logró mediante amenazas y encarcelamientos de que fueron víctimas funcionarios y testigos electorales, y después, también, de haberse negado el Ministro de la Defensa, en nombre de las Fuerzas Armadas, a reconocer el triunfo electoral del pueblo, dizque por haber votado con nosotros ciudadanos pertenecientes a los partidos puestos en inactividad legal por las autoridades, y a los cuales el propio Gobierno había obligado a concurrir a las urnas. Dicho telegrama, después calificado por Pérez Jiménez, de "precipitación" gubernamental, será publicado facsimilarmente en su oportunidad.*

*Reunida la Constituyente pirática con que la dictadura pretende suplantar la legítima voluntad del pueblo, fue "ratificado" el nombramiento que Marcos Pérez Jiménez se hizo a sí mismo como jefe del Estado, el 2 de diciembre pasado, y se ha reafirmado el clima de terror que silencia las voluntades de los venezolanos libres, inclusive las de numerosos oficiales del Ejército que repudian la actual vergüenza que acongoja a la patria de Bolívar.*

*Mientras en el interior se hace cada vez más recia la lucha subterránea, encaminada a hacer sentir a los detentadores del poder el repudio del pueblo, en el exterior numerosos venezolanos nos empeñamos en hacer conocida la verdad de nuestra tragedia, que en sí no es sino parte de la gran tragedia que vive América Latina.*

*Se dice que este discurso, a pesar de no ser la doctrina del partido Unión Republicana Democrática, sino mi personal e independiente manera de pensar político, fue invocado como testimonio de la peligrosidad de las fuerzas victoriosas, por cuanto en él censuro acremente nuestra política entreguista hacia Estados Unidos y defiendo los intereses de la Nación, con el natural calor de quien siente sobre sí la responsabilidad de cuatrocientos años de historia venezolana. Quien lea y medite mis palabras serenamente, verá en ellas, como lo han visto amigos norteamericanos conocedores de los problemas latinoamericanos, la correcta expresión de un legítimo sentimiento encaminado a resguardar nuestra dignidad política y nuestra riqueza territorial, y no un ataque sistemático y gratuito a la política del Departamento de Estado.*

*Ya en anterior oportunidad rebatí un editorial de* The New York Times *en el cual se habló del renaciente nacionalismo latinoamericano como la LACRA QUE CORROE el continente. Expliqué entonces que nada se opone tanto a las buenas relaciones que deben existir entre Estados Unidos y estos países como el menosprecio con que nos tratan los magnates del Norte. Ni gérmenes nazistas ni inclinaciones comunistas mueven, como erróneamente acaba de asentarlo el flamante secretario de Estado, Foster Dulles, la reacción antiimperialista que se agita en el fondo de nuestros sufridos países latinoamericanos. Con un simplista y erróneo concepto de la seguridad, las grandes empresas que inspiran la política del Departamento de Estado imaginan que la colaboración de sis-*

*temas policíacos de gobierno es la vía por donde han de lograr mayor estabilidad sus negocios, sin pensar que en momentos de conflicto sólo gobiernos con arraigo popular pueden garantizar los compromisos que los Estados lleguen a contraer con dichas empresas. Justamente sobre gobiernos de tipo antidemocrático y de organización nazi-fascista, como el actual régimen venezolano, pretende el capitalismo internacional garantizar la explotación de la América Latina y pretende la política del Norte tener aliados para la defensa de las libertades humanas.*

*Lejos de confundir con movimientos nazistas, falangistas o comunistas los legítimos y democráticos movimientos nacionalistas de nuestra América Latina, el Departamento de Estado debiera aplicar en sus relaciones con estos países el consejo que en reciente charla en la Universidad de Harvard acaba de darle, respecto a Europa, el antiguo Alto Comisario en Alemania, John McCloy. Los diplomáticos norteamericanos deben desarrollar, como dice el texto político y financista, una nueva técnica que les permita ver un poco más hacia el pueblo común donde estén acreditados.*

*Tampoco debieran los diplomáticos norteamericanos juzgar como actitud enemiga para el pueblo de Estados Unidos las ideas y la conducta de quienes solicitamos un tratamiento mejor en relación de nuestros mutuos intereses culturales, económicos y políticos. Claro que desgraciadamente abundan en nuestros países políticos, abogados y negociantes complacientes, siempre en trance de entregar al extranjero nuestras riquezas. A estos hombres, en cambio, los dejarán desamparados en el momento de la crisis los trabajadores que sirven de sostén y de impulso a las grandes industrias. La explotación, digamos por caso del petróleo, la garantiza el obrero satisfecho de su relación de trabajo con las empresas y no el soldado a quien jefes vendidos a intereses antinacionales obligan a disparar contra sus propios hermanos de clase.*

*Quienes agitamos las consignas del nacionalismo en nuestra sufrida América mulata, no buscamos quebrantar la relación entre estos países y Estados Unidos. Solamente queremos que esa relación mejore, y que ella se base sobre los intereses permanentes del pueblo y no sobre los bastardos intereses de los hombres que detentan los instrumentos del poder y que hablan de lo nacional con el típico sarcasmo de los traidores. Esta es nuestra tesis. No somos sembradores de odio entre pueblos, sino angustiados portavoces de justicia. Lo mismo en Venezuela que en Chile, en Bolivia, en Guatemala, en México, en Costa Rica o en Panamá. Queremos un entendimiento y una colaboración asentados sobre pie de dignidad y no sobre compromisos humillantes. Buscamos una cooperación económica fundada en la equidad como sustituto del latrocinio de nuestra riqueza. Si los Estados Unidos pretenden defender la democracia en el Nuevo Mundo, deben empezar por respetar la dignidad de sus pueblos y no buscar para su beneficio de nación el apoyo ficticio que parecieran garantizarle regímenes que, como el de Marcos Pérez Jiménez, son la palmaria negación de la democracia. Con la colaboración y el apoyo visible prestado a sistemas despóticos, jamás podrán los Estados Unidos convencer a nadie de que luchan por la libertad y la dignidad del hombre. Con esa política errada han venido sirviendo inconscientemente a la causa de la desesperación que empuja las grandes tormentas sociales. No somos enemigos de la poderosa nación del Norte quienes les decimos la verdad, sino quienes, con su humillante complacencia, les abren los caminos por donde van al desastre en su política frente a nuestro mundo latinoamericano.*

*M.B.I.*

San José de Costa Rica, el 19 de enero de 1953.

MI PRESENCIA ante el pueblo democrático de Caracas obedece a un imperativo de ciudadanía y a un imperativo de lealtad con mi propia persona. Si en verdad no es lícito a ciudadano alguno negar su aportación a la dura y difícil labor de ayudar hoy a la abatida República, no me era, tampoco, permitido, en el campo de lo personal, desechar el honor que me proporciona el partido Unión Republicana Democrática, cuando incluye mi nombre de modesto servidor de la democracia en su lista de candidatos para diputados a la próxima Asamblea Constituyente Nacional.

Presentarme a las arenas de la política en unión del más constante, sufrido y esforzado defensor de los principios democráticos durante el último cuarto de siglo en nuestra Patria adolorida, es por sí solo un título que da lustre a mi vida pública. A mí, hombre maduro, iniciado en la política bajo toldas no agitadas por los vientos refrescantes de la revolución, se me pide que ocupe hoy en las filas de la democracia progresista el sitio desertado por quienes ayer se mostraron adalides de la dignidad republicana. Por ello, venciendo diversas maneras de dificultades, hube de aceptar la honrosa invitación que a nombre de su gran partido me hizo mi ilustre amigo e indiscutido campeón de las libertades públicas, Jóvito Villalba. Junto con la distinción, ello constituye también para mí una obli-

gación de indeclinable cumplimiento. Invocaba Unión Republicana Democrática como razón para agregar mi nombre a su lista de candidatos, el propósito de que en las planchas del partido figurasen personas independientes, que dieran testimonio de la idea de unidad nacional que ha perseguido como fórmula política, desde la hora funesta en que fue roto el 18 de octubre de 1945 el clima de paz, de seguridad y de respeto que sirvieron de sustentáculo a la convivencia que dio carácter ejemplar a la política del presidente Medina Angarita. Miembro soy del disperso partido político que buscó la manera de asegurar continuidad en el orden de la República a las normas democráticas que distinguieron la acción de gobernante del general Medina Angarita, y como dirigente de aquella colectividad política, me cupo en suerte trabajar asiduamente con Jóvito Villalba en las valiosas reformas e iniciativas democráticas, como el *Habeas Corpus*, la Ley de Enriquecimiento Ilícito de los Funcionarios, la elección directa del Presidente de la República, que se agitaron en el seno del Congreso de 1945.

## ABSTENCIÓN ELECTORAL

Como independiente hoy y como voz a un tiempo de aquella corriente política, ha sido escogido, pues, mi nombre para figurar entre los candidatos de URD a la Asamblea Constituyente, por el Distrito Federal. Al reclamo de luchar por la integración nacional bajo el abrigo de tales principios, me he sentido comprometido a hacer acto de presencia en la campaña electoral ya a punto de concluirse. El amaño con que se desenvuelve este proceso ha dado margen para que se creara en el seno del electorado nacional una justificada corriente abstencionista, que miró por ilegítimo llamar al pueblo al voto cuando las cárceles están llenas de presos políticos y en el exterior abundan ciudadanos expulsados del país,

no sólo por imputárseles peligrosidad para el orden público, sino por defender, como Rafael Pizani, Foción Febres Cordero y Humberto García Arocha, los fueros de la vieja Universidad Central, y cuando el proselitismo electoral se desarrolla sin las garantías características de estos torneos cívicos. Pese al margen de razón que pudieran tener los patrocinantes de la conducta abstencionista, las asambleas de los dos grandes partidos legalizados –Copei y URD– estuvieron coincidentes en la necesidad de hacer uso del filo que señalan al civismo las espadas gobernantes, como oportunidad de expresar la voluntad cohibida de las mayorías nacionales.

Para la hora de reelaborar los instrumentos destinados a regularizar la vida futura del Estado, es correcto pensar en la necesidad de que se oigan voces expresivas de las grandes masas de pueblo, totalmente desvinculadas del actual régimen *de facto* que impera en el país. Es preciso buscar que el pueblo tenga palabra en el debate que tanto habrá de juzgar del inmediato pasado de los gobernantes, como habrá de abocarse a dar nuevas líneas a la vida institucional de la República. Junto con la anunciada mayoría que habrá de conformarse sin examen con la voluntad gubernamental, es necesaria la presencia de hombres que señalen fallas y dejen constancia del querer del pueblo soberano. Es justo pensar, también, que en la pregonada mayoría victoriosa del Gobierno, figuren representantes en quienes tenga mayor eco la voz de la República que el concupiscente interés del momento. En las listas de candidatos del partido oficialista, figuran, al efecto, algunos hombres capaces de dar, en un momento preciso, preferencia patriótica al reclamo de la Nación sobre el reclamo de la transitoria conveniencia del grupo de los poderosos.

Yo tengo fe en las reservas morales de Venezuela. Cuando he hablado en los barrios con los hombres y con las mujeres que apoyan mi candidatura, he reafirmado la certidumbre de que está ma-

duro nuestro pueblo para discernir sobre política. Por ello, aunque sea en extremo difícil el panorama del momento y así se diga que con participar en las defectuosas elecciones en curso, los partidos de oposición hacen indirectamente el juego al oficialismo, creo que esta justa electoral está indicando por sí sola cómo hay un pueblo que no teme y que, en cambio, camina azaroso, con reflexión y con angustia, el estrecho sendero que los hombres del poder apenas dejan para el ejercicio de sus legítimos anhelos cívicos. Al fruto de escasas voces, el pueblo agrega la lección elocuentísima de que no pueden proseguir tranquilos en el goce de los instrumentos del poder, quienes no se hacen, así sea a base de fraudes y de provechos ilícitos, del aparente respaldo de los votos del pueblo. Saben ellos que sólo sobre el basamento moral del voto se sostienen los aparatos gubernamentales, a quienes no dan por sí solas validez institucional las medrosas y afiladas bayonetas.

## LA LECCIÓN DEL PUEBLO

El pueblo, aunque no alcance la mayoría de voces que le corresponden, está reafirmando la fe en sí mismo, la fe de su valor deliberante, la fe en la fuerza de su voluntad como única fuente de legitimidad visible de los poderes públicos. Pasan los gobernantes y los pueblos quedan. Pasan los mezquinos nubarrones, y el pueblo permanece como testimonio de una voluntad dispuesta a prolongarse a través de los tiempos futuros. Para ese pueblo que aprende la lección del mañana, para ese pueblo que en persona de los niños rodea en las concentraciones de barrio las mesas de los oradores populares, más que para el pueblo que hoy puede ayudarme con su confianza y con sus votos, ha sido mi trabajo de escritor y de político. No miro la Nación como área de beneficio y de conveniencias, sino como espacio donde se mueve una comunidad, a la

cual se ha negado la continua asistencia de sus símbolos creadores. Nada pierde el que trabaja de buena fe en la causa de la Nación. Aun los fracasos tienen mérito ejemplar, cuando se les juzga sobre la perspectiva de los tiempos. El pueblo que gozó el 18 de octubre de 1945 la euforia primitiva de ver derrocado un Presidente, con el subsiguiente regusto de aquella malsana alegría, aprendió que nada se gana con los cuartelazos, así logren la pasajera y confiada adhesión de quienes creen en fingidas promesas encaminadas al posible restablecimiento del civismo. Aprendió también el pueblo y lo aprendió a la vez el poderoso partido Acción Democrática, que los regímenes civiles necesitan, si no la colaboración, en cambio sí la respetuosa consideración y el apoyo moral de las demás colectividades políticas que canalizan la libre opinión del pueblo. Duras ambas lecciones, sobre su áspera letra han aprendido pueblo y partidos que la aventura golpista no es apropiada para afianzar gobiernos pacíficos y que la intransigencia gubernamental sólo sirve para animar desesperadas soluciones de hecho en el proceso histórico de la autoridad.

Aunque parezca dormido o engañado, el pueblo ha aprendido su lección. Como advierte que su hora está en oposición con las fuerzas abusivas que hacen nulo su querer, se vuelve sobre sí mismo y medita su deber. Se hace a veces invisible la propia voluntad del pueblo, que alimenta con dolor su conciencia poderosa. No se la ve ni se la siente cuanto es deseado y es debido. En silencio labra el instrumento de su triunfo, en espera de hora propicia para crear una conciencia de unidad, que deje comprender al pueblo que viste en los cuarteles el uniforme de soldado, que es el mismo pueblo que viste en la fábrica el uniforme del obrero y el mismo pueblo que suda en el campo para recoger menguado pan.

No se necesita que sea hoy mismo el triunfo del pueblo. Él dura más que aquellos que lo explotan y lo oprimen. Educándose a sí

mismo sobre la experiencia de su propia agonía, se va acercando a la hora en que su parte invisible aflore en realidad y sea una con la parte visible que ayer lo mantuvo a la escondida.

## UNIDAD NACIONAL

Esa debe ser la meta de nuestra lucha cívica. A la política de gallinero, burdamente pintada por el viejo Monagas, debemos oponer una amplia política de comprensión, de inteligencia y de armonía, que ponga cese al proceso doloroso de una Venezuela gozosa y una Venezuela doliente, de una Venezuela que se mira alegre en el provecho del negocio y del poder y otra Venezuela callada, que llora la persecución, el exilio y la cárcel de sus hijos. Esa Venezuela dividida en el campo de la lucha actual y dividida aun en el campo de los conceptos fundamentales de su geografía y de su historia, debemos sustituirla por un nuevo modo de obrar político, en cuyo ejercicio alcance la indiscutida categoría a que tiene derecho en razón de su pasado y en razón de las reservas morales y materiales que enriquecen su futuro.

Si en el orden del debate político, Unión Republicana Democrática ha venido luchando tesoneramente desde 1946 por hallar fórmulas de integración que faciliten el recobramiento de la familia venezolana, también yo en mis libros, en la tribuna y en el periódico he sostenido la necesidad de ir a la conquista de un clima de comprensión que dé tono de altura a las tareas republicanas. “No estoy, dije el año 1949 en Bogotá, al servicio de una Venezuela parcelada por odios y banderías, sino al servicio de la Venezuela adolorida y confiada, que aspira a ver en conjunción creadora a todos sus hijos, y de la cual son factores eminentes hombres colocados en posiciones contrarias, como Rómulo Gallegos, Jóvito Villalba, Isaías Medina y Rafael Caldera”. Al servicio impostergable de esa

confiada y adolorida Venezuela me siento hoy más que nunca vinculado; y dispuesto a darle en sacrificio el reposo que imperativamente me reclama la salud, he aceptado la invitación que me hizo el líder indiscutido de las mayorías liberales del país. De estímulo me sirve en el trance de medir mis escasas fuerzas con el fardo de responsabilidad que representa la función a que avoco, el recuerdo austero del gran presidente costarricense don Ricardo Jiménez, quien al ser requerido para que aceptase a los ochenta años una cuarta postulación presidencial, dijo a los ciudadanos solicitantes: "Si la causa de la República necesita el pellejo y los huesos a que está reducido mi antiguo vigor, tomad huesos y pellejo". Como el egregio político centroamericano, también yo, con la salvedad de la distancia que reclama el símil, ofrezco a la República, si en algo pudiera serle útil la luz modesta de mi esfuerzo, el sacrificio de la paz y del reposo que reclama mi salud.

## NUEVA CONSTlTUCIÓN

Poco puedo agregar como normas positivas o como reservas programáticas a las líneas de la colectividad que me hace el honor de postular mi nombre de candidato. Sin creer que en partido alguno está la solución de la actual crisis del país, considero que las líneas de URD contienen un programa de trabajo político capaz de dar salida a múltiples problemas venezolanos. Nada tendría que agregar en orden a lo que el partido aspira como elementos constitutivos de la nueva Constitución política del país. Si se mantuviese la realidad progresista de la Constitución de 1947 y se borraran de ella algunas contraindicaciones que hacen írritos principios tan nobles, por ejemplo, como el *Habeas Corpus* y la autonomía municipal, si se diese carácter popular a la elección de los gobernadores de los estados y se configurase un tono de mayor libertad y al mis-

mo tiempo de más intenso carácter nacionalista para la educación pública, tendríamos una buena Carta Fundamental. Aunque la moderna técnica constitucionalista aconseje para las cartas políticas de los Estados mayor desvestimiento de todo aspecto de programa político y mayor cercanía a la realidad nacional, yo sigo pensando que nuestra Carta debe conservar los principios fundamentales que dan carácter a la República y que desde 1863 configuran la nuestra como una Carta de apariencia democrática. Si fuéramos a conformarla con la inmediata posibilidad que, según los agoreros de la dictadura, ofrece nuestro medio social, acabaría por convertirse en manos de los enemigos del pueblo en instrumento sin vuelo creador. Preferible es ver denegados por los hombres los principios de la libertad y de la justicia, que declarar normas de vida a formas subalternas de política. Sin descuidar lo realístico, es decir la certidumbre del medio en que obramos, (defectos, virtudes, taras sociales, aptitudes, ambiente cultural, situación económica), debemos ir contra la "realidad pasiva", que en lo político y lo social está representada por tipos y por formas cuya inmediata transformación se impone a través de un rápido proceso de cultura intensiva. Si aceptásemos al bulto que nuestra Constitución debe adecuarse a la pasiva realidad que presenta nuestra crisis de pueblo, a lo mejor saltarían los interesados en la subalternidad de nuestro proceso político y nos harían una carta para legalizar la figura sociológica que, en orden a explicar situaciones transitorias de los pueblos, ha tomado entre nosotros el peligroso nombre de "gendarme necesario". Todo lo contrario, es preferible que el "hecho" se halle desacoplado de la norma legal y no que la norma contradiga los principios de la justicia universal. Cuando el individuo es rendido por el hecho, queda, tal como nos queda hoy a nosotros, la esperanza y la confianza de que vendrá una hora clara, en la cual el hecho pueda coincidir con los principios de la libertad y de la justicia. Cuando

las leyes son conculcadas por los opresores, el pueblo vive de su resistencia y de su fe, en busca de ocasión para gritar a las autoridades ilegítimas su protesta y su condena. Cuando el conculcador de la justicia se siente asistido por la letra amañada de la ley, en el pueblo se embota hasta la misma esperanza.

## EL EJÉRCITO

Así parezca difícil, por las circunstancias del momento, es necesario volver en la Carta Fundamental a las viejas declaraciones, principistas, que desde 1830 anularon el fuero personal de los militares y declararon la pasividad republicana de la noble misión del Ejército. Quizá pocas cosas honren tanto la conducta del general Páez como su conformidad con la abolición del fuero castrense, de que se creyeron en perpetua posesión los valientes guerreros que se sentían padres de la República. Pero la mayoría de los ínclitos varones que lucharon en los campos de batalla por consolidar la independencia de la Patria tenían puestos el interés y el corazón más en el porvenir de las instituciones que en el goce de privilegios contrarios a la igualdad republicana. Si no en explícitas normas institucionales, a lo menos en habilidosos circunloquios legales se mantiene hoy un sistema que sustrae la conducta general de los ciudadanos que visten uniforme, de la común sanción de las leyes. Este sistema, además de ser contrario a la esencia del régimen democrático, hace que se vuelva la voluntad del pueblo contra los personeros de un cuerpo que debe siempre ser visto con el respeto que deriva de su noble, natural y exclusiva misión de garante de las instituciones republicanas. Garante y no ejercitante, sostenedor de las leyes civiles, mas no ejecutor directo, en función de cuerpo, de los mandatos de aquellas. Diríase que la violencia de la acción característica de los hombres del cuartel no puede pasar de la salvaguardia de los

ejecutores civiles de la ley. En sus recias manos, los frágiles principios se quiebran fácilmente, y la simbólica espada de la justicia se convierte en recio machete de terror. Que aumente en dignidad y disciplina nuestro Ejército, debe ser voto del pueblo. Testigos del debate público, los militares han de mantenerse vigilantes desde las almenas de los cuarteles. Ayer los ejércitos libraron las batallas sangrientas que nos dieron la libertad. Ahora ellos deben descansar, mientras los hombres y las mujeres libramos en el campo del civismo la batalla de los principios y fijamos libremente las normas de la administración y la política.

## GRATUIDAD EDUCACIONAL

A norma constitucional debe ser elevada una honrosa y dignificadora práctica que, junto con la igualdad social, son las más cabales conquistas democráticas de Venezuela. Me refiero a la gratuidad absoluta de la enseñanza. Excepción en el orden de todos los países, nuestra República ha venido ofreciendo oportunidad graciosa para que el pueblo, a través de colegios y universidades gratuitas, ascienda a las más encumbradas jerarquías de la cultura. Es esta una conquista que no puede ser arrebatada sin que se desfigure el rostro democrático de la Nación. Si por un proceso involutivo hubiésemos trocado nuestros ideales democráticos por sistemas oligárquicos, se explicaría fácilmente el carácter cerrado que quiere darse hoy a la enseñanza universitaria que suministra el Estado. Los que no han podido mantener la disciplina docente y la disciplina moral en nuestros centros universitarios intentan despoblar las universidades para hacer más fácil su gobierno y convertir, en consecuencia, la generosa amplitud antigua en régimen de estudios reservados a las clases privilegiadas. Si en verdad se dificulta ofrecer física oportunidad a todos los aspirantes, queda, en cambio,

el recurso pedagógico de reducir las cuotas estudiantiles mediante un severo proceso de expurgación vocacional. Contra el criterio oligárquico del actual Gobierno, el pueblo pide universidad abierta y segura, donde la juventud prosiga el noble proceso que nivela a través de la cultura las diferencias artificiales engendradas por una desapropiada estimativa de los valores humanos.

Problema anejo al de la vida de liceos y universidades es el problema del maestro, subordinado al capricho discriminador de la política. El maestro, a más de todas las prestaciones y seguridades que en justicia le corresponden, tiene derecho a la estabilidad que asegure, tanto oportunidad a su trabajo profesional, como continuidad creadora a la enseñanza.

## PROBLEMA OBRERO

Sobre la base de la Constitución de 1947 podría erigirse, además, un ordenamiento que diese mayor seguridad al trabajador urbano y garantías más amplias al sufrido hombre de los campos. Nuestro obrero está pidiendo un estatuto que asegure estabilidad a sus condiciones de trabajo y resguarde su libertad y sus instrumentos de defensa dentro de los cuadros sindicales. La crisis del sindicalismo corresponde en realidad a la crisis general de la libertad y de la seguridad que padece el hombre venezolano. En el juego nuevo de las libertades públicas, precisa robustecer las garantías que al trabajador corresponden frente a los intereses absorbentes del capital. Es justo pensar en un instrumento legal que no permita hacer del obrero venezolano un mero alquilador de fuerza para el enriquecimiento de los consorcios extranjeros. Como ciudadano y como elemento que crea con su esfuerzo la riqueza de la Nación, tiene el obrero derecho a que se le garantice, junto con la permanente oportunidad de trabajo, oportunidad para el descanso y el

retiro remunerados, oportunidad para levantar, por el esparcimiento y la cultura, el nivel de su espíritu, oportunidad de salario y de primas que le aseguren abundosa mesa, abrigo cómodo y prudente ahorro. Sobre todo, los hijos de los obreros, que son los hombres de mañana, necesitan madre libre que los atienda, que los limpie, que los vista y que los peine. De nada servirán las teóricas medidas de protección y de reeducación de los menores, si no se provee a estos de padres con suficiencia económica. La República, escribí en meses pasados, no necesita de esas lujosas Carmanias donde se "experimenta" con los niños abandonados. La República quiere en cada hogar una minúscula Carmania, donde padres con generoso salario y seguro techo puedan dirigir por sí mismos la vida de los futuros venezolanos. Más que asilos, refugios, reformatorios y albergues de beneficencia, la República quiere hogares libres, seguros y dignos.

Quien aspire a ver consolidada la fábrica de la Nación, ha de pensar obligatoriamente en el valor fundamental del trabajador como piedra sillar del gran edificio social. Mientras el obrero permanezca en minoría que niegue voz al trabajo en el proceso formativo de la riqueza, la libertad y la justicia se verán continuamente expuestas a la quiebra provocada por la ambición de los poderosos. Justicia pide el obrero y no palabras demagógicas. Ahora, en cercanía de las elecciones, se le han ofrecido por el Gobierno unas contradictorias reformas a su estatuto que, lejos de satisfacer sentidas aspiraciones gremiales, le cercenan derechos adquiridos. De pies se han puesto los obreros para pedir que dichas reformas sean ampliamente debatidas en el seno de la próxima Asamblea Constituyente. Ya nuestro obrero tiene suficiente sensibilidad de clase para saber cuándo se trata de complacerle con halagos amañados o intrascendentes. "Por qué –me decía en días pasados un obrero petrolero en cesantía– en lugar de levantar el Gobierno un monumento

a la memoria del primer obrero muerto por accidente ordinario de trabajo, no levantó un monumento al primer obrero sacrificado por la policía gubernamental al servicio de las compañías petroleras".

## REFORMA AGRARIA

Junto con la suerte del empleado, que forma la numerosa y desamparada clase media, y junto con la suerte del trabajador fabril, la Constitución debe mirar con atención preferente hacia la suerte del trabajador del campo. En 1945 el Congreso Nacional sancionó una reforma agraria que yo, desde la Presidencia de aquel cuerpo, califiqué como uno de los pasos más largos y seguros que daba la República en orden a su efectiva consolidación. Dije entonces que, después de la declaración de Independencia y de la libertad de los esclavos, la liberación del hombre del campo constituía un hecho definitivo en la historia de Venezuela. Sin embargo, aquella reforma no se ha hecho aún. Las novecientas familias que colonizan a Turén son casi una burla ante la realidad campesina de la República. Se ha temido lesionar viejos derechos oligárquicos en pugna con la justicia. Se ha olvidado que el problema campesino ocupa sitio medular en la vertebración de la República. Sin la convivencia democrática no se ha llegado jamás a la estabilidad de las instituciones. Bien pudieron mantenerse vigorosas en los tiempos antiguos ciudades como Atenas y Roma, fundadas sobre el duro sistema esclavista, pero el progreso de la personalidad del hombre en el campo de lo social y lo político no admite la convivencia de señores y de siervos. Pues bien, hasta hoy el hombre que trabaja con sus duras manos la tierra generosa de nuestros campos no ha superado realmente la antigua categoría de esclavo. Hace quince años, al referirme a la reforma agraria, apunté, a guisa de ejemplo, el caso de mi provincia trujillana, donde al hombre que trabaja la

tierra para el propietario absentista se le llama "arrendado". No es ya el concepto de la tierra dada en arriendo para que otro la trabaje en beneficio del titular, sino el desnudo, absorbente y feroz concepto del hombre arrendado para que otro lucre con el fruto de su trabajo.

Este régimen de propiedad de la tierra tiene relación directa con la productibilidad que hace la riqueza de la Nación. La detención de la tierra por grandes propietarios es hecho social jamás negado en Venezuela. Como una de las excepciones regionales se suele citar el caso de Trujillo, donde la pervivencia del viejo régimen de resguardos de indígenas provocó una aparente división del suelo laborable. Pues bien, en Trujillo, según datos del Censo de 1937, ya que no es posible consultar los de 1950 y menos aún los imperfectos resultados del reciente Censo agropecuario, 173.360 de los campesinos que formaban parte de la población del estado carecían de tierras en propiedad. La condensación del suelo en escasas manos, además de mantener la desigualdad que dificulta el convivio democrático, reduce la función productora de la misma tierra. Mientras la gran industria petrolera crece y transforma, en beneficio de los mercados imperialistas, nuestra economía nacional, el campo sufre un proceso de esterilidad que aumenta nuestra dependencia de mercados extranjeros. La vieja agricultura que fue regalo en la mesa del venezolano, ha sido sustituida por la agricultura enlatada que nos envían los industriales del Norte. La capacidad de abastecimiento de que gozamos ayer, hoy se ha trocado, con una exhaustez dolorosa, que obliga al consumo de productos importados. Hasta de Australia nos viene mantequilla. Nuestras abacerías son una especie de Naciones Unidas, representadas por frascos y enlatados. Aun en pueblos colindantes con las zonas rurales, las viejas pulperías expenden sólo artículos provenientes de los grandes mercados imperialistas. Si se juzgase la vida de los

pueblos a través de hechos unilaterales, esto bastaría para decir que lejos de ser nosotros una república soberana, somos, en cambio, una factoría, explotada por extrañas potencias.

El problema del reacomodo de la tierra campesina impone como inmediato correlativo el problema de capacitar nuestro suelo rural para la racional función productiva. Da vergüenza que en Venezuela no haya caminos, así se cuenten grandes vías de penetración. Para no ir muy lejos, la vuelta de El Valle a Los Teques se hace a través de una pésima vía que contradice la majestad de los rascacielos y de las avenidas de Caracas. Para que nuestra riqueza agrícola y pecuaria se recupere, reclama caminos transitables, que unan entre sí los diversos pueblos de la República y acerquen la civilización al hombre del campo; y con los caminos, riego seguro que modifique los valles desérticos, mecanización intensiva, selección de semillas y de sementales, distribución de créditos baratos. No es disculpa hoy el paludismo para tener en abandono la tierra. Por el contrario, una revolución demográfica, según certera frase del ilustre venezolano Arnoldo Gabaldón, se está realizando en Venezuela. Crecen los hombres por la derrota de las epidemias y aumenta su número por las continuas ondas migratorias que llegan a nuestros puertos. Acrecido por estas dos vías nuestro capital humano, debemos crear, también, los elementos idóneos que hagan útil y placentera la vida del hombre venezolano.

## SEGURIDAD SOCIAL

De primero, entre todos los medios que hacen bonancible la existencia, está la seguridad social. Si a ver vamos, nada ha influido tanto en la crisis de nuestra riqueza como la falta de seguridad en que ha discurrido la vida del hombre venezolano. Donde la libertad personal está expuesta al capricho de las autoridades, jamás puede

realizarse obra segura. Nuestro obrero urbano y nuestro obrero rural, el sufrido hombre medio y el laborioso profesional, el profesor y el estudiante, las mujeres y los jóvenes, los ancianos y los inválidos, piden instrumentos que les mantengan en la confianza de sí mismos, en la confianza de su vigilia creadora y en la confianza de su sueño reparador.

Como resultado de una reunión celebrada en Caracas a fin de allegar elementos y experiencias para el próximo Congreso Mundial de Seguridad Social, fueron subidamente alabados por los científicos que nos visitaron, nuestro régimen penitenciario y el sistema de nuestras cárceles menores. Lástima grande que esos alegres sabios no se hubieran detenido a pensar que a cambio de la seguridad que gozan en los penales los presos comunes, en la calle, en el hogar, en la fábrica no tiene seguridad alguna el hombre venezolano. La seguridad social también ha sido recluida en los establecimientos penitenciarios, y en la conciencia atormentada de Venezuela se ha levantado el nombre de Guasina como dantesca pesadilla.

## PETRÓLEO

Mientras nuestro régimen económico mantiene la tierra vegetal en una dolorosa situación de improductibilidad, la tierra mineral es explotada en forma desleal y antipatriótica. A las voces que dentro denuncian constantemente el irregular aprovechamiento de nuestra riqueza petrolera por los *trusts* imperialistas, se ha agregado recientemente la propia voz del Senado americano, que denunció las operaciones fraudulentas realizadas en nuestro propio país por las compañías incursas en el cartel petrolero: la Creole, la Shell y la Gulf. Tres personas distintas y un solo diablo verdadero. No es ya solamente el presidente del Consejo de Economía Na-

cional, el ilustre economista José Joaquín González Gorrondona, quien asienta en su informe del 28 de marzo del presente año que "los ingresos derivados del petróleo no proporcionan la suficiente fuerza financiera a la Nación para mantener un grado de desarrollo satisfactorio, ya que sólo parte del ingreso de la industria petrolera queda en el país"; ahora es la voz del propio país que lucra con nuestra riqueza quien denuncia el hecho escandaloso de los manejos puestos en práctica para reducir los modestos provechos del Estado venezolano. Ante esta dolorosa realidad, nuestro deber nacional obliga a buscar fórmulas que mejoren y vigilen con más éxito la participación del país en los beneficios petroleros. Si nuestros medios por hoy dificultan una distribución internacional que permitiese la nacionalización del aceite, como ayer lo hizo México y hoy el Irán, y como con sus minas de estaño acaba de hacerlo Bolivia, debe entretanto el Estado venezolano reservarse la distribución interna de todos los productos del petróleo, a cuyo efecto ha de emprender a corto plazo la refinación nacional de parte del aceite que las compañías están obligadas a entregar a la Nación. Petróleo, gasolina, querosene, gas, han de ser distribuidos en el país por el Estado venezolano, mientras el desarrollo de nuestra capacidad distributiva nos ponga en condiciones de asumir la explotación directa de esta nuestra inmensa riqueza. Hasta tanto ello ocurra, corresponde al Estado promover las modificaciones conducentes al mejor modo de aprovechar esta fuente de riqueza, cuyo agotamiento, por medio de nuevas concesiones, pretenden quienes aspiran a que se termine nuestro aceite en beneficio de las reservas de Estados Unidos. Que se agote nuestro suelo para que permanezca completa la riqueza subterránea del Tío Sam. Que se aniquile, piensan ellos, la fuerza del esclavo en beneficio de la robustez del dueño insolente. En cambio, una política de previsión ordena que se mantengan cerrados los yacimientos petrolíferos que han escapado de la zarpa del imperialismo.

## HIERRO

A la dolorosa peripecia del petróleo, se ha venido a sumar últimamente la tragedia del hierro. Los grandes montes ferríferos de nuestra opulenta Guayana han sido entregados en forma delictiva al capital estadounidense, y sobre las aguas de nuestro majestuoso Orinoco ya empiezan a deslizarse los barcos que transportan a las costas de Norteamérica nuestro suelo despedazado. Aunque parezca mera figura literaria, es esta una dolorosa verdad que debiera estrujar la conciencia nacional. Nuestros montes de hierro son trasladados en pedazos para beneficio de la industria y del capital yanquis.

Desde 1883 la Nación había hecho a extranjeros concesiones de hierro. En 1901 buques ingleses habían embarcado hacia Baltimore toneladas de nuestro rico mineral, mas, el proceso de la actual explotación arranca de las concesiones recientes otorgadas a la Western Ore Company, a la Iron Mines of Venezuela (en actual explotación), y a la Swiss Iron Mines of Venezuela, que abarcan un total de 21.650 hectáreas, con un valor en hierro de 172.000.000 de toneladas. Pero la gravedad del caso, por muchos ignorada, la constituye la amañada reforma que sufrió en 1928 la Ley de Minas, encaminada a fijar una curiosa escala impositiva que libra de todo impuesto al hierro cuyo precio en la boca-mina es menor de Bs. 20 la tonelada. Justamente la ley fue reformada para favorecer a la Bethlehem Steel Company, matriz de la Iron Mines. Una vez en vigor el nuevo instrumento legal, se adecuó a ella el título que da aparente legitimidad al despojo de que es víctima la Nación. El mineral de hierro que actualmente exporta la Iron Mines está calculado a un valor de Bs. 13,50 en la boca-mina, lo cual lo exime de toda imposición fiscal. Al calcularse la monta de las concesiones que se benefician del régimen de la Ley del 28, y al estable-

cerse que los 172.000.000 de toneladas de mineral se convierten en 86.600.000 de toneladas de hierro fundido, vendible a $ 15 la tonelada, podemos fijar en $ 1.290.000.000 la suma en que se torna para el imperialismo yanqui el regalo que le está haciendo Venezuela. Bajo el imperio de una nueva ley fueron hechas las concesiones de que disfruta la United States Steel, en la cual, después de una caprichosa concesión otorgada para explotar y disponer *libremente* los primeros, 50.000.000 de toneladas métricas dentro de las parcelas que al efecto se elijan, se obliga la empresa a renunciar al 50% del material excedente que redujese, a cambio de la libertad de explotación del otro 50%. Esto significa que de primera intención estamos regalando a la United States Steel Company 125.000.000 de toneladas de mineral. Semejante el negocio al de quien prestase la gallina de los huevos de oro, para que se la devuelvan cuando lo que empiece a poner sean huevos de lata.

A una y otra empresas regala Venezuela su hierro. Nuestro suelo apenas sirve para las labores extractivas. Palúa y Puerto Ordaz, sobre el soberbio Orinoco, son apenas los terminales donde los barcos toman los pedazos de nuestro suelo para llevarlo a los altos hornos de Norteamérica. Alguien me dice que en Puerto Ordaz la oficina de Aduanas se llama Custom House. No en balde en su fundación intervino, junto con nuestras autoridades, el Embajador americano. Se va el hierro al Norte, para que allá aprovechen nuestras riquezas. De allá vendrá convertido en cabilla, en rieles, en maquinaria.

Aun más que el petróleo, el caso del hierro pinta la realidad colonialista de nuestra riqueza, y consiguientemente de nuestra Nación. Somos un pueblo enmarcado en el esquema económico de las grandes potencias imperialistas. Estamos, en lo que a hierro dice, en la misma situación en que estuvo Estados Unidos cuando era colonia de Inglaterra. El imperialismo es opuesto al desarrollo

industrial de las colonias. De ellas quieren las materias primas y el capital que absorben a base del comercio. El gobierno inglés, como lo anota Adam Smith, prohibió a sus colonias de América toda tentativa de plantar hornos para la producción de acero. Los magnates de Wall Street impiden, a la vez, como si fueran nuestros señores metropolitanos, que en nuestro país se reduzca el hierro y se piense en una industria del acero. Con esta empezaría nuestra verdadera liberación nacional. Es necesario pensar que mientras tengamos necesidad de derivar, en lo que a acero y maquinaria se refiere, de la voluntad de otra nación, seguiremos siendo pueblo de minoría colonialista. El dominio del hierro abrió al hombre antiguo una nueva etapa de cultura. La edad de oro es mero tema literario para soñadores del futuro o del pasado. La edad del hierro marca, en cambio, en el orden de la Historia, el salto del período de la piedra pulida al estadio de la cultura donde empezó a configurarse la civilización. A nosotros se nos quiere mantener en puesto de país exportador de meras piedras. Se nos quiere, en realidad, dejar en una edad de piedra, para la cual nuestra economía y nuestra cultura en general necesitasen de la tutela y de la gracia de los imperios.

## TRATADO COMERCIAL CON EE.UU.

Más que nuestros, petróleo y hierro son por hoy patrimonio de naciones extranjeras, que juegan con nuestro destino y a cuya voluntad se acomodan nuestros intereses fundamentales. Cuando el pueblo aspira la inmediata revisión de los convenios petroleros, de las concesiones de hierro, unas cláusulas complementarias al Tratado de Comercio con Estados Unidos, entregan aún más al Norte nuestro destino económico. Lejos de buscarse la modificación de los convenios que autorizan, contra la letra de la Ley de Hidrocarburos, otra deducción que no sea la del transporte del Golfo a un

puerto venezolano y de este al campo de producción, cuando se trata de fijar el precio comercial de los crudos, el personero del Estado venezolano se limitó a aceptar como concesión una rebaja de 50% en los impuestos que indirectamente pagan a Estados Unidos, no las compañías, sino el propio Estado venezolano. En Bs. 25.000.000 al año se calcula esta ventaja, compensada a la vez por la inclusión en tratamiento de favor de 179 renglones arancelarios, en contra de 90 a que ascendía la lista anterior. Se ha aumentado a sólo seis artículos el aforo, y se ha disminuido a 34. Se mantiene la rebaja que favorece a los cigarrillos, cuando hubiera sido lógico buscar que disminuyese su importación, calculada durante junio último en Bs. 900.000. Se rebajaron los impuestos al wisky, a fin de hacer más accesible el consumo de bebidas alcohólicas, montante en el mismo mes a la suma de Bs. 1.500.000. Bajo el absurdo concepto de dar facilidad a la "industria del ensamblaje", se estableció un régimen de favor, que los comerciantes yanquis calificaron de gran "ganga" ganada a Venezuela. Cuando debió haberse negociado, como es lógico, sobre la base de una cláusula que fije cuotas máximas mensuales para la introducción de automóviles de paseo, se ofrecen, en cambio, facilidades para que prospere la introducción de carros de todo género. Todo venezolano está conteste, salvo los vendedores de automóviles y los aspirantes a que el Gobierno les regale uno, en que nuestro país padece una sobresaturación de vehículos. Sólo en junio pasado se importaron automóviles de paseo por un valor de Bs. 6.379.353. Cualquiera piensa que en lugar de proseguir en esta carrera de locura, debieran traerse tractores para el campo y modestos carros para los hombres de trabajo.

Pero el imperialismo condiciona su política a la puerta abierta para su comercio distribuidor. Es necesario quitar a Venezuela las divisas que recibe por su petróleo. Y fácilmente lo consiguen los capitalistas del Norte, porque acá se carece de un sentido naciona-

lista que defienda la riqueza y la dignidad de la República y dé empuje cierto a la industria nacional. Lejos de proteger lo nuestro, el Tratado Comercial protege los intereses del imperialismo. Aún se permite la elaboración de un producto cuyo nombre ha adquirido doble sentido en la jerga política venezolana. Me refiero a los jugos Yukery, elaborados a base de agua venezolana y de concentrados de frutas extranjeras, traídos al amparo de la reforma del Tratado. A este bebistrajo, tal vez por su función electoral, se le ha hecho propaganda como producto de la industria nacional. Somos en realidad un pueblo sin lógica y sin sentido, que pareciera haber hecho entrega en manos de los yanquis de su libertad y su decoro. Para mantener la amistad del poderoso imperio del Norte, hemos llegado a convertir en inmenso e incómodo garaje nuestra hermosa capital, y junto con esto, hemos abandonado nuestra agricultura y nuestra incipiente industria, para que puedan lucrar más los granjeros del norte y con ellos el inmenso capital financiero invertido por el imperialismo en nuestro país, el cual, con su total de 9.000.000.000 de bolívares, duplica la riqueza nacional y reduce a la condición de pueblo dependiente a nuestra sufrida República.

## CRISIS DE LA NACIONALIDAD

No es por ello obra de resentidos ni ridícula labor de majaderos levantar la voz contra el peligro que nos viene de fuera y contra el extremo peligro que representa en lo interior la conducta antipatriótica de los pitiyanquis. Necesario es vocearlo y repetirlo: el nuevo invasor no penetra donde tropieza con voluntades recias que le cierren las puertas de las ciudades. El imperialismo empieza por corromper a los hombres de adentro. A unos, por unirlos a su comparsa de beneficiados, a otros, por borrarles la imagen de la propia nacionalidad. Para eso están el cine, las revistas, los diarios,

los libros, las modas y aun las tiras cómicas. Además de dar con ello buena oportunidad a su absorbente capital, llevan al público incauto al relajamiento de los valores espirituales.

Las llamadas "puertas abiertas" para los inversionistas extranjeros, promueven cada día mayor entrada del capital financiero, con lo que aumenta a la vez nuestra dependencia económica y política. Política de puertas abiertas se llamó la que Inglaterra impuso en 1842 a la sufrida China. Hoy esa política no tiene necesidad de ser impuesta por medio de buques de guerra y de tratados de paz. Actualmente las "puertas" se abren alegremente para que venga el enemigo de la dignidad nacional a gozar de toda manera de garantías. En cambio, el dinero criollo se mantiene en forzada condición de timidez, que lo obliga al agio y la hipoteca. Pero ocurre que el extranjero tiene privilegios y seguridad, garantizados por la ley internacional, que en este caso es la ley del más fuerte, mientras el capital criollo sufre la misma inseguridad que padece el hombre venezolano. Por ello, Venezuela ha resultado una espléndida Jauja para los extranjeros, aun para los obreros, que trabajan en mejores condiciones que el obrero criollo.

Frente a la realidad de este cuadro de dolor, yo he insistido en la necesidad impostergable de hacer sentir al venezolano que su misión es más que la de vender petróleo y hierro, para absorber después enlatados extranjeros. Le he recordado que ayer contrajimos un serio compromiso con la Historia y con América. Fuimos los paladines de la libertad y de la autonomía del mundo hispanoamericano. Crimen sin nombre servía desertar aquella altiva posición y dar espaldas a la libertad, para gozarnos en el amaño de la nueva esclavitud.

## LA X CONFERENCIA PANAMERICANA

Y cuando se debiera estar en trance de denunciar convenios y de reformar contratos que someten nuestro desarrollo económico a la voluntad y al provecho del capital norteamericano, y cuando debiera pensarse en el desarrollo de una política proteccionista que defienda nuestra futura industria, nos preparamos confiados y alegres a albergar en nuestra capital la X Conferencia Panamericana, en cuyos protocolos pretende el vicioso panamericanismo atar definitivamente los intereses de los pueblos latinoamericanos a la voraz política del imperialismo. Entre las grandes y superfluas cosas que planea nuestro Gobierno para el éxito de dicha Conferencia, el Despacho de Comunicaciones "organizó cuatro canales de radio teletipo directos y permanentes con la ciudad de Nueva York, por los cuales podrá efectuarse la totalidad del tráfico relacionado con la conferencia y mensajes de prensa. En caso necesario, podrá utilizarse uno de esos canales para el servicio directo entre el salón de Conferencias y la Secretaría de Estado de Washington". Por nada se anuncia una rapidez de comunicaciones con los demás países de nuestra América prieta. La política de la Conferencia se intuye desde ahora por nuestro propio Gobierno, como movimiento telefónico cuyo centro de gravedad se halla en la trípode funesta que componen Wall Street, la Casa Blanca y el Pentágono. No en balde *The New York Times* del 16 de julio pasado escribía: "Si los Estados Unidos tienen responsabilidades hacia la América Latina, las naciones del Sur de Río Grande –que son tan independientes y soberanas como nosotros– tienen responsabilidades semejantes hacia nosotros. La Organización de los Estados Americanos es un sistema que TIENE que trabajar al igual de la Comunidad Británica". Intentan, pues, nuestros "buenos vecinos" que los pueblos de origen latino de este hemisferio entren a formar parte de un esque-

ma político y económico que configura y gobierna Washington, para provecho de su imperio.

No haré con palabras propias el comentario de esta riesgosa situación. Para decir que "el peligro es evidente para la vida de estos pueblos" y para decir que en medio de nuestro "desbarajuste corren riesgo de extinguirse todas las energías de carácter nacional y con ellas la independencia de estas repúblicas", me afincaré en la palabra de uno de los más autorizados representantes actuales de las fuerzas conservadoras del país. Me refiero al ilustre historiador nacional Pedro Manuel Arcaya, quien en Coro, por 1899, denunció el peligro que para nuestras repúblicas representaba el imperialismo que se quitaba la máscara en el doloroso caso de Cuba. Desde entonces se vio claramente el problema que una vez más puse a flor de meditación en mi libro *Mensaje sin destino*. Advirtieron los estadistas de aquella hora que ningún boleto era más franco para la penetración del imperialismo como el desconocimiento y el menosprecio de las raíces hispánicas que dan sentido de unidad a la América morena. Sin embargo, hoy la prédica del panamericanismo a lo Blaine busca afincaderos en la propia palabra de Bolívar, cuando, por el contrario, fue el Libertador quien mejor redondeó en expresiva frase el peligro que para nuestra libertad y nuestra soberanía representa en el Nuevo Mundo la política de Washington. Bolívar quería la formación del gran bloque hispanoamericano insinuado por los cabildantes de Caracas en 1810. Si en Panamá estuvieron representados en 1826 los Estados Unidos, fue en razón de invitación hecha por su cuenta por el vicepresidente Santander. Jamás pensó el Libertador que la obra anticolonialista en que trabajó sin sosiego por veinte años pudiera convertirse, y nada menos que en nombre suyo y al amparo de palabras desfiguradas por quienes se dicen defensores de su gloria, en instrumento que fomentaría un nuevo colonialismo, más degradante por ponernos bajo bota extraña.

Precisa, pues, luchar por que la Conferencia Panamericana reunida en Caracas, sea, por lo contrario, testimonio de la virilidad de nuestro creciente nacionalismo latinoamericano. Urge en ella voces altivas que expresen nuestra voluntad de colaborar con la poderosa nación del Norte en todo aquello que se encamine a mantener la paz de los pueblos y en todo aquello que represente beneficio para la comunidad universal del hombre. Nuestro destino real es destino pacifista. A nuestros hombres los necesitamos sobre nuestra propia tierra, vivos y enteros, trabajando los instrumentos de la abundancia y de la paz. Nuestra posición moral nos alinea con los pueblos que buscan la liberación de su conciencia y el aprovechamiento total de su riqueza. Nuestros sentimientos han de manifestarse unidos en el orden de la esperanza con los sentimientos de los países que sufren la coyunda colonial. Agrupados con nuestros hermanos del Nuevo Mundo, podemos hacer frente a quienes pretenden desviar aquel destino y alterar aquella posición. Unidos con los pueblos americanos que arrancan de la cepa peninsular, debemos mantenernos firmes en la defensa de la tradición que nos da fisonomía inconfundible frente a la tradición que da fuerza y carácter al pueblo angloamericano, del cual pretende separarnos la torpe política del capitalismo, que allá se niega también a reconocer los plenos derechos de la libertad.

Nuestro pueblo ha de hacer un voto solemne y salvador ante los amenazantes momentos que se acercan. Debemos velar porque mañana, cuando los miembros de la anunciada Conferencia Panamericana vayan al Panteón Nacional a colocar la consabida corona diplomática sobre las cenizas veneradas del Padre de la Patria, aquellas flores no caigan también sobre el propio espíritu de Bolívar, asesinado una vez más por la voluntad entreguista

del mismo mundo que libertó. Debemos esperar, por lo contrario, que en Caracas surja una nueva conciencia de interamericanismo vertical, que sustituya la entrega fácil por el pacto igualador y que reemplace la suspicacia que ha sido ingrediente de la política internacional de nuestros pueblos hispanoamericanos, por una nueva conciencia de liberación que dé actualidad a Bolívar, a San Martín, a O'Higgins, a Hidalgo, a Santander, a Artigas, a Abdón Calderón, a Santamaría, a José Martí, como voces poderosas unidas frente al enemigo de la paz de nuestros pueblos.

## LA CONCORDIA NACIONAL

Para que Venezuela pueda optar al sitio que le corresponde en el orden defensivo y creador de la nueva americanidad, necesita realizar previamente con sentido responsable la política de integración nacional que el partido Unión Republicana Democrática ha venido pregonando desde la crisis funesta de 1945, y a la cual hoy se suman los sectores más responsables de la opinión venezolana. Nuestro país no puede seguir dividido entre ciudadanos perseguidos y agentes perseguidores. Tuvimos la experiencia de una gran pausa en el proceso de nuestras disyuntivas domésticas. Cuando gobernaba el país el general Isaías Medina Angarita, nos sentábamos a los manteles de la alegre hermandad acciondemocratistas, pedevistas, comunistas, independientes de izquierda. De entonces acá, si en verdad el pueblo ha sufrido mucho, ha aprendido también muchas cosas en orden a sus deberes y en orden a la noción de la libertad. El fracaso y el dolor han servido, además, para que todos hayamos meditado acerca de nuestro deber y de nuestra posición de ciudadanos. Grandes líderes, como el recientemente abatido Leonardo Ruiz Pineda, han declarado con honrosa valentía errores de ayer y errores de hoy. Las condiciones políticas han variado

enormemente desde 1945 hasta la fecha. Hoy el pueblo tiene una conciencia más clara de su propio destino y sabe por ello que la unidad de las fuerzas democráticas es lo único que puede garantizar la estabilidad de las instituciones. Identificado con la consigna integralista de Jóvito Villalba, también he levantado yo la voz para pedir fórmulas que acerquen a los hombres de Venezuela. Es absurdo y criminal mantener el estado de división que devora a la República, cuando los mismos hombres que se destrozan entre sí se ven continuamente forzados a la relación común en el curso diario de la vida. Más que una Venezuela visible en la acción de los que ordenan a su arbitrio y una Venezuela invisible en el dolor de los que sufren la arbitrariedad, estamos viviendo la duplicidad criminosa de traicionar nuestros propios instintos de amistad en aras de un provecho material o de un prestigio pasajero.

Por la unidad de esa Venezuela inmensa en la continuidad de su suelo y enorme en la conjunción creadora de la voluntad de sus hijos, yo seguiré luchando como hasta hoy lo he hecho. La justicia que reclama el obrero de la fábrica y el obrero del agro, el respeto que para su hogar y para su sueño pide el ciudadano, la atención que impetra la tierra para reventar en abundosa cosecha, el celo que precisa poner para la defensa de la riqueza de la Patria, el cuido que solicitan los ancianos, los enfermos y los niños, imponen una tregua en la carrera de artificiales odios que divide la comunidad venezolana. Mandar con el meditado sacrificio de la libertad y de la vida de los conciudadanos, no es habilidad política sino crimen nefando. Pueden los partidos perseguir las alturas del poder con el fin de hacer prácticos sus programas y sus ideales políticos. Pero no puede concebirse a esta altura de nuestra historia nacional que grupo alguno, civil o castrense, tenga como norma programática sustituir el respeto a que tiene derecho de parte de la colectividad contraria, por un sistema sombrío, que amenace aun con la muerte a quienes contradigan la voluntad de los poderosos.

Esas ideas fundamentales de unidad y de defensa de la nacionalidad y de los principios que garanticen el libre desenvolvimiento de la personalidad del hombre y de la mujer venezolanos, dentro del marco de una democracia progresista, donde lo individual se halle supeditado a la justicia social, habré de defender tesoneramente en nombre del pueblo del Distrito Federal, si él me concede el honor de sus votos en los próximos comicios. Al hacer esta promesa confío en que Dios me dará fuerzas y luces suficientes para que el pueblo que me atiende y me concede sus sufragios no cambie para mí los aplausos de hoy por el feo dictado de traidor a las promesas. Este mi compromiso con el electorado es por demás recio y grave. Al honor que constituye para mí ir a la lucha cívica embrazado con Jóvito Villalba, se suman las obligaciones derivadas del espontáneo movimiento surgido en torno a mi candidatura. Nada para mí más encumbrado que ver la corriente de apoyo que se mueve al lado de mi nombre. En ella se confunden voces de distinguidos representantes de las altas capas influyentes con las voces de modestos hombres del pueblo. Se parean el profesor y el estudiante con el obrero cargado de sufrimientos. Coinciden el hombre que conmigo comparte la vieja fe religiosa de los Padres de la República y el revolucionario negador de los valores del espíritu. Se aúnan antiguos servidores que fueron mis compañeros en épocas de opacamiento del civismo y exaltados dirigentes que ayer condenaron sin examen a los hombres que, sin ir a la cárcel y al destierro, también, mientras reían, sufrieron en lo interior de la conciencia. Esa convergencia de actitudes no obedece ni da lustre de mi nombre ni da mérito de mi obra de escritor y de político. Obedece al hecho circunstancial de haber tomado yo la "voz antigua de la tierra". Suelta andaba esa voz, en busca de garganta poderosa que diérale expresión. Cuando los mejores fallaron, la voz llegó hasta mis labios y la idea descendió hasta los puntos ar-

dorosos de mi pluma. Yo la puse a andar con la responsabilidad que representaba su mensaje. Al principio no supe a quiénes destinarlo. Hoy comprendo que el pueblo vio en mis palabras las huellas de su dolor y del dolor de Venezuela. Hoy nos unimos, pues, para la lucha cívica, el hombre sin tamaño que tomó la palabra de la Patria y el pueblo poderoso que se sintió la Patria misma.

¡VIVA EL GOBIERNO DE INTEGRACIÓN NACIONAL!
¡VIVA LA UNIDAD DEMOCRÁTICA DEL PUEBLO!
¡VIVA URD, por Pan, Tierra y Libertad!

Caracas, 26 de noviembre de 1952.

## LA TRAICIÓN DE LOS MEJORES
## (Esquema interpretativo de la realidad política venezolana)

### *RAZÓN*

*ESTAS PÁGINAS no constituyen acusación directa contra persona alguna, sino un examen fervoroso de nuestra conciencia nacional. En ellas, hay apreciaciones cargadas de dureza, como tiene que ser por fuerza toda exploración de este tipo. No es la primera vez que me aboco a esta clase de ensayo en torno a nuestra realidad de pueblo. Desde* El caballo de Ledesma*, aparecido en 1942, he venido trabajando insistentemente sobre este mismo doloroso yunque.*

*Ni en aquel ni en estudio alguno del mismo orden, he intentado presentarme en la actitud farisaica de quienes, cargados de culpas, se adelantan a arrojar piedras sobre cualquier vecino. Antes de examinar la conducta colectiva he examinado la mía propia, y con la luz que me deja el conocimiento de mis errores y deficiencias personales, procuro iluminar los caminos de quienes me siguen en el orden del tiempo. "Debemos enseñar a las nuevas generaciones, no el inventario de nuestros pocos aciertos, sino las caídas que han hecho imperfecta nuestra obra personal, y, consiguientemente, han impedido que esta aflore con acento redondo en el campo colectivo", escribí al abordar el tema de la deuda de las generaciones.*

*Venezuela, más que de acusaciones personales, está urgida de un* mea culpa *colectivo. Hasta tanto no adoptemos una actitud humilde y serena frente a los problemas de la Nación, no alcanzaremos la claridad requerida para entender nuestra propia función social. Se necesita abrir un proceso de sinceridad y de austeridad capaz de llevarnos a la salvación de nuestro destino histórico. Volviendo sin cesar sobre los grandes y sobre los pequeños problemas de la sociedad y enfrentándonos a ellos con sencillez, con reflexión, sin impaciencia, lograremos hacer de la propia evocación de nuestra historia una manera de espejo donde podamos ver con claridad, no ya los acontecimientos pasados, sino nuestro desfigurado rostro presente. Del mismo modo como en el orden teológico de la salvación recomiendan los ascetas un continuo examen de conciencia para llegar al pecado que sirve de raíz a la angustia, también en el orden de los pueblos deben hacerse constantes llamadas a la inquisición, a veces desvergonzada, de nuestra obra social. Nada importa que no se logre una inmediata y exitosa corrección de hábitos y costumbres; empero, dicho examen tiene valor de advertencia para quienes confían en la palabra de los mayores.*

*Estas líneas están escritas con el corazón puesto en Venezuela. En ellas rebosa la preocupación de quien desea ser útil al mejoramiento moral de un país en crisis de valores. Si no puedo ofrecer acciones ejemplares, al menos puedo dar la lección dolorosa de mis errores y de mi angustia. Para hacerlo, por nada temo la maledicencia y la calumnia de quienes, sintiendo placer en la destrucción ajena y queriendo reinar como tuertos, se empeñan en vaciar los ojos de los demás. Fácil cosa es hacer caminos, tender puentes, abrir túneles, levantar gigantescos edificios. Al lado de los afortunados constructores de las obras materiales, por muchos tomadas como testimonio del progreso nacional, precisa, también,*

*y aun con mayor urgencia, la labor sencilla de quienes procuran que, junto con los grandes caminos materiales, se abran anchos caminos por donde se vaya a la realización del humano destino de libertad y de decoro que persigue la cultura universal. De nada sirven vías y palacios por donde transitan y donde viven hombres sometidos a la tortura del miedo y de la persecución.*

*M.B.I.*
San José de Costa Rica, febrero de 1953.

*Si enderezareis al bien vuestras acciones, si administrareis justicia entre hombre y hombre, si no hiciereis agravio al forastero, y al huérfano, y a la viuda, ni derramareis sangre inocente, y no anduviereis en pos de dioses ajenos para vuestra misma ruina, yo habitaría con vosotros en este lugar, en esta tierra que di a vuestros padres, por siglos y siglos, dice el Señor.*

Jeremías, 7-5, 7

*Yo vi lo más notable de lo mío,*
*llevado del demonio, y Dios ausente.*

Miguel Hernández

TEMA POR DEMÁS trajinado resulta ya el de la formación de una conciencia de autonomía en los viejos Cabildos de América, cuando apenas se iniciaba nuestra vida civil en el siglo XVI. Los hombres que se echaron a la conquista de este hemisferio traían en su acervo concencial el tradicionismo rebelde de los viejos Cabildos peninsulares y el ímpetu individualista que caracteriza al español. De todos conocida es la rebeldía de los cabildantes de Coro, que, a la muerte del gobernador y capitán general Alfínger, desconocieron la autoridad de su Teniente Gobernador y declararon que el poder recaía, mientras proveyese el Rey, en los representantes del común.

Empezó, pues, nuestra vida institucional por el repudio que dieron los personeros de la nueva comunidad a un gobernante que sólo tenía de apoyo la fuerza prestada por una presunta sucesión en el orden del mando. La insistencia de los Cabildos en la defensa de esta prerrogativa culminó con la Cédula de 8 de diciembre de 1560, por medio de la cual el Rey reconoció a nuestros Ayuntamientos

derecho de ejercer el gobierno de las ciudades a la muerte de los gobernadores.

Al abrigo de los Cabildos se fue creando un sentimiento de arrogancia en el criollo. Luego, la posesión de tierras labrantías y de anchas sabanas donde engrosaban los rebaños, le sirvió de punto de apoyo para desarrollar el heredado sentimiento de "gana" que caracteriza la estirpe hispánica. Sobre el suelo vegetal, a falta de ricas minas, como ocurrió en otras porciones del mundo de las Indias, se fundamentó la antigua riqueza que dio contornos de clase a nuestra oligarquía colonial.

Cuando comenzó el siglo XVIII, ya las diversas regiones que llegarían a formar en 1777 la Gran Capitanía General de Provincias Unidas de Venezuela[1] contaban con una definida oligarquía, a cuyo lado las otras clases, compuestas por los indios, los esclavos, los pardos libres y los mestizos y criollos de oficios comunes, hacían una vida de privaciones y de trabajos, abultados aún más por los distingos derivados de los varios niveles económicos y culturales.

Ocurrida en La Española la revolución de los negros, fueron enviados a Venezuela elementos peligrosos al orden monárquico. Pronto los inmigrados se dieron a regar entre los de su clase las nuevas ideas de libertad y de igualdad. Así se haya dicho que las ideas liberales del siglo XVIII y las arengas de los convencionales de Francia entraron en Venezuela bajo el siglo de los antiguos empleados de la Guipuzcoana y al amparo de las sotanas de algunos clérigos de ideas avanzadas, bueno es agregar el valioso elemento divulgativo que llegaron a constituir negros y mulatos. Al pintar

1. Esta denominación no tuvo carácter oficial durante la época colonial. Yo la he usado en mis trabajos de historia para distinguir la Venezuela de 1777, es decir, nuestro actual territorio nacional, de la primitiva Venezuela compuesta por los estados Trujillo, Lara, Falcón, Guanare, Yaracuy, Cojedes, Guárico, Carabobo, Aragua, Miranda y el Distrito Federal.

en mi libro *Casa León y su tiempo* el estado social de Venezuela a fines de aquel siglo, hice especial referencia a una información producida por el Obispo de Caracas, relativa al papel de agitador que se atribuía al mulato Juan Bautista Olivares, músico de capilla del Oratorio de San Felipe Neri. Recientemente publiqué en *Crónica de Caracas*, y de él hice comentarios en mi columna del diario caraqueño *El Nacional*, un Bando de Buen Gobierno, ordenado por el presidente y gobernador don Manuel Guevara Vasconcelos, el año 1806, por el cual se prohibían las reuniones de negros, pues estos andaban en propaganda sediciosa, y se impedía, a la vez, la entrada de esclavos que no fueran bozales, pues los de las Antillas se consideraban tomados ya por las ideas subversivas de la hora.

No fue un mero problema de alcabalas lo que movió la revolución de Chirinos en la Sierra de Coro. Hasta los loangos de Tierra Firme había llegado el eco de las palabras tremendas que conmovían la conciencia del mundo. Si hubo, y en grado eminente, los canales lógicos de la expansión a través de libros impresos que llevaron las ideas del momento hasta la mente vigilante de los grandes criollos[2], es preciso revaluar para las clases desheredadas –negros y mulatos– el mérito de haber sido también agentes divulgadores de las enérgicas voces que hasta ellos llegaban a través del tornavoz de La Española. Si no a fruto de discernimiento, empero, sí, al calor de la pasión que en ellos encendía la sentida injusticia, el discurso de la gente de color tuvo real eficacia en el pueblo colonial.

En la última década del siglo XVIII nuestro pueblo estaba, pues, saturado de las ideas que el año 1810 habrían de explotar en forma de revolución separatista. Por ello se le vio asociado en

2 . Buen tema de estudio sería investigar las denuncias hechas a las autoridades de Caracas a fines del siglo XVIII, en relación con libros sediciosos que circulaban en el país. En la Sección Gobernación y Capitanía General, del Archivo General de la Nación, hay al respecto una rica documentación.

1797 al movimiento de José María España, Manuel Gual, Francisco Zinza y los Rico Montesinos; por ello, también, se agitaron los negros libres y los esclavos contra las autoridades coloniales de Maracaibo y de Güiria.

Mientras las clases bajas buscaban la igualdad, las clases del privilegio pugnaban por variar el sistema que las mantenía fuera de los cuadros gubernamentales dirigentes. Una visión mezquina de la Corte de Madrid, ya tomada del autoritarismo y de la centralidad de poder que fue distingo de la dinastía francesa de los Borbones, buscó disminuir el impulso autodeterminativo de los criollos. Para restar fuerza al autonomismo de estos, la llamada Cédula de Alternativas dispuso que cada segundo año entrase un peninsular en el Cabildo con rango de Alcalde Ordinario. Mientras tanto, la Corte, acaso pensando que el pueblo bajo llegaría a servirle de tercer brazo para el equilibrio del poder, hacía concesiones a los pardos, como las contenidas en la Cédula de Gradas al Sacar, por la cual, mediante ciertas sumas, las clases de color podían optar las franquicias de las clases blancas. Ya estas, desde el siglo XVII, venían convirtiéndose en nobleza, merced a la adquisición de títulos pagados con cacao, de donde el nombre de "grandes cacaos" con que las bautizó el común del pueblo. Aún, de quienes presumen ínfulas, se dice que la echan de cacaos.

Coincidían ambos grupos –criollos oligarcas y pardos y mulatos– en buscar fórmulas que los llevasen a una superación de niveles. Los terratenientes que formaban la primera clase, con el gusto de los títulos de condes y marqueses, proseguían en el empeño de acumular honores que no sólo consistiesen en llevar cojín y alfombra a las ceremonias religiosas. Ellos querían dirigir la política de la Capitanía General.

A partir de la creación de la Intendencia en 1776 y de la Audiencia en 1786, se pronunciaron banderías y partidos que lucha-

ban por ganar mayores influencias en el ánimo de los altos funcionarios. Abolidos los privilegios monopolistas de la Compañía Guipuzcoana, los empleados radicados en la Provincia pasaron a formar grupos poderosos, que buscaban ejercer dominio sobre Gobernador e Intendente, a quienes obstruían cuando no acertaban en la influencia. Justamente en el movimiento revolucionario de 1797 –erróneamente atribuían su iniciativa a Picornell y a Campomanes– figuraban numerosos vizcaínos que alimentaban la idea de *formar una República a la francesa*. Ya enraizados en la tierra, realizaban un movimiento semejante al que los agricultores canarios habían encabezado contra ellos en 1749. Eran entonces los isleños *la voz antigua de la tierra*, que buscaba defenderse de la explotación forastera. Juan Francisco de León se decía inspirado y alentado por *la voz del común*. Ahora, los guipuzcoanos residenciados en la Provincia, muchos vinculados por sangre con los viejos criollos, o cabezas ya de hogares firmes, se sentían sumados a las fuerzas indígenas, interesadas en un mayor delineamiento autodeterminativo. Ya eran ellos *voz* del pueblo.

A los factores orgánicos y políticos que explican en criollos y españoles peninsulares arraigados en la Provincia el crecimiento de un ímpetu de prepotencia, se agrega el influjo que en las clases pudientes e instruidas había logrado el mejor conocimiento del estado de agitación que vivía el mundo europeo y que en las colonias inglesas del norte de América había llegado a la forma revolucionaria de la república independiente.

Cuando ocurren en Caracas los célebres acontecimientos de julio y noviembre de 1808 y de abril de 1810, había una coincidencia de voluntades en las varias y pugnantes clases de la sociedad colonial. Se ha presentado aquel movimiento como obra principal del mantuano que buscaba mayor ámbito para sus aspiraciones oligárquicas. Yo he defendido esta tesis frente a la tesis antitradicio-

nista, que sostuvo por mucho tiempo que la emancipación fue un movimiento imitativo, impulsado sólo por las ideas afrancesadas, regadas a todo lo ancho del mundo americano por la propaganda del momento, a la vez carente de asidero en la tradición colonial anterior a la Revolución Francesa. A ambas explicaciones es preciso agregar, en su debida dimensión, la aportación valiosa de las demás fuerzas que se conjugaron para crear la conciencia revolucionaria que hizo posible la unidad de donde surgió la República. Los que niegan el valor de las antiguas actitudes de la sociedad colonial para la formación de la conciencia levantisca y rebelde que culminó en la declaración y proceso de la independencia nacional, pareciera que desconociesen alegatos como el presentado por don Pedro García de Segovia, cuando el año 1733 se opuso, en nombre del pueblo de Caracas, al cumplimiento de una Real Cédula que autorizaba determinados arbitrios no justificados por la necesidad del común. Lleno está nuestro Archivo General de expedientes contentivos de alegatos semejantes y en las actas de los Cabildos coloniales se abultan huellas de idénticos procesos. En medio del orden colonial había crecido, como contradicción al poder absorbente de los agentes de la metrópoli, una conciencia que pugnaba por alcanzar mayor ámbito en el plano de las posibilidades políticas y sociales.

Caminando diversos y aun opuestos caminos, las clases coloniales, con aguda percepción finalista, llegaron a coincidir en un momento de su evolución. Buscaban los criollos de la oligarquía –Bolívares, Rodríguez del Toro, Tovares, Hernández Sanabrias, Fernández de León, Paúles, Mijares de Solórzano, Ascanios, Llamozas, Hurtados de Mendoza, Salias Ribas, Briceños, Sosas, Pumares, Herreras, Ayalas– mayor encumbramiento en cuanto al goce de influencias y poder; perseguían los criollos llanos, los pardos y los mulatos, mayores franquicias en orden al estilo de la sociedad

colonial. Aquellos luchaban contra la autoridad metropolitana; estos pugnaban contra la arrogancia y la explotación de los mantuanos. Los propios representantes del Rey sabían aprovechar en beneficio del robustecimiento de la autoridad real las diferencias existentes entre una y otra clase, y en el caso de la iniciativa tomada en 1808 por los nobles y mantuanos con el fin de crear una junta gubernativa autónoma, al igual de las de España, el gobernador Casas y el regente Mosquera y Figueroa hicieron correr entre los pardos voz maliciosa de que era propósito del mantuanaje hacerse de medios de autoridad que les permitiese la nueva esclavitud de los pardos libres. En tal forma, los agentes de la monarquía llegaron a tener a su favor a los componentes de las clases menospreciadas por la nobleza criolla.

De 1808 a 1810 corre un período en nuestra historia que acusa extraordinaria habilidad, en nuestros primeros políticos. Comprendieron los dirigentes del movimiento autonomista que la más segura manera de conspirar es mentir al Gobierno palabras de amistad, y que el medio más cabal de dar eficacia al cambiamiento propuesto era ganar una investidura institucional que metiese a los revolucionarios dentro del cuadro de la misma legalidad que se intentaba alterar. Sobre este último hecho debieran meditar quienes niegan la formación de un tradicionismo institucional en nuestro proceso histórico. Claro que existe dicha tradición. Lo que ha ocurrido es el menosprecio de aquel por parte de los sucesivos dirigentes republicanos.

Uno de los pasos más acertados que dieron los caudillos del momento, fue haber comprendido que sin pueblo, o sea, sin la masa oprimida de pardos, mulatos y mestizos, jamás llegaría a cuajar un movimiento en realidad revolucionaria. Para hacer efectivos estos medios, los más altos representantes del mantuanaje se mostraron por amigos de Emparan, mientras buscaban, con la confianza de la

tropa, la adhesión del Cabildo caraqueño, cuyas palabras de lealtad a Fernando VII habrían de ser el mejor camino para llegar a la independencia. A la par de estas medidas, hombres del temperamento fogoso de José Félix Ribas trabajaban en el ánimo de las clases populares. De uno a otro extremo de la ciudad de Caracas se movió en la mañana del 19 de abril el revolucionario audaz. Tan agitada tenía la conciencia de pardos y de mulatos, que cuando el canónigo Cortés de Madariaga hizo señas al pueblo para que negase su confianza a Emparan, entre la masa que llenaba la Plaza Mayor se escucharon voces que gritaban *el pueblo quiere*, *el pueblo pide*, *el pueblo manda*.

Al año siguiente se reunió el Congreso que representaba teóricamente la voluntad de las provincias, ya que las elecciones por medio de las cuales se designó a los diputados estuvieron confinadas, como era corriente en la época, a las clases del privilegio. El Congreso era la voz reposada de la vieja oligarquía colonial, un tanto asustada del ascenso violento del pueblo. En él recaía la representación soberana de la antigua Gobernación y Capitanía General, tornada en Confederación de Provincias de Venezuela, no como testimonio de un prurito imitativo de la fórmula federal configurada en la Constitución de los Estados Unidos del Norte, sino como lógica continuidad de la forma autonómica provincial creada a través de la Colonia. La idea federal tiene raíces hundidas en la Historia[3].

Cuando el Congreso declaró el 5 de julio de 1811 la independencia absoluta de la nación venezolana, por las calles discurrieron, entonando canciones patrióticas –primera entre ellas el *Gloria al bravo pueblo*– alegres grupos de patriotas, compuestos por

3. Al corregir estas líneas se me dice que el actual régimen venezolano ha abolido la Federación.

jóvenes mantuanos, embrazados con pardos y mulatos. Aquel día glorioso tuvo clímax esplendente el silencioso, altivo y constante movimiento que se había formado en el seno de la vieja sociedad colonial. Se juntaban, para un mismo esfuerzo creador, los oligarcas, que buscaban convertirse en los órganos del Estado y las clases humildes, que pugnaban por una ventajosa posición en el nuevo orden de la sociedad.

Aunque se conservasen en la primera Constitución republicana los distingos económicos de la época, y a pesar de que se mantuviese, como en Estados Unidos, el ignominioso régimen esclavista, las otras clases entraban a coincidir en el goce práctico de numerosos derechos. Con los altibajos de la guerra, hubo un proceso de ascenso en el orden del pueblo, al cual ayudó en su camino hacia la igualdad, la misma técnica de guerra usada por los jefes realistas. Percatados estos de que el señuelo de la igualdad era lo que llevaba a los desheredados a engrosar las filas patriotas, procedieron con mayor violencia a ofrecer libertad a los esclavos y a incitar a los negros y mulatos a pasar a cuchillo a todos los blancos. Se ha intentado reivindicar para Boves el título de "caudillo de la democracia", por cuanto alentó en esta forma los sentimientos de las clases oprimidas. Aunque el feroz asturiano aprovechase como instrumento destructivo los anhelos igualitarios de los pardos y de los negros, no se puede, justamente en beneficio de la recta comprensión de la democracia, adjudicarle ningún mérito en la formación de la conciencia de nuestro pueblo. Si algún papel reclama Boves en este orden de valores, habría que imputarle su eficaz contribución a la deformación del concepto democrático. Su acción se limitó a aprovechar, para la destrucción de la clase dirigente de Venezuela, la noción de igualdad que ya había prendido en el ánimo del pueblo. Poco interesaba a Boves el pueblo como valor social. Se sirvió de él como de mero instrumento devastador. La libertad y la

igualdad reclamaban otros caminos que no fueran la anarquía y la destrucción provocadas por la guerra a muerte.

En 1816 Bolívar prometía que no habría en Venezuela más esclavos que aquellos que quisieran serlo. La esclavitud se mantenía como expresión de una modalidad jurídica que daba aparente legitimidad al pretenso derecho de los propietarios sobre las piezas humanas compradas en violación al derecho natural del hombre sobre su propia libertad. Cuando en 1821 el Congreso de Cúcuta consideró el tema de la libertad ofrecida por Bolívar a los esclavos, hubo voces robustas que se alzaron en nombre de los esclavistas arrogantes. Los ricos propietarios del valle del Cauca y de los valles de Caracas se levantaron contra la injusticia del despojo que consumaría la República. Aquellos honorables oligarcas, fieles a las enseñanzas del Digesto, miraban en el esclavo un ser muerto para la vida civil, a quien no cabía otro destino que trabajar para sus dueños.

Lograda la victoria, reaparecían las apetencias invencibles de la oligarquía, y la llamada Ley de Vientres Libres vino a constituir una transacción vergonzosa entre el viejo régimen de explotación animal del hombre por el hombre y las aspiraciones igualitarias que habían servido de ímpetu a los soldados patriotas.

La coincidencia de las clases y, consiguientemente, la confusión de los ideales que empujaron la lucha extraordinaria por la emancipación, se quebrantaron con la última clarinada de Carabobo. En la llanura portentosa se aseguró la vida de Colombia y se reconquistó a Caracas. Pero, con el aseguramiento republicano comenzó a pronunciarse el divorcio de voluntarios, que en seguida condujo a la propia crisis de la libertad interior. Páez se desciñó las armas homéricas y buscó los viejos instrumentos del labriego. En un mundo sin vicios, hubiera repetido la leyenda de los héroes

que, al concluir las batallas, tornaban a la ciudadanía rural. En él, la ambición corría pareja con la necesidad que los antiguos oligarcas y los aventureros de la política tenían de hallar una cabeza y un socio nuevos. Al halago de los mantuanos oportunistas, el mitológico guerrero se convirtió de nuevo en José Antonio Páez y pasó a ser juguete de la camarilla goda. La honestísima doña Dominga Ortiz fue sustituida por la alegre Barbarita de La Viñeta, en quien Caracas comenzó a rendir el homenaje permanente que ha ofrecido a quienquiera que sea capaz de influir en los mandatarios.

La Venezuela iluminada por los rayos portentosos de la victoria y por la palabra encendida de quienes, como Bolívar, sabían convertir en paladines a obscuros soldados, esa maravillosa Venezuela de la acción creadora, comenzaba a esfumarse, para ser sustituida por la Venezuela de la política amañada de los campanarios y de la explotación voraz de la riqueza pública. Los viejos patriotas empezaron, también a guardar en arcones olorosos las casacas severas, que en lo futuro servirían de timbre de honor a descendientes que no sabrían mantener discreta consecuencia con la austera conducta de los progenitores.

En pos de Patria libre e independiente y en pos de libertad y de igualdad se habían movido a una señores y siervos, propietarios y esclavos, blancos y negros, mestizos, indios, mulatos y pardos. Había una tesis central, de carácter mesiánico, que reducía diferencias y acoplaba voluntades contradictorias. Sobre lo particular se alzaba la varia conciencia de los hombres. Se buscaba una Patria con atributos de soberanía y de libertad. La Nación tenía un fin por delante, a cuya realización convergían todas las clases sociales.

Cuando ocurrió Carabobo, Venezuela se había unido a Nueva Granada y Quito para formar la República de Colombia, como unidad que diera mayor reciedumbre a la estribería independiente.

Colombia no era un mero ideal irrealizable, ni era apenas una circunstancia favorable para ganar la guerra a la metrópoli. Colombia había existido como realidad política, cuando se creó por primera y segunda vez el Virreinato de Santa Fe durante el curso del siglo XVIII. La nueva República no era una utopía inventada por Bolívar. De Miranda venía el nombre de Colombia para la unidad política que debía defender en el Nuevo Mundo las esencias indohispánicas.

Se acusa a los políticos de Santa Fe de haber tomado la iniciativa en el proceso disolutivo de Colombia. Con exacta responsabilidad de los hechos históricos, debe asentarse que no fue la decantada enemistad entre Santander y Páez la causa de la desaveniencia que provocó la crisis de abril de 1826. Distintas fuerzas se conjugaron para incitar el estado de anarquía que ya había hecho presa en la conciencia nacional. Quizá la primera piedra la arrojaron los hombres de Caracas en el Congreso de Cúcuta. En los caraqueños había creado un ilógico complejo de inferioridad el hecho de que la capital de la unión colombiana no estuviese en Caracas. A esto precisa sumar la circunstancia desfavorable de la larga estada en el sur del Libertador, cuya presencia en la capital colombiana habría evitado el debilitamiento de los nexos entre Caracas y Santa Fe. Para el acentuado regionalismo caraqueño se hacía duro ver a Santander en el ejercicio del supremo mando de la República, y el mismo círculo que había acusado a Páez ante el Senado de Bogotá por su sistema arbitrario de reclutar las milicias, se le unió, después, para apoyarlo a resistir la acción de una justicia invocada por ellos mismos contra el caudillo llanero y cuyos órganos visibles residían en Bogotá. Los ambiciosos, que primero intentaron acabar con Páez, lo tomaron después como instrumento poderoso para acabar con Colombia y satisfacer a la vez ansias desmedidas de lucro y prepotencia.

En aquella grave controversia, los políticos de Santa Fe faltaron, también, a la prudencia, y lejos de mirar con ojos apropiados los hilos que movían los personajes y detenerse en el problema fundamental de la conservación de la República, dieron anchas a recelos y pequeñeces. No vieron los problemas de la defensa exterior, necesitada de una recia estructura que previniese cualquier ataque procedente de Cuba y Puerto Rico y, juzgando tejas adentro el problema de la política, sólo miraron la casuística de la libertad doméstica del ciudadano colombiano. Olvidaron que en aquellos momentos críticos la misma dictadura obraba como herramienta democrática. Los románticos de la libertad se empeñaron, por el contrario, en ver en ella un antifaz que ocultaba presuntas aspiraciones de mando por parte de Bolívar. Confundieron los poderes extraordinarios asumidos por el Libertador con la autoridad abusiva, después perseguida entre nosotros por los déspotas que sólo miran el mando como oportunidad de lucro para sí y para su grupo.

La necesaria ligazón entre la institucionalidad y la fuerza armada que debía realizarla se había roto en Valencia el 30 de abril de 1826. Bolívar buscó más tarde inútilmente los medios de acallar la discordia interior y asumió la dictadura, en espera de que el Congreso de 1830 resolviese el problema de la legalidad y de la unión. Colombia, en verdad, ya estaba muerta. La ambición y el temperamento impulsivo de Páez fueron instrumento dócil en manos de los hombres de la inteligencia y de las leyes. Sobre el terreno de los viejos disgustos entre Santander y Páez supo sembrar la vara de su resentimiento el pérfido Miguel Peña, a quien el Gobierno de Bogotá acababa de hacer responsable de una irregular operación de cambio con fondos del Estado.

Nuestra República se rehizo en sus tradicionales moldes geográficos sobre la inconsecuencia personal de sus hombres mejores.

Aun Soublette estuvo en aquellos momentos contra el Libertador. El antibolivarianismo se tomó por consigna de venezolanidad. Hoy, un torcido bolivarianismo encubre cierta manera de antivenezolanidad. (¡Nadie como Bolívar ha sufrido en carne y gloria la espantosa tragedia de Venezuela!). Sin hacer distingos realistas, se llegó a confundir a Bolívar con Bogotá. Aún más: se dijo a Nueva Granada que para poder negociar con ella, precisaba que Bolívar abandonase el territorio neogranadino. No fueron capaces de comprender los separatistas caraqueños que el propio Bolívar había escrito a Urdaneta por enero de 1830 acerca de la necesidad de que el Congreso hiciese la división de Venezuela y Nueva Granada "con calma y justicia". Mientras así procedían contra el Libertador los hombres de Venezuela, en Santa Fe los políticos antibolivarianos azuzaban a la chusma bogotana para que injuriase al grande hombre, cuando este abandonó el 30 de mayo la ciudad hostil, en cuyo seno se había fraguado el parricidio espantoso de 1828.

Fue Bolívar el único que vio con claridad en aquellos años funestos los problemas de la seguridad exterior y de la libertad doméstica. También fue el único que se dispuso a sacrificar su propia gloria de repúblico en beneficio de la adecuada solución del caso. Si asumió la dictadura transitoria, lo hizo con la repugnancia de quien toma una pócima amarga para ganar la quebrantada salud. La suya no fue dictadura inspirada por un ansia enfermiza de mando. Su noción del orden dista mucho de la que profesan los déspotas que han azotado a nuestra América. Pero todavía hoy, para expiar, tardíamente, su gloria, Bolívar está expuesto al elogio de quienes miran como esencia de su doctrina política las medidas severas que tomó en los años de la quiebra de Colombia.

Si en el plano de la política interna se le deforma y acomoda a la vil apetencia de quienes miran el poder como oportunidad de medro, en el orden externo también se le calumnia y adultera. A

fin de asegurar el edificio republicano e independiente de América, persiguió el Libertador la confederación de los pueblos que habían sido antiguas provincias españolas. Cuando vio el fracaso del Congreso de Panamá, en el cual ya afloró la táctica disolvente de Washington, quiso, al menos, mantener la unión de Colombia, como promesa de una fuerza poderosa que se opusiera en el Caribe a un regreso colonialista. De haberse mantenido aquella unión, la Colombia de Bolívar sería hoy, a la cabeza de Sudamérica, una poderosa resistencia contra los intentos actuales del imperialismo norteamericano. Como contraste, a cien largos años de su muerte y de su gloria, nuestra política exterior ha llegado a negar la necesidad de los pactos regionales hispanoamericanos, que tanto molestan al panamericanismo del Departamento de Estado. Justamente, robusteciendo los grupos latinoamericanos, podría llegarse al equilibrio que Bolívar buscó en Panamá como medio de asegurar la independencia. Pero nuestra política exterior ha perdido su soberanía y se halla hoy inclusa en una órbita de intereses antinacionales, donde tienen voz decisoria los agentes secretos de Washington incrustados aún en las altas esferas gubernamentales de nuestros países.

Cuando Venezuela reapareció como unidad política en 1830, ya no presentaba la armonía de fuerza que se había conjugado para hacer la independencia. La vieja oligarquía territorial de 1810 tenía ahora nuevos matices. Los Tovares y los Toros, digamos por caso, se habían mantenido fieles a los ideales progresistas de la República, y de ellos Martín Tovar Ponte ayudaría a Tomás Lander a insuflar aliento a los nuevos principios que dieron origen al Partido Liberal histórico. A los que la Historia llamará conservadores, o meramente oligarcas, se sumarán los godos retornados del destierro en que se mantuvieron durante la lucha separatista, y los man-

tuanos caraqueños que habían acrisolado su fe en el fernandismo durante los años aciagos corridos de 1814 a 1821. Como hecho extraordinario que pinta al mismo tiempo el carácter oportunista de nuestra invariable oligarquía capitalina, el mismo general Páez había pasado de jefe de las desnudas y saludables montoneras que ganaron la libertad republicana, a jefe del viejo mantuanismo caraqueño. En la esencia y en el modo de este tránsito, radica la clave de toda nuestra historia político-económica.

Junto a los altos representantes de la nueva oligarquía republicana, que en sí no es sino la oligarquía vieja, remozada por el contingente de quienes se han hecho ricos a cuenta de los bienes de los expatriados, comenzaron a formarse y a definirse los nuevos cuadros de la oligarquía de las ciudades y de los campos, que buscaban de centro de gravedad a los caudillos surgidos de la guerra.

De fondo a este plano de grandes protagonistas, el pueblo había tornado a mirar a sus socios de la epopeya con la misma desconfianza y el mismo recelo con que los miraba en los tiempos antiguos. Si en verdad las clases libres de pardos y mulatos se sintieron satisfechas por haberse impuesto en el campo social una concepción más justa de la igualdad, la esclavitud permanecía como reato de la vieja injusticia y los soldados a quienes se había ofrecido tierras en propiedad se habían convertido en colonos de los ricos propietarios.

En Venezuela desde los primeros años de la República se hizo palpable el goce conceptual de la igualdad social. En mi ensayo “La tragedia de Peñalver” recordé lo ocurrido al presidente Soublette en sus democráticos paseos por Caracas. Solía este salir en las tardes por las calles de la capital en unión del representante diplomático de la Gran Bretaña, coronel Belford Histon Wilson, el leal edecán del Libertador, y coincidían en topar con un negro

guapetón, que atinaba a preferirlos en la acera. Ante la insistente actitud del irrespetuoso transeúnte, Soublette, requerido por Wilson, reclamó al negro si acaso ignoraba que él era Presidente de la República, a lo que el otro respondió: “Sí lo sé, pero aquí toitos semos iguales”. Desde los orígenes de la República tienen, pues, nuestras clases populares una abultada conciencia de igualdad, que mal digerida, por falta de educación capaz de hacerles entender los valores adherentes a aquella, las ha conducido a situaciones anárquicas, de donde surgió en lo antiguo la posibilidad del caudillo capaz de dar sosiego a la desarmonía provocada por la indisciplina de los pequeños caudillos igualitarios.

De todas las conquistas democráticas venezolanas –conquistas que son bien pocas en el orden de la realidad– la de la igualdad social ha sido siempre la más vigorosa y notoria. La piel no constituye entre nosotros elemento diferencial. De su propio linaje llegan a olvidarse empingorotados señores que alardean hasta de entronques familiares con el rey Pelayo. Sin embargo, a poco que se escarbe en la raíz de los árboles genealógicos, aparece el abono de la gente de color. Entre nosotros las famosas investigaciones sanguíneas que tanto preocupan a los demócratas norteamericanos provocarían la desaparición rápida de los más altos cuadros sociales. A la burla burlando se publicó en Caracas el año 1949 el “Romance de Negrí Pedrí”. A pesar de lo fragmentario de la exploración genealógica, aquella burla lírica constituye un documento social de valor extraordinario. En él se abulta el sentido festivo que ha adquirido entre nosotros el problema de las diferencias raciales y se recuerda, a la vez, a los fingidos nobles de la hora las peripecias sanguíneas de donde proceden.

En el orden de la igualdad resulta lamentable que nuestro pueblo se haya conformado con el mero goce conceptual de una superación de complejos racistas. Entre nosotros el problema del

color se ha resuelto en forma positiva y entusiasta, al considerarse blanco por sí y ante cualquier negro y al mirar en estos los blancos un semejante favorecido con piel más resistente que la suya. Pero esta igualdad moral en el orden de la apariencia física no ha estado acompañada en el campo de lo social por los otros argumentos que conducen a absolver los abismos existentes entre las clases antiguas. Faltó durante mucho tiempo una verdadera preocupación por educar al pueblo, no en el simple concepto de darle a gustar primeras letras, sino en el elevado y lógico de señalarle rumbo a sus acciones. Menos se pensó en levantarle su condición económica. Las clases del privilegio se hicieron sordas a los legítimos reclamos de los desafortunados y buscaron en la legislación figuras jurídicas que autorizaban la persecución de los hombres de trabajo. La prisión por deudas y el erróneo concepto de la igualdad de los contratantes comunes, en cuya refutación alcanzó Fermín Toro altura luminosa, fueron en su tiempo armas apropiadas de que se valió la oligarquía para mantenerse en el goce de sus fueros caducos.

Al provocarse la diáspora de los valores que sirvieron de eficaz sustentáculo a la obra de la Revolución, los hombres se dedicaron a satisfacer por diversos medios, dictados por el propio egoísmo, la personal apetencia de dominio, de lucro o lucimiento. La extroversión antigua se contrajo hasta reducirse a los estrechos límites de lo individual y lo que antes había sido lucha heroica para acabalar el edificio de la República, se convirtió en actitud recoleta que buscó apenas el beneficio de la propia casa.

En la divulgación de las ideas que representaban en el mundo liberal de Europa un efectivo avance para la causa del pueblo, nadie puede competir con Antonio Leocadio Guzmán el mérito de la constancia y del fervor. Sumando al viejo grupo que ya en tiempos de Colombia se preocupaba por defender el ideario liberal, Guzmán superó a Martín Tovar Ponte y a Tomás Lander en

lo que dice al ardor de la prédica. Lamentablemente fue Antonio Leocadio Guzmán una de las más típicas expresiones del político que cuelga sus ideas en la guardarropía ministerial para obrar en el Gabinete con las ideas viciadas que encuentra en el escritorio de su antecesor. Estadista de amplio vuelo, en la Memoria que como ministro de lo Interior presentó al Congreso en 1831 dejó planteados problemas que aguardan soluciones oportunas. Entonces no se había adentrado de lleno en la política menuda, ruin, oportunista que acabaría con la República, ni había surgido en el inquieto político aquella ansia funesta de gobierno que lo llevó de una a otra posición contradictoria. De Páez a Monagas, de Monagas a sí mismo, la trayectoria de Guzmán magistralmente pintada por Ramón Díaz Sánchez, es la expresión cabal de una existencia que todo lo orienta hacia la conquista del poder.

Si en realidad cuando gobierna se aparta de las promesas anteriores, Guzmán tiene en el área de las ideas políticas venezolanas el mérito indiscutible de haber agitado desde las célebres columnas de *El Venezolano* la dormilona conciencia del pueblo y de haber preparado con su prédica los caminos que lo llevaron más tarde a los frustrados caminos de la revolución federal. Pero Guzmán, como nuestros políticos de ayer y de hoy, fue político de contratos y de porcentajes. Cuando no consiguió otra cosa que monopolizar, se ingenió la exclusiva para una inmigración de chinos.

El contrato ha sido una de las típicas maneras de fugarse los hombres hacia las planos negativos en el orden de la política. El contrato, la participación, el porcentaje son las tremendas tentaciones en que han caído nuestros políticos. El monopolio de pequeñas cosas, digamos por caso de la arena o del carbón, junto con los jugosos sistemas actuales de las comisiones y los porcentajes y junto con la participación en las concesiones del suelo a los inte-

reses extranjeros, han constituido ayer y constituyen hoy las más seguras maneras de enriquecerse los políticos y sus socios, cuando no han tenido la impudicia necesaria para traspasar a su cuenta de banco parte de la cuenta del Tesoro Público.

Durante el siglo pasado, a la par de las concesiones extractivas y monopolistas, sirvieron de pingüe camino para el enriquecimiento, los bonos de la deuda pública. La historia de Guzmán Blanco se podría escribir tanto siguiendo el curso de sus brillantes acciones de guerra como desmadejando el hilo de los negocios celebrados a la sombra de las concesiones y al amparo de la compra oportuna de cupones de la deuda del Estado. El ferrocarril de Santa Bárbara a El Vigía forma parte del expediente matrimonial de una de sus hijas con un noble de Francia. Se llegó a crear una especie de simbiosis entre las arcas públicas y las arcas privadas del mandatario. El paternalismo de la autoridad en el orden de las finanzas hizo que el general Gómez redarguyese al Ministro que le hacía ver cómo no era posible que el Estado le facilitase cierta cantidad de millones de bolívares para adquirir la famosa hacienda El Trompillo, que sí tenía él derecho al préstamo, ya que a su celo se debía que Venezuela tuviese un erario boyante, habiéndole hallado con una enorme deuda. La gabela, el provecho, el negociado estuvieron de atrás a la orden del día, sin que levantasen sonrojo en sus practicantes. Al dueño de una hermosa mansión caraqueña oí cuando decía a un amigo suyo que la elogiaba encarecidamente, que no era, sin embargo, tan cómoda como la del otro, a pesar de ser las dos hermanas. En esta forma aludía a que ambos habían ejercido el mismo cargo público que los hizo ricos.

Cuando los hombres de la inteligencia se sentaron a la mesa del autócrata más fue para rendirle servilmente sus instrumentos intelectuales que para ayudar a la causa de la Nación. No fue José

Tadeo Monagas quien dijo que la Constitución sirve para todo. La frase es de su ministro Diego Bautista Urbaneja, cuando se amañó para reinstalar el Congreso de 1848. Gil Fortoul y Lisandro Alvarado buscaron explicar aquel hecho bochornoso de nuestra historia política y adujeron alegatos correctos. Pero, quizá la mejor interpretación se desprende del ensayo que Enrique Bernardo Núñez publicó en la oportunidad del centenario del funesto acontecimiento. En aquel momento el Poder Ejecutivo era más popular que el Poder Legislativo. Este representaba la oligarquía paecista. El Ejecutivo parecía caminar hacia soluciones populares. El 24 de enero Monagas se cruzó de brazos y dejó que saltara la chispa del incendio. Después de ocurrido los acontecimientos, la autoridad legítima se hizo sentir para impedir lo que ya estaba consumado. Las víctimas de aquel día, entre ellas nada menos que don Santos Michelena, son muertos de Monagas. Pero al día siguiente hubo un muerto más pesado. El Congreso se había suicidado. Al reanudar, por miedo y la persuasión falaz del ministro Urbaneja, las sesiones parlamentarias, el Congreso se negó a sí mismo y durante mucho tiempo pasó a ser en la historia de Venezuela cuerpo sin voto decisivo en la solución de los grandes problemas del país.

El día de la reanudación de las sesiones del Congreso, Juan Vicente González apareció como secretario interino de la Cámara de Diputados. Fue la última actuación del gran escritor en los cuadros de la política activa. Aquel día le faltó el valor cívico con que sabía suplir la carencia de arrojo personal. No pudo esconderse en ningún rincón ni menos pudo formular una de las frases lapidarias con que solía ocultar su debilidad orgánica ante los matachines. De la Secretaría de la Cámara pasó a la dirección de "El Salvador del Mundo". Comprendió que Venezuela necesitaba realizar un intenso esfuerzo de cultura para que no se repitiese hecho tan bochornoso como el producido el 24 de enero. El contradictorio

escritor juzgó preciso crear una sensibilidad nueva al pueblo, a fin de que pudiera realizar su destino histórico. Había, en realidad, urgencia de cambiar la conciencia y la técnica de los hombres encargados de ejercer las funciones rectoras de la sociedad.

Hoy se abulta en la realidad de nuestra política un hecho que ayer también tuvo aplastante evidencia. Si algo bueno y generoso ha tenido siempre Venezuela ha sido y es su masa popular. Podrá faltarle pulimento y podrá tomar muchas veces actitudes de censurable vulgaridad. Entre nosotros la vulgaridad y las malas maneras son atributos de las clases llamadas altas. Si estas no buscan exhibir maneras urbanas, ¿por qué pedir a las clases humildes que las pongan en resalto?

Basta seguir el desarrollo de nuestra historia para darnos cuenta de que jamás por sí mismas nuestras clases populares han realizado actos demostrativos de una psiquis enfermiza. Cuando se leen documentos anteriores a la época de la Guerra Federal pareciera que en los medios rurales hubiese un bandolerismo criminoso. Juzgando el caso con un frío criterio sociólogo, se cae fácilmente en la cuenta de que aquellos hechos correspondían a una angustiosa realidad económica, que las clases dirigentes no se abocaban a resolver. El hambre ha sido mala consejera de los hombres y buena acuciadora de sus instintos orgánicos. La situación de los hombres de los llanos era una situación de semiparias, que conducía a la violencia. Es necesario recordar que la libertad de los esclavos dio sueltas a una masa de hombres famélicos, a quienes las leyes no pensaron en dotar de un instrumento económico que hiciera práctica la independencia personal que readquirían. Donde la justicia está ostensiblemente quebrantada, prosperan toda clase de reacciones sociales. Más culpable que el hombre que se convierte en criminal por verse forzado a arrebatar a otro hombre el pan y el

abrigo que necesitan sus hijos, es aquel que se niega al desarrollo de la capacidad económica del otro.

Los que han querido acumular sobre presuntas deficiencias orgánicas del pueblo venezolano las fallas de nuestra historia han procedido con un interesado y desleal concepto, cuya finalidad, por gravedad de clase, no ha sido otra sino desvestir a los dirigentes intelectuales, económicos y políticos de la sociedad la responsabilidad tremenda que sobre ellos pesa en razón del desamparo en que históricamente han mantenido a nuestro pueblo. Sin sentido de la carga a que se abocan, nuestros hombres han participado en el ejercicio del poder como quien toma una jerarquía que distingue y aprovecha y no como oportunidad de desarrollar un sistema de ideas en beneficio de la comunidad. A un ministro de Educación escuché decir que nada podía esperarse de escuelas saturadas de "negritos". Mi desacuerdo con semejante lógica me llevó a decirle que si él no creía en la eficiencia de la labor encomendada al Despacho de que era titular debía por hombradez renunciarlo.

La desafortunada teoría del "gendarme necesario" es la culminación de un proceso ideológico enderazado a irresponsabilizar a la oligarquía directora y usufructuaria de la fortaleza de los gobiernos antidemocráticos. Tras ella se escudan todos los conformistas que quieren dar justificación a su carencia de actos creadores en el orden de la República. "Así es y así ha sido siempre la manera de ser de nuestra sociedad", arguyen quienes sienten el frío cobarde ante el reclamo de las instituciones quebrantadas.

La antigua oligarquía territorial que se había unido al pueblo para crear la República, rompió, como he dicho, la transitoria unión y se entregó a cultivar por sí y para sí sola los instrumentos del poder. Los mismos godos antiguos, que habían maldecido a Páez y demás luchadores de la independencia, rodearon con re-

gocijo e interés al nuevo dispensador de los favores públicos. La rancia oligarquía que tuvo su máxima expresión en los Sanabrias, en los Matos, en los Blancos, en los Palacios, en los Tovares, en los Fernández de León, en los Sosas, en los Mijares, en los Ascanios, en los Bolívares, en los Ribas, ha buscado cualquier manera de vías para acrecentar su dominio a través de todos los regímenes políticos. Lo movedizo de las condiciones sociales y el *in promtu* que suelen hacer los beneficiados por el acceso a los negocios del Estado, explica que los cuadros tradicionales se abran fácilmente para incorporar a los nuevos portadores del valor financiero. Si en sus orígenes la oligarquía procuró conservarse dentro de las líneas de austeridad y distinción que caracterizó a la vieja burguesía, luego tuvo necesidad de crearse una nueva moral. Ni rango familiar, ni origen social, ni cultura personal, ni fe de bautismo alguna solicitó nuestra oligarquía para incorporarse nuevos valores. Legítimos o bastardos, sobrios o disipados, ilustrados o analfabetos, finos o burdos, no fueron ya valores para el desprecio o la estimación de la alta sociedad. Sólo se tomó en cuenta el significado de la transitoria posición política o el permanente alcance de las posibilidades económicas. Comerciantes, banqueros, abogados y empresarios llegaron a formar una fuerza ante la cual los mismos gobiernos hubieron de rendirse como paga de su humillada adhesión.

Si algo funesto ha habido y continúa habiendo en Venezuela, es la distinguida clase de los privilegiados, que asumen por sí y ante sí la función de dispensar honras y la creencia de ser los depositarios legítimos del destino de la República. Toda recta intención que pueda acompañar a un nuevo mandatario ha de sufrir el filtro maligno del sanedrín que maneja los secretos del poder financiero, el cual, a la vez, valido de un falso prestigio pseudoaristocrático, logra para sus intereses la adhesión de los nuevos e improvisados ejercitantes del poder.

Ningún ejemplo más elocuente presenta nuestra historia que el de Cipriano Castro. Cuando este llegó al Capitolio Federal, después de una brillante hazaña de guerra, venía rebosante de ideales y de buenos propósitos. No era Castro, como suele ser pintado, un bárbaro caudillo, unido por ombligo de bejuco a la selva nutricia. La Cámara de Diputados había oído su voz chillona, cuando el propio Ejecutivo claudicaba en la "Cuestión Guayana". Lleno de un fogoso espíritu nacionalista, Castro se mostró en el Parlamento por dirigente de la fracción que censuraba la timidez gubernamental. No llegó tampoco, como caudillo, en el plan de imponer a rajatabla una tribu de tachirenses. Hasta los antiguos presidentes Rojas Paúl y Andueza Palacio fueron invitados a formar parte de sus primeros gabinetes presidenciales. Pero a poco Castro había sido convertido por la camarilla caraqueña en retablo de todos los vicios. Y si en esta entrega al halago de los poderosos han caído quienes tenían recia personalidad como Cipriano Castro, ¿qué puede esperarse de aquellos que sienten deslumbrada su debilidad por la pirotecnia de la adulación servil y por la humillada lisonja de los falsos señores de la aristocracia capitalina?...

Todo esto ha sido parte para que durante largos años se haya mantenido la poderosa influencia del viejo capitalismo en el ánimo de los hombres de gobierno, compensada, a la vez, por la sumisión que la gente del capital presta a los gobernantes, en razón de garantizarles estos el goce permanente de sus privilegios. Tal es la compenetración que existe entre las clases gobernantes y las clases capitalistas, que estas, en el orden de sus negocios privados, obran de acuerdo con los intereses de los gobernantes. Como el Gobierno es el gran regulador de beneficios y de granjerías, ha llegado a imponer a los hombres de negocios el propio nombre de sus gestores jurídicos. Un abogado mal visto por el Gobierno debe ser sustituido por un abogado afecto al régimen. De donde resulta la espantosa paradoja venezolana de que los hombres más humi-

llados, timoratos y cobardes sean aquellos que por poseer abundosos bienes de fortuna, pudieran considerarse en el disfrute de una verdadera independencia económica y moral. (En los últimos tiempos se ha venido creando, felizmente, un nuevo tipo de capital, que pudiera llamarse progresista y democrático, cuyos titulares ni persiguen el falso aparato que distingue a los representantes de la oligarquía, ni se consideran esclavos, para el éxito de sus empresas, de la influencia del oficialismo).

Si se pregunta a los individuos que constituyen los cuadros cerrados de la oligarquía la opinión que tengan sobre el porvenir de las instituciones nacionales, dirán, como ayer lo dijeron ellos mismos y como antier lo manifestaron sus predecesores, que nuestra organización social nos condena al fracaso de cualquier ensayo democrático. Como buenos oligarcas, tienen por fuerza que ser cesaristas. Cualquier forma de gobierno que amenace la permanencia de su sistema de ventajas, en buena lógica ha de disgustarles. Por poseer influencias y luces y por manejar hilos sutiles en la relación social, sus buenos oficios podrían reanudar en provecho de la República; pero ellos, lejos de ponerlos al servicio del pueblo y del mejor destino de la Nación, los aplican simplemente al sostenimiento de las prerrogativas de su clase. Esto explica que al realizar algún elemento encuadrado en la oligarquía cualquier acto que lo exhiba como poseedor de virtudes cívicas, su propia gente se apresure a llamarle loco.

Se consideran a sí mismos los mejores. Poseen, en realidad, cualidades de mérito, pero estas apenas sirven para su propio y egoísta beneficio. Han sido en la vida de la República la clara expresión del antipueblo. Sin embargo, cada vez que hacen alguna oportunista aparición en los cuadros de la política, se llaman pomposamente las "fuerzas vivas" de la Nación. Mejor les daría

llamarse la fuerza de los "vivos" de la Nación. Son los más cabales defensores del orden, entendiendo por este todo lo que lleve provecho a la calderilla de sus negocios. El destino de la Nación no es para ellos sino una ponderación mayestática del destino de sus negocios. En *El Independiente* informaba Pedro José Rojas, conspicuo personero de los antiguos godos, de una insinuación hecha en 1862 a la reina Victoria por don Manuel Felipe de Tovar, en orden a que los ingleses colonizaran la Guayana, a cambio de armas para acabar con el régimen de Páez. Documento similar, pero sin firma, publica José Santiago Rodríguez en su estudio sobre la guerra larga.

El proceso de la juventud y el proceso del pueblo se han desarrollado a la buena de Dios, que frecuentemente resulta ser la mala del Diablo. Al pueblo, en su reducida concepción de clase humilde y sin fortuna, se le han acumulado reatos insolubles. Fundados los apóstoles de la insuficiencia popular en extraños argumentos raciológicos y en desacreditadas teorías sobre la herencia, el suelo y los climas, crearon una conciencia pesimista, contra la cual ya había alzado su voz admonitoria el austero Vargas, cuando inauguró en 1833 la Sociedad Económica de Amigos del País. Se dijo que eran tantos los defectos soportados por el pueblo venezolano, que sólo un Ejecutivo fundado en el poder carismático del Caudillo era el medio idóneo de dar orden a la dispersión provocada por los bajos instintos y por la resistente incapacidad de las masas. Así sea pobre y falaz dicha tesis, se ha hecho lamentablemente buen paso entre diversas categorías de espíritus. A unos place, porque sirve de disculpa concupiscente para su carencia de esfuerzos cívicos; otros la alaban, porque justifica su conducta y les permite lucrar a sus anchas con los favores de un poder ilegítimo; otros la predican y repiten, porque es manera de alabar y de halagar al jefe transitorio.

Bajo el peso de tal concepción en la mente sombría de las clases directoras, el pueblo estuvo condenado a ser sumiso soporte de los ambiciosos. Buen pueblo para recolectar las bellotas de café y las mazorcas de cacao, buen pueblo para cortar la caña y atizar el fuego ardoroso del trapiche, buen pueblo para trabajar en los enrarecidos socavones de la mina y para agotar su fuerza en los campos petroleros, buen pueblo para engrosar la tropa, que ha servido de soporte a los verdugos y explotadores de sus propios hermanos.

Junto con esta pasividad provocada en la resistencia popular, los hombres a quienes correspondía la dirección intelectual de las sucesivas generaciones sufrieron, también, un trauma conformista. Desprovistos por lo general los ejercitantes de las letras de los medios económicos que les asegurasen la libertad de acción, y encerrados, además, para la obra de pensamiento en la órbita restricta señalada a la palabra, cayeron fácilmente en la necesidad de doblegarse ante el mezquino interés, que concluyó por convertir a muchos en fieles improntas del Mujiquita creado por Gallegos.

Alguien –creo que Núñez de Cáceres– escribió que a Venezuela han hecho más daño sus doctores que sus generales. Si se examina con sinceridad esta afirmación, fatalmente hay necesidad de adherir a la cruda verdad que contiene. El viejo guerrero fue, por lo general, un hombre fresco y sencillo, que entendió el ejercicio de las armas como modo natural de extraversión de la personalidad, y manera segura, también, de crear privilegios sobre los medios de aprovechar la riqueza. Ese guerrero –valiente, generoso, alegre– que se llama Jacinto Lara, Juan Bautista Araujo, Gregorio Riera, Aquilino Juáres, José Ignacio Pulido tuvo a su lado, cuando ganó los instrumentos del poder, una corte de doctores dóciles, que adecuaban las leyes a la voluntad del hombre fuerte o que le aconsejaban alzarse para alterar el orden público.

Cuando Diego Bautista Urbaneja dijo a Monagas que la Constitución sirve para todo, creó la frase que define la filosofía de su clase. El urbanejismo ha sido un sistema permanente de obrar el intelectual frente al hombre de la fuerza que retiene los símbolos del mando. Ministros y secretarios, en su mayoría no han hecho a través de nuestra historia sino amoldarse a la voluntad del gobernante. El ejemplo antiguo ha servido para que las nuevas generaciones hayan tenido donde descargar la responsabilidad. Sobrado conocido es el caso del gran escritor que para justificar la entrega de sus ideas, acudió a una rebuscada y vana frase, inspirada en angustiosa e innecesaria solicitud familiar. "Es preferible –dijo a sus amigos– que me prostituya yo, a que mañana, por hambre, se prostituyan mis hijas". Suficientemente recio es el decoro de su estirpe para pensar que alguna mujer de su apellido se prostituya bajo el imperio del hambre. El escritor apenas quiso acuñar una frase humorística, para hacerse perdonar de sus antiguos correligionarios el avenimiento tenido con Guzmán Blanco sobre la base de una negociación con bonos de la deuda pública. Pero la frase infeliz hizo escuela para justificar sucesivas caídas de otros, y aun para dar aparente legitimidad a la conducta mercenaria de los escribidores que creen factible prestar su pluma para el insulto o la lisonja vil.

A los hombres que hoy pasamos de la cincuentena se nos ofrecieron en nuestra infancia y juventud ejemplos llamados a empujarnos a la absoluta e irremediable irresponsabilidad cívica. En la escuela de mi ciudad nativa, el bueno del maestro, con la mayor ingenuidad, nos enseñaba a vestir de flores el retrato del general Castro, y cuando era abundante la cosecha del pequeño jardín, llevábamos ramilletes a la esposa del Presidente del estado. Aquella educación cívica se confundía con la propia enseñanza de la Historia Patria. Junto con hacernos declamar los discursos incendiarios

de Coto Paúl en la Sociedad Patriótica y grandes párrafos de la *Venezuela heroica*, de don Eduardo Blanco, se nos enseñaban los caminos de la admiración y del homenaje servil a los gobernantes como trabajos prácticos de patriotismo y de civismo.

En 1913 algunos muchachos miramos con simpatía y curiosidad la candidatura para la Presidencia de la República del doctor Félix Montes, lanzada por el valiente periodista Rafael Arévalo González, cuando concluía el primer período de gobierno del general Gómez. De inmediato personas mayores en quienes yo, por fuerza de la edad y por motivos obvios, tenía que ver la voz de la verdad, me dijeron que Montes y Arévalo González eran un par de locos empeñados en obstruir la obra de bien nacional que apenas comenzaba el "Caudillo de Diciembre". (Esa obra de "bien nacional" la han iniciado y la continuarán iniciando cuantos dictadores han aflorado y continuarán, desgraciadamente, aflorando en la vida venezolana). Años después, cuando la inquietud de las letras ya apuntaba en mi espíritu, leí la frase en que Gil Fortoul consagró a Gómez como "el hombre fuerte y bueno". A los jóvenes que abríamos por aquel tiempo nuestros ojos hacia los caminos de las letras, se mostraban como las más ilustres figuras del pensamiento nacional, junto con Gil Fortoul, a César Zumeta, a Manuel Díaz Rodríguez, a Laureano Vallenilla Lanz, a Pedro Emilio Coll, a José Austria, a Lisandro Alvarado, a Andrés Mata, a Felipe Guevara Rojas, a Ángel César Rivas, a Eloy Guillermo González, a Ángel Carnevali Monreal, por sólo nombrar indiscutibles figuras. Y luego supimos que Zumeta, cuando adversó a Castro, había escrito su célebre panfleto *La ley del cabestro*, como requisitoria contra el reclutamiento forzoso practicado por los gobiernos para el relevo de la tropa de línea que ha servido de sostén a los dictadores. Supimos, también, los jóvenes de mi tiempo que llegado Zumeta al peligroso Ministerio de Relaciones Interiores adobó con su fino talento los

argumentos conducentes a declarar roto el hilo de la constitucionalidad y preparó los instrumentos que vistieron de legalidad el continuismo *ad mortem* del general Gómez. Justamente para dar la impresión real de alteración del orden público, se produjo en aquella oportunidad una situación de guerra que obligó a aplicar a los peones rurales la ley del cabestro atacada por Zumeta opositor. (Para la conducta de otros escritores vale como interpretación el examen por mí hecho en mis estudios acerca de la personalidad de Pedro Emilio Coll y de Luis Correa, finos espíritus que crearon un mundo de sueños para compensar la tragedia provocada por el desdoblamiento de planos en que tuvieron por fuerza que moverse).

Unos allá, otros acá consagrados a exaltar y defender la dictadura, preparaban, como era lógico, la conciencia de los jóvenes. A estos nos fue fácil tomar por bueno el ejemplo de tan conspicuos maestros. Se les veía salir de la cátedra universitaria, donde explicaban con todo rigor Derecho Público, para ir a torcer las líneas de las leyes en los gabinetes ministeriales. Ayer alentaron a los estudiantes en su actitud rebelde, y al día siguiente se sumaron en los Consejos de Gobierno a la lista de los ladrones y opresores. Pregonaban la honradez cuando eran meros profesionales sin esperanzas, y al rozar con algún negocio donde pudieran granjear buenas ganancias, abrían la conciencia a toda suerte de halagos y, con la conciencia, terminaban por entregar al Diablo el propio suelo de la Patria. Cuando estuvieron de frente a los gobiernos o cuando fueron de ellos marginados por cualquier causa, no hubo figura más odiosa que la del dictador en turno, ni misión más elevada que servir a la libertad. Luego, tomada una posición directiva, los compromisos de ayer se convirtieron en tolerancia para toda manera de vicios de los poderosos. De algunos políticos se dijo que debían de estar siempre presos, pues en las cárceles se comportaban como magníficos patriotas, mientras al tomar de nuevo un mando se con-

vertían en feroces verdugos de sus amigos de ayer. Invirtiendo el orden de las cartas, creyeron ganar para siempre con las buenas bazas levantadas en las primeras manos de la partida. Llenos de méritos y de alabanzas por su recta conducta, se les vio llegar con el beneplácito público a encumbradas posiciones. El pueblo los miró como señuelo de esperanza. En cambio, cuando tuvieron posibilidad de hacer, jugaron cartas a fraude, con que arruinaron el capital logrado en la conciencia del pueblo. Olvidaron que en el orden de la política, como en el orden teológico de la salvación, sólo valen los actos postreros. La conducta de los hombres públicos vive más del mañana que del remoto ayer. Nada valen los méritos ganados en la llanura de la oposición, ante los desaciertos y las villanías en que se caiga a la hora precisa de poder hacer buenas las promesas y las palabras antiguas.

Esa trayectoria funesta ofrecida a la juventud y al pueblo en general por los hombres juzgados mejores en razón de su cultura y por la ventaja de la propia ubicación en los cuadros sociales, llegó a adquirir aspectos de insospechada deformidad, cuando nuestra vieja y apacible economía agrícola cedió el sitio a la vertiginosa economía minera. El tránsito provocó, como suele ocurrir en estos casos, la conciencia de aventura que caracteriza a las explotaciones minerales: oro de California y del Callao, petróleo de Pensilvania y de La Rosa, brillantes del Transvaal y de la Gran Sabana.

Si no se puede negar que en el orden directivo de la política se había evidenciado desde el siglo XIX el hecho cierto de la traición de los llamados mejores; si en verdad es premisa revestida de toda gravedad a través de nuestra historia, que el ejemplo sacrificado de José Vargas, Juan de Dios Picón, Fermín Toro, Valentín Espinal, Cecilio Acosta, Manuel María Carrasquero, Eusebio Baptista, Luis López Méndez, Agustín Aveledo, Luis Espelozín, Rafael

Arévalo González ha tenido menos seguidores que el ejemplo gozoso de quienes pusieron la inteligencia, de manera irrestricta, al servicio de las más bajas apetencias, bueno es, también, tomar en cuenta el valor de aventura que alcanzó en nuestro mundo político y económico la explotación petrolera y la concesión de nuestros montes de hierro. Si en verdad el proceder de los altos políticos siguió la pauta antigua, y cuando se hizo una ley *ad hoc* en 1928 para complacer a la Bethlehem Steel Company había el antecedente del Congreso de Guzmán Blanco, que desmunicipalizó los ejidos de la Nueva Provincia para entregar sus tierras a las compañías del oro, un nuevo estilo de vida se produjo, no sólo en lo que dice al progreso material impulsado por el bienestar económico, sino en lo referente a la fácil riqueza lograda por medio de la participación en el beneficio de los concesionarios, por medio de la venta desvergonzada de los funcionarios y por medio de las altas participaciones otorgadas a los abogados que ayudaron a la entrega de la tierra y de las regalías de la Nación.

Se puso en resalto la fragilidad de muchos hombres tenidos por paradigma de virtudes públicas. Otros, en cambio, sin pactar con el provecho ilícito, no tuvieron fuerza para reaccionar contra la pesadumbre del momento. Entendieron el Estado como un sistema de orden y disciplina, sin cuidar que el uno y la otra fueran producto de un equilibrio justo entre el poder y la voluntad general. Por nada se cuidaron del distingo fundamental entre orden consentido y orden impuesto. Es decir, entre Democracia y Tiranía. Pudieron iluminar la República con sus luces científicas y pudieron, también, erigir su honestidad privada en público ejemplo constructivo; mas, tomados del conformismo y de la abulia, fueron elementos negados a servir a la evolución social. Su buena obra se limitó a difundir teorías en la cátedra, a disertar con brillo en las academias, a rendir en altos cargos un eficiente fruto burocrático. Traidores

de la inacción, pasaron por la vida cargados de valores, pero desprovistos de fe en sí mismos y de fe en el porvenir de la Nación. La Historia, no pudiendo ofrecerles ni la gloria ni el infierno, los coloca en el limbo de los irresponsables.

El hacerse una fortuna se convirtió para muchos venezolanos de la clase media y de la clase baja en la sola razón de la existencia y en la mejor manera de llegar a alternar con la absorbente oligarquía capitalina. Nada importó ya la manera de enriquecerse el hombre. Como la peripecia política ha pasado en Venezuela a ser la mejor industria, se buscó a todo trance una posición de confianza cerca de quienes pudieran facilitar al aspirante el goce transitorio de la milagrosa lámpara de Aladino. La aventura minera llegó a convertirse en manera de fiebre, como el *amor* descrito por Stefan Zweig. Correr, correr, correr hacia donde apunte la posibilidad de un negocio, ha sido el plan de vida de muchos venezolanos responsables de la hora presente. El negocio –no ya minero, sino de toda orden de concesiones: licencias, permisos, contratos, porcentajes– ha destruido la fibra moral de gran número de hombres, otrora tenidos por ejemplo de corrección. Muchos, también, acuciados por el propósito de hacer o de rehacer una fortuna, han caído, sin advertirlo, en graves compromisos con intereses que contradicen la propia nacionalidad. Cumpliéndose más tarde en ellos la sentencia evangélica, pusieron el corazón y la inteligencia a defender, como algo natural, la propia entrega de la soberanía nacional. Traidores y ladrones se han sabido protegidos para el caso tras el apotegma funesto de que *en Venezuela nada quita ni nada da honra*.

Como la vida se ha juzgado a través de esta concepción concupiscente y cómoda, en la cual han incurrido espíritus de insospechada claudicación, han resultado, en consecuencia, por demás beneficiosos los gobiernos personales e irresponsables. Las razones

sofisticadas que se invocan para intentar en el área de la historia y de la sociología una justificación para el hecho de que permanezcan como forma constante de gobierno los regímenes de fuerza, tienen, por ello, las raíces bien hundidas en el suelo del interés personal.

Los regímenes discrecionales de gobierno poseen una razón transitoria de ser. Montesquieu la explicó muy claramente y Bolívar la definió con meridiana precisión. Hay momentos en que urge echar un velo sobre la libertad política, al modo como se cubrían transitoriamente las estatuas de los dioses, pensaba el severo autor de *El espíritu de las leyes*. Pero en razón de esa lógica heroica y pasajera no se puede aceptar que el manto llamado a evitar la fugaz contradicción entre las garantías del ciudadano y los intereses generales de la sociedad de que forma parte, se convierta en pretexto para encubrir bastardas aspiraciones de explotadores y de mandones.

Puede justificarse el fenómeno antiguo del gendarme como necesidad provisional de que el más fuerte tomase la misión de aquietar el desasosiego provocado por el ímpetu levantisco de un pueblo que gustó la igualdad y la libertad a boca de la República, sin haber conquistado los instrumentos prácticos de defenderlas: cultura intelectual y suficiencia económica. El caudillismo antiguo, tanto en Venezuela como en Argentina, de donde nos fue importada su fórmula “científica”, representó el estado natural de una sociedad donde el gamonalismo cantonal, provocado por la militarización de la guerra emancipadora, tomó formas anárquicas. Unos y otros han sido eliminados hoy por el progreso cultural de las clases trabajadoras y por las nuevas formas que ha adquirido el orden económico, de donde resulta arbitrario y antihistórico pretender eliminar los avances logrados desde 1936 por las ideas democráticas, para regresar a la vieja concepción del gobierno sin

deliberación del pueblo o con una deliberación regimentada por el fraude o la coacción.

Ayer pudo explicarse el prestigio de los caudillos. Gómez exhibía, como timbre honorable, haber derrotado en acción de guerra al propio vencedor del León de Payara. Pese a todo lo disvalioso que pueda imputarse al proceso de la dictadura gomecista, el "Caudillo de Diciembre" se presentaba en el panorama de la Historia vinculado heroicamente con los valores orgánicos de la epopeya antigua. Hoy los caudillos sin historia sólo tienen de respaldo el dominio material de las máquinas de guerra, asegurado por la disponibilidad de enormes presupuestos públicos. Ayer se impuso la plenitud salvaje y gozosa del hombre fuerte; a la hora presente el neogendarmismo no es sino expresión en guarismos militares del poder corruptor del capitalismo oligárquico del interior y del exterior.

No se puede decir, tampoco, que los impulsos hacia la entronización ciega de la fuerza provengan de sectores donde se moviesen vigorosos ímpetus orgánicos. Los más definidos abanderados de esta peligrosa filosofía del hecho de fuerza como expresión neta de la conciencia venezolana –Alfredo Machado Hernández, en su tesis doctoral, y Laureano Vallenilla Lanz, en *Cesarismo democrático*– figuran entre los más distinguidos representantes de las altas capas de la sociedad. El pueblo, en cambio, de donde podría salir la fuerza bruta, piensa de diverso modo.

Menos pueden hallar justificación los apologistas de la dictadura cuando dicen que los hombres viejos debemos fatalmente mantenernos fieles al sistema en que crecimos, nos formamos y empezamos a servir. Las tiempos tienen su ley, tanto en la vida de los hombres como en la vida de los pueblos. Las sociedades pasan por estadios de ascenso y de descenso, que recuerdan las edades filosóficas del hombre. El gomecismo fue una época de

minoría cívica. Fue, además, algo que nosotros hallamos hecho y que después fue superado en el orden de la libertad y la justicia. No sería justificable que quienes gustaron la libertad y la seguridad del régimen de Medina Angarita regresasen a la apología de Nereo Pacheco. Menos aún que aquellos políticos que acompañaron a López Contreras en el camino democrático que hizo posible la realidad medinista se comprometiesen a llevar el país a la irresponsabilidad antigua. La lealtad de los políticos no consiste en mantenerse fieles a sus errores, sino en reconocer estos y buscar su enmienda. Explicar la política de Gómez a la luz de la sociología y de la historia es deber de quienes se interesan por la verdad de nuestro pueblo y por la memoria del Jefe de ayer; pero intentar la justificación de nuestro regreso a las formas subalternas de la dictadura, es error crasísimo. ¿Por qué, en cambio, no se ensaya el altivo tono de voz con que el general Gómez se opuso durante la Primera Guerra Mundial a la política de guerra de los Estados Unidos y a las pretensiones de los países extranjeros que querían hacernos pagar injustas reclamaciones? ¿Por qué no se defiende aquel intenso amor a la tierra nativa, que hizo del Caudillo una especie de brujo rural?

En cambio, “necesito pasar cómoda y tranquilamente mis últimos años” es frase que repiten para explicar su adhesión a la dictadura aun hombres que ayer alcanzaron fama de honestos, combatiendo el gomecismo. Se parecen estos al burgalés Zumel, quien, después de haberse exhibido en las Cortes de Valladolid como portavoz de la resistencia de las ciudades a las pretensiones de Carlos I, terminó por vender su voto al oro palatino, para convertirse, por su conducta, en ejemplo histórico de quienes saben prestigiarse para el provecho del negocio. Por ello, gendarmismo y comodidad son valores que se acoplan en el proceso aniquilador de la República. Comodidad e irresponsabilidad han sido, y continúan siendo, los solos fines perseguidos para sí por las clases

oligárquicas que han arruinado el destino cívico de Venezuela y que con su torpe conducta están provocando una reacción popular capaz de alcanzar dimensiones catastróficas.

Mientras la riqueza minera ha servido para relajamiento de las capas privilegiadas, el obrero y el asalariado de la clase media han aprovechado la oportunidad de mejor remuneración para crearse un nuevo estilo de vida y para formarse un mejor concepto de su misión como factores sociales. La instrucción que hasta ellos ha llegado en estos últimos años y la voz orientadora de quienes les han explicado sus derechos y sus deberes, los han puesto en condiciones de discernimiento frente a los problemas del país, que bien indican su madurez para el ejercicio de las actividades cívicas. Ello lo evidencia el buen sentido con que el pueblo, en medio de su indefensión, sigue las consignas que le señalan los partidos democráticos, mientras las clases altas se afanan por crear artificiales caudillos que les garanticen la irresponsabilidad de su conducta pública.

Al pueblo, para la plena realización de sí mismo, sólo ha faltado el buen ejemplo de los hombres que alcanzaron los sitios de primacía. Él, en cambio, ha presenciado absorto las continuas crisis sufridas por la República, y en ellas ha visto el ejemplo doloroso de la facilidad con que se rompen los vértices morales donde parecía que ganaba máxima altitud la sociedad. De la propia generación valiente y abnegada del 28, surgida, podría decirse, casi espontáneamente, en lo que se relaciona a la falta de rectores extraños, cuántos se han desmoronado al más leve contacto con los instrumentos del poder y de la abundancia económica, y cuántos, al ejercer aquel, olvidaron sus anteriores compromisos democráticos. No radica el daño social en la sola pérdida, para la eficacia de la acción, de valiosos elementos. El problema deja de ser individual

para convertirse en problema colectivo. Nada importaría que esta o aquella persona sucumbiese a la primera prueba positiva. Para lo individual, el caso se resolvería, a la usanza romana, con la *damnatio memoria*. Pero en lo social es todo lo contrario. Su recuerdo queda como ejemplo desalentador para las nuevas generaciones. De los cadáveres físicos se deshace fácilmente la sociedad con darles piadoso enterramiento en los camposantos. Los cadáveres morales mantienen al correr del tiempo el miasma putrefacto que envenena la conciencia del pueblo joven.

Sobre quienes yerran o delinquen en el orden activo de la política recae visiblemente la sanción de la opinión pública, pero a la par suya se mueve el cuadro de los incoloros aprovechadores del poder. Así se autodeterminen "fuerzas vivas" del país, jamás asumen responsabilidad oficial por la cual puedan más tarde ser puestos en evidencia. A su lado aparecen, llenos de faltas, los pequeños funcionarios que soportaron el peso de visibles circunstancias, sin haber, con su censurada conducta, realizado los perjuicios ni recibido los favores que los otros alcanzaron tras disimulados bastidores. De aquellos puede decirse que forman una variada fauna de simuladores y de pacatos, a quienes los hombres bisoños del poder se consideraron obligados a rendir parias, ora por su prestigio social o económico, ora en razón de su habilidad en achaques de leyes, ora en virtud de una falsa fama de rectitud o de sapiencia. A la husma del favor de todos los gobiernos se les ha visto ataviados de la casaca de Casa León, en los jardines de Las Delicias, dedicados a la lisonja del "Benemérito", cuya amistad y favores después negaron; en Las Quebraditas rindieron pleitesía engañosa a López Contreras, y en Miraflores llenaron de falsas palabras los oídos blandos de Isaías Medina; después de haberse expuesto a la risa sarcástica de Betancourt y a la fina ironía del Maestro Gallegos, se

partieron en tres y hasta en cuatro para agradar a los personeros de la dictadura militar. Todos son amigos del orden. Todos motejan hasta de terrorismo a los hombres que buscan un sentido humano para la relación de la política y que exponen la tranquilidad personal para dar ejemplo de inquietud creadora a un pueblo y a una juventud que reclaman la enmienda de sus directores. Se llaman ellos conservadores del decoro nacional, y sólo saben guardar las buenas monedas para sus placeres egoístas, mientras, sin escrúpulo alguno, destrozan las leyes y mercan con la riqueza y con el decoro de la Nación. Al mismo Bolívar, símbolo humano de la nacionalidad, lo utilizan como instrumento adecuado para mentir una supuesta preocupación por los problemas espirituales del país. Encerrados en una concepción mezquina de la política, han adulterado el propio espíritu de aquel que fue todo acción para dar libertad e independencia a la Patria venezolana. En función social no han tenido otra conciencia que el imperativo de su transitoria necesidad. Por ello, no han sabido ni han podido transferir a la Nación una continuidad que le sirviese de fuerza creadora. Se han limitado a hacerla partícipe de su *mens momentanea*.

Se tienen ellos, y así los miró por mucho tiempo el común del pueblo, como los mejores representantes de la sociedad. Su clase la componen los escritores, los legistas, los clérigos, los abogados, los médicos, los ingenieros que, según el caso, han torcido o enderezado letras, leyes, saludes, caminos y conciencias para ganar sus jugosas prebendas o sus ricas comisiones. Al grupo buscan de sumarse incautamente muchos individuos de modesto origen, que en llegando a despuntar en orden de la economía o de la cultura, se tornan traidores de sus propios estamentos y juguetes dóciles de los intereses oligárquicos. Cuando la juventud los esperó fieles a las buenas palabras enunciadas en la tribuna, escritas en el libro y en el periódico, repetidas en el club, en la academia o en la cátedra,

aparecieron, por lo contrario, en alegre comparsa con los censurados de ayer, a quienes para justificar su conducta actual, encuentran notablemente superados en el orden del servicio. ¡Triste espejismo les hace creer que aquellos cuya conducta criticaron ayer han subido hasta su antiguo y roto nivel, sin darse cuenta, los pobres, de que son ellos quienes han descendido hasta la humillada sima de los otros!

¿Cuál es, en realidad, la causa de la constante traición de los tenidos por mejores?... Al correr de nuestra accidentada y dolorosa historia, hallamos, entre los tantos elementos que explican la deficiencia de nuestra vida pública, la extraordinaria influencia que en el orden de la economía general ha desempeñado el poder, ora por el apoyo ofrecido a los negociados y por la garantía prestada a quienes se le rinden sumisos, ora por ser el presupuesto fuente de mantenimiento de una numerosa y sumisa burocracia. Tampoco, en el orden de la función pública, se sustituyeron uno por otros los partidos políticos. Se sustituyeron simplemente hombres, a quienes de inmediato rodea el incondicionalismo de los servidores del régimen pretérito. Estar con el poderoso es un medio de vida puesto en ejecución por los endebles y oportunistas felicitadores, que se muestran partidarios entusiastas del hombre combatido hasta la víspera. Sin doctrina, sin principios, sin otros propósitos que servirse de las fuerzas de la Nación, los hombres se acostumbraron a moverse en torno al gobernante como las moscas en torno a rico pastel. Se careció de rumbo que guiase la política de los grupos personalistas, por cuanto hubo una permanente carencia de sistemas que dieran marco a la verdad sobre la cual tomasen cuerpo y fuerza los principios. Un país sin sistema puede calificarse, dentro de la fenomenología social, como país sin verdades. Casi un antipaís. Entre nosotros, las nobles causas fueron sustituidas por las apetencias vulgares, y ser del gobierno llegó a constituir consigna con que se granjearon

beneficios, ora en posiciones oficiales, ora en la privanza de quienes ayudan a hacer buenos negocios. Ha llegado a tales extremos la necesidad de tener figuración en los cuadros del Gobierno, que aun hombres que pudieran considerarse económicamente independientes y libres, dieron y dan sus nombres y el nombre de sus hijos a las listas serviles y medrosas de adherentes al oficialismo.

¿Qué no hemos hecho?... Largo proceso de hombres caídos, contra los cuales son pocos, tremendamente pocos, quienes puedan arrojar la primera piedra, nuestra historia reclama una profunda y centrada meditación. Panteón de estatuas mutiladas o descabezadas, el de nuestro pasado político ofrece temas de valor extraordinario. Sin embargo, queda en el recuento de personajes históricos muchos nombres con fuerza y eficacia para hacernos ver cómo no es ley obligada el conformismo pregonado por los agoreros de la dictadura. Cierto que hombres llamados por su altitud moral, por su cultura intelectual, por su posición social, por su prestigio universitario, han traicionado, por acción u omisión, a las generaciones que esperaron de ellos el ejemplo decoroso y altivo con cuya repetición y difusión se hubiera salvado la República. También la Historia ofrece nombres que, probando la posibilidad de la conducta contraria, son testimonio de la perdurabilidad fecunda de los ideales desamparados.

Contra los que escudan la entrega o la inacción tras la frase pesimista y medio cínica de "¡qué se le va a hacer a esto si así hemos sido siempre!", erijamos el ejemplo antiguo de los nobles varones que no traicionaron su conciencia ni sembraron cizaña en el trigal. Los hombres son lo que quieren ser. No existe ley alguna que impida la ascensión de nuestra Nación. Estamos justamente viendo el esperanzado ejemplo de las masas populares. Todos los días afinan su conciencia de clase y procuran mejorar sus instrumentos de de-

fensa. Sólo en los altos cuadros, tenidos por portavoces de la cultura nacional y por expresión de la fuerza moral y económica del país –doctores, clérigos, periodistas, escritores, banqueros, industriales, comerciantes y terratenientes– permanece inalterable la vieja conciencia sensualista, que pone por delante el beneficio y la comodidad como regla de acción pública. Sin embargo, a la minoría histórica de hombres que supieron cumplir con su deber hace par, también, una minoría cargada de sufrimientos, que se empeña en seguir mostrando, dentro y fuera de la República, que la vida social tiene a la mayoría cobarde y placentera que a todo se conforma de grado o por temor de comprometer la tranquilidad individual; existe una minoría que sabe vencer el miedo y la prudencia culpables, para decir la verdad sobre nuestra honda crisis, agrandada hasta límites de vergüenza por el silencio público de quienes, sirviendo a la opresión, hacen gala en el radio doméstico de su disconformidad con los procedimientos de los gobernantes. ¡Embajadores, Senadores y aun Ministros que se dicen forzados por el régimen a asumir posiciones en que se sienten inconformes!

El peligro hace a los hombres y a los pueblos. Al generalizarse la virtud heroica, los hombres encuentran un canon funcional que da unidad a sus acciones. No se necesita para ello la inminencia de un peligro bélico en el orden positivo de la Nación. Al mirar con ojos claros hacia todos los vientos de la hora, en cualquier parte asoman señales que prueban la quiebra de la República. ¿No es suficiente saber que se conspira contra la dignidad de la República para ponernos todos a la obra de salvarla? ¿Se necesita, acaso, que una potencia extranjera llegue a hollar materialmente el decoro nacional para que los ciudadanos salgan a una a defender la Patria y resuelvan olvidar mutuamente los odios estériles que mantienen en espantosa anarquía a la sociedad?...

De nuestro pasado debemos tomar, no la lección de pesimismo aconsejada por los conformistas que sólo ven lacras y defectos en el pueblo, sino las lecciones magníficas que nos dan los hombres ejemplares. Bolívar y los grandes varones de la nacionalidad reclaman algo más que el culto de beatería que les ofrece el oficialismo. No pide el Libertador para su tumba y sus estatuas homenajes de coronas colocadas por quienes tienen las manos cargadas de pecados contra la República. Al fariseísmo de las honras palabreras e hipócritas, rendidas por los mismos hombres que colocan dioses extraños en los altares de la Patria y que traicionan la libertad y el decoro del pueblo, es preciso oponer una realidad creadora, que haga posible tanto la dignidad interna como la dignidad internacional del país.

Falta, debemos decirlo una vez más, una conciencia de fin que dé unidad a la acción colectiva. Carecemos de fe en nosotros mismos, por cuanto nos falta esa conciencia finalista. Jamás, después de la emancipación de España, nos hemos preocupado por crear valores que pudieran haber dado carácter de unidad al esfuerzo disperso de los hombres. Al recto y aglutinante sentido de lo nacional, hemos preferido un patriotismo romántico y disperso que, satisfaciendo la sensibilidad con la mera evocación de la epopeya, nos ha llevado a erigir la desorientación en categoría permanente. Los valores morales llamados a formar el canon social fueron reemplazados por posiciones egoístas y opuestas, consiguientemente, a la actitud alegre y extrovertida que sirve de manadero a la confianza. Lejos de haber trabajado aunadamente por una Venezuela que garantice a todos el cumplimiento de su humano destino de plenitud y de libertad, cada quien se hizo una Venezuela quebradiza en lo moral y ubérrima en la ventaja del hartazgo individual.

Vivos, aunque soterrados, están los hilos que unen nuestro presente con el pasado glorioso que dio a Venezuela puesto cimero

en el orden institucional de América. Es preciso insuflar de nuevo ese viejo espíritu de sacrificio y de dignidad en todas nuestras instituciones. Los hombres viejos ya no podremos tal vez hacerlo. Llevamos tantos pecados a cuestas, que sólo el reconocerlos nos alivia de responsabilidad y sirve a los jóvenes de avisos para no caer en ellos.

Es necesario recordar a nuestros hombres civiles y a nuestros disciplinados soldados que no existirá ninguna República mientras cada quien no sienta sobre sí la carga de la responsabilidad que le compete como miembro de la comunidad. Iguales en esencia nacional los unos y los otros, quizá sea mayor la responsabilidad de quienes tienen la nobilísima misión de custodiar las armas destinadas a defender las instituciones y a hacer efectiva la seguridad social, mayor aún en el momento presente del país, en razón del compromiso que tienen de justificarse ante la Historia por la funesta irrupción deliberante que en 1945 hicieron como cuerpo en la política de la República. Si ayer el Ejército sirvió de sostén pasivo a la política de los caudillos, hoy se ha avocado imprudentemente, por sí propio, al peligroso ejercicio de funciones privativas del mundo civil.

Tampoco existe razón para que prosiga el divorcio medroso entre pueblo y Ejército. Este lo forman los mismos ciudadanos que, junto con los paisanos, integran la gran masa del pueblo. Tal vez ocurrió que, después de cumplida por el pueblo armado –eso fue nuestro glorioso Ejército Libertador– la portentosa misión de asegurar en los campos de batalla la República planeada por los ideólogos del civilismo, el viejo Ejército de las grandes victorias de la libertad fue tomado por el espíritu de las montoneras que soportaban la voluntad de los dispersos caciques. Más tarde, al ser anulada por el Caudillo único la acción de los personeros del gamonalismo regional, quedó el Ejército regular como sustentáculo del omnímodo poder de aquel.

Durante los últimos años nuestros cuerpos castrenses han mejorado extraordinariamente en el orden técnico y en lo que dice a comodidades para la vida del oficial y del soldado. Sin embargo, el Ejército prosigue divorciado del pueblo. En un afán de pronunciar la distancia se ha intentado crear para los cuerpos armados un sentido mesiánico, que los colocaría sobre el propio orden institucional de la República y que los aleja aún más de la realidad del pueblo de donde salen sus componentes. Engañados oficiales y soldados por medio de esta hábil y funesta falacia, han sido llevados incautamente a constituirse en adversarios de las fuerzas populares y en dóciles cómplices de los mercaderes que venden diariamente un nuevo jirón de la dignidad nacional. Lejos de estar sirviendo al pueblo, al orden y a la paz, el Ejército, sin advertirlo, está sirviendo hoy al grupo de enemigos de la nacionalidad.

Pueblo y Ejército, clases dirigentes y clases que pugnan por ascender en el orden lógico de la suficiencia, reclaman una nueva acción conjugante que salve la dignidad democrática y la dignidad nacional de la República. A la hora presente de América es requerido romper los viejos amañados moldes de la política y ganar nuevos métodos para alcanzar la plenitud creadora de Venezuela. Cuando la economía pública y la economía privada han logrado su mayor desarrollo y el país cuenta con posibilidades para grandes creaciones en el orden material de la Nación, sólo urge que esa acción de progreso tenga también su lógica expresión en el campo de la política, de la moral y de la cultura. De nada valen magníficos establecimientos penales, donde van a dar con sus huesos ciudadanos que resisten la dictadura.

El camino de la desesperación que pintan los negadores de las virtudes del pueblo ha de ser reemplazado por el ancho y seguro camino de la confianza en nuestras cualidades de excepción. Pueblo lleno de excelentes aptitudes, el nuestro sólo reclama una generosa

dirección. Tan maleable es a los ejemplos que le transmitan los hombres dirigentes, que político de la experiencia del viejo Guillermo Tell Villegas Pulido refería en cierta ocasión cómo la gente del tiempo de Guzmán Blanco cultivó barba al estilo de Napoleón III, cuando el Ilustre Americano la importó de Europa; cómo en la época de Crespo se empeñaron los buscadores de la gracia del Héroe del Deber Cumplido en mostrarse de tarde por las calles de Caracas luciendo el garrasí y el liquiliqui de los llanos; cómo, cuando gobernaba Rojas Paúl, las iglesias se mantenían llenas de fervorosos devotos; cómo en los alegres tiempos de Andueza Palacio era título de altura frecuentar la amistad de las grandes artistas de la ópera y producirse en grandilocuentes discursos; cómo, cuando Castro era presidente, nada estuvo tan de moda como poner la “Cuadrilla” y los “Lanceros” en los frecuentes bailes con que era festejado el “Invicto”; cómo en tiempos de Gómez era obligado a quienes querían alcanzar prestigio dominguero en Maracay, convertirse en expertos galleros o en apostadores alegres a las espuelas de los buenos gallos de los Muchachos. Y decía esto el desenfadado político para advertir en 1939 a un grupo de ministros que la flamante Contraloría General de la Nación no pasaría de ser un elefante blanco, destinado a aumentar el papeleo burocrático, si los hombres de arriba no resolverían dar ejemplo de pulcritud administrativa.

Nuestro pueblo ha estado pendiente del ejemplo y de la palabra de los mayores. Cuando se acercan a dialogar con él los hombres que se dicen portadores de la verdad y de la esperanza, sabe distinguir la buena de la mala palabra. Ya no sigue al primer gritón de esquina que lo invite a engrosar las malas causas, ni se deja llevar ciegamente por el primer simulador que escale cátedras encumbradas. Fina es la antena suya para captar el sentido de las frases y para distinguir la voz de quienes le pintan el buen camino, de

la voz melosa e insinuante de quienes intentan engañarlo. Parece dormido e indiferente, pero ha probado que a la hora de la verdad sabe decir su palabra, no por medio de la algazara y del bochinche, sino a través de los instrumentos del civismo. No se le oye. No se le atiende. No se obedece su querer soberano. Pero él sigue con la misma fe en su destino. Callado. Paciente. Vigilante.

Por ello, más que hablar al pueblo humilde, es necesario hablar a las clases y cuerpos obligados a revisar su conducta histórica frente a las masas. De esa revisión podría lograrse un sentido de equilibrio, que deje comprender a los grupos dirigentes cómo, para evitar que la vieja pirámide social sufra un vuelco de posición y el vértice se vea aplastado por la pesadumbre de la base, es urgente empezar a cambiar voluntariamente la configuración geométrica de la sociedad y buscar un apropiado juego de líneas que haga fácil la rotación de las aristas, sin riesgo de que se quiebre la armonía del conjunto social. Para lograrlo, es preciso crear lealmente una unidad de fines en la conciencia nacional. Se necesita que frescos valores humanistas revitalicen, en un sentido de cooperación, la obra general de la comunidad. Sobre la realidad diferencial de nuestra historia, como en tronco fecundo y vigoroso, injertar los conceptos universalistas y creadores de la nueva justicia social.

Si, en cambio, las llamadas clases directoras y las Fuerzas Armadas que sostienen el aparente equilibrio del Estado, no procuran en tiempo solucionar el hondo y crecedero problema creado por los nuevos odios sociales y personales, no habrá mañana voces capaces de calmar el vendaval de la venganza ni ceniza bastante para apagar las llamas del incendio voraz…

San José de Costa Rica, 19 de enero de 1953.

## *AL LECTOR*

*Estas líneas, escritas en San José de Costa Rica, fueron meditadas en Caracas durante el curso angustioso del mes de diciembre de 1952. Carecen de erudición, por cuanto al redactarlas no tuve libros de historia patria que me hubieran ayudado a dar mejor presentación a las ideas que en ellas expongo. Mi sola intención al escribirlas ha sido corresponder por hoy a la voz de algunos jóvenes que me pidieron, a la hora de abandonar el país, unas nuevas palabras sobre el problema de nuestra crisis de pueblo.*

*Como doloroso contraste con la realidad de mi Patria, me ha tocado revisarlas y corregirlas en esta ciudad clásica de la tolerancia, justamente después de haber visitado en Aalsmer los famosos mercados donde se ofrecen en venta, para Holanda y para el mundo, las maravillosas flores cultivadas en sus fecundas praderas. En medio de los sencillos campesinos que llevaban su polícroma mercadería a los grandes distribuidores, sentí mi espíritu estremecido por el dolor, lejano y vecino siempre, de una Patria donde sólo se cultivan las ortigas y los cardos espinosos de un odio sin razón, el cual amenaza la propia estructura de la República.*

Ámsterdam, 12 de marzo de 1953.

# DIMENSIÓN Y URGENCIA DE LA IDEA NACIONALISTA
## (Pequeño discurso sobre venezolanidad y americanidad)

*MOTIVO*

*DURANTE el primer tercio del siglo XIX llegaban de América al Viejo Mundo ecos ardorosos aún de la lucha portentosa que allá se realizaba en pos de la libertad y del derecho de los pueblos. Las proezas de Aquiles y los consejos de Néstor revivían en el brazo y en los labios de los valientes y austeros patriotas del hemisferio occidental. Entusiastas y audaces jóvenes de Europa tomaban apresurados e intrépidos las naves que los llevaban a sumar su esfuerzo al de los heroicos adalides de la epopeya americana.*

*Metal de diálogo griego tienen las palabras con que el venerable irlandés O'Connor preguntaba a Bolívar si su hijo se conducía de un modo digno de su nombre, de sí mismo, de su familia, de su desgraciada pobre patria y de la causa que estaba defendiendo. Los oídos de todos los hombres libres de la vieja Europa estaban, pues, a la espera de nuevas sobre el curso seguido en América por los gloriosos ejércitos de la Libertad. Vivía el Viejo Mundo la alegría parturienta de la América nueva.*

*Comenzaba entonces en nuestro continente indohispano una época fresca de la historia universal, durante la cual se esperaba ver realizado en un mundo de confluencia ecuménica, el nuevo*

*humanismo de la libertad, de la igualdad y del decoro. El proceso aglutinante de razas y de pueblos, cumplido con hondo sentido de humanidad en la entraña liberal de las colonias hispánicas, ya daba su fruto esperanzado. A la superficie de la política surgían flamantes repúblicas, llamadas a ser testimonio del progreso continuo del espíritu.*

*Sin embargo, al lograr perfección la libertad exterior y tomar carácter autónomo las nuevas unidades políticas, quedaron en ellas, como precio de la victoria y en bulto de actualidad, elementos subalternos, destinados en buena lógica a tomar de nuevo su composición secundaria en el orden del poder. Largo proceso de luchas entre esta parte disvaliosa, aún no fundida del todo por la cultura y la parte que vocea los derechos permanentes de la libertad y del decoro cívico, ha llenado la historia de América. La hora helénica en que fue elaborada la gesta de la libertad ha sido sustituida por la hora fenicia de la república rendida al soborno de los mercaderes extraños. El mensaje que entonaron nuestros padres con voz cargada de dignidad y altivez, fue trocado con el silencio de bocas ocupadas en bajos menesteres. Al problema interior, se sumó el problema de las fuerzas foráneas que buscaban el aprovechamiento de las grandes riquezas encerradas en nuestros territorios. Unos y otros hicieron causa común para el negocio. Los herederos de los grandes patricios volvieron hacia la pared la efigie comprometedora de los antepasados y sustituyeron el indumento del decoro antiguo por el disfraz del rendido pitiyanqui. Estados Unidos comprendió que la irresponsabilidad política de los países latinoamericanos es su mejor aliado para que los nuevos ejércitos de la ocupación pacífica –financistas, industriales, comerciantes– pudieran rendir sin alarde alguno la voluntad engañada de los pueblos. Suyo ha sido, en consecuencia, el empeño de mantener la división exterior de nuestros países y la división*

*interna de sus pueblos. Suyo ha sido, también, el propósito de fomentar métodos y corrientes de ideas que susciten el agotamiento de las fuerzas que pudieran oponerse a la nueva conquista de la libertad, principales entre ellas la desgana por el derecho y el menosprecio ostensible de sus frutos.*

*Ya no se lucha por principios encaminados a fijar una posición cualquiera. Se lucha abiertamente por acabar la vieja república democrática y por erigir en lugar suyo un orden personal de fuerza, que facilite el aprovechamiento de los países por los intereses del imperialismo.*

*En Venezuela, como en Chile, como en Bolivia, como en Panamá, como en Argentina, como en Guatemala, como en Brasil, como en Costa Rica, se ha venido formando un denso sentimiento nacionalista, que tanto persigue el equilibrio en las fuerzas que dirigen al pueblo, como la intervención en los intereses que detentan la riqueza nacional. El nacionalismo, como movimiento integrador, sabe que solamente bajo un régimen de unidad de voluntades puede realizarse la eficaz defensa de los contornos nacionales de la Patria. Por ello, sus planes de lucha miran a la manera del estar político del país y a la manera de ser el país en el orden de la política internacional. Las armas contra el enemigo de fuera no pueden estar para tal evento en manos que diariamente corren el nudo a la garganta de aquellos que claman por la efectividad interior de la República. Sus grandes instrumentos de lucha son la unidad y la concordia del pueblo, como garantía de un frente democrático que asegure la libertad interior y el decoro exterior del país.*

*En los últimos años yo he dedicado por entero mi trabajo de escritor a la defensa de la idea nacionalista. Mi obra, ya larga de historiador, está también consagrada al estudio del suelo histórico donde arraiga el árbol poderoso de la Patria. En mi modesta labor de servidor público, puse siempre de norte los intereses autonó-*

*micos de la República. Hoy, fuera del país, comprendo que nada me acerca tanto a su corazón dolorido como proseguir románticamente –según dicen los compatriotas perdidos para las empresas del espíritu–, la obra paciente y sin lustre actual de defender sus signos esenciales.*

*Razones geográficas avivan mi angustia en el momento presente. A la vieja Europa, donde hoy forzosamente vivo, no llega nada que se parezca a las voces poderosas que venían de América en aquellos tiempos que parecen sueños, cuando Lord Byron bautizaba su yate con el nombre de "Bolívar" y en la propia Grecia, renacida para la libertad, estaban pendientes los jóvenes patriotas de la suerte de los nuevos homéridas de América. Al viejo mundo viene, en cambio, el eco doliente de la inmensa tragedia que sufre nuestro continente mulato, presa, en la mayoría de sus repúblicas, de burdos tiranos, y estrangulado, en su gran conciencia de pueblo, por la fuerza avasalladora del imperialismo norteamericano. Ya no llega a Europa el mensaje que inició nuestro mundo el siglo pasado. En sustitución de aquellas voces claras, altivas, ejemplares, se oye el eco sordo del antiverbo que ha logrado derrotar, para el brillo exterior, a la palabra orientadora del civismo. Corresponde, por ello, a los evadidos del silencio, mostrar que en el Nuevo Mundo latino hay todavía conciencias en cuyo fondo libérrimo vive la fe en el porvenir de la libertad.*

*M.B.I.*
Madrid, 5 de julio de 1953.

*Sin embargo, Jeroboán, rey de Israel, no creyendo con ánimo impío a Dios, a quien por experiencia había hallado propicio y verdadero en haberle prometido y dado el reino, temió que, acudiendo sus vasallos al templo de Dios, existente en Jerusalén (donde, conforme a la divina ley había de presentarse toda aquella nación para ofrecer los sacrificios), se los sonsacasen y volviesen a rendir vasallaje y obediencia a los hijos de David como a descendencia real; para impedirlo estableció la idolatría en su reino, regañando con impiedad nefanda al pueblo de Dios, y obligándole, como lo estaba él, al culto y reverencia de los ídolos. Mas, no por eso dejó Dios de reprender por sus profetas, no sólo a este rey, sino también a los que le sucedieron e imitaron en su impiedad, y al mismo pueblo, porque entre ellos florecieron aquellos grandes y famosos profetas que obraron tan portentosas maravillas y milagros, Eiías y Eliseo, su discípulo. Y diciendo Elías: "Señor, han matado a tus profetas, han derribado tus altares; yo he quedado solo y andan buscando ocasiones para quitarme la vida", le respondió Dios que aún había entre ellos siete mil personas que se habían arrodillado delante de Baal.*

San Agustín, *La ciudad de Dios*, Libro XVII,
capítulo XXII.

CUANDO ESCRIBÍ mi ensayo *Mensaje sin destino*, no había advertido aún la fuerza que tienen en la conciencia del pueblo las consignas de la unidad en torno a los valores que concretan la razón histórica y geográfica del país. Por la aceptación que alcanzó aquel

estudio, me fue fácil comprender cómo nuestras masas están maduras para la inteligencia del problema nacionalista.

Nuestro pueblo tiene ansia de sentirse y realizarse en venezolano. Rechaza nuestro pueblo todo ordenamiento enderezado a aminorar la fuerza de su soberanía y a disminuir el tono de su independencia.

Si en realidad las clases altas están comprometidas en una política entreguista, la mayoría del pueblo piensa y siente de distinto modo. También las clases altas –las "minorías traidoras" de mi anterior ensayo–[1] están empeñadas en dar vigencia a conceptos contrarios al destino republicano de la Nación; las otras clases, empero, piensan y sienten también de diversa manera.

Todo movimiento que aspire a ser mirado como expresión de los intereses del pueblo ha de proclamar como tema irrenunciable la defensa de la nacionalidad. Entre los votos más ingenuos y vivos de las masas están, tanto la realización de una política popular en lo que se refiere a la técnica del poder, como la defensa de los valores que integran el tuétano de lo nacional. Ningún partido que pretenda usar con legítimo derecho el cognomento de popular puede desechar estos dos puntos claves para su estructura programática.

El tema del nacionalismo, sin embargo, es tomado por muchos en un sentido contrario a sus propios valores de creación en el orden del pueblo. Arturo Uslar Pietri disintió en la prensa de Caracas de las tesis tradicionalistas sobre las cuales Mariano Picón Salas, Miguel Acosta Saignes y yo hacíamos gravitar irrenunciables valores de la nacionalidad. Quiso mostrarse Uslar Pietri por avisado amigo del progreso frente a un supuesto destino de gotoso tinajero, fomentado por nosotros como finalidad nacionalista. Provocado el deba-

1. *La traición de los mejores*, Madrid, Edics. Bitácora, 1953, 84 p., (véase el ensayo en este mismo volumen. Nota del editor).

te, Uslar Pietri, volviendo sobre la responsabilidad de su autorizada pluma, buscó oportunidad de rectificar juicios precipitados. Igual cosa hubieron de hacer otros compatriotas que habían confundido el alcance de la campaña que varios escritores veníamos realizando en orden de exaltar los valores tradicionalistas del país.

La problemática del tradicionismo no se reduce a la simple consideración de un férreo mantenimiento de formas elaboradas por el tiempo. El tradicionismo indica sobre todo búsqueda de sustancia creadora y de realidad operante. Las formas son meros aspectos que pueden coadyuvar a hacerlas más respetables. A pesar del aparente modernismo, más tradicionista, por ejemplo, es el movimiento que persigue el retorno de la liturgia católica a la lengua vulgar en que eran celebrados los oficios divinos en la Roma primitiva, que la defensa de los sacramentos venerables que fijaron normas latinas para nuestro rito occidental. Como función de comunidad, la liturgia usaba el idioma popular que, en la Roma imperial, más era el griego que el mismo latín para la gente de Cristo. El retorno del culto al carácter comunitario de la vieja Iglesia cristiana pide que se celebre en los idiomas hoy heredados de la popularidad funcional de las viejas lenguas, cuyo uso mantiene los misterios a hierática distancia del sentido del pueblo. Tampoco está la fuerza del tradicionismo inglés en pelucas, mazas y hopalandas que recuerdan estilos medievales. Más que signos exteriores, precisa buscar en él la resistencia de altivas instituciones que han sabido luchar contra la misma Corona en pos de fortaleza para los sistemas defensivos de la personalidad humana. Por las mismas razones, cuando se desarticulen procesos históricos ha de buscarse en el orden civil, no la sucesión de los modos externos, sino el hilo de las esencias que hayan podido quedar opacadas por el uso continuado de estilos carentes de legitimidad. Aún más, la convalidación de las raíces de una tradición va hasta buscar más espacio y nuevo

tiempo al grumo de ideas que potencialmente vivían en el ideario de los Padres antiguos. Una revaluación de Sucre no tendría que detenerse en una amañada justificación de las prácticas esclavistas, que, al igual de los grandes repúblicos del Norte y del Sur ejercitara el Mariscal; ni una revaluación de Bolívar significaría proceso alguno para convalidar ideas por él tomadas del común ambiente y que el mismo pueblo ha superado en razón del progreso continuo del espíritu. El valor histórico y tradicional de los directores de pueblos ha de considerarse tanto en la especificidad momentánea, como en la fuerza germinativa ofrecida por sus ideas y sus anhelos en el orden por venir. Eisenhower, pongamos por caso, podría hacer suyas las ideas de Lincoln, pero posiblemente Lincoln no se adaptaría hoy a la praxis política del risueño Presidente del Norte. En nuestra América mulata, ¿estaría Bolívar con los hombres que hoy defienden el entreguismo traidor o con quienes lo miramos aún como patrón de la humana dignidad de nuestros pueblos sufridos? ¿A quién puede llamarse con más propiedad representante del pensamiento de Bolívar en el mundo político de América, a Paz Estensoro o a Laureano Gómez? ¿Escogería Bolívar sus aliados para la nueva revolución por la libertad, entre los graves doctores y los bachilleres inflados de las sociedades bolivarianas o entre la gente de la calle, que ha expuesto vida, libertad y sosiego por la causa de la República...? Con meridiana certidumbre buscaría Bolívar a quienes han sido fieles a la tradición de autonomía y de decoro que sirvió de basamento a la institucionalidad primitiva y no a los que trocaron con la pecaminosa comodidad el riesgo que da signo de nobleza a los esfuerzos desinteresados de los patriotas.

Para atacar nuestra posición, hase invocado también el supuesto sentido excluyente que pareciera derivarse de los valores nacionalistas. Dicen, al efecto, que el nacionalismo corresponde a una actitud de desdén hacia el resto de la comunidad humana y

de ignorancia crasa del propio fin histórico del hombre como ser dotado de conciencia ecuménica. Nuestro nacionalismo no aspira a tanto. Encuadrado en líneas por demás modestas, nuestro concepto de nacionalización no representa agresión ninguna contra lo forastero, sino búsqueda de una actitud integradora del ayer y del hoy, como valores aglutinantes y defensivos de la realidad presente. Perseguimos la exaltación de lo nuestro, no en un afán delirante de superioridad, sino como recurso que fortalezca nuestra propia personalidad de pueblo. Por medio de una labor paciente de rebusca de viejos valores desechados por la moda, procuramos revivir la fuerza de factores de aparente subalternidad, que, en cambio, contienen vivencias capaces de despertar espíritus en trance de disipación nacional.

Los pretensos defensores del universalismo no se abajan a considerar que el nacionalismo es tránsito fecundo hacia la posibilidad de realizar lo universal. Para que los pueblos puedan conjugar su fuerza y su conciencia, necesitan robustecer la una y definir la otra. La fuerza y la conciencia de los pueblos no medran y crecen si no se las defiende de lo espúreo y corruptor que pueda venirles de otros sitios. Para que adquieran vigor, es preciso hacerlas vivir de acuerdo con la propia gravedad que les señala su historia. La fisonomía, el rostro, el carácter de los pueblos necesitan la permanente deglución de los viejos valores forjados por el tiempo. No para gustarlos en actitud fetichista que lleve al espasmo inhibitorio, sino para acondicionarlos para el movimiento nuevo. Por eso he insistido en presentar la tradición en su justa y fecunda dimensión de entrega del legado que formaron las generaciones anteriores, el cual, a su vez, las nuevas generaciones están en el deber de reelaborar conforme al aire de los tiempos actuales.

Una historia cuyo erróneo cultivo llevase a ahogar el ímpetu nuevo de los pueblos, sería historia falsamente colocada en el orden

de los valores populares. Contra esa supuesta historia de anquilosis y de moho, sí precisa ir con todo empeño. Contra esa historia de apoteosis y coronas he quebrado más de una lanza. Pero tal no es el caso nuestro. Lejos de sufrir nosotros una sobresaturación de Historia, que impida su propia y racional asimilación, carecemos de un exacto sentido histórico. Nos faltan vivencias colectivas capaces de acondicionar nuestra marcha de Nación. Se nos ha ofrecido por historia una serie de cuentos heroicos y de fábulas divertidas. Se nos ha dicho también que son historia, llamada a ocupar sitio ejemplar en el orden formativo de la sociedad, los traspiés que bastardos impulsos han provocado en el paso de las instituciones republicanas. Negados a ver la parte austera y ejemplar del pensamiento y de la acción de Bolívar, hemos consagrado un culto ambiguo a sus glorias de Libertador, hasta parar en hacer de él una manera de piscina probática, donde lavan sus manos cargadas de pecados los propios traidores de la nacionalidad.

Defender la integridad de la casa, los muros de la ciudad, los linderos de la Patria, no constituye negación del valor ecuménico del hombre. Con tal defensa se intenta apenas determinar distritos precisos al derecho de los hombres, de las familias, de los pueblos, de las repúblicas. El problema de la universalidad entraña una paradoja. No se pueden sumar para la realidad unitiva de las naciones sino pueblos enteros. Sumar repúblicas, colonias y factorías es tanto como sumar gatos y ratones. Mientras más igualmente pujantes sean las voces de los socios, mayor equilibrio habrá en sus determinaciones. Mientras más enteros sean los pueblos que concurran a la anfictionía de las naciones, más seguro será el buen éxito de los acuerdos. Lo que quiebra la armonía, son las diferencias engendradas por una mala distribución de la justicia. Las naciones tienen, como las sociedades comunes, un orden de derecho.

Jamás se ha mirado por correcta la actitud del vecino poderoso que se meta a juro en nuestro predio para lucrar con nuestras siembras. Por demás insolente y vejatorio se considera aquel viejo derecho de pernada de que se dijeron titulados los fieros señores feudales.

Entre los pueblos existe, aunque incumplido, un orden que indica a cada cual lo que es suyo. Eso es simplemente lo que se busca en la relación del pequeño con el grande. Si el más alto quiere tener bien cubiertos los pies, labre en el día la larga manta y no intente desnudar en la noche al vecino indefenso. Nacionalista se llama la actitud de quien defiende su manta y procura mantener en el orden internacional la digna posición que asegura su categoría de nación independiente a la Patria de que es hijo. Ese nacionalismo sin agresión ni chovinismo tiene comienzo en la casa, en el pueblo, en la región. Como eficaz para sus fines, reclama el mantenimiento de un orden de suficiencia que asegure la paz y la abundancia de la mesa, la fresca presencia de las rosas en la sencilla maceta, la amplitud y el seguro constante en las bardas hogareñas. Ese sano nacionalismo, emparejado con la dignidad cívica del pueblo, quiere el racional provecho de la riqueza, el vigoroso mantenimiento de la tradición cultural, el adecuado abastecimiento de los graneros y las fuentes. Ese nacionalismo fecundo y salvador pide un mejor laboreo de la tierra, para que el pueblo produzca lo que necesita y para que no dependan sus despensas de despensa ajena; pide que la industria salte sobre su estado actual de dependencia y logre la verdadera autarquía creadora; pide, también, que se defienda al consumidor de las fauces insaciables del comercio internacional.

Vértebra de lo nacional es la comunidad de los valores tradicionales que conyugan y configuran el alma del pueblo. Sin ella, las naciones como la nuestra llegan a carecer de fuerza resistente. Para podernos bañar, como quiere Unamuno, en las aguas vivas

de la humanidad eterna, necesitamos asegurar nuestra propia ensenada en el océano de la historia universal. Para que fructifique el buen sarmiento de la universalidad, debemos robustecer el tronco particular donde aquel ha de injertarse. Defender lo característico de cada pueblo no representa una actitud negada a recibir el aire creador de lo universal, sino una posición encaminada a asegurar los medios de retener las semillas fecundantes que la ventisca del eterno progreso conduzca hasta nuestra área nacional.

El nacionalismo no se opone a la pluralidad ecuménica, ni menos aún significa actitud pretenciosa de intervenir en el orden de la Historia con presindencia de otros pueblos. El nacionalismo agrupa y define valores e intereses que, reteniendo la comunidad de diversas circunstancias, entran luego a jugar en el orden mayor de otros valores similares. El nacionalismo, lejos de crear actitudes disgregativas, acumula signos para el agrupamiento máximo. Para que Venezuela gane la integridad de su fisonomía histórica y tenga voz clara en la grande anfictionía de los pueblos, necesita reelaborar continuamente en su crisol nacional los valores de cultura creados por las sucesivas generaciones que integran su riqueza histórica y adecuarlos para su perenne fecundidad al aire del progreso de los tiempos. En ese mismo crisol, con marca nacional, deben tomar forma nueva las ideas, los conceptos, los sistemas que produzca el curso incesante de la cultura universal. Hay una grande diferencia entre tener doctores o técnicos nacionales formados integralmente en universidades extranjeras, y contar con doctores y técnicos formados en universidades nacionales, que hayan mejorado estudios en otros centros culturales. Si en realidad el país está urgido de la buena técnica que ofrecen entidades forasteras, la aplicación de sus líneas a nuestro progreso interior necesita la experiencia de quienes están en el secreto de las posibilidades nacionales. Hasta las normas de la puericultura han de adecuarse al ambiente del lu-

gar. Para que Latinoamérica robustezca su posición de continente libre, donde habrá de desarrollarse plenamente el nuevo aspecto de la cultura mediterránea, tropicalizada e influida por la confluencia de pueblos en primitivo frescor, tiene por fuerza que conocer en su desnuda validez y defender en su plenitud de esencias creadoras, los distintos grupos de hechos históricos y culturales que dieron y dan continuidad a sus formas de existir, y tiene que proseguir el proceso autónomo de su cultura.

Muy diverso resulta nuestro nacionalismo latinoamericano del nacionalismo alemán de Hitler o del nacionalismo italiano de Mussolini. El nuestro es una mera actitud de protección frente a tendencias disgregativas provocadas, tanto por la falta de módulos internos, como por el propósito foráneo de mantenernos incursos en esquemas político-económicos contrarios a nuestra propia realidad de pueblo. El nacionalismo de los dictadores que creyendo hacer historia universal llegaron, por sus errores, a dar aspecto de justicia a las banderas que los combatieron en la pasada guerra mundial, arrancaba de una presuntuosa superioridad, que a juicio suyo daba derecho a los respectivos Estados para aspirar a la dirección de la política universal. El nuestro, por lo contrario, configura una modesta condición defensiva, cuyo fin es lograr la plenitud funcional de la sociedad nacional, como unidad integrante de la propia historia universal.

En el orden de las letras, de la moral, de la política, de la geografía, de la historia y de la economía, nuestra misión es dar formas permanentes a los valores de la venezolanidad. En cierta ocasión dije que ser venezolano no es ser alegres vendedores de hierro y de petróleo, ser venezolano implica un rango histórico de calidad irrenunciable. Cuando hicimos nuestra aparición como pueblo libre, tomamos de *palladium* las ideas de libertad, de igualdad y de

independencia que sirvieron de numen a los Padres de la Patria. En 1810 y 1811 se definió la razón de ser de nuestro pueblo. A la personalidad antigua, se sumó la fresca actitud que nos diferenció desde un principio de la propia metrópoli. El mestizo de América no estaba dotado de inferiores partes, como lo pregonan trasnochadas teorías sociológicas con pretensa vigencia en el país. En sus *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, agudamente escribía por 1590 el doctor Juan de Cárdenas, que los nacidos en nuestro continente eran “a una mano de agudo transcendido y delicado ingenio”. Lejos de sufrir, pues, por el trasplante, se mejoraba en Indias el plasma peninsular y ganaban puntos de excelencia sus cualidades características.

El tradicionismo español –lengua, religión, costumbres– que sirve de sustrato uniforme a la hispanoamericanidad se vio aun superado por valores que habían quedado postergados y menospreciados durante el régimen de Austrias y Borbones. Algunas maneras características del español, opacadas y deformadas durante el despotismo de los últimos reyes, lograron en América una manera de metástasis funcional, con que medraron bulto para definir rasgos salientes de nuestra vieja historia. El sentimiento de rebeldía y de independencia, expresión del sentido de personalidad tan desarrollado en el hombre español, tiene raíces fuertes y vivas en la extraordinaria historia peninsular. Asturianos, castellanos y aragoneses probaron de antiguo una excelente vocación rebelde con entronque en las gestas que hicieron célebres a Sagunto y a Numancia. La misma tolerancia religiosa tuvo actitudes de resalto aun durante el orden de la antigua España que batallaba por la unificación cristiana de la Península. Al catolicismo español repugnaba el sometimiento al moro, mas no se desdeñaba de aliarse con él ni con él convivir a condición de que el cristiano colocase la cruz sobre el globo simbólico de la autoridad. La unidad de España se concebía

más como unidad de poder bajo el cetro de reyes entroncados con los antiguos patriotas de la resistencia, que como abolición de la raza mora; subsiste en la Península hasta la época de Felipe II y protegida, como ocurrió en Aragón, aun por monjes de rancia fe que aprovechaban sus brazos en el laboreo de las vastas tierras. Una política mejor dirigida habría hecho posible la permanencia en España de minorías religiosas, que eran prenda de prosperidad financiera para una corona, que luego vio cómo, por conducto de los banqueros judeoespañoles, los tesoros venidos de América pasaban a enriquecer a otros países.

En América, y de manera muy especial en Venezuela, las opuestas tendencias del tradicionismo hispánico se conjugaron fácilmente. Al provocarse la independencia, el mundo hispánico de las Indias se sintió vigorosamente vinculado a la catolicidad romana. Una declaración del Congreso de Venezuela de 1811 sobre Patronato Eclesiástico, implica una tácita abrogación del regalismo, en beneficio de los intereses de la Iglesia. Al motivarse el ordenamiento patronal en 1824, reapareció en Bogotá la tesis regalista, pero ya como reacción natural frente al molesto titubeo de la curia romana, temerosa de desplacer el renacido absolutismo de Fernando VII. España, a pesar de la función de tamiz que el Consejo de Indias representó para la propia política religiosa de Roma, supo crear en América una conciencia de unidad, que veía en el Papado el signo de la legitimidad en la sucesión del orden apostólico de la Iglesia. La unidad y la reforma tridentina ganaron fáciles las vías del Nuevo Mundo hispánico, mientras en la América del Norte iban a buscar equilibrio para sus odios teológicos las embravecidas sectas engendradas por Lutero y por Calvino. El principio unitario evitó posteriormente posibles escisiones en la jerarquía de las Iglesias americanas, en parte abandonadas a su propia suerte, por causa del temor que la curia pontificia abrigaba, como he dicho, en

relación con una posible reconquista de nuestros territorios por la Corona de España.

Junto con esta respetuosa sumisión a la centralidad representada por Roma, en nuestro mundo de América ganaron carta las ideas liberales que defendían la tolerancia religiosa. Quizá sea este uno de los problemas más sutiles y de más delicada comprensión en el proceso histórico de nuestras ideas. El voto del doctor José Vargas en el caso de "La serpiente de Moisés" es a mi juicio uno de los más claros testimonios de cómo en los años iniciales de la República eran juzgados favorablemente los valores de la tolerancia por católicos de la calidad del albacea de Bolívar. Tan consustanciado se hallaba nuestro pensamiento filosófico y político con el sagrado derecho de disentir, que forma la base del orden republicano y la propia esencia de la libertad humana, que escritor tan puro, tan elevado, tan religioso como don Cecilio Acosta no se desdeñó de rendir parias a los principios de libertad, de igualdad, de tolerancia que configuran el genuino espíritu nacional.

Aun en el propio orden de la Colonia ya había comenzado a tomar forma esta actitud especialísima de pueblo y gobierno frente a la posibilidad de que gente de cogulla pudiese interferir la cosa pública. Lo revelan así hechos como la disputa del obispo Bohórquez con el Gobernador de Caracas a principios del siglo XVII y la actitud del Cabildo frente al obispo Escalona y Calatayud en el siglo XVIII. Esa peculiaridad, aún no explicada, de nuestra manera de obrar en materias hondamente relacionadas con lo religioso, permite decir que en el venezolano se pronunció desde muy atrás un sentido sutil, indefinible en su propia esencia, que lo lleva a desmadejar fácilmente la problemática religiosa, para separar en su oportunidad lo que es adventicio de lo que es fundamental como doctrina. De la misma España recibió esa facultad de desarticular circunstancias para lograr el justo medio. Ya no le pareció incorrec-

to que las diócesis fuesen ganadas por mera gracia de quienes nada saben de cosas de la Iglesia, cuando la tradición española decíale que el celebérrimo don Gil de Albornoz llegó a la sede de Toledo por favor de la concubina de Alfonso XI. Fáciles desviaciones de dicho criterio analítico han podido en algunas ocasiones provocar hechos funestos; pero, sin embargo, perdura tan agradablemente la conjunción de autonomía personal y de devoción ortodoxa, hasta habernos permitido recientemente conocer por la propia prensa diaria reconditeces de la alta política eclesiástica, sin que se hubiesen roto vidrios ningunos, ni hubiera alma alguna sufrido descarrío.

En Venezuela, así parezca mentira, lo postizo es la opresión y no el sentimiento de libertad. Postizo, sí, aunque lo que se ponga al bulto sean los frutos del despotismo. En la ecuación de fuerza y de razón que constituye el eterno problema del Estado, bien es cierto que la primera ha tenido coeficiente de mayor apariencia. No obstante ello, a todo lo largo de nuestra historia se ha mantenido una voz permanente que pide la inversión del cuadro político. La verdad no está en las plumas que escriben en la *Gaceta Oficial*. Esta debe verse apenas como la máscara, como la persona teatral en el orden de la República. A través de todos los tiempos ha habido una voz constante que clama por los derechos de la razón. Precisa no olvidar que el esplendor de la fuerza no siempre coincide con la realidad, así filósofos "realistas" hagan su apología y enseñen que en el orden del mundo sólo vale lo que tiene posibilidad práctica de realizarse de inmediato. Más entera estaba Venezuela en el invisible delirio de Miranda preso, que en la visible autoridad despótica de Monteverde. Ese recado constantemente transmitido por las generaciones leales al discurso de la razón es la tradición salvadora que no quieren ver ni escuchar los pseudoteorizantes

sensualistas, que apenas juzgan a los pueblos por los hechos que logran el transitorio ribete del éxito ofuscante. Hay una filosofía, en cambio, que persigue las voces no subidas hasta los planos de la victoria, pero que, en cambio, representan una vigorosa condensación de voluntad popular.

Hasta hoy los hechos visibles de nuestra historia republicana corresponden en su mayoría al triunfo funesto de la fuerza puesta al servicio de intereses irracionales. Juzgar que su lamentable insistencia en el área de la realidad le da categoría ejemplar, para aceptar axiomáticamente la primicia de los hechos disvaliosos con que se ha intentado apagar la soterrada y legítima voz de la sociedad venezolana, sería tanto como negar la parte mejor y más sufrida de nuestro pasado. Tanto como admitir que quienes permanecen fieles a las ideas de Vargas, de Toro, de Acosta, de López Méndez deben dejar de ser lo que hoy son, para pedir lecciones a los tránsfugas que venden el país al interés extraño y conforman su conciencia al éxito de quienes pisotean la dignidad del hombre venezolano.

Justamente, Venezuela existe aún como República porque posee una potencia invencible que le ha permitido soportar las graves crisis suscitadas por el predominio irracional de la fuerza. A la par de quienes la han traicionado, han vivido permanentemente hombres sufridos que tomaron sobre sí la responsabilidad de trasmitir el mensaje de quienes confiaron en el triunfo final de los ideales desamparados por los otros. Junto a los que imaginan que nuestro país es un mero campo de explotación y de aventura, siempre han mantenido el vigor de su fe otros hombres empeñados en convalidar las viejas consignas de libertad y de decoro que dieron contorno a nuestra gloriosa aventura republicana. Para ello nuestros Padres firmaron un acta que constituye la raíz de nuestros compromisos con la Historia. En ella quedó definida la razón de las nuevas formas asumidas por la sociedad venezolana. Independencia y Li-

bertad fueron las palabras grabadas en las nuevas tablas de la ley. Independencia y Libertad son y serán nuestro destino.

En distintas ocasiones he intentado el examen de las desviaciones ocurridas en el proceso de la República y he buscado poner en resalto el hecho erradizo de que muchos hayan llegado a ver como expresión de una tipicidad social el éxito logrado por formas subalternas del quehacer político. Sin rapacidad de mirada, cualquiera comprende por donde han corrido las aguas de la buena tradición, de la genuina tradición donde está la esencia de la venezolanidad que supo ganar la independencia de un continente. Insisto en decir que el éxito no es la sola ley que acusa la existencia de los valores del pueblo. En el diálogo permanente entre Vargas y Carujo ya sabemos quiénes son los que siguen las palabras del prócer y quiénes las palabras del enemigo de la virtud. También el mensaje que Jehová confió al pueblo de Israel adquirió legítima y tremenda expresión en la voz perseguida de los profetas, cuando los reyes y el pueblo se apartaron de su obligado cumplimiento y sacrificaron en los altares sacrílegos de Baal. Si se busca la huella silenciosa del genuino pensamiento nacional, cualquiera da con los espíritus severos que recogieron la tradición mancillada por los dirigentes visibles de la sociedad, rendidos ante los dioses extranjeros.

Esa tradición, ese sentido de lo que fue el venezolano como valor de Historia, es lo que precisa levantar para la nueva pedagogía cívica. Más fácil en realidad ha resultado la presentación de hechos groseros que al bulto parecieran ser testimonios de la vocación de nuestro pueblo, y los cuales, para su peligrosa reelaboración en el orden de la sociología y de la historia, han sido vaciados arbitrariamente en los caprichosos "moldes de fabricar pueblos", adoptados, desde un viciado punto realista, por quienes ayer se

empeñaron y por quienes hoy se empeñan en destruir el andamiaje ético-filosófico donde se fraguaron los muros de la vieja República democrática. De la ecuación que constituye la esencia del Estado, se ha intentado debilitar el término donde se juntan los valores que dan primacía a la razón, para hacer aparecer como de dimensión más vigorosa los hechos de la fuerza. De ahí que muchos sostengan como principio apriorístico que Venezuela ha de estar siempre gobernada por sargentos.

Cuando se defiende la tradición nacional no se invoca el hecho subalterno que ha desfigurado nuestra propia razón histórica de ser. Tradición es entrega de los valores positivos que ha conservado y que ha elaborado cada generación. Jamás se conformarían ningunos presuntos herederos que aspirasen a vivir decentemente, con mantener como lugar de superior aprecio el pozo séptico que sus antepasados anósmicos hubieran convertido en lujosa sala de recibo. En sana lógica buscarían por mejor la abandonada alcoba en que las abuelas discretas se mantuvieron fieles a la rueca de donde derivaron el mantenimiento de la casa descuidada por los locos sin olfato.

Entre nosotros, por el bulto propio del hecho de fuerza, se ha pretendido tomar este como testimonio de la única posibilidad venezolana. Tenemos, en cambio, tradiciones que sí representan la parte valiosa de la sociedad. Junto con el gesto insolente del verdugo, ha permanecido el gesto altivo y sufrido de la víctima. Al recibir nuestra herencia social en el orden del poder, es decir, al tener participación real en la conducción de la política nacional, pareciera más digno acomodarnos, como se acomodó Isaías Medina Angarita, al sentido de la altivez que calló y de la dignidad que sufrió el desgarro de los bárbaros, y no a la vulgar insolencia de los que lucraron con el sufrimiento de los ciudadanos rendidos.

Sobre esos valores desamparados y constantes debemos levantar con paciencia el edificio de nuestra efectiva tradición cívica. Ellos nos ayudarán a definir las líneas defensivas de nuestro pueblo y a fijar las bases seguras de la nacionalidad. Negar la eficacia de dichos valores morales y filosóficos ha sido, en cambio, la labor permanente de quienes quieren mantener el carácter irresponsable del poder, para que a su sombra sean hacederos los negocios y la misma entrega del propio país.

Nuestro nacionalismo ha de comenzar, pues, por el saneamiento de las raíces históricas del poder. Para mantener la parte material y mecánica de la República, precisa refrescar los mismos conceptos formativos de la nacionalidad. Nuestra vieja tradición hispánica –rebeldía, individualidad, cultura católico-romana, castellanidad literaria– produjo durante el barroquismo colonial, como fruto del trasplante y de la confluencia con otros signos, nuevos valores, como el de la igualdad, que al rejuntarse con los conceptos de libertad, de independencia y de tolerancia, formaron el común denominador de nuestra razón de pueblo. La regencia y el fernandismo vieron en nuestro proceso de independencia una actitud antiespañola, sin llegar a intuir que nuestra guerra separatista era expresión viva de las más puras, nobles, altivas voces de la España eterna. Contra la política de Corte y de expoliación se levantaron, en realidad, las nacientes nacionalidades de la América española. Se alzaron allá, por las mismas razones que debieron de haberse levantado acá, para echar fuera a los Borbones. Se rebelaron, en verdad, las provincias americanas y con su rebelión defendieron los nuevos moldes para la continuidad de la España ultramarina. Sin la obra de los patricios que planearon nuestra independencia y dieron líneas de república al grumo hispánico de América, ya la tradición española estaría plenamente absorbida en el Nuevo

Mundo por los signos de la América inglesa. En España ha habido quien así lo entienda. Unamuno al ahondar a Bolívar, comprendió lo que Castelar y Pi Margall no entendieron por completo en el siglo pasado. Hoy, en cambio, hay jóvenes espíritus en la Península que sí saben estimar en su justa dimensión la obra de nuestros libertadores y que se niegan a creer que sea "Boves el español más patriota de todos los nacidos, a este y al otro lado del Pajares".

Rebelde, generoso, tolerante, igualitario, siempre ha sido, a pesar de los contrarios avatares, el hombre de Venezuela. Con una honrada dirección y sobre tales atributos, radicaría desde antiguo una gran nación. Pero los encargados de dirigir la conciencia social pactaron en su mayoría con los intereses antipopulares de la oligarquía y regaron sobre la fresca conciencia de la sociedad una fina y venenosa ceniza de pesimismo. A las nuevas generaciones toca reavivar el entumecido tegumento social. Para ello, basta invocar de buena fe las fuerzas poderosas que duermen bajo la capa de cenizas falazmente vertida por los traidores. Nada extraño necesitamos para llevar a cabo la obra revitalizadora de nuestra conciencia de pueblo. Con volvernos sobre nosotros mismos y buscar en la trama de nuestra propia historia los valores que ayer dieron fuerza creadora a la República, tenemos para topar con voces poderosas, capaces de despertar las energías silentes.

Suelen algunos meterse en los dédalos del pasado en busca de los signos de nuestra vieja gloria, y después de alegre paseo por la pradera de la Historia, regresan con un soldado de la mano. Estos han invertido el valor del pasado y miran en el brazo heroico que ganó la batalla a los enemigos de la independencia, el símbolo supremo y la razón de ser de nuestro pueblo. Olvidan estos castromaníacos que si el soldado batalló fue para que ganase ámbito una idea de civilidad meditada y planeada por los ideólogos, y no para

erigirse en casta beneficiada. Olvidan, también, que si ese soldado pudo llegar a la meta del triunfo, en este tomó parte muy activa el agricultor que labró la tierra y extrajo de ella las cosechas que hicieron la riqueza pública, y el paciente obrero que fabricó cañones y vistió con sus tejidos la tropa de valientes. Llevados de una lógica unilateral y un tanto hedonista, se han dedicado estos exhumadores de ídolos a la nueva exaltación del soldado, cuando la Nación pide que se haga programa de las magníficas palabras con que Joaquín Costa decía al pueblo español:

> El honor y la seguridad de la nación no se hallan hoy en manos de los soldados: están en manos de los que aran la tierra, de los que cavan la viña, de los que plantan el naranjo, de los que pastorean la cabaña, de los que arrancan el mineral, de los que forjan el hierro, de los que equipan la nave, de los que tejen el algodón, de los que conducen el tren, de los que represan la lluvia, de los que construyen los puentes, de los que estampan los libros, de los que acaudalan la ciencia, de los que hacen los hombres y los ciudadanos educando a la niñez.

Yo he insistido hasta el fastidio sobre la necesidad de buscar en nuestra tradición y en nuestra historia los signos aglutinantes y las cualidades de provecho que den uniformidad y ofrezcan fuerza para la obra de realizar nuestra misión de pueblo. No he defendido lo tradicional al amor de una pasión romántica por cosas pasadas. He buscado la difusión del flujo y el reflujo que provoca en la vida actual la constancia de los valores determinantes de cada pueblo. Sin la guarda de los valores abstractos que definen nuestro genio nacional, la acción difusa de los nuevos elementos puede llegar hasta suscitar la disolución del genio y del carácter que configuran a las sociedades. Para defender nuestra geografía nacional, no en el mero concepto político de horizontalidad estática, sino en el

pleno sentido potencial de su fuerza mineral y vegetal y de las posibilidades funcionales de lo humano que en ella se enmarca, es requerido defender los valores de Historia que definen la propia posición parcelaria de la tierra en el orden de la cultura universal. Allá, acá, en todas partes, insurgen voces interesadas en presentar el movimiento nacionalista como una actitud negada al curso creador de los valores universalistas. En distintas ocasiones he insistido, también, en decir que negar legitimidad a la acción de los pueblos que buscan el robustecimiento de sus valores nacionales es tanto como negar el derecho que los hombres tenemos para robustecer individualmente nuestra propia personalidad. Distinto es el caso de los nacionalismos, que en nombre de mitos biológicos, económicos o culturales pretenden dirigir el curso de la historia universal. Frente a la desviada posición asumida por los imperios que quieren incluirnos en el esquema de sus intereses privativos, es de legítima necesidad levantar los signos morales que coadyuven a la defensa de nuestra integridad de pequeñas naciones.

No basta decir que debemos defender nuestra economía de la continua amenaza que para ella representan los intereses imperialistas de la gran nación del Norte. Se requiere levantar conjuntamente el significado moral de los valores que se suman para hacer de nosotros una comunidad nacional con derechos históricos que nos alejan de la posición colonialista a que se intenta reducir, junto con la explotación económica, el propio orden político-cultural del país.

Yo tengo la profunda satisfacción de comprobar cómo esta manera de ver lo venezolano es compartida por la inmensa mayoría nacional que se opone al entreguismo practicado por el pequeño círculo que, apoyado en la ceguera y en la irreflexión de un Ejército engañado, dispone de la voluntad de la República, en razón de contar con el dominio del capital fiscal y del capital financiero de la Nación. Ello no empece para que sientan, también, el reclamo

nacionalista muchos compatriotas que por miedo, por ofuscación, por urgencia de lucro inaplazable, prestan apoyo indirecto a las fuerzas explotadoras. Cuando se enfocan los problemas desde el ángulo de estas confusiones, nuestro país resulta un verdadero galimatías, que obliga a la más minuciosa reflexión. Juzgado el caso con una sola lógica, nuestro discurso nos conduce con frecuencia a callejones sin salida. Por ello, sea cual fuere el campo por donde nos introduzcamos en busca de razones que expliquen determinados hechos, hemos de ir acompañados de instrumentos de juicio que faciliten volver oídos para recoger razonamientos que fueran despreciados en un anterior proceso investigador. La simplicidad de los esquemas interpretativos fácilmente conduce a errar, cuando se pone de lado el sentido dialéctico de los hechos humanos y cuando se olvida, en nuestro caso venezolano, la dificultad que ha constituido para el desenvolvimiento de la personalidad la trama y la poca diferenciación de los cuadros económicos.

Al explorar el alma venezolana, halla fácilmente el observador como signo determinante de las llamadas clases altas, un espíritu propenso a la flaccidez, a la elasticidad, curioso de novedades frívolas, susceptible a las influencias y a los acomodos alegres, presa fácil de la vanidad y del ensimismamiento. Les falta, en verdad, vocación para la actitud meditativa y austera que lleva al expurgo de los propios errores y, consiguientemente, a su condigna enmienda. La reflexión y el aguante afloran en distintas partes. Vienen de otras clases los hombres y las mujeres que dan pecho a la lucha y ponen fuego en el horno de la resistencia. De aquellas, como pensaron los dirigentes de la República conservadora, era justo esperar que adoptasen la actitud vigilante y directiva que les correspondía en el orden de la civilidad. A mejor formarlas y a mejor educarlas se encaminó el sistema que veía en ellas el estamento que, por la educación ganada en gracia a la sedimentación de generaciones que

disfrutaron de los mejores instrumentos de cultura, correspondía en primer término la misión de guiar el proceso social. No podía esperarse otra actitud entonces, por donde no resulta, tampoco, lógico inculpar en un plano histórico a quienes primero se preocuparon por el mejoramiento de las supuestas élites directoras, que por distribuir una hambrienta ración de letras entre el pueblo antiguo.

El cuadro es hoy muy otro. Mientras las clases altas buscaron para su solo provecho el goce, directo o indirecto, de los instrumentos del gobierno y de las finanzas, las clases no privilegiadas ganaron la batalla de la conciencia nacional. Así no se le deje expresar su legítimo querer, el pueblo soporta reflexivamente y aguarda sin mayor impaciencia su hora cenital. A los oídos aguzados de ese pueblo vestido de silencio, suenan los valores de la nacionalidad con claridad extraordinaria. Los otros, en cambio, los que forman la minoría del provecho y de la indiferencia, tienen sordo el espíritu, en virtud de la capa viscosa con que lo ha empañado la grasa del hartazgo.

Tal es la fuerza que los principios nacionalistas han cobrado en esta hora crucial de nuestro proceso histórico, que los mismos que entregan el país se sienten obligados a construir sofismas que les permitan exhibirse ante el pueblo como inspirados en programas de finalidad patriótica. No pasa día sin que se invoque la austera memoria de Bolívar para esta vergonzosa comedia de ribetear de pseudopatriotismo la vestimenta con que se pretende cubrir la entrega dolorosa del país a intereses contrarios a la venezolanidad[2].

---

2. En estos días que corren se realiza en Venezuela una tal "Semana de la Patria", durante la cual se producen grotescos desfiles y forzadas manifestaciones, de neto tipo fascista, con los cuales se quiere dar sentido de adhesión patriótica y multitudinaria al propio régimen que, para mantenerse en el poder, no tiene escrúpulos en enfeudar a favor de intereses extranjeros el propio suelo venezolano. ¡Valiente semana de la Patria, cuando todo el año es de bastardía antipatriótica y de sacrificio continuo de la libertad y de la dignidad del hombre venezolano!...

La función principal del movimiento nacionalista no consiste, pues, en presentarse ante el pueblo como mero programa electoral que satisfaga sentidas aspiraciones con raíz en el tuétano de lo venezolano, sin mantener como atmósfera, para la revitalización del organismo nacional, un grupo claro y preciso de ideas que lo ayuden en la elaboración de sus conceptos sobre economía, sobre política y sobre moral. Más que armazón para ganar prosélitos, los partidos han de ser instrumentos que canalicen aspectos prácticos para el desarrollo de los pueblos. De ahí que en Venezuela no pueda planearse hoy ningún organismo que aspire a tocar la sensibilidad de las masas, sin que en su plataforma figuren las grandes ideas que expresan ese anhelo de ser en sí mismo que alienta nuestro pueblo.

Repito que ningún movimiento nacionalista integral puede limitarse a vocear consignas encaminadas a la mera recuperación de los intereses que detenta o interfiere el capital extranjero: hierro, petróleo, electricidad, transporte, tabaco, teléfonos, alto comercio. Junto con los problemas fundamentales que representan la normalización de las actividades extractivas y distributivas de los renglones anotados, y junto con la rehabilitación de los valores agrícolas que puedan asegurar mañana un autoabastecimiento nacional, es necesario desarrollar una intensa campaña de afinamiento de nuestros valores privativos de Nación.

Yo he hecho radicar la parte principal de nuestra crisis de pueblo en el hecho innegable de carecer el país de vivencias defensivas que resguarden uniformemente su peculiar fisonomía. No se trata, repito, de crear, según pretenden unos, líneas erizadas que nos aíslen de la comunidad universal de los pueblos. Se trata, como he declarado repetidas veces, de evitar la delicuescencia del espíritu llamado a configurar la propia personalidad de la Nación. Si existen las unidades nacionales como expresión de la vida so-

cial de los pueblos, ellas han de tener como base irrenunciable la mayor intensidad y la mayor suficiencia en sus fines vitales. Independencia moral y capacidad productora son circunstancias inseparables en la vida autónoma de una colectividad. En los diversos modos que se concentran en el valor independencia, se mueve la infinita gama de atributos que dan fisonomía a los pueblos. No se trata simplemente de hechos materiales, como el aprovechamiento de la riqueza, o de hechos con sustancia artística, como las manifestaciones folklóricas, sino de valores más sutiles e inaprehensibles, como el modo de cantar, de orar o de soñar cada pueblo. Junto con la autonomía de la riqueza, necesitamos, también, la autonomía de nuestro propio modo de ser. Y como los pueblos tienen conciencia de sí mismos en cuanto posean la propiedad de reconocerse en sus atributos esenciales y en las modificaciones que en sí mismos reciban, resulta una verdad como un templo que la primera misión de toda pedagogía cívica es definir los modos que constituyen la esencialidad colectiva de la Nación, en orden a que fácilmente sean captadas las posibles alteraciones que en ellos pudieren ocurrir.

La doble naturaleza de aquellos factores conduce, pues, a la necesidad de mirar a ambos campos con igual interés. El patrimonio moral de los pueblos es tan valioso como el patrimonio material donde desarrolla su vida de relación la comunidad. Y es poco decir que son por igual valiosos, cuando se da el caso de colectividades que han podido vivir sin territorio propio, mantenidas en todo vigor por la comunidad de una extraordinaria conciencia de sí mismas. Por ello, la cultura del espíritu es primordial frente a la cultura general del suelo. Este mismo es definido muchas veces, para el orden nacional, por la mera huella en él dejada por la acción pasajera del hombre. ¿Cómo, pues, sin función de Historia puede adquirir un territorio valor trascendente para la nacionalidad?...

Historia y geografía caminan juntas en este proceso de realizarse las naciones como cuerpo y como espíritu. La geografía sin el hombre sólo puede ser imaginada en una edad preadánica. El hombre sin arraigo geográfico es apenas el salvaje de la horda recolectora de alimentos. La cultura es un proceso callado de humanización de la geografía. De allí la geografía funcional como disciplina destinada al estudio de la tierra en relación con el servicio del hombre. Los pueblos modernos tienen tanta mayor conciencia de sí mismos cuanto más sea el dominio que ejerzan sobre el marco geográfico donde se mueven. Ese dominio no es la mera defensa militar de montes y litorales, sino el mayor provecho que cada nación recibe de las posibilidades de su suelo y de sus aguas. En nuestro caso, Venezuela sufre una distorsión de su geografía. No se trata ya de la ventaja que su celo y los buenos alegatos de sus agentes dieron a Colombia, ni de la usurpación que en la frontera sudoriental realizó la rapacidad geográfica de Gran Bretaña. Se trata del proceso antinacional de nuestra riqueza. Hasta en el mero orden de la didáctica, son hoy las compañías mineras extranjeras quienes mejor pueden enseñarnos acerca de la realidad de nuestro territorio. Un país donde se ha intentado editar, al coste de un millón de bolívares, un álbum descriptivo de los lucidos uniformes de su Ejército, carece, en cambio, de un instituto geográfico donde debieran estar recogidos todos los datos pertinentes a la realidad de nuestro suelo. Sin embargo, se alegan, para robustecer el mito castrense, fantásticas reivindicaciones territoriales.

Nos llamamos en frase altisonante nación independiente; pero en cambio, dentro del marco que define la realidad de la República, se mueve un orden económico que ha llegado a escapar a la propia supremacía de las autoridades nacionales. De poderoso sustentáculo a ese orden espúreo ha servido el régimen de explotación de nuestra riqueza minera. Tan poderoso es en sí mismo, que los

propios órganos del Poder Público se rinden con frecuencia a sus caprichos e intereses. Apenas de vez en cuando un juez honesto, a quien motejan luego de ignorancia o demagogia, se atreve a poner sobre las conveniencias de las compañías extranjeras los intereses permanentes de la nación venezolana. Un alto, sin embargo, precisa hacer en homenaje a la reforma petrolera que inició el gobierno democrático de Isaías Medina Angarita, cuyos instrumentos legales fueron aprovechados posteriormente con éxito por el gobierno de Acción Democrática para aumentar la rata de los beneficios del Estado.

Nuestra campaña nacionalista no se encamina solamente a la defensa de lo nuestro como patrimonio diferencial, sino a la pacífica recuperación de los valores que una política desacertada entregó a la explotación forastera. La agresividad antiecuménica que invocan los entreguistas contra nuestra posición de venezolanos preocupados por la permanencia de la Patria, dista mil leguas de la realidad sufrida y decorosa que representa luchar contra las fuerzas funestas que hoy tuercen el destino de la República.

A nosotros, Estados Unidos no nos ha mutilado el área geográfica. De lo contrario, en nuestras diferencias con naciones europeas hizo una aparente aplicación de la terrible Doctrina Monroe. En nuestro caso, si bien la poderosa nación del Norte se mantiene en presuntuoso respeto de las fórmulas internacionales, hay posiblemente tanta gravedad como en el caso de Panamá. Nuestra invasión, en el orden de la tierra y en el orden del espíritu, ha sido pacífica y subterránea. Los inversionistas del imperialismo se han adueñado de nuestros ricos yacimientos petroleros y de nuestros fastuosos montes de hierro. Al mismo tiempo, el industrialismo americano, con finas sutilezas, se ha venido apoderando de los resortes concenciales de alguna parte del pueblo. Somos, de acuerdo con el discurso de la gente alegre, una república en apariencia

completa. Pero, en la realidad, nos asemejamos a esas grandes casas de lucientes portales y hermosas ventanas, pero cuyo maderamen interno ha sido tomado por el comején devorador.

Contra esa vacía realidad de comején, que ningún venezolano responsable se atreve a negar, he levantado la voz, y uniendo mi pluma a la pluma de otros escritores conscientes del deber del momento, emprendí en mi país una tesonera campaña encaminada a hacer ver cómo la ruina amenaza a nuestro país y a toda nuestra América Latina. He puesto de presente la necesidad de conjugar todos nuestros recursos morales y de dejar a un lado las diferencias que distancian a hombres y a pueblos. En razón de ello escribí que quienes actualmente se empeñan en mantener la lucha de prestigios entre Bolívar y San Martín, más pareciera que estuvieran al servicio de los planes divisionistas de Washington que al servicio de la gloria irrecusable de los grandes constructores de la libertad de nuestro mundo hispanoamericano.

Bolívar y San Martín deben mantenerse en su severa amistad de padres de la independencia de nuestros pueblos. A la emulación antojadiza, que en la propia Argentina se toma como elemento enfervorizador de un nacionalismo anarquizante, debemos oponer el sentido integralista que llevó al ilustre diplomático y noble amigo de Venezuela, Antonio Parra Velasco, a promover el hermoso decreto que declaró en su país "Día de la Fraternidad Hispanoamericana", aquel en que se abrazaron en Guayaquil el Héroe de Chacabuco y el Padre de Colombia. No sólo en Ecuador, sino en toda nuestra América morena, debiera celebrarse esa fecha como memoria del encuentro de los caudillos que representaban la voluntad autonomista de nuestro continente hispanoamericano. Voluntad de autonomía que desgraciadamente hoy se intenta sustituir por una servil sumisión al nuevo imperialismo norteamericano.

En días pasados escribía a un compatriota residente en Europa desde largos años, y quien se me presentó como ignoradizo de lo que ocurre hoy en nuestra Patria desafortunada. Díjele, entre otras cosas, que Esquilo no llegó jamás a imaginar que Atenas pudiese exaltar a Efialtes y execrar a Leónidas. En Venezuela, para dolor y sonrojo nuestro, el efialtismo es partido que cuenta con adhesión aun de gentes que se creen venezolanos rancios, por poseer una sensibilidad patológica por las ejecutorias de hidalguía colonial. Abrir camino al enemigo que viene a alzarse con la dignidad y con la riqueza de la Patria es título de benemerencia entre los nuevos privilegiados del orden y de la riqueza. Una lógica de despeñadero ha llevado a mirar como representantes del patriciado moral del país a hombres empeñados en rendir el decoro de la República.

No ya dolor, sino sonrojo moral me dio conocer los términos en que un alto personero de la Creole Petroleum Corporation se expresaba últimamente en París acerca del curso y móviles actuales de la política venezolana. Al escuchar el desagradable relato, imaginé, y perdóneseme el abuso de símiles históricos, que en 1595 Amyas Preston hubiera rendido a Caracas y a Venezuela para beneficio inglés, y que la descendencia de Alonso Andrea de Ledesma hubiese quedado bajo la servidumbre de las fuerzas vencedoras de los piratas. Imaginé, además, que a quienes hubieran resistido la coyunda inglesa, tal vez se les hubiese echado fuera de la antigua provincia hispánica, ora trocada en colonia de Inglaterra. Mi imaginación tuvo, sin embargo, un egoísta claror de optimismo, y llegué a creer que entre los desterrados habrían salido mis abuelos Briceños anticipándose a la hora en que descendientes suyos se viesen privados de la dicha de gozar el abrigo de la Patria por el imperdonable delito de no pactar con quienes hoy la entregan a los nuevos corsarios del imperialismo internacional.

Según fui informado, hablaba el magnate aceitero en la mentada conversación parisina con dominio del tema nacional y de las

razones de la nueva política, como si fuese titular de la venezolanidad, en la misma dimensión y con la misma pujanza con que pudiéramos hacerlo quienes sentimos los cuatrocientos años de historia venezolana como patrimonio forjado con el dolor y con la angustia de nuestros antepasados. Por eso mismo hoy, desgraciadamente, quienes atestiguamos con nuestros pulsos ardorosos la perennidad de nuestra tradición de pueblo, estamos expuestos a todo género de adversidades públicas y a toda manera de calumnias ideológicas. Todo ha de resultar turbio en la conciencia de jerigonza que ha sustituido la clara, altiva, severa conciencia que dio forma a la vieja República.

Al buscarse a sí misma, Venezuela habrá de encontrarse indefectiblemente con los otros países de América que sufren su mismo destino. Al pulir los signos de su defensivo nacionalismo, hallará que semejantes, por si no iguales, son los signos que han levantado en alto otros países de nuestra adolorida América, en los cuales se ha hecho sentir el mismo drama de la explotación de la riqueza y el mismo empeño por mantenerlos encerrados dentro del esquema egoísta de la política de Washington. Bolivia, Chile, Argentina, Guatemala, México y aun la débil voz de la calumniada Panamá, han enunciado sus consignas de recuperación nacional. Han dicho estos países a los hombres del Departamento de Estado que si en verdad ellos miran al gran país del Norte como avisada vanguardia de la civilización y como hogar de uno de los pueblos de mejores condiciones humanas del mundo, quieren, como es natural, que su relación con el otro mundo de América sea trasunto de los principios de libertad y de justicia de que aquellos se dicen representantes.

Nuestros países latinoamericanos están no sólo en posesión del derecho, sino en la grave obligación de impulsar las fuerzas de-

fensivas que los ponga a cubierto de ser absorbidos totalmente por la política mercantilista del Norte. Por ello, nada es tan legítimo como el crecimiento de ese sano, robusto, generoso movimiento nacionalista que en nuestra América prieta toma carácter cada vez más definido. Como lo canta el gran poeta Cabral.

> Hoy, aquellos que fueron siempre mudos,
> los que siempre llevaron en la sombra
> la dignidad del loto que crece sobre el cieno,
> se acercan a la tierra,
> y echan voces por granos, como quien va regando
> la conciencia.

Conciencia regada a todo lo ancho del mundo indolatino, es justamente lo que se siente bullir en nuestros pueblos. Conciencia que se busca a sí misma, por los mismos viejos caminos que la hicieron realizarse en república.

Duele, sí, y mucho, tener que convenir en que ese noble movimiento concencial, tan pujante en nuestros pueblos, ha de tropezar fatalmente con el obstáculo que constituyen para su desarrollo los regímenes antidemocráticos que pesan sobre la mayoría de las naciones del hemisferio occidental, y sobre los cuales funda su régimen de provechos el capitalismo imperialista que inspira la errónea política de Estados Unidos frente a la América ibera.

No puede, por ello, concebirse ningún movimiento político en América, con pretensiones de encauzar la genuina opinión del pueblo, que deje de tomar por tema central la defensa y el robustecimiento de los principios nacionalistas frente a las pretensiones desmedidas del imperialismo. Esta es hoy la voz de América. Esta es, con diverso metal, la misma voz que inflamó a fines del siglo

XVIII la angustiada conciencia de Miranda, y que después fue numen del espíritu de Bolívar, de San Martín, de O'Higgins, de Artigas, de Hidalgo, de Morazán, de José Martí.

Si en el Departamento de Estado hubiese políticos con ojos rapaces para medir el futuro de las relaciones internacionales, por propia conveniencia ya estarían dando un giro a la táctica de sus diplomáticos cerca de los demás gobiernos americanos. Llegarían tal vez a reconocer que sus peores amigos en Latinoamérica son los políticos conformistas y vendepatrias, que les abren deshonestas posibilidades de lucrar a sus anchas con nuestra riqueza y con nuestro apoyo, pero que al mismo tiempo les ayudan a labrar los caminos del repudio popular. Cuando un embajador de la Casa Blanca en nuestras pequeñas naciones logra que se tuerzan los caminos del pueblo en beneficio de una dictadura que apoye irrestrictamente los intereses mercantiles e industriales norteamericanos, logra escribir, también, una página sombría en el libro mayor de la nación burlada. No cancelará él personalmente la deuda, ni la cancelarán de inmediato los hombres que reciben el vecino provecho, pero la cancelará con interés compuesto la nación de que se dice personero. Como lo dijo respecto a Europa el antiguo Alto Comisario en Alemania, John J. McCloy, los diplomáticos norteamericanos deben mirar un poco hacia el pueblo común donde están acreditados y acomodar a los intereses permanentes de este las líneas de política que aconsejen a su Gobierno.

Tarde lo hará, pero lo hará. Sin esta rectificación en su política exterior, Estados Unidos camina a su espectacular fracaso en una América cansada de falacias. Nuestros pueblos terminarán por rebelarse definitivamente del yugo colonialista que el Norte quiere lucrar a través de su apoyo a regímenes de minoridad política. Cuando la masa sufrida de América comprenda uniformemente la

realidad de su destino de opresión política, cuando el pueblo que hoy se divide bajo los signos pugnaces de liberalismo, conservatismo, socialismo, socialcristianismo, populismo, etc., advierta a una que su destino de opresión política no es sino un derivativo del régimen de soborno que sobre sus hombres ejerce por igual Estados Unidos, irá asida y directamente contra estos, como en las cruentas rebeliones coloniales. Cuando nuestros pueblos americanos sientan de un modo continuo que los fieros verdugos, en una y otra parte, sacrifican a los nacionales para mayor beneficio de los Braden, de los Proudfit, de los Donnelly, irán directa y fatalmente, también, contra los extranjeros hoy escudados tras arbitrarios privilegios que les garantizan derechos mayores que los reconocidos por las autoridades vendidas a los sufridos nacionales. Habrá lucha total, como en 1810 la hubo contra la pertinaz metrópoli que se negó a reconocer a tiempo el tamaño de las hijas, si el poderoso país del Norte, con falsas pretensiones de metrópoli nueva, no promueve un humano sistema que rectifique la actual situación del mundo latinoamericano y garantice el orden de la paz, de la justicia, de la igualdad que sirvan de piedras sillares al nuevo sistema americano.

¿Podrá invocar el más descastado entreguista carácter antiuniversal o tendencia anticristiana a un nacionalismo que sólo busca borrar la desigualdad que hoy vienen aprovechando contra los nacionales de nuestros varios países los comerciantes forasteros, pero que, de lo contrario, mantiene toda su frescura de humanidad a favor de quienes busquen con nosotros la justa y cordial relación amistosa? ¿Habrase visto algo tan desigual como el régimen de protección que en nuestros países gozan extranjeros que se inmiscuyen aun con carácter conspirativo en nuestra querella doméstica y que avanzan hasta fijar líneas de conducta a nuestros gobernantes, pero que, llegado el caso de rendir cuentas, escapan bajo el amparo de los privilegios acordados a la extranjería, mientras caen

sanciones, ora ordinarias, ora extraordinarias, contra los criollos que apoyaron sus negocios? ¿Pueden ser motejadas de carencia de humanidad las voces que hoy se empeñan en promover a tiempo una vigorosa relación pacífica que evite los duelos y las sangrías futuras?

No es justo ni lógico que se mantenga en nuestra América un sistema vergonzoso que termina por anular nuestra propia dignidad de repúblicas. Contra los grandes pasos que hacia el definitivo vasallaje dan los de fuera y sus cómplices de dentro, se requiere una acción constante y vigorosa que llegue a modificar el sistema interno donde afinca el provecho forastero y que obligue a los políticos del norte a reconsiderar su sistema político en relación con la América mulata. De fuera, en realidad, viene el gran peligro; mas, es dentro donde residen las causas fundamentales de la crisis. El inversionista extranjero abusa de nuestro pueblo por cuanto hay un sistema interior que apoya sus pretensiones y porque pululan hombres de mentalidad colonialista y de conciencia abierta al soborno, que se sienten satisfechos con el hartazgo de lentejas ganadas por medio de la renuncia de una actitud decorosa que les hubiera dado derecho para ser vistos como primogénitos de la Patria.

Más que el extranjero que aprovecha circunstancias de favor, nuestro azote nacional ha sido el pitiyanqui[3] entreguista, el cagatinta farandulero que hizo el bufón en la fiesta de los intrusos, el Andresote alquilado al interés de los contrabandistas de la dignidad nacional. Contra ellos, en Venezuela y en toda América debe ser implacable la actitud de los patriotas que aspiran a ver recuperado algún día el decoro de la gran Patria americana.

3. Nombre dado en el Caribe al criollo vendido a los yanquis. Andresote vale lo mismo.

En este orden de ideas he escrito a un egregio compatriota que en Venezuela se preocupa por los problemas de la educación de la juventud, acerca de la necesidad de realizar un trueque en el orden práctico de la educación cívica. Más que buscar acondicionamiento para la vocación de poder que se ejercita en los partidos políticos, precisa crear en las nuevas promociones una vocación de resistencia a la mandonería, desde cualquier modesta, sencilla y corriente posición social que toque resistirla. En Venezuela no se ha sabido contradecir al poder ni como amenaza ni como tentación. La historia de nuestras grandes quiebras morales no es sino fruto de esa falta de capacidad resistente para el halago y la amenaza. Todo se rinde ante la banal consideración. Nada importa el decoro personal si su manifestación puede quebrantar la merced gozosa que transfiere la amistad del gobernante. En cambio, cuando las naciones cuentan con un grupo de ciudadanos que no temen desagradar a los hombres que gobiernan ni se afanan por la gracia inválida que otorga el aprecio oportunista de los oligarcas, aquellos y estos cambian indudablemente la táctica encaminada a dirigir la cosa pública y a defender sus pretensiones de dominio.

De afuera y de adentro viene el mal. De ayer y de hoy proceden las razones que lo mantienen en vigencia. Nuestro deber mira, por ende, a los cuatro vientos cardinales de la geografía y de la historia. Se impone una revisión expurgatoria de ciertos valores presentados como expresión legítima e inmutable de nuestro tradicionismo. Urge agrupar y revitalizar en su lugar los elementos valiosos que hemos de tomar como módulos futuros de acción. Sobre la tumba de Pedro Carujo, cerrada con más de siete llaves, debemos erigir la efigie permanente de Vargas. (Sin embargo, de acuerdo con cierta figura profética que en 1938 me pintó en carta el grande amigo y venezolano Caracciolo Parra, deberíamos em-

peñarnos más bien en resucitar a Vargas y en dar cristiana sepultura a los Carujos). Enterrar a Carujo y al carujismo y enterrar también los cadáveres putrefactos de Villalpando y de Andresote, a la continua resucitados para la fiesta de la entrega de la República. En la conciencia de los nuevos venezolanos debemos erigir, en cambio, bases firmes para que estriben sobre ellas el ímpetu de Andrea de Ledesma y de Juan Francisco de León, el impulso creador de Bolívar y de Sucre, el pensamiento sosegado de Vargas, de Toro, de Michelena, de Gual, de Acosta, de López Méndez, de Gil Borges. En una correcta exploración de valores, habrá necesidad, también, de descolgar de la galería nacional de próceres y de maestros a aquellos que resulten comprometidos en la venta de la República y en el apequeñamiento del pueblo.

Para ejemplaridad creadora, debemos avivar en el pueblo la memoria de la virtud que supo vocear los ideales de la Patria. Al puritanismo farisaico, que toma de pauta la teoría ética, precisa oponer un concepto realista de acción cívica. Las graves virtudes de salón que distinguieron a don Manuel Felipe de Tovar, si bien tienen alto precio para el lucimiento público, se desvanecen ante la actitud de quien estuvo presto a mercar con el suelo de la Patria, a trueque de seguridades para derrotar los ejércitos de la dictadura paecista. La violencia primitiva y el desenfado de vida que signaron a Rufino Blanco Fombona, si en realidad no se pueden presentar como modelos para la relación social, se compensan, en cambio, para la estimativa del grande escritor, con la pasión de una pluma siempre puesta al servicio de la integridad de la República y del porvenir de la América Latina. En la carta de Tovar a la reina de Inglaterra aprenderán los jóvenes el ejemplo funesto de una oligarquía capaz de pactar con el Diablo a condición de mantenerse en el goce del poder. En la obra de Blanco Fombona, deshumanizado para la lección del pueblo, las nuevas generaciones pueden recalentar el espíritu para la lucha por la integridad de la Nación.

Más que taras, defectos, caídas y vicios debemos buscar en nuestros hombres y en nuestro pueblo sin nombre el hilo oculto del mejor pensamiento venezolano. Poderosos espíritus existieron siempre en actitud de resistencia contra tentaciones y amenazas. Ese pensamiento con vida subterránea en la conciencia de hombres y mujeres que no pactaron con la injusticia y con la entrega, es mejor aliño para la obra futura de la República que el grito ensoberbecido del tirano transitorio o la palabra oportunista de quien confunda la paz y el orden de la sociedad con la plácida siesta que sigue a una opípara pitanza con lentejas traidoras. Con la humildad de Ruth, bajémonos a recoger la pobre espiga abandonada, ciertos de que nuestra diligencia nos llevará a formar gavilla generosa y a gozar más tarde la abundancia de los graneros de Booz. Junto con esta fe en nuestra posibilidad de pueblo, debemos decir a quienes se sientan comprometidos con el error antiguo, que no es lealtad perseverar en la mala causa ni testimonio de carácter amarrarse al error de ayer; lealtad, en cambio, es aprovechar el tiempo nuevo para recomenzar, bajo signos de mayor acierto, la obra defectuosa del pasado. De mí sé decir que nada me estimula tanto para ayudar con mi modesta aportación a la causa de la República libre, como saberme en deuda con ella por los posibles errores y por las muchas deficiencias de mi modesta vida pública. La Patria pide en estos casos que cada quien haga suya la frase hamlética de Julio Laforge: “Adelante, sobre las tumbas”. Adelante, sí, pero que en las tumbas duerma no el cadáver de nuestros contrarios, sino el cadáver del propio egoísmo que ayer conspiró a hacer erradiza nuestra colaboración en el servicio de la Patria.

Nuestro pueblo, nuestro altivo y sufrido pueblo, pide que se le mantenga en la fe de sí mismo, en la fe de su destino poderoso, en la fe de que el dolor presente le pulirá aún más la robusta conciencia

sobre la cual afincará el vuelo para ganar la victoria final contra las fuerzas diabólicas que se oponen a la realización de su destino.

Para ello ha de dirigir tenazmente la voluntad hacia la defensa de sus mejores valores y hacia la purga de los factores subalternos que han pretendido presentarle como expresión inmóvil de su propio destino. Por viva experiencia sabe que no es ya el mismo pueblo que en 1889 pintó Luis López Méndez como “hordas indisciplinadas y brutales, llevadas a las urnas por unos cuantos intrigantes que comercian con sus votos”. El de hoy es pueblo con suficiente educación y con propia luz para discernir su preciso camino. Ese pueblo siente la necesidad de vivir la convivencia y la armonía de la República. Ese pueblo sabe que su destino es salvar una vez más la independencia económica y la libertad política que ayer ganaron los Padres de la Patria. Sabe, también, que el suyo no es destino aislado, sino vocación de mancomunidad con los pueblos que hablan nuestra misma lengua y trabajan sobre el mismo yunque creador las formas de la nueva cultura.

El destino de Venezuela reclama que en el orden del espíritu, tanto como en el provecho de sus grandes riquezas, tenga primacía la perennidad de sus signos, para que canten y fluyan libremente el árbol, el panal y el nido que, como ley de trabajo, señaló a su diligencia el pensamiento ardorosamente venezolano de Juan Vicente González. Sin llegar a chovinismos censurables y ridículos, debemos educar al pueblo y debemos formar sus instrumentos directivos para que Venezuela sea dirigida y aprovechada por venezolanos, para honra, goce y gloria de los venezolanos, para una gloria, un goce y una honra que no representen, tampoco, exclusión alguna del hombre de otras patrias, que junte fraternalmente, y no con miras de dominio, su pensamiento, su corazón y su brazo al brazo, al corazón y al pensamiento de los venezolanos. Menos aún significaría nuestra venezolanidad aislamiento alguno de los demás países que luchan en nuestro continente por realizar los idea-

les de justicia, de paz y de plenitud que forman el fin universal de la cultura. ¡Si ellos son nuestros hermanos de sangre y con ellos hemos luchado y sufrido por los mismos ideales de libertad y de república!

Haciéndonos y defendiéndonos a nosotros mismos; uniéndonos, después, para esa misma defensa con los pueblos de América que se saben forjados en la misma fragua maternal y que, a la vez, se ven amenazados por idénticos peligros, podemos llegar a sentirnos dignos miembros de la unidad de naciones que agrupa, de acuerdo con lo plural y con lo diferencial del carácter nacional, a hombres sobre quienes gravita el mismo destino de seres portadores de espíritu. Unidos y fuertes, podremos mañana proseguir el mensaje que de nuestros pueblos americanos espera la vieja Europa que nos dio, para remozarla, la savia de su imperecedera cultura.

ADDENDA

*Las páginas que anteceden representan un esfuerzo por superar todo aquello que pudiera darles tono de polémica personal. En ellas, como en otros ensayos de la misma índole, se advierte el propósito de desnudar en forma teórica situaciones angustiosas de nuestra vida nacional. Sé muy bien que suelen resultar extremadamente duras las apreciaciones lanzadas contra la conducta de determinados grupos sociales o institucionales (oligarquías, banca, Ejército); pero no representa, en cambio, tal dureza empeño alguno de zaherir individualidades. En mis escrituras sólo persigo exponer circunstancias atañederas a Venezuela, con la pasión de quien se siente visceralmente unido a su destino y al destino continental de América.*

*A la tesis divisionista de quienes propugnan dar sueltas a los odios demoledores, antepongo la tesis vigorosa de la rectificación, de la concordia y de la unidad. Ayer y hoy he estado de fajina en servicio de la idea integradora de nuestras fuerzas de pueblo. Antes de que se produjese en 1945 la crisis que mantiene el país en la agobiada situación presente, ya escribía acerca de la necesidad de iluminar nuestros viejos caminos entenebrecidos. Busquemos nuestro destino, decía en 1942 en* Temas inconclusos. *Unámonos en nuestro deber. Rectifiquemos nuestros personales errores. Coloquemos la Moral y la Patria por encima del utilitarismo individualista. Salgamos de la falsa idea de que por nuestra nariz pasa el eje del mundo. Vayamos a la interpretación de nuestro deber en un buscar de responsabilidad y de solidaridad colectivas. Nuestra generación no puede ser testigo de la caída de la Patria. Nuestros hijos no deben sufrir la vergüenza y el dolor de que mañana un filósofo a lo Maritain pueda escribir "Las izquierdas perdieron la democracia; las derechas perdieron a Venezuela".*

*Como en aquel tiempo de peligro, he seguido repitiendo en todos los tonos nuestro deber de ser un pueblo y no una tierra ancha y solitaria, horra de agua y de verdura por la indiferencia de sus hijos, y cuyas recónditas riquezas sirven, en cambio, para agravar nuestra inquietud. Bien pudieran ser utilizadas para levantar el nivel cultural de la Nación; en cambio, han sido tomadas como precio del soborno por donde se evade la responsabilidad de quienes, debiendo salvar el destino de la República, han caído en espantosa apostasía, que los empuja hasta renegar de los valores democráticos que después de 1936 tuvieron en Venezuela momentos de claridad inolvidables y de los cuales muchos se dijeron fieles servidores.*

*Sobre el mismo tema, variado por las nuevas circunstancias históricas, he venido insistiendo tenazmente. Su absoluta despersonalización es problema en extremo difícil. La anonimia, en cambio, es forzada cuando se trata de calibrar la angustia que pesa sobre todos los espíritus patriotas, que miran la necesidad de salvar el destino de Venezuela y el destino general de América.*

*Advierta, pues, el lector, que estas páginas han sido escritas con el mero propósito de poner en resalto una vez más la urgencia de dar unidad a nuestro deber de ciudadanos. Así luzcan vestido de acritud algunas apreciaciones acerca de la problemática del momento, sobre lo que pareciere acre se levanta, por el contrario, una alegre idea perseguidora de la unidad del pueblo en su dimensión nacional y de la unidad creadora de América, en su sentido humanista de continente donde el hombre habrá de cumplir una nueva gran etapa de la historia universal.*

*Otros pueden contribuir con obra mejor y más directa. Mientras los grandes señores de las letras logran ganar fáciles prosélitos para sus tesis, yo humildemente aporto mis palabras sin pretensión ni autoridad. Aurelio Prudencio, cuando se sintió sin*

*poder para ayudar la suerte de sus amigos, consagró a su memoria "yámbicos encendidos y troqueos veloces". Disimulada la distancia del símil, yo, sin el veloz y encendido acento del insigne poeta, ofrezco mi palabra sin ámbito, como arena modesta de recuerdo para el gran edificio de la dignidad del mundo venezolano y del mundo más ancho de América.*

Madrid. Aniversario del viaje de Colón en 1953.
*Laus Deo*

# EL FARISEÍSMO BOLIVARIANO
# Y LA ANTI AMÉRICA
## (Temas sobre hispanoamericanismo y panamericanismo)

### *INTENCIÓN*

*CUANDO el hispanoamericano recibe sobre el rostro los ásperos vientos de la meseta castellana, puede decirse que siente reavivados los viejos nexos que lo unen con la fecunda matriz hispánica. Este andar a través de tierras de España pareciera que, dando un poco de contemporaneidad a los hechos antiguos, pusiera nuestra mente en el brocal de la meditación que conduce a ver la realidad de nuestro destino de pueblos americanos como una gran comunidad, cuyo centro gravita sobre los viejos valores que dieron vida a las universidades, a las catedrales, a los castillos, a los muros de las ciudades españolas.*

*Junto con el golpe de aire de fuera, yo he sentido también el suave aire de lejanía histórica que hasta mi espíritu han traído monumentos y ruinas antiguos. En Salamanca, en Ávila, en Córdoba, en Granada, en Valencia, en Alcalá de Henares, en Toledo y en Sevilla he sentido vibrar con mayor imperio el ánimo de unidad de nuestros pueblos hispanoamericanos, numen de mi pensamiento de ciudadano y de escritor hispanoamericano.*

*El tono de ese pensamiento conjugante coincide, empero, con voces sombrías que de América traen el anuncio de que la unión de nuestros pueblos de solera hispánica, se subordina aún más a*

*intereses contrarios a nuestros signos históricos. Con desenfado extraordinario se hace camino una tendencia dirigida a obstruir los pactos regionales, para sólo mirar a la unidad organizada artificial y amañadamente por el Departamento de Estado norteamericano.*

*Todo en la sufrida América mulata conspira a dividir los vínculos que pudieran hacer vigorosa nuestra unión de países en pleno goce de una comunidad de valores, para erigir sobre la anarquía de lo hispanoamericano un falso sistema, cuyo centro de gravedad lo constituirían los intereses imperialistas de Washington.*

*Aguzada aún más mi fe en los valores del hispanoamericanismo como fuerza que reclama una cuaja previa para la normal y fecunda conversación con la poderosa Unión del Norte, me he creído doblemente obligado a exponer mi juicio en relación con la próxima X Asamblea Panamericana, que se intenta reunir en la capital de mi afligida Patria. Un testimonio más de la farsa panamericana sería ver a nuestros pueblos discutiendo los problemas de la libertad y de la seguridad personal en la capital de un país cuyo Gobierno mantiene las cárceles llenas de ciudadanos por el delito de defender la libertad, mientras otros buscan abrigo y seguridad en playas extranjeras.*

*En este momento crítico de nuestra vida de pueblos, los hombres del Nuevo Mundo debemos dejar constancia de nuestro mensaje adolorido. Que sepa la vieja Europa convulsa y sufrida que en la América Latina hay una gran voz, cuya opacidad de expresión obedece al trémulo metal que le transfiere la honda angustia que ha hecho presa de la conciencia de los pueblos…*

*M.B.I.*

*Los tres más grandes majaderos del mundo hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo.*

Bolívar

*Prácticos y aventureros invocan la gloria de Bolívar aun para las más rastreras combinaciones del petardo... Más grave que esta explotación subalterna es la explotación ideológica la que falsea el pensamiento de Bolívar mutilándolo o tergiversándolo para servir a puntos de vista personales.*

S. Key Ayala,
*Vida ejemplar de Simón Bolívar*

POR RETAZOS DE PRENSA de Caracas llegados a mis manos, me he impuesto de un pequeño escándalo historiográfico suscitado en torno a las *Memorias* de Boussingault. Parece que quien prendió esta vez la mecha fue Mariano Picón Salas, al denunciar un hecho que había permanecido en culposo silencio.

Hace algunos años Enrique Planchart, noble escritor amigo, recientemente fallecido con gran pérdida para nuestras buenas letras, puso en frase castellana las interesantes *Memorias* que el sabio naturalista francés escribió con motivo de su estancia en Sudamérica. La obra fue editada por el Ministerio de Educación; mas, una vez acabada la impresión, alguien advirtió que Boussingault había escrito sin fines históricos, y menos con pasión bolivariana, algunos juicios errados sobre Bolívar y, en especial, sobre su "bella amiga" Manuelita Sáenz. Hubo conciliábulo oficial y la obra fue sometida al fuego devorador.

Al conocerse el hecho inquisitorial, realizado en homenaje al Libertador, las posiciones se han dividido en torno al derecho a

la luz que tenga en Venezuela la traducción de las debatidas *Memorias*. Unos dicen que son un esperpento, en el cual se mancilla hasta la reputación de la querida del héroe; hay quienes opinan que debe publicarse el libro, para que se pueda abrir un debate racional sobre las numerosos errores en él contenidos; otros aducen que Bolívar está sobre las pequeñeces de aquellos que pretenden echarle sombras; algunos consideran que el auto de cumplido en la edición caraqueña de Boussingault es algo ajustado a la más patriótica corrección. La mayoría se muestra de acuerdo con Picón Salas y juzga que la tartufería histórica no debe insistir en que se mantenga en degredo el trabajo del naturalista francés.

Yo estoy absolutamente de acuerdo con Picón Salas. Yo votaría, si mi voto valiese algo, por la publicación de la obra. Pero momentáneamente quiero ponerme al lado de los que prohijan la idea de que el silencio debe ser el mejor castigo para autor descomedido que se atrevió a estampar conceptos que no mejoran la figura extraordinaria de Bolívar. Sí, señor. Provisionalmente me coloco en la fila adusta de los celosos patriotas que defienden contra viento y marea la memoria del Padre de la Patria. Todo lo que digan los espíritus de libertad humanista, debe en el presente caso ser sacrificado en aras del decoro moral y de la gloria esplendorosa de nuestro Libertador. Con razón o sin ella, estamos en la obligación de impedir que se piense contra los fueros de Bolívar.

Bolívar es, en realidad, Venezuela. Bolívar es América. Mancillar la memoria de Bolívar es tanto como mancillar nuestra patria nacional y nuestra gran patria americana. Nuestra lealtad de patriotas ha de estar al servicio del pensamiento creador de Bolívar. Nuestro esfuerzo como hombres de América debe encaminarse a todo lo que diga exaltación de los valores bolivarianos.

En el precio de esta lógica nacionalista parece que no parasen mientes quienes defienden la libertad de expresión. A Bolívar

hay necesidad de cuidarlo, de preservarlo, de curarlo, de guardarlo de cualquier ataque anterior o presente que pueda disminuir su fuerza heroica. Bolívar ha de tener, dicen ellos, su interpretación ortodoxa como cualquier misterio teológico. Quien se aparte de la hermenéutica indicada por el bolivarianismo es un verdadero reo de lesa teología. Bolívar necesita ser mantenido en un plano donde no llegue la artería de los calumniadores y de los envidiosos. Así Bolívar será siempre el mismo, el familiar, el tótem que defienda permanentemente nuestra nación.

Para cumplir esa misión sagrada han sido creadas las Sociedades Bolivarianas. Estos centros venerables tienen a través de toda nuestra América la misión nobilísima de defender y exaltar la gloria del Padre de la Patria. Para Venezuela la Sociedad Bolivariana es una institución oficial, incluida en su presupuesto de gastos públicos. Sus funcionarios gozan de congrua, como futuros ordenados *in sacris*. La misión de la Sociedad tiene en esto cierto parentesco subterráneo con los secretos misterios eleusinos. Disentir de ella es crimen semejante al que provocó la persecución de Esquilo. El bolivarianismo societario constituye, junto con una línea de conducta cargada de inflamado patriotismo, una actitud respetable, severa, que da distinción a sus adeptos.

Ese bolivarianismo oficial tiene que repudiar a Boussingault. Nada más lógico y concreto. Con el criterio del bolivarianismo caraqueño se ajustará seguramente el criterio desparramado de todas las Sociedades Bolivarianas del Nuevo Mundo. Así se defiende la gloria del Libertador y el destino autonómico de América.

Pero ocurre que la esclerosis histórica de ciertas tesis del bolivarianismo ha terminado por hacer de Bolívar un *logos* infecundo y carente, en consecuencia, de toda posibilidad de concretarse, de encarnarse en la realidad presente. Bolívar ha dejado de ser una fuerza caminadora para convertirse en simple figura decorativa.

Bolívar ha terminado por ser un gran muerto, cuya gloria las Sociedades Bolivarianas pueden administrar a su antojo, con el fin de dar vestimenta de dignidad a las más abarrancadas y desleales ideas antibolivarianas.

Mi adhesión provisional a la tesis de los antiboussingaulistas ya toca su fin. El despropósito no me ayuda más, ni la intención de estas notas es quedarme en el problema histórico-biográfico suscitado actualmente en Caracas. Necesito, en cambio, tomar la cosa en serio, por cuanto estos escarceos, si bien principiaron comentando el pequeño escándalo provocado por la divulgación del auto de fe cumplido por el Ministerio de Educación en el cuerpo mismo de las *Memorias* del célebre naturalista, apuntan a otra parte. Sobre mi mesa de trabajo tengo un documento bolivariano en extremo grave, serio y comprometedor, que pone en evidencia el fariseísmo de quienes se niegan en nombre de la gloria de Bolívar a que sea publicada la traducción castellana de las zarandeadas *Memorias*.

¿Por qué, pregunto ahora, ese celo de eneldo y de mostaza por la gloria del Libertador, cuando las Sociedades Bolivarianas pretenden tomar el nombre austero y semisagrado de Bolívar para arruinar el decoro y la independencia de la América española? ¿Por qué ese rigor funesto contra quien pudo caer sin voluntad malévola en pecado venial, mientras se pacta con el pecador público y con el criminal, cuyo nombre figura en las permanentes tablillas persecutorias? ¿Por qué oponerse a la publicación de un libro donde se imputan arbitrariamente a Bolívar fallas de fácil explicación, cuando se deja torcer todo el cuerpo de las ideas de Bolívar, para servir bastardos intereses contrarios a la América por él libertada del yugo colonial…?

Todos estos despropósitos y todas estas interrogaciones han venido a mi mente con motivo de leer una serie de curiosos documentos que me han sido enviados desde Chile por persona ami-

ga, que me pide guardarlos bajo la más severa discreción. Si yo mantuviese en secreto –que creo sea ya secreto a voces en América– el contenido de dichos papeles, me haría reo de complicidad con quienes pretenden rendir la dignidad de nuestros pueblos nada menos que amparados tras el nombre venerable de Bolívar.

Para juzgar la dimensión del propósito entreguista, basta leer el acuerdo sancionado por la Sociedad Bolivariana de Santiago de Chile, el 22 de junio último, y el cual a la letra dice:

"La Sociedad Bolivariana de Chile, considerando:

a) Que el ideal de Simón Bolívar de hermandad de las naciones de América, evidenciado por él en 1810, más tarde en la Carta de Jamaica, en los tratados que suscribió y en el Congreso de Panamá que convocara en 1824, anhelo de unión que realizó en parte al formar la Gran Colombia, sentimiento que también fue de otros libertadores de nuestras patrias;

b) Que el Derecho internacional americano, creado por Bolívar y que se fundamenta en la igualdad jurídica de las naciones, en el arbitraje o mediación para los conflictos, en colaboración entre los pueblos y que, sin admitir tutorías ni tampoco intervenciones vecinas o extracontinentales, ha contribuido a la paz, al progreso y a forjar una conciencia americana solidaria;

c) Que es de urgencia, captando el sentir de los pueblos de América, realizar una política mancomunada ante el avance de los binomios Eurasia y Euráfrica, amenazas para la economía americana, y en especial el primero, que es también negación de los principios de la civilización occidental, fundamento de la vida del hombre de América, acuerda:

1º Propiciar ante las Sociedades Bolivarianas del continente y ante la opinión pública de nuestros países la formación de la 'Confederación Americana de Naciones', entidad espiritual y económica encargada de realizar la unión de nuestras Patrias. La

‘Confederación Americana de Naciones’ establecerá uniformidad en las normas jurídicas, el reconocimiento de títulos universitarios, la adopción de textos de historia común, el aprovechamiento por todas las naciones confederadas de la investigación científica y del progreso de cada uno. Establecerá sistemas que complementen las economías de las Patrias hermanas a través de un Banco Internacional, del trueque, compensaciones y de la creación del *Zollverein* Americano.

2º Auspiciar el establecimiento de la Nacionalidad Americana, en carácter de supranacionalidad y que, sin otorgar facultades al ciudadano de América para intervenir en la vida de un país que no sea el de su nacimiento, proclame el derecho preferente del ciudadano de América a una cultura común, a los productos agropecuarios y extractivos del continente que contribuyan a su felicidad en cuanto esta depende de un mínimo de bienestar espiritual y económico compatible con la dignidad del ciudadano de América, amante de la libertad y de la democracia; y

3º Declarar que esta resolución conjunta o de los países de origen indoibero deberá ser el mayor homenaje a Bolívar en la X Conferencia Panamericana, que se celebrará en Caracas, tierra natal del Libertador.

Santiago de Chile, 22 de junio de 1953, CXXVII aniversario del Congreso de Panamá”.

Sin mirada sagaz se ve el propósito de crear un superestado americano bajo la silenciosa intervención de Estados Unidos. Tal es el carácter pro norteamericano del proyecto, que la misma Sociedad, durante su reciente visita a Chile, hizo entrega a la llamada Misión Eisenhower de un memorándum encaminado a robustecer los vínculos existentes entre Estados Unidos y nuestros países latinoamericanos, y el cual, me dice mi informante chileno, ha sido cursado entre las demás Sociedades Bolivarianas del continente.

¿De cuándo acá esta intervención en política internacional de las Sociedades Bolivarianas? ¿De dónde sopla el viento económico que mueve estas sus nuevas actividades?[1].

El sometimiento de la América española a la dirección del norte es política que apuntó en la gente de Washington apenas iniciado en 1810 el movimiento revolucionario de nuestros países. En 1812 el secretario de Estado Monroe pensaba en lo que representaría de favor para el Norte el desmembramiento del viejo imperio español, y según informes que supo recoger el hábil ministro de la Corte Española cerca del gobierno de Washington, el delegado de Venezuela, don Telésforo Orea, llegó a comunicar a personas de su confianza que el señor Monroe le había insinuado, lo mismo que al delegado de México, la conveniencia de que nuestros países se acomodasen a la constitución de Filadelfia para que, una vez unidos a los del norte, pudiesen formar "la potencia más formidable del mundo".

Esa idea de imperio jamás ha estado ausente de la política estadounidense. El panamericanismo no ha sido sino el rostro visible de dicho propósito de dominio. La unión de las repúblicas americanas se ha venido realizando a través de un sistema que constituye la estilización en el orden del derecho público del mismo propósito que ofendió a los delegados de México y de Venezuela en 1812.

Bien claro lo pregonaron en España Castelar y en América Martí cuando el secretario Blaine logró reunir, en 1889, la primera Asamblea Panamericana. Ambos hicieron ver a nuestro mundo

1. Es curioso que el bolivarianismo se haya relievado esta vez en Chile, cuando ha sido el Congreso chileno quien ha puesto los más serios reparos a la reunión en Caracas de la X Conferencia Panamericana, en razón del carácter sombrío del régimen que hoy sufre Venezuela.

hispanoamericano que no era aquella la vía de consolidar nuestro destino, sino la senda por donde iría a un nuevo coloniaje.

Los argumentos de los bolivarianos chilenos no corresponden a la realidad de Bolívar. Justamente el fracaso del Congreso de Panamá está vinculado con la política aleve del Norte. A Estados Unidos no interesaba lo que Bolívar quería. El Libertador buscaba robustecer, al amparo de los nuevos signos de la República, la vieja unidad de las antiguas colonias españolas, y quería, bajo la égida de esta unión, alcanzar la libertad de Cuba, de Puerto Rico y de Santo Domingo. En la Asamblea panameña se pusieron cara a cara las tendencias que dividían el mundo angloamericano del mundo indoespañol. Arriba aparecían los "regatones", como Bolívar llamaba a los norteamericanos; abajo se veía soñar a los ahijados de Alonso Quijano.

Dos mundos que no podían fundirse sin el rendimiento de las fuerzas características de la hispanidad. Esos mundos, puestos en pugna cuando Bolívar quiso rejuntar a los pueblos hispanoamericanos, los unió aparentemente la política de Blaine y los pretende insacular en un bolso de títeres la pérfida política entreguista que siguen muchas Cancillerías de la América española.

Nuestros pueblos dispersos sí necesitan, de verdad, realizar la unidad continental. El hispanoamericanismo, el iberoamericanismo, el latinoamericanismo, fraguados al amparo de las lenguas románicas que recuerdan la vieja latinidad y, sobre todo, el pie unitivo que creó la tradición religiosa y cultural, son la fórmula que reclama nuestra América mulata.

Un error de los políticos españoles del siglo pasado fue parte para que los planes de Washington lograsen disgregar las viejas porciones americanas que recibieron de España su bautismo de

civilización. No comprendieron los vencidos en Ayacucho que Bolívar, San Martín, O'Higgins, Santander, Hidalgo, Morazán y Artigas, al realizar en los campos de batalla la revolución soñada y alentada por los hombres del civilismo, se constituyeron en los verdaderos personeros de la hispanidad en el Nuevo Mundo. Cumplida su tarea maternal, España ha debido sentir que ella crecía en sus hijas independientes de ultramar, a medida que estas fueran más fuertes. Un examen de circunstancias ha debido hacerle comprender que el destino hispánico del Nuevo Mundo fue salvado en razón de las nuevas formas políticas creadas como resultado de la lucha emancipadora. En cambio, el resentimiento hispánico se acopló fácilmente con el patriotismo tropical de quienes empezaron a mirar en la estimativa de las viejas raíces españolas una especie de renuncia a la libertad republicana. Confundidos por el daltonismo histórico, que tanto daño ha hecho a nuestras jóvenes naciones, dieron nuestras pasadas generaciones en el pecado de desertar de su propio origen social. Aún hace veinte años, cuando bajo el nombre de *Tapices de historia patria* publiqué un esquema morfológico de nuestra cultura colonial, no faltó quien dijese que era labor "antipatriótica" exaltar nuestro pasado hispánico.

A raíz de la guerra de Cuba nuestro ilustre historiador Pedro Manuel Arcaya denunciaba la garra amenazadora del imperialismo yanqui en términos tan elocuentes y objetivos que obligan su inserción:

> Pocas previsiones de estadista –escribió entonces el decano de nuestros analistas– han quedado confirmadas por los hechos tan espléndidamente como las que en Venezuela formuló el doctor Ricardo Becerra con ocasión de la guerra hispano-americana. Cuando en muchos cerebros desprovistos de sólidas nociones históricas y sólo saturados de añejos y ya ridículos odios contra España, hallaba fácil acogida

la especie de que los Estados Unidos iban a arriesgar la vida de sus marinos y soldados, y principalmente a gastar sus dineros, en una guerra con España para libertar a cubanos y tagalos, pueblos en toda época despreciados por los sajones, y cuando por admitir esa absurda especie se le daba absolución a las más flamantes violaciones de todas las reglas constitutivas del moderno derecho de gentes, cometidas abiertamente por los yanquis al declarar aquella guerra, fue entonces cuando la autorizada palabra del doctor Becerra se dejó oír, denunciando los propósitos de los Estados Unidos como muy apartados de encaminarse a la independencia de las colonias españolas y dirigidos a sustituirse ellos en el dominio de estas tierras. Pocos meses han transcurrido y la ocupación militar de Cuba y Puerto Rico y los fusilamientos en Filipinas, donde los indígenas combaten al extranjero invasor e incendian las ciudades de su suelo para librarse de ajeno yugo, como antaño hicieron Sagunto y Numancia, todo esto ha venido a demostrar cuán en lo cierto estaba Becerra y cuán lejos de la verdad andaban los que suponían en MacKinley, el caballero andante de estos tiempos, presto a pelear por la libertad de pueblos extranjeros.

Y ahora, triunfantes de España los Estados Unidos, fuertes por el apoyo moral de Inglaterra y en la confianza que les inspira la potencia de sus máquinas de guerra y el oro de sus arcas, no hacen misterio que sus miras de expansión habrán de efectuarse a costa de las nacionalidades latinas de este continente.

Cuando uno se adentra en su propia conciencia de americano, siente un angustioso dolor al contemplar cómo nuestros hombres mejores toman el nombre de Bolívar para dar facilidades al coloniaje que Estados Unidos pretende ejercer sobre la América Latina. Bolívar luchó por la autonomía de nuestros países; jamás pensó Bolívar que su homérica empresa pudiera desembocar en un coloniaje bastardo. Tan distante de sus ideas estaba lo que hoy se

llama panamericanismo, como distante de sus propósitos estuvo imitar a Napoleón y a Iturbide. Tal fue su pasión por la autonomía de nuestros países, que viendo el año 1826 un peligro de guerra civil en Venezuela, sacrificó ante Páez el legalismo y se avino en 1829 a la idea de un príncipe extranjero para Colombia. La soberanía y la integridad de la gran República fueron la máxima pasión de su vida; para defenderlas y para mantenerlas, aceptó, también, el ejercicio repugnante de una nueva dictadura.

Clásica es la frase en que Bolívar declaró cómo el destino había colocado a Norteamérica en el Nuevo Mundo para que, en nombre de la libertad, sirviese de azote a los demás pueblos. Sin embargo, hoy es invocado el nombre de Bolívar como alijo para toda empresa encaminada a atar la autonomía de la América prieta al carro de victoria de Estados Unidos.

Para robustecer la falacia, se toma de pretexto su idea primigenia de aliar a las naciones salidas de la matriz hispánica en un nuevo sistema que las ayudase a guardar la autonomía y a defender sus características de pueblo. En el istmo centroamericano vio, también, el Libertador lugar apropiado para celebrar la anfictionía de todas las naciones del mundo. Bolívar no era hombre de estrechos nacionalismos. Entendió los procesos de la política como verdaderos procesos de cultura. No se amañó a un nacionalismo agresivo y absorbente, es cierto; menos pensó en un cosmopolitismo disgregador, que pudiera ser oportunidad para arrebañar nuestros pueblos tras la voluntad de la potencia más fuerte. Él quería aumentar la fuerza de los pequeños para el equilibrado diálogo con los grandes. No pensaba, tampoco, que sus ideas de anfictionía ecuménica estuviesen destinadas a hacer que desapareciese la personalidad de los pueblos nuevos. Hombre de avizora mirada política, estaba convencido de que la paz es norma vital que debe regir las relaciones de los hombres y de los pueblos. Aunque fuera un genio guerrero,

sabía que los hombres armados no están en acto propicio para la justicia. Él quería el desarme moral que pueda hacer práctica la paz. De ahí que pensase en la igualdad jurídica de las naciones y en el arbitraje como sistema para dirimir los conflictos entre pueblos. La igualdad teórica de las naciones quiso hacerla práctica por medio de grupos que tuviesen como centro de gravedad un conjunto realístico de valores de cultura. Pensó que el Congreso de Panamá podría dar nueva gravitación al mundo disperso de las Indias españolas. Si en la Península hubiera habido ojos más despabilados, se habría visto ya en el siglo pasado cómo fue Bolívar el verdadero iniciador del hispanoamericanismo. El resentimiento de los colonialistas españoles, junto con los resabios dejados en América por los odios bélicos, permitió, en cambio, como ya he dicho, que aquel fecundo germen de alianza de nuestros viejos pueblos de raíz hispánica, hubiera sido sembrado en extraña tierra, para que de él brotase el bastardo panamericanismo que hoy sirve de monstruo triturador de las legítimas esencias indoespañolas.

Camino de esfumarse como autónomos valores nacionales y como centros de nueva y vigorosa cultura, han tomado nuestros viejos, amados y sufridos países hispanoamericanos. Parece que estuviesen alcanzando fatídica respuesta las desesperadas preguntas de Rufino Blanco Fombona. "¿Irán a desaparecer las Repúblicas de Hispano América? ¿Irán a desaparecer sin que el mundo les haya visto el alma?", preguntaba nuestro gran ensayista. "Rusia ha hablado; de los Estados Unidos ya sabemos lo que puede esperarse… Todos los pueblos nuevos han dicho su palabra. ¿No la dirá nuestra América? El mundo empieza a preguntarse quiénes somos, para qué servimos, si vale la pena de que vivamos".

Tan prócer espíritu como el de Romain Rolland, ante la amenaza que nos agobia por una parte y nuestro mutismo por otra, exclama con arrebato de generosidad: "Sería una desgracia enorme

que los pueblos de la América Latina desaparecieran antes de haber mostrado al mundo lo que son, antes de haber dicho el mensaje que esas razas trajeron a la tierra. Es de una urgencia angustiosa que la América hable pronto, en todos los órdenes del pensamiento y la actividad”.

Cuando más espera el mundo nuestra voz libre de comunidades dobladas sobre los surcos de la cultura, aparecen en nuestro propio organismo fuerzas satánicas empeñadas en la distorsión de nuestro destino. El natural e histórico proceso de agrupar los países latinoamericanos en bloques que den mayor volumen a su voz deliberante, es negado en las propias Cancillerías que por imperativo de gentilicio pudieran considerarse fieles al ideario defensivo de Bolívar. Los valores latinoamericanos, se ha dicho con lógica de despeñadero, no pueden agruparse hoy por sí solos, sino, en cambio, unirse bajo la dirección del pensamiento forastero de Washington. Bien podría pensarse, una vez logrados nuestros bloques regionales, en una futura y armoniosa unión de ambas Américas, sin que esta unión llegue a imponer la tabla rasa en el pensamiento privativo de nuestros pueblos mulatos. La armonía de relaciones entre el mundo inglés y el mundo latino de América es algo verdaderamente deseable. Mas dicha armonía sólo puede sustantivarse sobre un pie de respeto mutuo. El mundo unido, coherente, uniforme de la América inglesa, reclama, como contrapeso para el equilibrio hemisférico, un mundo también uniforme, coherente y unido en la América nuestra. De lo contrario sería hacer, como escribí en otra ocasión, la alianza de un gato con indefensos ratones.

Nuestra fuerza reside en esa unidad que la política de Washington se ha empeñado en destruir. El malogrado Carlos Lozano y Lozano conversó largamente conmigo en Bogotá acerca de huellas documentales por él logradas para probar la intervención del Norte en el proceso disolutivo de Colombia. La historia reciente de

Centroamérica muestra cómo Estados Unidos lucra con la división del gran Estado que soñaron Morazán y Barrios. Frescos están los comentarios producidos en todo nuestro mundo americano cuando los intereses imperialistas desataron y mantuvieron la desastrosa guerra del Chaco. Por nadie que conozca el fondo del problema es negado el parpadeo de la vela al Diablo puesta por el Departamento de Estado tras el calvario doloroso de la disputa peruano-ecuatoriana. Pasando por el desafuero panameño, por el insolente avance esclavista de Walker en Centroamérica y por el destrozo del suelo mexicano, y sin siquiera contar los desembarcos de marinería en Santo Domingo y Nicaragua, fácil es hallar cabo al hilo que conduce a la madeja de intrigas empezada a tejer en 1812 por el secretario Monroe. Basta recordar que el propio caballo de Bolívar fue detenido por las fuerzas del norte, cuando el héroe pensó dar el gran salto sobre el Caribe para ir a la libertad de las Antillas.

La política generosa del nuevo Roosevelt, con su empeño de mostrar a Norteamérica comprometida en la defensa del mundo libre, pudo transitoriamente hacer olvidar el *big stick* de Roosevelt el viejo. Cuando ocurrió la Segunda Guerra Mundial, un riego universal de conceptos de libertad, de justicia, de convivencia, de igualdad jurídica, de comprensión humana, de sana democracia, pareció hacer viables los principios invocados en la llamada Carta del Atlántico.

Cargada de una hermosa tradición de republicanismo, la comunidad norteamericana pareciera, contra el propio augurio de Bolívar, destinada a ayudar al desarrollo de la libertad en el Nuevo Mundo. Su mayorazgo político en el orden de las modernas democracias le da título para decirse abanderada de las grandes ideas que hacen posible la dignidad del hombre. Mas, el caso es muy otro. Estados Unidos busca en nuestra América prieta el mante-

nimiento de un poder interventor, que garantice para sus finanzas y demás intereses el aprovechamiento de nuestros mercados y de nuestras materias primas. Para tal fin nada le es tan propicio como los regímenes que mantienen la paz de Varsovia sobre la inquieta conciencia de nuestros pueblos anhelantes de libertad y de justicia. A estas alturas ya no puede ser invadido el territorio de México, ni a Walker es posible desembarcar en Nicaragua, ni es factible intervenir descaradamente en Cuba y en Santo Domingo, ni siquiera se puede mantener por más tiempo la dolorosa sujeción de Panamá a un régimen deprimente de explotación y minoría. El camino de los hechos ha de ser amojonado con señales de aparente juricidad. No bastan los tratados de país a país, ni los pactos secretos con los Estados Mayores que sostienen las dictaduras. Se requiere un instrumento de mayor amplitud convencional, y sobre la llamada Organización de Estados Americanos, configurada en Bogotá como superación de la vieja Unión Panamericana, se sopla, por boca de una Sociedad Bolivariana, la idea de una Confederación de Naciones Americanas, que habría de funcionar como una *commonwealth* dirigida por la Casa Blanca.

Entre los utópicos y acomodaticios argumentos invocados por los panamericanistas para justificar el mayor acercamiento y la mayor sumisión de nuestros países a la política del Norte, figura, con atractivo disfraz, la llamada “defensa del mundo libre”, cuyo mantenimiento prometió Estados Unidos cuando sangraban las naciones durante la segunda gran guerra.

El caso, como lo estamos viendo todos, escribía yo en días pasados a un ilustre venezolano, ha resultado contrario a las engañadoras promesas. Estados Unidos, lejos de precipitar en el orden económico un cambio que pudiera anular los programas revolucionarios del socialismo ateo, se ha empeñado en una carrera guerrerrista que le asegure los mercados del mundo, con el agravante

funesto de que no se trata de colocar una superproducción de harina, de leche, de tejidos, de maquinaria útil, sino una inacabable producción de material de guerra. Basta leer la prensa americana de estos días y sus comentarios referentes a la crisis que sufriría la industria yanqui en el caso de que se produjese la anhelada paz en Asia. El capital norteamericano teme la paz y fomenta, consiguientemente, la guerra. Al mismo tiempo, los políticos hacen profesión adúltera de ideales pacifistas e invocan hasta los sagrados intereses de la cristiandad como estímulo de alianza con nuestros infelices países latinoamericanos, cuyo recio catolicismo quieren tomar los protestantes del Norte como elemento que incline la voluntad de nuestros pueblos hacia la nueva esclavitud, mientras, por otra parte, los planes colonialistas utilizan las misiones protestantes como medio que desquicie la unidad de conciencia de nuestros pueblos.

A mí nada me resulta tan paradójico como ver a las viejas colonias hispánicas del Nuevo Mundo sumadas al carro de conquista de Estados Unidos. Nosotros, que nos levantamos contra la autoridad de una metrópoli lejana, que nos dio su espíritu y su forma por medio de un proceso de trasplante cultural jamás igualado en el orden colonizador, hacemos coro sumiso a un sistema esclavista, que realiza atrocidades jamás imputables a la gran nación española. Nuestros países latinoamericanos, después de haber desfigurado la propia misión histórica de libertad e independencia que les dio fisonomía en el orden de las naciones, se agregan hoy a las tesis guerreristas de nuestros nuevos opresores del Norte, hasta llegar, como Colombia, dolorida y sangrante, a enviar sus pobres hijos al sacrificio inhumano de Corea.

Nada tan incierto como la tesis norteamericana de una lucha contra el comunismo como doctrina y sistema moral de vida. Estados Unidos no persigue sino el mantenimiento de un dominio

imperialista sobre todos los pueblos de economía atrasada donde puedan adquirir a bajos precios materias primas y donde puedan colocar fácilmente los productos de su vasta industria. Esos pueblos se llaman China, Corea, Indonesia, Siam, Venezuela, Cuba, Costa Rica, Guatemala. Un Embajador americano me dijo en 1950 que la salvación de la paz interna de los pueblos latinoamericanos, "tan dados a fantasías revolucionarias", decía él, adelantaría mucho si se lograse dar carácter nacional a los partidos comunistas locales y segregarlos así de la influencia del Kremlin. Es decir, el funcionario yanqui, por quien hablaba su propio Gobierno, pues no suelen ellos expresar nada que se aparte del criterio del Departamento de Estado, solamente medía el peligro político de la URSS como potencia competidora y no el riesgo que pueda constituir el fondo ideológico que sirve de fundamento al sistema soviético. La filosofía sustancial de los gobiernos en nada les arredra, como no arredra el sistema de Tito a los políticos que acaban de agasajarlo de modo vergonzante en su visita a Londres. ¿Habrase visto algo más contradictorio que mientras las potencias de la NATO se afanan en formar un cuerpo de ejército que defienda la Vieja Europa de la expansión comunista, Gran Bretaña festeje al dictador yugoslavo, tan comunista como Lenin, Stalin o Malenkof, pero, en cambio, divorciado de la URSS?…

Jamás he creído en la sinceridad de una lucha doctrinaria anticomunista como política de Estados Unidos. Estos luchan por el dominio material del mundo. A ellos sólo interesa la explotación de los pueblos. El comunismo se adversa de otra manera. El comunismo, en su parte filosófica de negación de los valores cristianos, se detiene haciendo triunfar estos valores, ya en sí mismos, por medio de la práctica de una cultura que eleve y ennoblezca la conciencia de los pueblos, ya promoviendo caminos fáciles para que los conceptos de paz, de justicia, de concordia dejen su altura

intangible en los discursos de los políticos y bajen a fecundar la realidad operante[2].

Por lo que dice a lo específico de su propaganda, Estados Unidos no utiliza el tema cristiano en sí tanto como el tema de la libertad, dicha en peligro por la forma política del régimen soviético. Con la autoridad moral que les da la severa tradición democrática de Washington, de Jefferson, de Lincoln y de Roosevelt, ellos se dicen en la obligación de "defender al mundo libre" contra todo peligro totalitario.

---

2. Podrían con justo título decirse comprometidos en la defensa de los ideales cristianos aquellos Estados y aquellas colectividades políticas que hayan asumido como programa y como fin inmediato de acción una actitud franca, resuelta y heroica ante las corrientes descristianizadoras y ateas del momento. De la legitimidad de tal posesión carecen las vulgares dictaduras que en la América mulata sólo se esfuerzan en ejercer el poder por lo que este representa de elemento concupiscente, es decir, por las meras esencias satánicas y anticristianas que se esconden en la irracionalidad de la fuerza. Justamente el actual régimen venezolano, desconceptuado en forma absoluta ante la opinión democrática del Nuevo Mundo, busca aparecer apoyado por la colectividad política que en el país sostiene las ideas del socialcristianismo. Al amparo de la traición de escasos miembros de dicho partido político (Copei), el Gobierno ha venido creando unas agrupaciones paralelas y parásitas que, diciéndose socialcristianas, ofrecen su adhesión al régimen espúreo de la dictadura. Mientras tanto, por medio de una intensísima propaganda, el Gobierno pretende presentarse en el exterior como apoyado por las fuerzas del orden cristiano. En la presente hora, el partido Copei, a través de sus organismos de difusión extranjera, se esfuerza por desenmascarar esta burda y criminal maniobra, especialmente para que sea conocida en países donde, como en España, en Francia, en Italia, en Alemania funcionan verdaderos partidos socialcristianos. No hallando un pretexto para ilegalizar al partido Copei, lo mina, a fin de presentarlo como su aliado. Si, en cambio, le conviniese exhibirse apoyado por el comunismo, simularía también un nuevo partido marxista, al cual podrían dar aspecto de leninismo o de trotskismo los numerosos miembros antiguos del Partido Comunista que hoy ocupan posición destacada en el régimen y a cuyo consejo se realiza la persecución de unos y otros ciudadanos libres. Con este aparato de pseudoapoyo de partidos políticos pretende el Gobierno dictatorial ganar puntos con que contrarrestar la oposición que algunos países han hecho a la reunión caraqueña de la Conferencia Panamericana.

No entraré a investigar el sistema interno de Estados Unidos, donde hoy se practican, al amparo del Senado, formas inquisitoriales que dan la cangreja al propio Torquemada. Me referiré apenas a los aliados exteriores del presunto sistema defensivo de la libertad mundial. "Los fines democráticos –dice el profesor Randall– piden métodos democráticos para su realización". No se pueden aliar para una cruzada de paz los pacifistas y los negociantes de armas, a no ser que estos renuncien su negocio. No pueden colocarse en la misma línea de batalla los defensores y los verdugos de los pueblos. ¿Serán los dictadores que padece nuestra América, pilares adecuados para soportar un orden dirigido a la defensa de la justicia, de la equidad, de la paz, de la concordia y de la libertad, en el cual pueda sentirse a sus anchas la dignidad humana? Esto sería tanto como buscar refuerzo en los burdeles para una campaña a favor de la virginidad. Por la calidad de los socios que Estados Unidos utiliza en nuestra América para "defender el mundo libre", puede juzgarse la sinceridad de sus propósitos democráticos de hoy. Con tales aliados, los políticos y los plutócratas norteamericanos están diciendo, por el contrario, que les es grata la irresponsabilidad de los regímenes de fuerza, por cuanto a su amparo juegan mejor con el destino de los pueblos[3]. Políticos y plutócratas digo, ya que el

3. A la política de Estados Unidos frente a la América Latina no interesa para nada el problema interno de la libertad de nuestros pueblos. En su edición del 21 del presente septiembre, la revista *Time*, de Nueva York, publica un comentario donde un banquero estadounidense declara paladinamente que si bien es cierto que en Venezuela no existen actualmente libertades políticas, en cambio el capital financiero tiene toda clase de libertades para obtener pingües provechos. "Para mí, esto vale toda la libertad política del mundo", asienta desvergonzadamente el banquero. Con mayor desenfado no hablan de sus pillerías los peores criminales.
Mientras en destierro vivimos numerosos venezolanos, sin otro delito que defender las libertades públicas y el decoro de la República, Venezuela se convierte progresivamente en Jauja para los norteamericanos. Con candor digno de mejores causas, el articulista de *Time* termina su nota en los términos siguientes: "Todo es

pueblo norteamericano en sí es algo distinto de como lo presentan sus dirigentes al juicio del mundo. Tanto como nosotros, él sufre la injusticia del régimen capitalista y tanto como nosotros ama la libertad y la convivencia.

Ese noble pueblo ya ha comprendido la función funesta asumida por sus Fuerzas Armadas y ha empezado a manifestarlo en forma que obligó hace poco al almirante Carney a quejarse públicamente del espíritu antimilitarista del pueblo. El alto jefe conceptúa inmoral la actitud de quienes se apartan de la carrera belicista,

---

tan encantador [en Venezuela], que puede ser que se esté creando un nuevo género de expatriados norteamericanos". "Me gustaría volver a vivir en Estados Unidos", tal vez piense alguno al recordar con nostalgia los suaves cerros verdes de la patria. Pero entonces probablemente se le endurezca el propósito y añade: "No podré vivir, en cambio, bajo el régimen de impuestos americanos". En la nueva Jauja todo le es, por el contrario, más fácil, más hacedero, más grato. Ni a este ni a su socio venezolano de pillerías podría negarse derecho alguno para alabar el sistema político que actualmente les garantizan tal género de vida. En cambio sonrojo de vergüenza ocasiona mirar a altos representantes de la cultura y a cuerpos que se dicen consagrados a la guarda de la dignidad nacional, comprometidos en la farsa humillante; como angustia promueve, también la consigna de "sajonizarnos", que muchos jóvenes difunden con equívoco sentido de querer dar carácter productivo y creador a nuestro esfuerzo. Así hubieran podido pensarlo en el siglo pasado Michelena, Toro, Acosta y todos los que vivieron la necesidad de racionalizar nuestro trabajo social. Entonces, como hoy, era preciso buscar un rumbo práctico a nuestra acción colectiva. Con su empeño de que se creasen industrias, Cecilio Acosta buscaba que ascendiese, también, el nivel moral del pueblo. Buen ejemplo para lograrlo era el hombre sajón. Hoy, en cambio, "sajonizar" tiene diverso valor conceptual. Hoy no se persigue la actitud ejemplar del norteamericano que logró la extraordinaria grandeza que hace a su pueblo temible. "Sajonizar" constituye hoy una actitud de entrega de nuestros valores nacionales. Hoy "sajonizan" los pitiyanquis de la farándula entreguista; hoy "sajonizan" todos los que sienten mayor preocupación por la comodidad y por el hartazgo que por el decoro de la República. Los "sajonizantes" actuales han llegado por eso a hacer del propio Bolívar una entelequia al servicio de ideas y de propósitos contrarios a nuestra independencia nacional. Hay, en consecuencia, un Bolívar "sajonizado", en cuyo nombre el nuevo fariseísmo hace entrega del país, de su dignidad y de su historia. Como valor acuñado, viene a ser el Bolívar chimbo de la anti América.

sin advertir que el pueblo es el mismo gran pueblo americano de siempre y que quienes han cambiado de moral son sus hombres dirigentes. Ese pueblo sano, sencillo, lleno hasta ayer de pensamientos pacifistas, siente rubor cuando oye en París, en Roma, en Berlín o en Tokio la frase deprimente de *go home* con que los otros pueblos del mundo saludan a sus soldados. Ese pueblo, lleno de fuerza y de fe en sí mismo, quiere vivir la plenitud de aquella "ciudad" de la cual dijo su gran poeta Walt Whitman que se hallaba allí "donde no existe monumento alguno en honor de los héroes, salvo en las palabras y hechos de la comunidad". Ciudad sin otros héroes que "los niños, a quienes se enseña a ser la ley de sí mismos y a defenderse únicamente por sí mismos". Por eso se le llamó con razón "pueblo de niños grandes".

En reciente oportunidad oí explicar al eminente arzobispo de Valencia, excelentísimo señor Olaechea y Loizaga, cómo el comunismo no se vence con bombas atómicas, sino con caridad cristiana, y para hacer más precisa su posición, se refirió el egregio prelado español al peligro que para el mundo cristiano representan tanto el comunismo como el capitalismo. Yo escribí alguna vez acerca de la traición que constituye, no el hacer concesiones a la bandera de los contrarios, sino entregar a los enemigos nuestras banderas de justicia. Los cristianos que se suman al anticomunismo de los rateros hacen el juego a los contrarios y les rinden sus consignas de combate. El latifundista sin entrañas, el agiotista inmoral, el comerciante especulador, el monopolista avaro, el banquero succionador, son anticomunistas porque temen las reformas sociales y creen hallar apoyo para sus sistemas inhumanos en una falsa concepción del orden, que pretenden confundir con el ideal orden cristiano. Esos anticomunistas de bolsa y olla rodean a todos los gobernantes que les aseguren en cualquier forma la permanencia de la impunidad

para sus negocios sórdidos. Esos anticomunistas, cuando es del caso, ayudan con sus monedas sucias al cura que les otorga una simoníaca absolución social. Buscan los tales, como escribí en *El caballo de Ledesma*, la sombra benéfica de los campanarios y alquilan en sacristías fáciles dolorosas imágenes del Crucificado, para entronizarlas en sus lonjas sin moral; pero, en cambio, pactan la conciencia con el Diablo, cuando se trata de ganar habilidades para chupar la sangre de las víctimas.

Esa pseudoposición anticomunista es invocada en el acuerdo de la Sociedad Bolivariana chilena, para atacar en nombre de nuestra América Latina el binomio Eurasia, en forma más vigorosa de como se ataca el binomio Euráfrica.

La solidaridad americana que se invoca contra los valores euroasiáticos y euroafricanos obliga a un examen sutil de las circunstancias que se anudan en su fondo.

Al hacer el desglosamiento de términos, aparece Europa como signo determinante de ambos valores. Justamente, la economía de nuestros países latinoamericanos se resiente del sistema monopolista que sobre él pretende ejercer el capital financiero norteamericano. Estados Unidos se empeña a todo trance en defender un derecho hegemónico sobre nuestros mercados. Si hubiera, en cambio, como la hubo antes, una fácil competencia con los países europeos, mejores precios alcanzarían nuestros productos y mayor desarrollo tendrían nuestras industrias. En el orden de la cultura, estarían sobranceras las palabras encaminadas a poner en resalto la necesidad de defender nuestros vínculos directos con los núcleos de donde recibimos ayer nuestro derecho a ser mirados como herederos de la fuerza creadora de la cultura mediterránea.

El caso de África y el caso de Asia se nos ofrecen como los de países que pudieran competir con nuestros mercados de materias

primas. En realidad, Asia y África realizan un esfuerzo por liberarse del yugo colonialista que sobre ellos pesa. Son, en el orden de la paz y de la justicia, nuestros aliados naturales. Como ellos, fuimos ayer provincias dependientes de una lejana metrópoli, y como ellos seguimos hoy siendo víctimas de la explotación capitalista.

Justamente la gran competencia que puede hacer a nuestro orden económico el sistema afroasiático derivaría del mejor precio para la mano de obra, que se empeña en conservar bajo en dichas regiones el capitalismo imperialista. Absurda, brutal y antihumana resultaría nuestra alianza con Estados Unidos para que prosiguiese el sistema de esclavitud en que se intenta mantener la mano de obra asiática. Una de las finalidades que llevó al Medio Oriente la misión económica venezolana destacada en 1950 fue hacer ver a los iraníes la necesidad de subir el salario petrolero. Así habría, también, de subir el nuestro. Si nuestros países de economía colonial tuvieran conciencia de sí mismos y nuestros gobernantes supeditaran el placer primitivo del mando a las necesidades esenciales de la nación, ya se habría formado una manera de "cartel" internacional para fijar los países productores el precio del petróleo, del hierro, del estaño, del cobre, de la lana, del azúcar, del café, del caucho, del banano.

Quien sienta la realidad de su conciencia americana no verá jamás su aliado en el magnate que goza las delicias de la civilización en Washington, Chicago y Nueva York, sino en el infeliz indonesio, en el hambreado chino, en el explotado hindú, en el perseguido rhodesiano, en el altivo trabajador árabe, que padecen la servidumbre colonialista. Necesario es pensar que la conciencia de nuestra América mulata fraguó en una gran lucha contra el colonialismo. Nuestra partida de nacimiento como repúblicas contiene una declaración irrenunciable de soberanía. Por donde los criollos que sirven ciegamente los intereses del imperialismo son,

en el orden de la realidad política, como desertores de sí mismos. Con su conducta, niegan nuestra historia; con sus actos, contradicen el decoro de la nación.

La cooperación que reclaman las naciones ha de erigirse sobre un pie de dignidad y de igualdad que empieza por el respeto profundo al valor de las personas asociadas. En el orden de la vida, los hombres se distinguen por el sello que les imprima su propia personalidad. También los pueblos tienen la suya; también tienen los pueblos características, atributos, modalidades que dan presencia exterior al alma colectiva.

Si José Enrique Rodó vio ayer sólo el problema de la cultura, nosotros miramos hoy el problema de la cultura, el problema de la economía y el problema de la política, amenazados por un haz funesto de donde salen los rayos destructores y vemos algo más: durante el siglo pasado y al principio del que cursa se levantaron en nuestra América hispánica voces enérgicas que buscaron la defensa de nuestra integridad de pueblos. Arcaya y Blanco Fombona no son casos aislados en la historia venezolana de la lucha contra el imperialismo norteamericano. Muchos otros levantaron las voces, ora robustas, ora débiles, para prevenir la asechanza. Desde México hasta el sur, escritores de autorizada pluma y de rapaz mirada han dicho dónde anda el peligro y cómo estamos expuestos a que la geografía con historia de nuestra América india se convierta en mera geografía sin pueblos, en cuyas cartas, según certero apunte de Gabriela Mistral, sean señalados nuestros territorios no ya como entidades, sino como sitios donde se produce hierro, petróleo, café, cobre, estaño, bananos, plata, cacao, oro, lana, carne y cuero.

Contra la posibilidad de esa geografía colonialista es necesario realizar profundos esfuerzos, sobre todo en estos difíciles momentos, cuando nuestra América, víctima de ambiciosos tiranos, hace

fácil juego a los intereses del capitalismo americano y oye el consejo aleve de los criollos vendidos al interés foráneo.

Bien conoce Estados Unidos la peligrosa realidad de la hora. A Washington llega diariamente el murmullo de voces que pregonan la necesidad de un cambio de posición en la política de la América inglesa frente a la América Latina; voces que no sólo van de afuera, sino que salen con doblada autoridad de labios del propio pueblo norteamericano, ora en sus sectores obreros, ora en sus altos centros universitarios.

En momentos en que se anuncia una nueva conferencia de los países americanos, ya el Departamento de Estado se hace de medios para domeñar la opinión de América y del mundo. Donde fue enterrada con mayor dolor la garra del águila imperial, allí mismo se anuncia un proceso que podría tomarse como rectificación, pero que en sí puede tener opuestas finalidades. Washington parece dispuesto a transigir en algunas de las más sentidas aspiraciones del pueblo panameño. El país que lleva cincuenta años de ver roto su territorio en beneficio extranjero y que durante cincuenta años siente en su vigoroso corazón el dolor de igual ruptura, pide hoy que se mejore el régimen canalero. Se dice que Estados Unidos mira con simpatía la solicitud de Panamá. Conveniente es pensar, también, que Estados Unidos sabe cómo al complacer las mínimas aspiraciones del istmo mártir, ganaría las simpatías de toda América.

Pero, como he dicho, el problema tiene también una fase peligrosa. Tras la rectificación de la política canalera, ¿no esconderá su cabeza la dormida idea de un nuevo canal a nivel, para cuya concesión esté el Departamento de Estado preparando futuros caminos? ¿No significaría, en el orden general del sistema americano, una aparente concesión llamada a engañar la opinión de América para futuras maniobras entreguistas?

Sea lo que fuere, el paso es bueno y hay necesidad de tomarlo como de doble ejemplaridad: bueno, por lo que representa de altivez en el sufrido y noble país ístmico, y bueno por lo que representaría como comprensión por parte de la gran potencia norteña. En el camino de la dignidad americana, abre posibilidades objetivas para los procesos revisionistas que aguardan las concesiones locamente hechas por nuestros pueblos al capital americano. Tras la rectificación panameña ha de venir una nueva actitud del Departamento de Estado frente a las limitaciones justísimas puestas en Guatemala a las concesiones de la United Fruit Company. Y si en Venezuela hubiera digno Gobierno que lo pidiese, habría de ocasionar una revisión en las concesiones del hierro y en los beneficios del petróleo.

Para llegar a todos estos nobilísimos fines, necesitamos crear una conciencia defensiva en nuestra América. No se es nacionalista para vocear palabras en las concentraciones populares y ganar votos del sufrido pueblo. Se es nacionalista porque se sienta en el cascabullo de la personalidad el tono, el signo, la voz que nos da valor existencial en el orden del mundo.

Tampoco se es nacionalista en actitud de menosprecio y de querella, según lo entienden los negociantes cosmopolitas; se es nacionalista por la simple razón de que "se es" en el orden de las naciones. En este caso el nacionalismo no es sino mera valla defensiva de riesgos foráneos. Pero como el nacionalismo de mexicanos, de cubanos, de argentinos, de chilenos y de venezolanos coincide en signos y en peligros con el nacionalismo de otros países de América, nada más natural que reunirnos bajo la égida de los valores culturales que nos son comunes. Nosotros mismos, en nuestra integridad hispanoamericana, debemos comenzar a hacer los grandes cuadros que den posibilidad a la defensa y a la cooperación. Al

amparo de los valores comunes que nos transmitió la España materna debemos comenzar nuestra mesa redonda. Antes que enseñar a nuestros pueblos la lengua inglesa para que entiendan mejor a sus pretensos capataces, pulamos el ágil instrumento que nos permita dar a nuestras asambleas el valor de una fraternal pentecostés. "Toda mundanza sustancial en los idiomas es una mundanza en las conciencias", enseñaba el gran don Ramón del Valle Inclán. Con la integridad de la lengua, defendamos la integridad del pensamiento, no para que este se esterilice en la persecución de un cerrado camino, sino para que se afine más y capte mejor los grandes valores unitarios de la cultura universal.

En las clases rudimentarias de aritmética aprendimos que para sumar quebrados se les reduce a un denominador común. Nosotros, como pueblos indohispánicos, gozamos ya la comunidad de un denominador que hace fácil la adición. Para sumarnos con el poderoso entero del norte, tal como pudieran sumarse Francia y Gran Bretaña en función de potencias históricas, necesitamos buscar la integridad de nuestros valores diversos. Somos, en realidad, una comunidad de naciones que intereses contrarios a nuestro destino nacional se empeñan en dividir. Esa comunidad sin instrumentos es más cierta que la comunidad instrumental que se pretende formar como expresión simulada de la entrega política, cultural y económica a Estados Unidos de la soberanía de nuestros pueblos.

Tomada la voluntad por el placer concupiscente que proporcionan el hartazgo y el poder, nuestros cerebros, escribiré con palabras patéticas de Costa, "son especie de racimos prensados que no destilan una sola gota de espíritu para proveer a la salvación de la Patria y a la salvación propia". Hemos llegado a límites peores; sin advertir el precio de nuestros valores, los hemos entregado a extrañas manos para que los aprovechen, como aprovechan los de fuera, nuestros fastuosos montes de hierro, graciosamente puestos

al servicio de la industria extranjera. También les hemos vendido para la farsa nueva nuestros propios montes morales.

Con el pensamiento de Bolívar hemos dejado que se urda una maraña pseudojurídica donde caen incautamente hasta honestas voluntades de patriotas. De los grandes sueños del Libertador hemos hecho etiquetas para marcar de bolivarianismo bastardo actitudes contrarias a los grandes propósitos del Padre de la Patria.

Una farisaica hermenéutica de los intereses históricos de Bolívar, tratados como si este fuese ciudadano de Caracas o de Venezuela, nos ha llevado a pensar en el Libertador como en figura encuadrada en límites aldeanos. Igual hacen con San Martín los argentinos. Sobre la gloria local de los héroes y sobre el particularismo de su función nacional, no queremos contemplar la eternidad universal de su misión libertadora. A más de un siglo de su tránsito, seguimos viendo en Bolívar al general colombiano que discutió en Guayaquil con el general argentino San Martín, al general venezolano que miró el problema de la política de Colombia en forma distinta de como pensaba el general neogranadino Santander, y al general caraqueño que miró la independencia de Venezuela de diverso modo a como la miraba el general oriental Santiago Mariño. Si en el campo pretérito de los hechos pudo Bolívar diferir de Mariño, de Santander y de San Martín, cuando respectiva y conjuntamente encararon el mismo problema de la libertad de Venezuela, de Colombia y de América, hoy no hay tema particular sobre el cual pudieran competir los Padres de la Patria americana. Lograda la independencia, ni siquiera se mide su tamaño con aquella vara divina que invocó el Quijote para decir que "nadie es más que otro si no hace más que otro". Menos hace falta medirles su abolida estatura física. Todos son del mismo tamaño, todos se igualaron al luchar por la libertad. La América mulata en su realidad de

República es obra común de Bolívar, de San Martín, de Santander, de Mariño, de O'Higgins, de Artigas, de Hidalgo, de Morelos, de Morazán, de Martí. Intemporales y ubicuos, ellos luchan siempre y en todas partes donde sean invocados sus espíritus como estímulo de civismo. La gloria los ha deshumanizado para que sólo obren en función de espíritus tutelares del decoro americano. Su dimensión individual se confunde con la dimensión de América.

En razón de esto suena a contradicción y a absurdo todo empeño de convertirlos en patronos de una regresión colonialista. Por el valor aglutinante, pacifista y ecuménico de sus ideas se pretende tomar hoy a Bolívar por iniciador del panamericanismo. En cuanto este dice de suprema rectoría estadounidense, bueno es recordar que Bolívar excluyó a Estados Unidos de su invitación original a Panamá. El propósito del Libertador se concretaba a buscar nuevo vigor a la deshecha unidad hispánica. Abolido el centro de gravedad que para las Indias españolas representaba el gobierno de Madrid, Bolívar vio la necesidad de mantener bajo signo republicano la comunidad antigua. Así lo había entendido el precursor Miranda. Asimismo lo sintieron los hombres de Caracas, una vez producido el movimiento autonomista de abril del año 1810.

En su realidad esencial, el panamericanismo no corresponde a los ideales que inspiraron la reunión panameña de 1826. El panamericanismo, pese a lo positivo que haya podido provocar en las relaciones y en el progreso cultural de los países latinoamericanos, ha venido siendo fundamentalmente la carátula creciente de un propósito de intervención y hegemonía del Norte en los problemas de los demás países americanos.

Sin embargo, pudieran entenderse las reservas y las críticas al actual panamericanismo como una bandera de desunión entre los pueblos del hemisferio americano. Para los que pensamos con ideas humanistas nada es tan deseable como la justa armonía en-

tre los hombres y los pueblos todos. La misión ecuménica de la cultura obliga a que miremos con humana pasión los problemas encaminados a conjugar naciones y espíritus. Pero creemos, también, quienes así pensamos, que los hombres, para unirse en una obra comunitaria, necesitan ajustar su colaboración a una medida de equidad, y que los pueblos, para hacer viables sus compromisos, necesitan, también que estos se apoyen sobre la igualdad jurídica y sobre el efectivo respeto de sus voces. A una unión de pueblos sin fuerza con un pueblo vigoroso, preferibles son las uniones paulatinas de los pequeños países a quienes cultura, lengua y costumbres ofrecen un denominador común. Logrados mañana, los grandes bloques de matriz histórica común y unidos estos con el gran país cuyas raíces lusitanas lo hacen miembro poderoso de la comunidad iberoamericana, queda apenas la tinta generosa y noble del haitiano, para que la latinidad se sienta fuerte y altiva ante el poderoso caballero del Norte, a cuya voz tiemblan los pueblos débiles y a cuyo halago se rinden las conciencias frágiles.

En Panamá se opusieron el año 26 los ideales divergentes que separan al Norte del resto de América. Bolívar pensaba en unidad de pueblos para asegurar el imperio de la justicia, de la libertad y de la paz. En el Norte tomaba forma el pensamiento de Monroe como máscara para la hegemonía político-económica sobre el continente. En 1889, pese al aviso de voces autorizadas y proféticas, hubo quienes honradamente creyeron que los vidrios rotos en Panamá y Tacubaya podían reunirse para la creación de un sistema jurídico en nuestra América. De entonces datan las periódicas reuniones con que se pretende dar audiencia internacional a los temas preparados, bajo la mirada de Washington, por la famosa Organización de Estados Americanos. En la de ahora, para la cual será obligado estribillo, si es que se reúne en Caracas, tanto la invocación del

espíritu de Bolívar como la invocación de sus vecinas reliquias, se tratará de dar forma a un sistema que, si bien no es el mismo, al menos se acerque al plan sugerido por las Bolivarianas a través de su filial de Chile, y con el cual alcanzará el Norte mayor injerencia militar en el territorio de los demás países del hemisferio.

Al considerar el numeral 3 del capítulo primero de la proyectada agenda de dicha reunión, se buscará seguramente reformar los instrumentos sobre asilo político suscritos en La Habana y en Montevideo. No se pensará por nada en el magnífico proyecto elaborado por Saavedra Lamas para la reunión de Lima de 1938; menos se intentará crear medios que eviten la situación hilarante del asilo de Haya de la Torre. En cambio, se insinuará, para evitarlas de raíz, que ningún país del Nuevo Mundo puede dar asilo a los enemigos de los demás gobiernos. Para este fin nada resultaría tan fácil como motejar de comunismo o de filocomunismo a todo ciudadano libre que adverse los regímenes dictatoriales de América. ¿No sucede ya esto en Venezuela, pongamos por caso? ¿No se nota de comunistas a genuinos representantes de la oligarquía conservadora que disienten del actual sistema político? ¿No se intenta despojar hasta del óleo bautismal a quienes condenan el crimen de los usurpadores?

Bajo la presuntuosa tutela de los Padres de la revolución americana se firmarían tales compromisos y se harían semejantes declaraciones. Bolívar será invocado como el numen mayor en la pretensa reunión caraqueña. En su nombre se intentará entregar una vez más el decoro de nuestra América mulata. Bajo su amparo ficticio, los valores afirmativos de América se trocará con los antivalores de una América a la cual hoy se ofrece billetes de retorno al coloniaje.

Esta vez al nombre de Bolívar se dará excelsa compañía: se le pondrá al lado el santo nombre de Cristo. Para que se cumpla el

gran símil del Libertador desencantado de su obra y lastimado por la ingratitud de los hombres, sería preciso que apareciera también en escena el Caballero de la Triste Figura. No faltarán seguramente pequeños quijotes que quiebren sus débiles lanzas por honrar a la verdad. A Bolívar se le invocará como patente de legitimidad para la vil entrega de nuestros pueblos; a Cristo se le invocará, aun con fuerza mayor, para intentar que en su nombre gane lineamientos de santidad una carrera de simples mercaderes. Pero ni Cristo ni Bolívar concurrirán por sí mismos. Estarán apenas presentes en lugar suyo figuras postizas, traídas para la feria de los valores adúlteros.

No es el de Bolívar espíritu manuable, expuesto a la antojadiza opinión de los tartufos, como en Caracas estuvo durante los días críticos de diciembre pasado, el espíritu vaciado en bronce por el genio de Victorio Macho. A la Asamblea Panamericana bien podría ser llevada esa imagen fría, dolorosa e inmóvil de Bolívar. También pudiera llevarse un disfraz correcto de Jesús. Cuando el Santo de los Santos fue crucificado por el odio de los poderosos que disfrutaban con las leyes y con las armas, la soldadesca jugó a los dados sus cándidos vestidos. La túnica inconsútil la ganó seguramente el más habilidoso en trampas. Eternas como el dolor de Cristo y como el dolor del hombre, las vestiduras obtenidas en la tarde del Calvario han llegado a servir para que los fariseos y los soldados del crimen permanente puedan exhibirse vestidos de cristianos. Tan lejos está Jesús de los que oportunistamente se llaman defensores de sus ultrajados principios, como distante estuvo del torpe criminal que en la noche del Viernes Santo regresó a la guarida de sus pecados vistiendo la túnica y el manto del Hijo del Hombre.

¡Valiente libertad y valiente justicia la del mundo que se sienta defendido por los bárbaros sicarios que siegan vidas, destruyen

hogares, persiguen inocentes, y sacrifican hombres y mujeres sin más crimen que defender la libertad y el decoro a que tienen derecho como seres humanos! Del proceso encaminado a robustecer ese pretenso orden de libertad y de justicia estarán por demás lejos Cristo, Bolívar y el Quijote.

## REVERSO ESPERANZADO

En la anunciada Conferencia Panamericana sí podría estar el ágil, severo y creador espíritu de Bolívar, y con el suyo, también, el espíritu de todos los Padres de la Patria americana. Podrían estar presentes si los hombres que se reúnan mañana a hablar y a pactar en nombre de América volvieran sobre su propia conciencia y se sintiesen representantes de pueblos y no agentes de gobiernos interesados en el mantenimiento de sistemas que aseguren a sus ejercitantes y a sus cómplices el provecho y el hartazgo.

Si a esa Conferencia fuera la voz del pueblo de América ya sería fácil invitar al Departamento de Estado a que depusiera el tono con que intenta hacer valer sus pretensiones sobre nuestros inválidos países y a que comprendiese el derecho que tienen nuestras naciones y nuestros hombres a ser y a sentirse todos seguros y libres.

Si en lugar de concurrir a dicha Conferencia hombres comprometidos con los intereses sórdidos que mueven la política de los dictadores, fuesen hombres de cuya conciencia no hayan sido borrados aún los viejos valores de la dignidad nacional, distinto sería el diálogo y muy otros serían los resultados que de ella pudieran alcanzarse.

No representan dichos organismos en sí el genuino pensamiento unitivo de Bolívar, pero si los delegados de la América dispersa unieran sus voces para mejor discutir con la América del Norte,

podría al menos salir de ella la convicción de que existe en el Nuevo Mundo otra fuerza que es necesario respetar.

Pero es difícil esperar frutos de libertad de árboles sin riego democrático. Más que conferencia, la próxima reunión de los países americanos habrá de ser una nueva comedia montada para engañarse a sí mismos los actores. Habrá de sonar a sarcasmo toda declaración que se diga encaminada a la defensa de la libertad política de las naciones y de la humana dignidad de sus ciudadanos, cuando son sustentadas y defendidas por representantes en cuyos países se persigue a los hombres por el mero delito de decirse amantes de la libertad y se entregan las riquezas propias a cambio de jugosas gabelas para los comprometidos en la venta de la Patria.

La gravedad de la hora de América hace, sin embargo, esperar que la discutida Conferencia pueda ser escenario donde vuelvan a encontrarse consigo mismos pueblos que han venido viviendo en una gemebunda soledad moral. Tal vez la voz perseguida de esos pueblos logre romper vallas severas, y en labios de hombres audaces y honestos puedan, desde tan calificado sitio, decir al mundo su trágica verdad.

Allí estaría entonces Bolívar declarando cuál es el verdadero destino de América. Allí también estaría Cristo indicando cuál es el mundo de justicia y de amor, cuya libertad es preciso asegurar contra “el materialismo cuidadosamente enmascarado” que espanta el genuino pensamiento cristiano. Allí el Quijote, empinado sobre el sarmentoso Rocinante, diría a los hijos de su fabla y de su espíritu, dónde están los venteros y dónde los yangüeses que han hecho burla constante de sus sueños…

Madrid, 25 de septiembre de 1953.

## *AJUSTE DE RAZONES*

*La composición de estas páginas ha sido hecha por paciente tipógrafo durante los propios días en que Madrid y Salamanca albergan la Asamblea de Universidades de raíz hispánica, convocada con motivo del* VII *Centenario de la egregia Casa donde brillaron el Maestro Francisco de Vitoria, Fray Luis de León y don Miguel de Unamuno. En dicha Asamblea se ha reencontrado consigo mismo el pensamiento uniforme de los pueblos hispanoamericanos. Al amor del ámbito universalista de la gran Casa de Alfonso IX, bien ha podido declararse, como ha sido declarada, la urgencia de mantener y defender la comunidad de valores que dan continuidad unitiva a los pueblos indohispánicos. Al amparo de las grandes ideas que germinan en las universidades, no podrá decirse que el nacionalismo defensivo sustentado por los hispanoamericanos constituya una efímera categoría enfrentada, en actitud agresiva, con los grandes valores humanistas de la cultura.*

*Hasta donde me ha sido posible, he insistido en decir que nuestro nacionalismo hispanoamericano no abjura la fuerza y la primacía de los derechos del hombre como valor que sobrepesa y domina las restrictas líneas de las diversas patrias. La nuestra es apenas posición preventiva frente a quienes se oponen, en nombre de intereses bastardos, a que realicemos, de conformidad con nuestra característica tradicional, el alto destino que nos compete como seres portadores de espíritus.*

*Para nuestra sufrida América mulata queremos garantías de libertad y de dignidad que nos libren del trance de vivir distantes del suelo nativo o en él sometidos al vejamen de autoridades arbitrarias. Jamás podrá el Gobierno de la gran nación del Norte probar que lucha por la dignidad y la libertad del mundo, mientras preste apoyo irrestricto a los dictadores que arrojan de su patria*

*a hombres deseosos de mantenerse en ella libres y erguidos o que los someten a vida torturada de prisión o a permanente miedo callejero. Recobrará, en cambio, Estados Unidos su viejo título de solar de libertades, cuando rompa el compadrazgo con los tiranos de América y respete la integridad de pueblos y de hombres.*

Madrid, 4 de octubre de 1953.

## PROBLEMAS DE LA JUVENTUD VENEZOLANA
## (Temas acerca de la crisis universitaria)

*A Juan el urredista, a Pedro el copeyano, a Jesús el acciondemocratista, a Pancho el comunista, a Antonio el independiente, estudiantes todos del mismo apellido Pueblo, todos hijos de la misma angustiada madre, todos con igual derecho a la paz, a la seguridad y a la abundancia, destruidas por fuerzas satánicas que enseñorearon en la vieja casa, cuando la madre común quedó desamparada en razón de la lucha feroz de los hermanos mayores; a ellos van dedicadas estas páginas, escritas bajo la angustia de ver cómo se intenta cerrar camino a la inteligencia y a la comprensión de los venezolanos.*

M.B.I.

*¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América?*

José Martí, *Nuestra América*

A MANOS de un preocupado representante de nuestra juventud universitaria caraqueña llegó en días pasados una carta mía para un amigo político que en Venezuela se interesa por la manera de hallar salida a la angustiosa situación que sufre el país. En mi carta decía yo que si bien es aventurado esperar gestos favorables de parte de

una colectividad comprometida con el vicio político y con la decadencia social, si en realidad existe actualmente toda una red funesta de intereses bastardos que yugulan la conciencia moral del país, bueno es pensar en Venezuela como en una realidad permanente, a cuyo servicio futuro debemos poner todos nuestros recursos, sin mirar a la inminencia del éxito. Si nosotros, decíale, no podemos por el momento llevar a término la obra que salve los valores sociales, económicos, políticos y culturales de la nación, podemos, en cambio, buscar que los jóvenes que se levantan realicen mañana en la República la obra que nosotros no pudimos cumplir. El joven amigo que leyó mis letras entusiastas y confiadas me ha escrito para decirme que la juventud de quien yo espero la salvación del país, vive aún vida informe en el vientre de las futuras madres venezolanas, por cuanto la mayoría de los jóvenes presentes están contaminados del letargo hipnótico de que ha sido presa nuestro ambiente social. "Sombras tomadas del sopor del opio y de la marihuana parecen la mayoría de los estudiantes que hoy acuden a los tristes claustros universitarios", agrega mi escéptico informante.

Lejos de tomar como mal síntoma el juicio exageradamente pesimista de este honestísimo joven, lo he recibido como testimonio del aguzado sentido de angustia que caracteriza a las nuevas generaciones. A los manicomios no van las personas que dudan de sí mismas, sino aquellas que esperan en demasía de su propio valer. El rigor de la crítica y de la desesperanza que inspira el acre juicio de mi amigo universitario ha levantado, por el contrario, la fe que tengo en los muchachos y en las muchachas de mi país.

En Caracas, en Panamá, en Costa Rica, en La Habana, en Salamanca, en Madrid he hablado con numerosos estudiantes verdaderamente preocupados por la actual problemática del país, y en todos ellos he hallado un espíritu de análisis y un empeño de creación que supera en mucho la actitud de grupos anteriores que, si bien

miraron la política y la Universidad con fresco calor romántico, este apenas sirvió de compañía permanente a escasos privilegios no caídos en el pecado funesto de desertar las consignas con que dieron prestancia a una vieja y renegada actitud rebelde. Estos jóvenes de hoy se empeñan con firmeza en buscar la Venezuela cuya ausencia no se gradúa por las millas que nos separan de sus playas amadas, sino por el abismo que distancia la realidad apesadumbrada de su vida presente, de la inmensa Venezuela que soñamos como madre benévola y como ciudadela segura donde pudieran desarrollar su humano destino todos sus hijos. Hacia esa Venezuela, ausente en la irrealidad del sueño donde toman fuerza las acciones de los hombres deseosos de servirla, se mueve constantemente el pensamiento de numerosos jóvenes inconformes con la pesadumbre que agobia la conciencia de la República.

Yo, particularmente, tengo fe en esa juventud y tengo fe, también, en la juventud que parece tomada de los estupefactivos, a causa de faltarle centro de gravedad hacia donde graviten racionalmente sus voliciones y sus pensamientos. Bien sé que no por causa suya carecen los jóvenes de puntos para la referencia creadora, sino por culpa de las generaciones que los hemos precedido en el orden del tiempo. La crisis actual les está sirviendo, en cambio, de móvil fecundo para la búsqueda de su propio deber. Esa virtud tienen las tormentas cuando se las sabe utilizar. Llaman a la reflexión y al diálogo interior; obligan a la solicitud de razones que expliquen la común desgracia.

Para ganar posiciones en el ejercicio socrático de buscarse a sí mismos, los jóvenes han comenzado a dialogar sinceramente con sus propios compañeros. El monólogo que ha ocupado permanentemente el tinglado de la acción venezolana ha sido nuestro mayor enemigo en el camino de llegar a una lógica comprensión de nuestro destino de pueblo. Entre nosotros los hombres han rehuido

la conversación de donde suelen surgir las conclusiones fecundas. (Para no hablar, los ejercitantes del mando se escudan hoy en las fiestas sociales tras el silencio de reducidas mesas de juego, donde el dominó y las cartas ocupan sitio que debiera ocupar la temática social).

Tanto las colectividades políticas como cualquiera otra manera de grupos sociales se han creído en posesión de sistemas mágicos dentro de los cuales pudiera considerarse esquematizada la solución de los problemas del país. En el camino de romper esta táctica funesta, la juventud empieza a ubicar sus juicios más allá de los intereses privativos de clases, de grupos, de regiones, para mirar sólo al contenido humano y nacional de los problemas de la Patria. Contra el regionalismo agresivo y disolvente, se levanta una concepción de la nacionalidad como suma de valores donde lo particular debe subordinarse a los signos que den mayor reciedumbre al sentido creador de la comunidad. "¿Por qué –me decía en días pasados un joven del Táchira– ese empeño cerril de presentar a nuestra región como reducto de fuerzas empeñadas en negar los valores integrales de la venezolanidad, cuando justamente la parte valiosa de los dictadores tachirenses consistió en haber abierto la posibilidad de que desapareciese la pugna antigua entre los viejos regionalismos? ¿Por qué se nos acumula como región los vicios de una política dirigida y mejor aprovechada por la oligarquía caraqueña?".

Sola, pues, sin voz alguna que no sea la de su propia intuición, la juventud actual ha empezado a caminar el único camino que pueda conducirla a la conquista de una robusta conciencia cívica. La comunidad de una angustia le ha empujado a buscarse a sí misma en la fuerza multánime de sus individuos. Los estudiantes universitarios, pongamos por caso, que ayer disentían de manera funesta dentro de los claustros de la venerable Alma Mater, han tenido

forzosamente que deponer rivalidades sin fundamento, cuando se vieron echados a la fuerza de la vieja casona y cuando miraron con igual sorpresa la trágica agonía interior del instituto. La comunidad del dolor vino a hacer que el acratismo antiguo fuera reemplazado por una fecunda voluntad de diálogo.

Expresión abreviada del país y de su angustia, la Universidad en crisis ha sabido enseñar con su clausura la lección que no pudieron explicar los profesores circunscritos a la enseñanza de fórmulas, de sentencias, de teorías y de sistemas. Tampoco se redujo la paradójica didáctica de la negación al ámbito de los institutos mayores, sino que bajó a los liceos y colegios, para mostrar a lo vivo la propia muerte de los principios donde tiene fundamento la formación integral del ciudadano.

Para el joven presente, la crisis ha sido un drama de dentro y de fuera. En los sitios señalados para abrevar los conocimientos y recibir las normas conducentes a su formación integral, ha hallado lo mismo que contempló en la calle. El crimen que siega vidas materiales para hacer fuerte al despotismo, ha tenido su correlativo en el crimen de quienes se empeñan en cerrar el claustro al ejercicio libre de la inteligencia.

Jamás nuestros jóvenes se habían enfrentado con una situación más caótica. De las propias aulas han salido, en la voz de profesores de autoridad, las nuevas consignas antiuniversitarias. “La Universidad no ha sabido cumplir en el orden civil –se ha dicho con sorpresa extraordinaria– misión semejante a la que ha venido realizando la Escuela Militar”. Doctores que ayer tuvieron responsabilidad directiva en el proceso de las Facultades, han declarado que nuestros institutos superiores no han podido formar personalidades civiles capaces de equipararse con los actuales jefes de las armas. Nada mejor y más provechoso resulta, en consecuencia, que la Universidad reduzca su ámbito y que en lugar de proseguir

su excepcional misión de Universidad democrática, se convierta en restricta Universidad de clase. De ella no se saldrá ya para ocupar los altos sitios en la única jerarquía que acepta la República; a ella será posible entrar únicamente cuando se tenga el respaldo garantizado por el hecho de pertenecer el aspirante a los cuadros de beneficiados en el orden de la economía.

Quizá uno de los pasos más desacertados que pueda haberse dado en el orden de la política del país, es el nuevo régimen de inscripción en las universidades nacionales. Sin hablar siquiera de lo que representa como descenso en la categoría universitaria, el régimen de escuela primaria o de club de pueblo a que ha quedado sometida la vida de los institutos superiores, el hecho de subordinar el ingreso en ellas al pago de una matrícula, rompe una fecunda tradición venezolana. Eran las nuestras las solas universidades de América donde el pueblo tenía seguro y amplio acceso. Decoro de nuestras ciencias son hoy médicos, abogados, ingenieros que llegaron a coronar carrera, pese a una supina pobreza, porque el Estado les franqueó las puertas de la Universidad.

Lo único realmente democrático que ha habido en Venezuela, fuera de la igualdad racial, es la formación de la juventud. En Venezuela no se ha llegado a lucir letras y ciencias porque los hombres hayan originariamente tenido para ello posibilidades materiales. Sin embargo, hoy se cierran al pueblo las puertas de los institutos superiores, sin que ninguna razón lógica milite a favor de tan absurda reducción. Si se tratase de dar frente a una crisis fiscal que impusiera restricciones, las últimas ramas de la administración expuestas a la poda habrían de ser Sanidad y Educación. En cambio, la prosperidad del erario es cada vez mayor y la disipación consiguiente de los caudales del Estado va en ascenso. No existe, tampoco, un proletariado profesional que pudiera invocarse como

móvil para reducir el número de graduandos; de lo contrario, profesionales extranjeros colaboran en el desempeño de cargos sanitarios, educativos y técnicos. Y aun para el caso de fijar cuotas a las Facultades, en orden a lograr una mejor selección profesional, ningún sistema más lógico e idóneo que el tamiz de los exámenes de admisión y el rigor de las pruebas de fines de curso. Eso, en buena lógica, lo ha venido pidiendo la Universidad desde el rectorado de Guevara Rojas, en 1912. Mejorar los sistemas de selección, mas dejar abiertas las puertas de los institutos a la aspiración general. Quede para las universidades privadas la selección natural que provoca el hecho de la matrícula paga. A ellas no irá el bajo pueblo, sino los hijos de clase media y clase alta que puedan satisfacer gastos de estudios. Bien está que estos voluntariamente dejen libre el campo a los hijos de los pobres.

En la reciente Ley de Universidades aparecen normas encaminadas a hacer de nuestros institutos mayores una manera de escuela primaria de alta categoría, o una extensión civil de la Escuela Militar. No lo dice claramente su articulado, pero deja pie a la figura que en el reglamento interno o en las instrucciones ministeriales habrá de definir la materia. En su artículo primero, el nuevo instrumento normativo establece una categoría funcional que anteriormente no se contempló, ni se pensó jamás contemplar para nuestras universidades. Hoy se les da carácter de institutos destinados “a preparar básicamente profesionales civiles”. Los otros “profesionales” se forman en los institutos militares. Diríase que tal definición envuelve un trasunto de lo que será la cultura venezolana según el criterio de los actuales directores de la cosa pública, y expresa, a la vez, la división abismática que se pretende establecer entre los mundos sociales: el profesional de las armas y el profesional civil. Los hombres a quienes correspondería, en una lógica de fuerza, el

derecho de gobernar y los hombres a quienes tocaría obedecer y dar forma a la voluntad de los otros.

Justamente este tácito distingo hace intuir hasta dónde alcanza la intención de los artículos 29 y 33. Cuando en ellos se habla de la "exclusiva preocupación" del estudiantado por las actividades culturales, docentes y de investigación; cuando se menciona el irrespeto de palabra o de hecho a las autoridades y personal docente; cuando se sanciona a los profesores que hagan manifestación o propaganda política dentro de los institutos y sus anexos; cuando se niega al estudiantado medios idóneos para que su voz sea escuchada en los centros directivos del instituto, se leen ya por anticipado las declaraciones de los reglamentos en que quedará fijado con mayor claridad el carácter sombrío que tendrá la nueva enseñanza.

Todo parece claramente encaminado a fomentar el eunuquismo político en la juventud. Sobre la inquietud y la rebeldía característica del adolescente se echará en los planteles educacionales la misma ceniza de silencio que la política gubernamental ha intentado arrojar sobre el común del pueblo. Espías a granel cohíben hoy en esquinas, bares, cafés, clubes y salones elegantes la expresión del pensamiento político. En las universidades el espionaje adquirirá ahora carácter de institución. Ni los profesores, ni los estudiantes podrán hablar más de política. Los estudiantes serán mudos políticos.

Si hubiera deseos de hacer una república encuadrada dentro de los severos lineamientos del orden y de la libertad, se crearían en las universidades una, dos, tres cátedras destinadas a hablar y a discutir de Política. A discutir y a hablar de Política con mayúscula. Justamente lo que la juventud ha necesitado y continúa necesitando es que se le hable magistralmente de sus deberes y de sus derechos políticos. El silencio nada le enseña, en cambio. Hubo

también épocas en que la tuberculosis y la sífilis no podían ser nombradas en las casas de los respectivos pacientes. Sus nombres eran palabras que asustaban y que avergonzaban. Pero, al amparo del silencio se dificultaban los sistemas profilácticos encaminados a su destrucción. La sífilis vino, en cambio, a desaparecer como flagelo social cuando en todas partes se habló de ella libremente. Su mejor aliado había sido el secreto en que se la mantuvo. Del mismo modo son el silencio y la persecución los mejores aliados para hacer prosperar los elementos subalternos que tanto temen los pretensos defensores de la paz social. El odio no es engendrado por los principios de libertad, de igualdad, de justicia y de respeto que pregonan los dirigentes políticos. El odio se incuba y toma fuerza destructora en razón del ataque inconsulto que se hace a los hombres que pregonan las ideas de libertad, de igualdad, de justicia y de respeto. Las reacciones que hacen temblar los pilares de la sociedad no las provocan los llamados anarquistas de la calle, sino los "anarquistas enguantados" que se pavonean en palacios y grandes salones.

La juventud reclama palabras cargadas de gérmenes creadores que le ayuden a buscar su camino unitario dentro del orden de la República. Hasta hoy se la ha venido invitando a engrosar las diversas colectividades políticas en que se divide la opinión nacional, sin que nadie le ponga de presente la necesidad de buscar para su debido desenvolvimiento un centro de gravedad común, colocado más allá de la lógica y honesta ubicación parcelaria que señale el ideario de los partidos políticos.

Allá y acá se le ofrece como objetivo de trabajo la conquista del poder. Es decir, la disciplina de las colectividades está encaminada a lograr el comando de la opinión pública, en pos de victoria para las tesis privativas de los grupos políticos. Se ha venido, consiguien-

temente, exaltando en la juventud la llamada vocación del poder. La Universidad, el liceo, la escuela primaria deberían, en cambio, fomentar la vocación de resistir al mal poder. Es necesario que el venezolano nuevo, más que preparado para mandar, sea preparado para oponerse al mandatario malo. Claro que no se trata de problema capaz de ser resuelto en un día o en un año. Es problema de raíz muy honda en el subsuelo concencial de la sociedad y el cual reclama un viraje muy firme en el timón de la política. Es necesario hacer ver a las nuevas generaciones que su principal objetivo cívico es aprender a defenderse de los riesgos del mandonismo, y que su empeño fundamental es competir, por medio del pulimento de sus herramientas de trabajo, con los profesionales no civiles que pretenden sistematizar para sí el comando de la República. Mientras en los institutos militares se ejercita y halaga, no la voluntad de servir y defender las instituciones de la Patria, sino la voluntad de mando, en los centros civiles ha de fomentarse la capacidad de resistir y han de aguzarse los sistemas que obligan a las armas a rendirse ante la suficiencia de las togas. Lamentablemente muchos doctores, lejos de consagrarse a dar lustre y dignidad a los signos del civilismo, se han confabulado para acabar con la universidades en beneficio de los cuarteles y, olvidados de la solidaridad de clase, han hecho fiesta, para halagar a los oficiales, con el desprestigio de rectores y de profesores que defendieron la digna autonomía universitaria.

Venezuela viene viviendo una etapa de su historia que coincide con las mismas condiciones cataclísmicas que Maritain denunció en Francia cuando la caída de la Tercera República. Nos hallamos frente a frente con las formas más desvergonzadas del maquiavelismo político. En Venezuela no existe otra lógica que el lucro. Ya no se busca como arquetipo del venezolano al hombre capaz de crear cultura y de fijar líneas de moralidad pública.

José Vargas, Santos Michelena, Fermín Toro, Cecilio Acosta, Luis López Méndez, Rafael Arévalo González son entelequias sin función ejemplar en nuestro mundo. Por nuevos arquetipos se busca al afortunado negociante o al habilidoso político que aumenta en riqueza a costa del decoro personal o al amparo de turbias complacencias con los poderosos. La levita severa de los antiguos patricios ha sido reemplazada por el frac impecable de los gánsteres de empinado coturno. Sobre un cementerio de buenos principios, cultivados hasta la víspera de poner mano a una situación jugosa, se levantan las bases de la nueva conciencia de mercaderes, fomentada por nuestros hombres mejores, con desvergüenza y con desparpajo que desconocieron las generaciones pasadas.

La ley del dinero y de la influencia, hecha visible en la participación, el porcentaje, la comisión o el regalo, rige toda manifestación de conducta de las clases dirigentes. Influir para lucrar con buenos negocios, para tomar una buena utilidad, para ganar amistades de provecho, es la sola norma de conducta que rige a nuestro presente mundo político. Se siente por todas partes la honda sacudida que sufren las raíces de la nación, y por todas partes aflora el elemento demoníaco que ha hecho presa en las mejores voluntades.

En mi ensayo *Mensaje sin destino* intenté pintar las causas particulares de nuestra crisis de pueblo, y en mi estudio “La traición de los mejores” abordé los motivos que han quebrantado permanentemente la línea ascensional de las instituciones. Unas y otras apenas obran dentro de nuestro orden de ubicación nacional. Mas, en radio mayor, que incluye, consiguientemente, nuestra área de Nación, somos víctimas de la gran crisis de inseguridad y de contradicción que padece una vez más el hombre universal.

En el campo de la problemática del mundo se cierne una angustia semejante a la que llevó a Virgilio a intuir una nueva edad de

oro para la Roma agitada por la guerra civil, y que a Horacio, movido por la misma musa poética, puso en búsqueda de puertas de fuga por donde pudiese ganar la paz, el orden y la pureza en fantásticas islas espirituales. La gran crisis que estremece de un rumbo a otro la conciencia del hombre, en nosotros se agrava dolorosamente por la carencia de defensas en el campo de los valores más simples de la nacionalidad y por la presencia en nuestro suelo fecundo de elementos extremadamente peligrosos.

El petróleo y el hierro son agentes eficaces que, lejos de asegurarnos la prosperidad general, se utilizan eficazmente para el soborno que arruina a nuestros hombres mejores. La enorme riqueza de nuestro país, administrada por extranjeros en alianza con la oligarquía succionadora e inmoral, y apoyada irreflexivamente por los altos mandos del Ejército, ha sido vehículo determinante para borrar todo escrúpulo en el ánimo de quienes desfilan agobiados por el miedo o empujados por el espíritu utilitario donde entierran su garra los dictadores.

A poco examen, pareciera necesario buscar un tono de altura para el espíritu de los hombres sobre quien se realiza la magia negra de los dólares. Precisa pensar, también, en que nuestros problemas no los arreglan las guarniciones insurrectas. Nuestros problemas son de calle y de conciencia nueva. Problemas de pueblo y problemas de mentes directoras.

No se ve, desgraciadamente, la voz poderosa que pueda encauzar el gran movimiento que reclama el país. Pero esa voz hay necesidad de buscarla o de hacerla. No se trata, tampoco, de la palabra monótona de un pseudomoralista victoriano, así precise una fuerte dosis de moralidad activa en los hombres nuevos que habrán de cumplir la tremenda misión de salvar a nuestro pueblo. Menos aún necesitamos que Marat o Robespierre resuciten con sus hachas y sus teas. Los cadáveres colgados en los faroles de

la Plaza Bolívar nada iluminan en el camino de la moralidad y la justicia. A lo más servirían para justificar retrospectivamente el crimen presente. Futuros hombres con rectitud de postes es lo que reclama la República. Hombres que no extravasen la justicia para darle forma de venganza, sino que, en cambio, hagan vado a las pasiones. Hombres verdaderamente convencidos de la infecundidad del odio como sistema de política. Bueno es pensar que la conducta de los dirigentes sirve, especialmente entre nosotros, de molde para la conducta general. Nadie pediría para el futuro del país un gobierno de hombres angélicos. Los ángeles tienen misión distinta a la de administrar y gobernar la tierra. En cambio, el gobierno de los pueblos debe ser ejercido por individuos con pasión y brío que, sabiendo gobernar sus propias fallas, no se expongan a que otros hombres terminen por convertirles en caricaturas de sí mismos o en peleles que contrahagan los vicios de que antes se dijeron enemigos.

La duplicidad diabólica de la moral maquiavélica ha terminado por hacer de nuestro país lo que hoy desgraciadamente es. A la juventud, cuando se trata de ejemplificarle la virtud, se le han propuesto como figuras paradigmáticas a ciertos hombres de arreglado vivir, de costumbres visiblemente morigeradas, de apreciaciones severas sobre el común de las criaturas; hombres discretos, dogmáticos, pulcros, capaces de ser exhibidos en un escaparate como modelos de gente seria. Pero esos hombres discretos y pulcros, cuidadosos y austeros en la apariencia de la vida pública y en el orden de la vida privada, han sabido aprovechar los vicios y las debilidades ajenas en beneficio propio. Esos graves hombres con cara de Viernes Santo han vendido austeramente la dignidad y el suelo de la Patria y han soplado al oído de los gobernantes el aplauso oportuno para todo aquello que conspira contra la libertad del pue-

blo; esos hombres impecables y graves felicitan a los policías que cazan hombres, cuando es derramada en la vía pública la sangre de compatriotas perseguidos por la saña gubernamental.

Esos ángeles de almas sucias son tan perniciosos como los festivos gobernantes que lo pasan a la viva la Pepa. Es decir, los dos hacen la coyunda funesta que ha provocado la espantosa delicuescencia moral que estrangula el espíritu de la República. Contra ambos hay necesidad de luchar en forma activa. En obsequio al mejoramiento de las nuevas generaciones, los hombres viejos estamos obligados a desnudar la espantosa realidad que se conjuró para nuestro propio fracaso.

La juventud presente viene pidiendo a las generaciones que la antecedimos la explicación de la deficiencia de nuestra obra en el orden de la política. Nosotros, tal vez por debilidad o por vergüenza, no se la hemos dado en la medida deseada. Nuestra generación se ha negado, consiguientemente, a cancelar la deuda que tiene contraída con las promociones nuevas. En mi libro *El caballo de Ledesma* apunté la necesidad de presentar a los jóvenes, no el balance de nuestros escasos aciertos, sino el resumen de las caídas que hicieron difícil nuestra marcha en el campo colectivo. Con indicarles los sitios donde, por experiencia, sabemos que abundan las saltanejas, su viaje venidero habrá de deslizarse con mayores facilidades.

Al comentar la obra de Bunge sobre educación, Unamuno dejó estampadas frases que bien cuadran a nuestra situación presente. “Difícil es que los que pasamos de veinte años nos corrijamos ya –dice el egregio catedrático de Salamanca–, ni espero cambio alguno radical en nuestro modo de gobernarnos; harto beneficioso sería que eduquemos a nuestros hijos para que mañana se gobiernen mejor. Y en esta educación compete un capital papel al Estado”. Esa pedagogía que de nosotros reclaman las nuevas generaciones nos está reclamando testimonios de sinceridad que, a la vez, sirvan

de alijo a nuestras culpas. Para pedir a los jóvenes que sacrifiquen lo particular en aras de las ideas que miran al beneficio general, nosotros debemos empezar por hacer el holocausto de nuestra vanidad, de nuestra soberbia, de nuestra falsa suficiencia. Por lo que a mí dice, es lo único que puedo enseñar a una juventud que levanta el vuelo bajo auspicio sombrío y que, en estos momentos de carencia de directores idóneos, ha pedido consejo a mis canas. Para servirla, me he creído obligado a predicarIe, como predico a mis propios hijos, las virtudes que oportunamente no ejercí. Como los cangrejos viejos de la fábula de Lizardi, he creído necesario pintar a los cangrejos jóvenes la línea del paso recto, así a mí se me dificulte tomar parte con ellos en la nueva marcha salvadora de la República. A todos los hombres maduros tócales asumir posición semejante, cueste lo que costare. El país está pidiendo una copia de esfuerzos, que llegan al sacrificio de nuestra propia personalidad. No intentar realizarlos es tanto como colocarnos en la ribera ocupada por los contrabandistas que esperan la facilidad oportuna y cómoda, o como agregarnos a la marcha alegre y despreocupada de los claudicantes.

Contra todos los juicios fatalistas, yo mantengo una fe profunda en las nuevas promociones. Su inquietud general y el sacrificio de muchos son seguro de buen éxito. Para acelerar este tal vez les falte un pequeño esfuerzo ordenado a buscar coincidencia en los valores que son comunes al ideario de las diversas parcialidades políticas y de las distintas confesiones filosóficas y sociales que pudieran distanciarlas. En el presente caso venezolano es necesario reconocer la existencia de un grupo de consignas sencillas, en torno a las cuales se puede realizar el proceso de la unidad de las fuerzas que luchan contra la dictadura, y aun la propia adhesión de sectores que erróneamente se han colocado en terrenos de indife-

rencia, tal vez por falta de esos mismos módulos unitivos. Precisa saber que los jóvenes que hoy luchan dentro y fuera del país por el recobramiento de las libertades públicas o que sufren dentro y fuera de él las fatales consecuencias de la desacertada política educacional, coinciden en una serie de principios con vigor suficiente para hacer radicar en ellos las bases que sostengan la unión fecunda de la juventud. Todos por igual persiguen hoy para el país la paz, la seguridad, la libertad y la dignidad pública. Todos están conformes en la necesidad de unificar las voces que habrán de dirigir la perseverancia en el trabajo que conduce al abastecimiento de nuestra pobreza interior.

Sin conocerse en sus posibilidades y en sus deficiencias, el hombre llega a ignorar lo mismo que debe desear. Por carecer nuestro sistema formativo de fórmulas sencillas e integrales que abran caminos del racional conocimiento, hemos transitado sendas presuntuosas, que nos llevaron a espantosos fracasos. En cambio, si una centrada vigilia nos condujese a buscar en nosotros mismos nuestra justa dimensión, concluiríamos por lucir mejores prendas. Abastadas de su propia fuerza y bien ciertas de las líneas a las cuales han de ajustar la economía de sus propios espíritus, corresponde a las nuevas generaciones mirar el mundo de la Venezuela interior con ojos sin párpados, como de la inquietud de William Cobbett se expresó el paradójico Chesterton. Simbiótico proceso este de dar y de recibir, precisa enriquecer paciente y humildemente la voluntad y la inteligencia que han de crear los actos nuevos, para recibir a la vez el beneficio con que la comunidad corresponda a nuestro esfuerzo.

Venezuela clama por voluntades que la sientan en su dolorosa integridad materna. No sólo para quienes sufrimos destierro está ausente Venezuela. En el orden de las coordenadas geográficas podemos estar distantes de su dulce suelo, mas el ardor de la angustia

nos hace sentirla en nosotros mismos con inmenso vigor. Aunque se nos niegue la posibilidad de escuchar su prolongado lamento, su voz llega a nosotros como una vibración cargada de mandatos. Otros, en cambio, que transitan sus caminos, que respiran sus suaves aires, que se hunden en sus tibias aguas, que se iluminan con su permanente luz, viven como si vivieran en ausencia total de su realidad. Se mueven como forasteros sobre su ancho y generoso suelo, lucran con sus inmensas riquezas, se decoran con el prestigio de su gentilicio, pero están distantes de Venezuela como si se tratara de hombres que hubiesen perdido su propia sombra.

Esa ausencia de Venezuela como concepto de nación, en la cual han vivido muchos de sus hombres, explica el momento presente de nuestra vida histórica. Generaciones tras generaciones los hombres se han sucedido hablando, escribiendo, discurriendo de una Venezuela viviente apenas en los planos de la Historia, y a la cual se dieron fáciles espaldas, para mejor lucrar con sus valores materiales, mientras mentían servirla por medio de la evocación inútil e interesada de su gloria. Sí, allá está en realidad de territorio, donde viven hombres divididos entre gozosos y pacientes; sí, allá perdura su suelo, despoblado de verdura útil y erizado de torres donde salta el petróleo y perforado de caminos subterráneos por donde se extrae el hierro que debieran hacer la felicidad común; sí, allá está como ubre inexhausta donde los aprovechadores chupan la leche de las grandes riquezas; sí, allá está, como Eva dolorida, que mira a Caín gozoso después del asesinato del hermano. Pero en esas maneras de estar, apenas se la mira completa en las lágrimas de la madre que sufre la muerte de ambos hijos; el uno, para la vida de la sangre; el otro, para la vida del espíritu.

Sin que su gran angustia sea parte para hacerla sentir de quienes eficazmente pudieran ayudarla, Venezuela existe como valor ausente para muchos venezolanos irresponsables y alegres, que medran a la sombra del poder y de la riqueza. Los hombres de la mira-

da soñolienta sólo se esfuerzan por gozarla en función de utilidad y de provecho. Miran apenas la vecina materialidad de la ventaja concupiscente y la oportunidad de satisfacer contenidas vanidades o callados rencores. Mantienen la quebrantada conciencia a flor de una pecaminosa realidad exterior, que toma por expresión de vida y de progreso nacional el desarrollo de suntuosas vías, por donde transitan hombres asustados o por donde hacen camino hacia el exilio ciudadanos inconformes con la tiránica política del momento. En esa Venezuela exterior se levantan edificios que parecen torres y se desparraman las ciudades en construcciones baratas. Pareciera que hubiese un plan racional para mejorar el estilo de la vida. Así lo proclama el oficialismo. En cambio, en el interior de esas casas y de esas torres acurrucan su espíritu hombres y mujeres atrozmente perseguidos por el delito de amar la libertad. En los suburbios, convertidos en vistosas residencias, el pueblo ha de comer la agricultura importada con que el extranjero trueca, para llevárselo de nuevo, el dinero que nos paga por nuestra riqueza mineral. La realidad nacional quiere otra cosa. Urge que la Venezuela lejana y escondida tenga presencia de realidad creadora tanto en el orden de la política interna como en el orden de la política internacional. Urge, también, recordar que para mantenerla en la postración presente, han sido factores de funesta eficacia la división de sus fuerzas democráticas y la propia anarquía de una juventud cuyas manos bien pudieran tomar hoy la bandera de la unidad llamada a salvar el destino de la República.

En el orden a la conquista de instrumentos idóneos para la gran labor recuperadora, fácil es a la juventud hacer a un lado el particularismo de ciertas posiciones llamadas mañana a ser debatidas en el área cívica, para concentrar toda la reciedumbre de su voluntad en torno a las consignas uniformes que puedan acelerar el recobra-

miento de la vida institucional. Unida en un frente, donde, si bien pudieran no coincidir los intereses adjetivos de los partidos, coincidan, en cambio, los intereses fundamentales que por igual han de preocupar a los jóvenes que pudieran militar en grupos políticos. El restablecimiento de la legalidad que garantice el desarrollo de las actividades cívicas ha de preocuparles uniformemente, tanto como robustecer la conciencia de nacionalidad que pueda defendernos de la falaz política imperialista, donde los dictadores tienen su mejor apoyo.

Crisis de dentro, tanto en el orden del individuo como en el orden de la sociedad, padece nuestro pueblo. Pareciera demás continuar insistiendo acerca de la urgencia de tomar como elemento de unidad para la gran obra nueva la formación de una mística en torno a los valores nacionalistas. Sin embargo, no sobran las palabras cuando se trata, como he procurado en el ensayo "Dimensión y urgencia de la idea nacionalista", de hacer comprender que el nacionalismo no se opone al crecimiento de ningún valor universal de cultura. Quede ello para el nacionalismo restricto de los dictadores. El que yo he intentado defender de las asechanzas del imperialismo –etapa mercantil del nacionalismo totalitario– es nacionalismo que se corresponde con la clara enseñanza de espíritu tan avisado como Santayana. "El hombre –escribe este– debe tener los pies en su tierra, pero sus ojos deben otear el mundo entero. Una buena finalidad para la acción del estadista será la de orientar los sentimientos y dones especiales de sus conciudadanos de modo que, continuando sus tradiciones vitales, encontrarán en lo humano cada vez menos cosas ajenas a su temple espiritual".

He insistido yo en decir que ese "tener los pies en la tierra", aconsejado por Santayana, es, en realidad, una posición fecunda en el orden de las actividades creadoras del venezolano. No me he limitado a defender normas pasajeras y aspecto de mero va-

lor emocional en el área de nuestra tradición. He buscado que se tome como tradición vital el grupo antiguo de ideas, inclinaciones y prácticas que fueron aparentemente sustituidas por los antivalores. En palabras vistas con mera vida subterránea en el curso de nuestra historia, he procurado que se mire la fuerza creadora de la verdadera tradición nacional. He buscado hacer sentir cómo Venezuela existe aún como República en razón del apoyo callado, contradicho, perseguido que ha dado a su vida superior de nación el pensamiento que no pudo hacerse realidad en el hecho visible de la triunfadora política. Jamás pediría que se impusiese el liquiliqui como vestido universitario. El liquiliqui que corresponda a una recia actitud venezolana, lo pido como ornamento interior del ciudadano interesado en la defensa de los valores de la nacionalidad. No sería capaz de proscribir el idioma de los enemigos como tema fecundo de enseñanza. Lo que pido a nuestros hombres es que no piensen en inglés. Una cosa es la facilidad de lenguas, don divino por medio del cual hizo su presencia en la comunidad cristiana el Espíritu Santo. Otra cosa es tener conciencia bilingüe. Contra el papiamento moral en que viven nuestros hombres más representativos, proseguiré quebrando lanzas. De esa actitud entreguista y pecaminosa, de esa flaccidez en que discurre la vida de muchos compatriotas que miran la existencia como mera oportunidad concupiscente, he señalado la necesidad de huir.

Pero no es fácil optar por una actitud que rompa con una práctica inveterada, cuando no se tiene una idea superior a la cual referir el proceso general de la existencia. “Es preciso en la vida, estimar algo más que la vida”, ha escrito con luminosa certeza Bertrand Russell. Cuando a la existencia se da por única finalidad la satisfacción de pequeñas metas incursas en la mera temporalidad y en la sola sensualidad de sí misma –riqueza, comodidad, fama, poder–, se produce justamente ese estado de maquiavelismo que configura

el sistema presente de la sociedad venezolana. Para luchar contra el constante peligro de ver subordinada la política al orden de intereses encarnados en los nuevos arquetipos sociales, es preciso crear valores colocados más allá de la sensualidad primitiva: religión, moral, gloria, patriotismo, filantropía. Más allá del interés presente, ellos son puntos a los cuales puede referir su obra futura la juventud.

Cuando los jóvenes saludan carrera con el simple propósito de ganar un instrumento profesional que les abra la puerta del lucro, ya están dando el primer paso hacia la renuncia de su misión intelectual. Suele ocurrir que la buena intención del joven se vea quebrantada por el ejemplo recibido de quienes tienen la encomienda de dirigir su conducta. En el caso presente, ¿qué puede esperarse en el orden creador de la personalidad, de una Universidad que veda en sus claustros el diálogo político? El Estado tuerce su misión formativa de ciudadanos y se constituye en cultivador de hombres hipócritas y asustados. Con puerilidad visible, el legislador ha abierto la posibilidad de que el estudiante universitario distorsione su propia hombradía. El estudiante seguirá, por inclinación natural, hablando de política, pero ahora lo hará con sigilo. Algunos callarán y se dedicarán a cultivar el miedo; mientras, por desgracia, no faltará quienes se esfuercen por oír a los otros para la delación provechosa.

Cuando la crisis profunda que atraviesa el hombre venezolano indica la necesidad de perfeccionar los instrumentos encaminados a la educación integral del ciudadano, surge un sistema encaminado al achicamiento de la dignidad de los jóvenes. Cuando más se necesita discutir el problema de la política, llamada a ser en la Universidad como la etapa superior de la educación cívica suministrada en la escuela primaria, entonces se erige el silencio

como método didáctico. La Universidad y el liceo están obligados, por lo contrario, a propender a que los jóvenes aprendan a hablar de política. En el orden de la Cultura, la Política es el puente por donde la Sociología pasa a ser Historia. En general, los gobiernos deberían crear un clima de confianza y de seguridad que diese a los debates estudiantiles un mero aspecto circunstancial en la vida de la sociedad. Antes de llegar a los sistemas de silencio y de la amenaza, bien podrían las autoridades darse cuenta de que no son los estudiantes por sí quienes provocan las posibles alteraciones del orden, sino el sistema que oprime la conciencia general de los hombres. A ellos, en buena lógica, lejos de buscar métodos que les aminoren el ímpetu rebelde, debiera ofrecérseles palestras donde eficaz y metódicamente lo ejercitasen. Juventud sin rebeldía es juventud carente de su atributo principal. "Al buen burgués –escribe Marañón– suele erizársele el escaso cabello, ya que una de las características de la morfología burguesa es la calva, cuando oye hablar de rebeldía. Rebeldía suena en sus oídos como algo personificado en un ser frenético, con la cara torva y las armas en la mano, que se agita contra la paz social". Pero rebeldía es otra cosa. Rebeldía es fortaleza y tenacidad. "Yo agrego –sigue el eminente profesor matritense– que el joven debe ser indócil, duro, fuerte y tenaz. Debe serlo, y si no lo es, será indigno de su partida de bautismo". Contra esas virtudes que definen la integridad del joven, atenta abiertamente el nuevo orden educacional venezolano. El hombre del ímpetu gozoso, se intenta suplantarlo por el hipócrita que simule conformidad con las ideas del régimen.

En un sistema que exhibe como una de sus mejores conquistas el perfeccionamiento de las cárceles donde son encerrados los ciudadanos que se oponen a los brutales abusos de la fuerza, bien está que se busquen medios para confinar también a la palabra. Ol-

vidan, en cambio, los artífices del nuevo ordenamiento, que nada como la saña con que se la persiga transfiere mayor poder a la palabra. Nunca los grandes ideales hablaron con voz más elocuente como cuando fueron acallados con la muerte de los labios que los pregonaban. Entonces, ¡cómo grita el silencio! El régimen de mutismo de nuestras universidades será buen caldo para el cultivo de los gérmenes creadores que se intenta destruir. El peligro está en que la fuerza germinativa, por carecer de método visible que dirija y encauce su desarrollo, pueda hacer mañana acto de presencia en forma anárquica, que haga contraria su eficacia.

La Universidad sin palabra para protestar siquiera de un mal profesor, impone a los jóvenes el tremendo deber de dar mayor volumen a la voz que se intenta silenciar. Sobre el interés de la mera docencia que forma a los profesionales, está el interés de crear las grandes ideas de donde deriva la vida un sentido que rebase su mero fin material. La vieja Universidad –*universitas*– se fundamenta sobre la comunidad de una idea humanista que unía a maestros y alumnos. “Estudio es ayuntamiento de Maestros e de Escolares que es fecho en algún lugar, con voluntad e intendimiento de aprender los saberes”, escribe el Rey Sabio. Ayuntamiento que persiguió, dentro de las fórmulas en uso, no la mera transmisión de conocimientos útiles, sino, además, la formación espiritual de los escolares. Compendio de la comunidad social, la Universidad fue expresión de un anhelo de búsqueda del hombre por el hombre. En ella se persiguió ámbito para que tuviese debido desarrollo la idea de los metafísicos griegos que consideraron al hombre como unidad de conciencia. Para conocimientos, en cambio, de simple técnica o de mecánica repetición mnemónica, bastaría con establecer un sistema de enseñanza por correspondencia. Más económico, más directo, más silencioso y, sobre todo, sin el peligro del debate que provoca el “ayuntamiento” alfonsino de maestros y escolares.

En la Universidad nueva que funcionará en Venezuela no podrán los profesores plantear libremente a sus alumnos los grandes temas de la cultura y de la historia que rocen con la problemática de la política. Discutir hoy en ella las razones antisociológicas que se invocan para justificar la dictadura, sería ganar el camino del exilio que transitan los profesores que tomaron la voz de la autonomía universitaria. Llevar al debate los grandes problemas que inquietan la conciencia de nuestra América mulata, sería ganar atribución de peligroso agitador y de enemigo del orden. Enseñar las normas del buen gobierno, constituiría un riesgo semejante al de fabricar explosivos. En ella se podrá hablar libremente de universales, como en las universidades del Medioevo y se podrán enseñar también, con entusiasmo, las letras griegas y la antigüedad romana, al modo como Napoleón buscó distraer de los problemas de la historia contemporánea la vigilante atención de los institutos educativos de Francia, para sólo mirar al mundo de los siglos muertos. Los principios del Derecho se enunciarán en tercera persona y la cátedra del Derecho Constitucional regresará al terreno mitológico en que se la mantuvo mucho tiempo. Hablar de *Habeas Corpus* y de libertad eleccionaria, sería algo semejante a comentar los amores de Leda y el Cisne. Quizá los nuevos *pensa* contemplen una cátedra de Derecho Militar. En ella podría configurarse la teoría mesiánica que bulle en la mente alucinada de algunos oficiales que sostienen ser el Ejército institución colocada sobre los propios intereses de las demás instituciones del Estado. Bien podría funcionar también una nueva cátedra sobre petróleo, no para estudiarlo desde el punto de vista geológico e industrial, ni en el orden del Derecho Minero, menos aún en su función de peligroso, fecundo y mal administrado resorte de la economía nacional, sino en la forma seráfica como ya se explica hoy en las escuelas primarias de la República, que Venezuela debe lo que es a la generosidad y diligencia de los consor-

cios imperialistas que explotan su suelo, por donde los verdaderos patriotas son aquellos que trabajan porque cada día se den nuevas concesiones extractivas a los magnates extranjeros que tan diligentemente dirigen los secretos de nuestra grande riqueza minera. Posiblemente este nuevo catecismo aceitero termine por sustituir la vieja cartilla de Educación Cívica, sobre la cual se ha venido explicando a los niños su deber frente a la Nación. Se borrarán los dibujos que representan el Escudo, la Bandera, a Bolívar, a Sucre, a los patricios del 5 de julio, y en lugar de ellos se pintarán torres, tanques y oleoductos y se reproducirán, también, los retratos del boticario Kier, del "Coronel" Drake y de la familia Rockefeller y, sin duda alguna, la efigie severa de los "patriotas" venezolanos que han dirigido la entrega del país a las fuerzas extranjeras.

Contra la sombría amenaza que se cierne sobre ella, la juventud necesita encontrar puntos de conjunción donde halle fundamento un programa mínimo de trabajo uniforme. Poderosa entre todas las otras fuerzas, ha de estar ella toda entera en el frente democrático que se empeña en derrotar la dictadura. La juventud, como valor nacional no contaminado por ninguna manera de peripecias, habrá de ser en el futuro la voz que señale al pueblo el camino de la unidad y la voz que diga, también a los recios soldados y a los engañados oficiales del Ejército que conservan fe en el porvenir de Venezuela, dónde está el verdadero destino del país y cómo es criminal mantener el divorcio entre pueblo y la institución llamada a servirlo por medio de la defensa de las leyes y de la seguridad de los paisanos. Para guardar el prestigio y la autoridad que mañana les permita dirigir la opinión de las masas, deben los jóvenes romper con el amañado convencionalismo que ha sido sepultura de las mejores intenciones de ayer y frenar, además, el impulso presuntuoso que a muchos ha llevado a fracasos espectaculares. Debe la juventud

detenerse a considerar lo que en la historia del país ha significado el afán de ganar albricias que dio impulso a la obra de muchos políticos de ayer y de hoy. No importó saber cómo se llegaba ni por dónde se entraba. La finalidad era el llegar, bien a través de la puerta de los señores, bien por la puerta excusada de los criados. No hubo afán, tampoco, en llegar con equipaje, cuando el fin que se perseguía era el lucro y el hartazgo que llenaría las alforjas vacías. Aún más. Se dio el caso de hombres abastecidos de buenas prendas que, apenas alcanzados los sitios rectores, se desvistieron el indumento de la virtud antigua, para vestir prendas iguales a las que lucieran los más aventajados en el provecho y la pitanza. La idea de servicio estuvo supeditada a un propósito de lucimiento y de provecho, que vio como acto natural el sacrificio de los amigos y el propio sacrificio de los hermanos de sangre. Para la República no vieron otro fin demográfico sino la formación de hombres que sirviesen de apoyo a sus propósitos de lucro o de mando. Venezuela no se miró ya en su misión de comunidad creadora, donde el sol ha de alumbrar para todos, sino como campo de provecho, donde puede privarse de alimento, de suelo y de luz a una parte numerosa y sufrida de sus hombres. El valor vertical de los ciudadanos fue suplantado por el precio horizontal del rebaño.

Contra el riesgo que representa la precipitación de quienes no persiguen fines nobles en la carrera pública, urge la espera fecunda, paciente y humilde en el campo llano, donde se ejerce la ciudadanía con altivez y con decoro y en el cual se recogen los frutos más ricos, para llegar con alforjas repletas a la hora de servir. Entre todos los males que han fatigado a nuestra historia de Nación, yo miro como principales la precipitación y la falsa suficiencia. Bueno es madrugar al trabajo de abastecernos nosotros mismos, bueno es vivir vigilantes de oportunidad propicia para acrecentar nuestras fuerzas; pésimo, en cambio, es adelantarse a recoger cosechas in-

grávidas, y funesto, sobre todo, pretender que nuestra opinión sea recibida como norma infalible y como expresión de pureza, a la cual obligadamente han de ceñirse los demás.

Convencidos del derecho ajeno a disentir de nuestra verdad, hemos de crear un clima tolerante que permita la humana convivencia. Pese a que mi verdad sea para mí la Verdad, mi vecino tiene derecho a que yo respete el discurso, erradizo a mi juicio, según el cual ha llegado a erigir su verdad, contraria a la mía, en la Verdad. Sin que yo acepte que la Verdad sean dos, y haciendo reserva del derecho permanente de defender y propagar las ideas propias, estoy obligado humanamente a respetar el razonamiento contrario y a convivir con quienes así piensan, mientras dicha convivencia no se trueque en circunstancia visible y en pugna infeliz que aminoren mis derechos. En el propio campo de la ortodoxia cristiana, el valor filosófico de la tolerancia tiene ámbito dilatado. Justamente desde Brujas, donde acerca de los caminos de la verdad discuten hoy los filósofos, Muñoz Alonso escribe que "acaso el aviso de que en la casa del Señor hay muchas moradas, puede aplicarse, sin alterar su sentido, para la casa de la verdad". Difícil será, en cambio, convivir con quienes consideren que tienen derecho a imponer a juro sus creencias o a impedir que se exterioricen las ideas contrarias. La propia dignidad humana señala el término en que la tolerancia se convierte en abuso que relaja el mismo concepto de la libertad. La propia humana dignidad pide que los jóvenes superen sus reacciones temperamentales en servicio de la tolerancia convivente.

Saber esperar y saber tolerar constituyen dos actitudes de que está urgida la gente venezolana. No un esperar a la buena de Dios, sino un esperar como actitud despabilada frente a los grandes problemas del hombre en sí y del hombre en relación social. Esperar, no a que llegue a despertarnos un hada benévola, sino la hora del

robustecimiento de los propios remos que han de asegurar el buen éxito de la carrera. Tolerar, a la vez, como expresión del humano sentido que debe guiar nuestra obra frente a la sociedad; y en medio de la alegre espera convivente, afinar los quilates del instrumento que hará de dar eficacia a la obra futura en el orden de la República.

"¿Cuál será mi rango en la ciudad?", preguntarán algunos. Epicteto les responderá alegre y dignamente: "El que pudieres obtener manteniéndote leal y respetuoso. Porque si perdiendo estas cualidades quieres servir a la Patria, ¿qué podrás hacer por ella siendo impúdico y desleal…?". Contra la impudicia y la traición en que muchos se empeñan en perseverar, tal como si se tratase de normas placentarias que nutriesen fatalmente la esencia de la venezolanidad, debemos librar nuestra máxima batalla. La República fue planeada para que en ella conviviesen hombres y mujeres dignos de hacer honor a las consignas de libertad y de independencia que motivaron la gesta emancipadora acabada gloriosamente por nuestros Padres. Libre en sí misma, por la suficiencia de su economía y por la libertad de sus propios hijos; independiente en el orden de la comunidad internacional, por la misma suficiencia de sus recursos y por las decisiones autónomas de su política. Libre e independiente en sí misma y unida, no por sombríos pactos de guerra ni por compromisos policiacos dirigidos a coartar la libertad de los hombres, sino por la libre voz de la cultura, con los demás pueblos que en América buscan la gravedad de sus signos característicos, y persiguen una mejor unión de los instrumentos que los lleven a sentir y hacer triunfar el valor ecuménico del destino del hombre…

## POST SCRIPTUM

*El planteamiento hecho en las páginas que anteceden no pretende abarcar, siquiera en forma esquemática, la plenitud de los problemas atingentes a la juventud venezolana. Me he limitado de modo principal a los contornos que definen la posición de las nuevas generaciones frente al orden satánico dirigido por los hombres que se han apoderado de los instrumentos del poder.*

*Por experiencia de estudiante y por experiencia de funcionario conozco de cerca la realidad de la vieja Universidad venezolana, no quitada jamás de participación en el área de la política militante. Cuando la gran crisis de la libertad anunciaba en 1814 el retorno al monteverdismo, que hoy defienden entusiásticamente los nuevos Casa Leones y los ilustrados Palomos, fue el propio José Félix Ribas, quien, en nombre de los ideales de la República, sacó de la Universidad de Santa Rosa la flor y nata de la juventud para llevarla a los campos sagrados de La Victoria y Vigirima. De entonces acá –¡y hay que ver lo que vale una buena tradición!– los estudiantes se han considerado con derecho propio a terciar en los grandes momentos de nuestra historia.*

*Problemas de disciplina universitaria y problemas de política de calle movieron los hechos antiguos donde se hizo presente la participación del estudiantado. De los más recientes, deben recordarse los acontecimientos de 1928. Duros fueron, en realidad, los métodos policiacos usados para dominar a la muchachería. Cuando aquellos sucesos ocurrieron, fui llevado a la Secretaría del Instituto. Hoy me place recordar lo que pude hacer en beneficio de los estudiantes perseguidos. Hasta sobre un memorándum mío, llevado al general Gómez por el gobernador José María García, se logró la apertura en 1929 de cursos extraordinarios para los estudiantes que habían sido reducidos a prisión en octubre de*

*1928. Otros, en cambio, que exhibieron entonces ímpetus rebeldes o mostraron a tierna edad actitudes de republicano puritanismo, no han tenido enfado en sumarse hoy a los opresores del pueblo y han llegado hasta asumir la responsabilidad de las prisiones y de las torturas a que son sometidos los estudiantes que luchan por la libertad y por la dignidad del país.*

*Los viciosos antecedentes de entonces no justificarían por nada lo que hoy ocurre. Las caídas pesadas se superan y tómanse, en cambio, por elementos de experiencia benéfica. En 1936 comenzó en nuestra* Alma Mater *una época nueva de libertad, de comprensión, de autonomía, acorde con el rumbo democrático seguido por las instituciones todas, y del cual hoy reniegan los mismos que entonces se empeñaron en lucir, como librea de provecho ante la opinión del pueblo, una fingida devoción por la democracia. La Universidad, pese a fallas no engendradas en ella sino a ella llevadas como expresión de la vida despreocupada del venezolano y como producto de una irresponsabilidad que nada tiene que hacer con los muchachos venidos de las clases bajas, en cambio, sí, y mucho, con los niños "bien", formados en los círculos festivos de la funesta oligarquía caraqueña, la Universidad, digo, llegó a ganar líneas de subido decoro cívico e intelectual. Rectores como Rafael Pizani, Elías Toro, Juan Oropeza, Julio de Armas, supieron insuflarle una aura de dignidad que se añora con respeto y con nostalgia. Mas, esa Universidad alegre y libre, a la cual habíamos aspirado en nuestro tiempo todos los graduados que hoy lucimos canas, llegó a desentonar de manera flagrante con el régimen presente y llegó a provocar desazón hasta en los mismos que ayer buscaron para ella tono de libertad y quienes, por anquilosis de la sensibilidad, han parado en creer que los jóvenes deben hacer coro al silencio en que hoy se mueven sus nuevos intereses. Para unos y para otros resultó necesario retrogradar la*

*hora de la Universidad y poner las manecillas del reloj al tiempo de la antigua intervención que hizo del Instituto una mera dependencia gubernamental.*

*En razón de representar esa crisis el problema fundamental del joven venezolano y por cuanto lo más grave de ella se relaciona con el sistema de mutismo a que se intenta retornar el Instituto, he dado mayor bulto en la problemática universitaria a los hechos que tienen relación con la libertad, pues si bien otros temas de notoria urgencia afloran como principalísimos en el momento presente del país, en cambio caen en la misma inmediata insolución en que se hallan otros, justamente por las propias tendencias y por los notorios intereses que mueven a las clases directoras hacia los sistemas de negación de la libertad.*

*Sería necesario insistir siempre en la necesidad de que el estudiante universitario, encauzando su rebeldía, se esfuerce por superar al otro "profesional" que intenta ganarle definitivamente la partida dentro de los cuadros sociales. En frase retorcida, que pareciera la propia defensa de la juventud universitaria, el excelentísimo señor embajador de Chile, don Alberto Serrano Pellé, dijo en la Universidad de Los Andes, a donde ambos fuimos invitados en abril de 1952 para tomar parte en los festejos ofrecidos a la memoria de Andrés Bello:*

> *la juventud militar en su severa disciplina, se educa hoy después de exigente selección, en estudios elevados y capacitados del espíritu, en la química, en los logaritmos, en la geometría, en las ciencias puras y aplicadas, mientras que sus antepasados necesitaron poco más que salud y coraje. El estudiante civil, sin imponerse disciplina, sin austeridad y sin método, no logrará ocupar en la vida profesional, y como consecuencia en la vida social, el puesto que le corresponde, y se verá descontrolado y postergado, porque nada creador ha*

*nacido nunca en el mundo del desorden espiritual y del abandono de sí mismo.*

*Supo medir a cortos lances el diplomático chileno las intenciones que animaban a las autoridades de educación, y creyendo ganar buenos puntos para su carrera, se adelantó a formular la peregrina teoría que pretende erigir la superioridad de la Escuela Militar sobre la Universidad venezolana.*

*Sin postergar por nada las disciplinas liberales, primera entre ellas la Filosofía, de cuyo escaso cultivo tanto se resiente el pensamiento nacional, necesario es que las nuevas generaciones piensen, también, en la urgencia de pulir los instrumentos que habrán de ayudarlas en la obra impostergable de liberar la economía de la Nación. Si hasta Inglaterra, como acabo de leer en* The Times*, se lamenta de la deficiencia de su preparación técnica, ¡qué no diremos nosotros! Bueno es pensar que nada se alcanza con hablar de nacionalismo y de reivindicación de nuestros hipotecados recursos, si no preparamos los elementos que hagan posible mañana el rescate de los valores abandonados. Para llegar algún día a nacionalizar el petróleo y el hierro, necesitamos previamente ingenieros y técnicos que sean capaces de tomar la dirección de las grandes empresas; para poner nuestra abandonada tierra en pie de producción, necesitamos ingenieros, muchos ingenieros, que desvíen ríos y embalsen aguas, que estudien los suelos, detengan la erosión, abran caminos, levanten puentes y dirijan los cultivos útiles; para que nuestra industria logre un desarrollo productivo necesitamos, también, muchos ingenieros, muchos químicos, muchos mecánicos que monten maquinarias, tiendan líneas eléctricas, ensayen productos y mantengan el ritmo provechoso de la producción. Todo lo que Jovellanos pedía para España y todo lo que Cecilio Acosta, también en estilo literario, pidió para Vene-*

*zuela, necesita ser puesto de nuevo en las voces robustas y en el pensamiento creador de los jóvenes.*

*A todos estos temas de urgencia capital ha podido extenderse el presente ensayo. En él he querido, en cambio, limitarme al primordial problema que hoy encara la juventud. Para pensar en riquezas y en industrias socialmente útiles, es necesario pensar primero en defender y en robustecer la personalidad de los hombres y de los pueblos que habrán de gozarlas. Nada se aprovecha con abundosas fortunas puestas en manos de hombres vendidos o destinadas sólo al provecho de gánsteres de pechera dura. Poco beneficia una sociedad con arcas hinchadas de dinero para el soborno cuotidiano. Nada, en fin, vale un país integrado por hombres viciosos, cobardes, humillados y ricos. La política es disciplina encaminada a hacer cada vez mayor el radio de la seguridad, de la libertad y del decoro de los pueblos y de los hombres. Disciplina, no en el sentido de látigo para vapular a los hombres, según lo entiende el criterio policiaco imperante en Venezuela, sino como a* discendo*, como aprendiendo, conforme la define en sus* Etimologías *San Isidoro de Sevilla.*

*No aconsejó Sócrates a sus oyentes que cultivasen praderas de higos; menos aún les dijo que una vez puestos al servicio de la administración pública se convirtiesen en sicofantes. Sobre todo otro ejercicio indicó el filósofo la conveniencia de que el hombre se conociese a sí mismo, para que ajustase la vida a la ley de su humano destino. Conocerse a sí mismo en su realidad universal de hombres y en su realidad particular de venezolanos es, pues, el deber fundamental de nuestros jóvenes. Vivir en la plenitud de las virtudes humanas y vivir en el cabal cumplimiento de sus deberes frente a la colectividad de que inmediatamente forman parte.*

*Yo he apuntado como el más simple, como el más modesto, como el de apariencia más intrascendente entre todos los deberes,*

*aquel que mira a hacer respetar ante todo y sobre todo la propia dignidad humana que da figura a la persona. En el dintel de la República, cuando se debatía la conveniencia de nuestra separación de España, Manuel Palacio Fajardo grabó la consigna que debieran hacer suyas las nuevas generaciones: "Las fuerzas del hombre libre sólo son comparables a su dignidad". Volviendo sobre nuestra desamparada tradición civilista, toca, pues, a los jóvenes decir lo mismo con palabras y con hechos nuevos. Buscando en sí propios su mejor fuerza individual y buscando en nuestra propia historia el sentido creador que duerme, como en viejo trigo, en los valores desechados por el espíritu vicioso de quienes, con la República, hicieron feria de provechos, hallará la juventud caminos por donde a todo seguro puede ganar alturas que la distancien de los bajíos vergonzosos en que han encallado los áureos bajeles de tantas esperanzas…*

Madrid, agosto de 1953.

## SENTIDO Y VIGENCIA DEL 30 DE NOVIEMBRE (Examen esquemático del drama electoral venezolano)

### *RAZÓN*

*Lo que usted y Jóvito Villalba y Arcaya, y los de Copei y cuantos se enfrentaron al militarismo venezolano hicieron, fue simplemente maravilloso. El despertar del pueblo venezolano; su presencia, que casi nadie esperaba, en las urnas; su fallo inequívoco y resonante contra la dictadura, son cosas que no se olvidarán, y que recuerdan las mejores horas de América. La tarde de las elecciones, Venezuela se puso a la vanguardia de las luchas por la libertad en América, como en los días de Boyacá, Carabobo y Pichincha.*

Eduardo Santos, ex presidente de Colombia,
carta de París el 13 de febrero de 1953.

*MI ILUSTRE y querido amigo Jóvito Villalba, líder máximo del partido Unión Republicana Democrática, me ha pedido que escriba el presente trabajo expositivo del proceso electoral cumplido en Venezuela durante el año pasado de 1952.*

*Más que el propósito de exaltar la labor formidable realizada por todos los hombres y por todas las mujeres de dicho partido y también por los hombres y las mujeres del Partido Socialcristiano (Copei), en la conducción del pueblo a las urnas comiciales, la idea de Villalba y el propósito del presente ensayo se contraen a poner una vez más en resalto la actitud admirable de las mayorías venezolanas frente a la tremenda opresión gubernamental.*

*Este trabajo, pues, no está destinado a hacer la apología de los esforzados dirigentes de* URD *de Caracas y de toda la República. Por igual habría que hacer la de los dirigentes de Copei, cuyos hombres, con Rafael Caldera a la cabeza, cumplieron una estupenda labor proselitista en el campo del civismo. Mi intención es dejar un documento que señale el 30 de noviembre de 1952 como egregia piedra miliar en el proceso de la República. El pueblo que se congregó el 19 de abril de 1810 en la Plaza Mayor de Caracas estuvo de nuevo presente en las plazas de todas las ciudades y de todas las aldeas de Venezuela para decir aquel día a sus opresores la razonada palabra de su protesta. Fuerzas satánicas, producidas por el contubernio del oro y los fusiles, negaron eficacia a la voz del pueblo. La tiranía ha podido proseguir, como prosigue, en el goce de sus instrumentos de opresión pero en aquella fecha el pueblo dio un rotundo mentís a quienes propalaron con voces untadas de pseudociencia que él era menor de edad, necesitado, en consecuencia, de la tutoría de los régulos de dormán.*

*Estas páginas, junto con la alabanza al bravo pueblo que derrotó por medio de las armas austeras del voto el prestigio funesto de la fuerza, contienen también una permanente requisitoria contra los sectores encumbrados que se mantienen en dolorosa actitud de traidores frente al destino del país.*

*Distante de Venezuela, procuro templar con sereno juicio la acritud provocada por la impuesta lejanía. En estas líneas, sobre*

*la pasión del político, se empina el ánimo de quien ha pasado las mejores horas de la vida en la grata labor de desenredar la madeja de los hechos pasados. Como el gran David a Wellington, puedo decir que yo sólo pinto Historia. Historia viva, dolorosa, sangrante y coetánea, en que por la gracia de Dios me toca buena parte. En razón de ese nexo obligado a hablar de mí mismo en función de participante directo en algunos hechos y circunstancias.*

*Los falsos cronistas del régimen podrán decir que he mojado la pluma en el tintero del interés y de la pasión; en cambio, me alienta la certeza de que "la voz del perseguido, si sabe tener la razón que la persecución da hasta al que no la tiene, esa voz es, a la larga –según escribe Marañón– la que más alto suena". Fuera del país, el corazón me sangra cuando me veo precisado a estampar juicios adversos a un denso sector de mis hermanos de Venezuela. En la misma forma en que muchos me acusan de lenidad cuando hago juicios literarios, desearía también que se me acusase de prodigar elogios en el orden cívico. Pero no es posible hacerlo, y el servicio del país pide descubrir lacras que a todos nos duelen, porque, más que sobre los individuos, ellas pesan corrosivamente sobre el cuerpo de la Patria, y más que obra ajena, son producto de hechos en que a todos nos toca buena parte.*

*Repito que más que para ponderar el mérito singular que toca a* URD *en el extraordinario y riesgoso proceso de haber encauzado la opinión popular hacia la gran batalla cívica del 30 de noviembre, este ensayo está dirigido a exaltar las virtudes extraordinarias del sufrido pueblo venezolano. Aquella fue victoria del pueblo frente a sus opresores, no triunfo de un partido sobre las tesis programáticas de otros partidos. Fue el pueblo entero quien expresó su repudio cívico a un aparato despótico. Fue la fuerza histórica de la Nación enfrentada a quienes para lucrar con el poder no tienen escrúpulo alguno en traicionar hasta el propio*

*ideario de Bolívar y en tomarlo de pretexto para fingir vilmente la adhesión de las masas. Fue la mayoría angustiada y sufrida del país que buscaba la unidad de sus hombres para realizar la República. Aquel día magnífico los hombres desvistiéronse sus colores partidistas para vestir los colores unitivos de la gran familia venezolana. Los ciudadanos libres que concurrieron a las urnas no llevaban ni verde ni amarillo en la conciencia. Sobre su pecho de obreros del civismo lucían terciada la bandera nacional. Con esa bandera sobre el pecho siguen luchando en silencio, asidamente, como si todos fueran los brazos y la conciencia de un solo hombre. El despotismo no lo ve, porque escucha sólo la palabra forzada o el ditirambo pagado en las mil formas con que corrompe la dictadura a los oportunistas. Pero las dimensiones de ese hombre múltiple todos los días crecen, crecen, crecen. Mañana, a su lado, resultarán enanos insignificantes sus actuales opresores.*

*M.B.I.*

Madrid, 18 de octubre de 1953.

*Implora, adula, adora siempre al que manda. En cuanto a mí nada se me da de Zeus y aún menos que nada. Que obre y reine a su gusto mientras dure esta corta tregua, que no tardará en dejar de ser el dueño de los dioses.*

Esquilo, *Prometeo encadenado*

PRODUCIDO EL MOVIMIENTO revolucionario del 19 de abril de 1810, vieron los Padres de la República la necesidad de consultar el voto del pueblo, a fin de que este escogiese "las personas que por su probidad, luces y patriotismo" fueran dignas de recibir en depósito la confianza de la Nación.

Ya en las Leyes de Partidas el Rey Sabio había definido al pueblo como "ayuntamiento de todos los hombres", mas en el orden de la realidad político-social se había dado en designar como pueblo únicamente a la gente sin privilegios. En el movimiento de abril, tal como lo apunté en mi ensayo "La traición de los mejores", hubo una coincidencia de clases que buscaban superarse a sí mismas en el orden de la política. El pueblo bajo habló, gritó, luchó al lado del mantuano, con una conciencia nueva que le llevaba a mirar en el sistema por venir la solución del gran problema de la desigualdad que sobre sí pesaba. Con los patricios que tomaron la voz autonómica de la Capitanía General, parearon sus voces las clases populares. Presentes estuvieron ellas en el alba de la revolución de América. De su informe conjunto salió la palabra mágica que expresó la naciente voluntad venezolana de no seguir bajo la dependencia de la lejana metrópoli española.

En el orden del civismo fue Vicente Emparan quien dio la primera gran lección a nuestro pueblo. Asomado al balcón de las

Casas Capitulares el tambaleante magistrado consultó la voluntad del pueblo agolpado en la Plaza Mayor, respecto a su continuación en el ejercicio del mando. El pueblo le respondió a una voz: “No lo queremos, no lo queremos”, y el hábil gobernador y presidente redarguyó con la mal juzgada frase de “yo tampoco quiero mando”, por muchos mirada como mera carátula de la debilidad del magistrado.

Emparan, frente a la masa callejera, constituye el más antiguo símbolo de lo que es la autonomía deliberante del pueblo. Hasta aquel momento el pueblo había sido un simple soporte de la voluntad de las autoridades. Ahora el personero del poder real le interroga sobre si es deseo suyo que él continúe al frente del Gobierno. El pueblo, ante tal pregunta, siente que se descorre el velo sobre él echado desde antiguo por quienes pretendieron enseñarle que entre él y Dios estaba la autoridad del Rey y de sus vecinos representantes. Ese día el pueblo supo que entre él y Dios sólo existe el corto y fácil camino de la justicia y de la verdad.

Para conformar a esa nueva realidad el orden del poder, la Junta Suprema, que sustituyó la depuesta autoridad de Emparan, llamó a sufragio a los venezolanos, con excepción de

> las mujeres, los menores de veinticinco años a menos que estuviesen casados y velados, los dementes, los sordomudos, los que tuviesen causa criminal abierta, los fallidos, los deudores a caudales públicos, los extranjeros (es decir, los no hispanoamericanos), los transeúntes, los vagos públicos y notorios, los que hubiesen sufrido pena corporal aflictiva o infamatoria, y todos los que no tuviesen casa abierta o poblada; esto es, que viviesen en la de otro vecino particular a su salario y a expensas o en actual servicio suyo a menos que, según la opinión común del vecindario, fuesen propietarios por lo menos, de dos mil pesos en bienes, muebles o raíces libres.

Con profundo sentido de que el pueblo se avocaba a un acto solemnísimo, la Junta dispuso que fuera celebrada el día de las elecciones misa solemne al Espíritu Santo y que se diese “en las iglesias la señal acostumbrada para las rogativas”. Era, en realidad la Pentecostés de la nueva ley del pueblo. Fue aquella la manera como los patricios de 1810 entendieron servir mejor a la nación.

Las limitaciones que aparecen en este primer estatuto eran congruentes con un sistema social universal, que mantenía en vigor la esclavitud y las diferencias económicas como elementos para definir la ciudadanía. El derecho público, al desligarse de las teorías y de los métodos feudales que sobrenadaban en el viejo ordenamiento monárquico, había caído un poco, o un mucho, en el orden del derecho civil. Con la revolución del siglo XVIII triunfaba, en realidad, más que el principismo de los filósofos, la pujante burguesía, y en los nuevos instrumentos legales que definen la posición del hombre en el área del flamante derecho, había de aparecer, por gravedad indiscutida, el metro que fijara las categorías económicas antes que la norma señaladora de los derechos de conformidad con la sola y absoluta dimensión que unifica a los hombres como seres igualmente portadores de espíritu.

Con aquel instrumento imperfecto votó el pueblo hábil en 1810. De dicho sufragio salieron los patricios que, reunidos en Congreso el 2 de marzo de 1811, dieron comienzo a la nueva institucionalidad. De aquel Congreso surgió la República independiente.

Obra civil, creación del pensamiento de hombres crecidos en el trabajo de las apacibles letras y en lucha austera sobre los surcos de la tierra, nuestra República rural en 1811 expresa por sí sola el valor y los idearios del pueblo pacífico. Miranda, Lino de Clemente, Sata y Bussy y el Marqués del Toro pudieron haber vestido la guerrera militar, pero ellos no asistían al Parlamento como hom-

bres de sable, sino como obreros civiles. Sus galones no dan derecho alguno para que hoy se pretenda confundir la jornada cívica del 5 de julio con una mera empresa militar. Si el pueblo peleó lo hizo después, cuando fue necesario defender la independencia y la libertad proclamada por los doctores, por los clérigos, por los hacendados que formaban la mayoría del Congreso de 1811. Nuestra República no apareció como obra de ningún ejército, sino como producto de la voluntad de hombres civiles. Nuestra República la delinearon en 1811 patriotas que por medio del sufragio habían recibido el respaldo del pueblo.

Cuando en Venezuela todo se cambia y se adultera, nada raro tiene que se haya creado, como hoy vemos, una teoría histórica enderezada a presentar el 5 de julio como una gran jornada ganada por los militares. Antes se le llamaba el día de la Libertad y de la Independencia; hoy se llama día del Ejército. Ayer se consagraba el 5 de julio a exaltar la memoria de los grandes patricios que soñaron la República como comunidad holgada, donde todos los ciudadanos pudieran gozar el derecho de ser hombres; ahora, en dicha fecha, se exalta, no la virtud severa de los viejos guerreros que sacrificaron descanso y vida por asegurar las instituciones, sino la vocación de poder, concretada en quienes hacen profesión de la violencia.

Cuando la República, convertida en campamento por las necesidades de la lucha, necesitó encuadrarse de nuevo dentro del institucionalismo, que le diera autoridad para contradecir el mote de bandolerismo con que España calificaba a los patriotas ante la opinión universal, Bolívar buscó el modo de reunir en Angostura una asamblea, cuyos integrantes mostrasen un título electivo. Imperfectas fueron elecciones de donde surgió en 1819 la Segunda República de Venezuela. También fueron imperfectas las eleccio-

nes practicadas para el Congreso Constituyente de Colombia, reunido en el Rosario de Cúcuta el 6 de mayo de 1821. No estaban, en realidad, los pueblos en el goce de una benéfica paz ni de una debida cultura para hacer del voto el instrumento racional de su soberanía, pero en todo momento se le llamó a las urnas comiciales o se le invitó a los pacíficos pronunciamientos de donde surgió el gobierno de los pueblos.

Al estabilizarse nuevamente dentro de sus primitivas fronteras la República de Venezuela, la Constitución de 1830 procedió a organizar el poder electoral. Como en 1810 estatuyó el sistema de dos grados. A las asambleas parroquiales, de donde salían los colegios electorales, concurrían los ciudadanos que hubiesen cumplido veinticinco años y supiesen leer y escribir, que fueran dueños de una propiedad raíz con renta anual de doscientos pesos o que tuviesen profesión, oficio o industria que produjera hasta cuatrocientos pesos anuales, o bien gozaran de un sueldo anual de cuatrocientos pesos.

El sistema electoral proseguía aún incurso en el concepto burgués de calidad cívica fundada en la riqueza o en la capacidad intelectual. Consiguientemente, los procesos eleccionarios se reducían a un ámbito escaso de la población, pero había discusión libre que permitía el juego de candidatos. Vargas, Soublette, Páez y Monagas fueron elegidos como consecuencia de activas campañas que llegaron a tener un clímax sangriento y fatal, como en el caso de la candidatura de Antonio Leocadio Guzmán.

En la reforma de 1857 se concedió el voto primario a los mayores de dieciocho años, se suprimió la necesidad de renta y se aplazó hasta 1880 la condición de saber leer y escribir; mas, para poder ser elector de segundo grado era necesaria la mayoría de veinticinco años, el saber leer y escribir, y la tenencia de una propiedad raíz de diez mil pesos o el goce de renta o sueldo de cuatrocientos

pesos anuales. La Convención de Valencia, al sancionar una nueva ley electoral, mantuvo la reforma del 57, pero fijando veinte años como edad electoral. Apenas dejó el argumento económico como requisito para ser Senador. Se mantenía así el recuerdo del viejo origen oligárquico de la Cámara Alta.

Olorosa a sudor de pueblo, la Constitución de 1864 aceptó el sufragio universal y borró todo distingo de procedencia económica. Si bien tenía legitimidad histórica la consigna de federación contra centralismo, en el fondo de aquel gran movimiento se ponía en resalto el deseo del pueblo de realizar la revolución social detenida por los oligarcas de uno y otro color.

Como la de 1864, las Constituyentes de 1874 y 1881 mantuvieron en toda su amplitud el voto del pueblo. A este se le llamaba a las urnas para ratificar arrebañadamente los desiderata de la guerra. Pero, también, con el voto del pueblo pudo contradecirse la autoridad de los régulos y pudieron provocarse conmociones profundas en el orden del poder. Era, en realidad, un tanto anómala aquella forma de nuestros actos políticos. La autocracia entronizada con Guzmán Blanco pactaba con los caudillos rurales y estos hacían sus prosélitos en las clases populares.

Nadie podrá negar la imperfección de este sistema electoral, aprovechado por los déspotas para vestir de legalidad la usurpación. La falta de espíritu público en las llamadas clases dirigentes permitió cuadros como el pintado con palabras desesperadas por Luis López Méndez en 1889:

> Las turbas indisciplinadas y brutales –escribe nuestro grande ensayista– son llevadas a las urnas por unos cuantos intrigantes que comercian con sus votos, y el lugar de la elección se convierte en un teatro de riñas sangrientas, en que los puños y el cuchillo se mueve a impulso del aguardiente. De aquel lugar se alejan los hombres inteli-

gentes, los que tienen alguna noción de sus deberes políticos, los que poseen algún interés que defender, porque no quieren malponerse con el Gobierno, de cuyas promesas dudan, ni con los caciques de las localidades, árbitros de la multitud inconsciente.

En esta encendida pincelada de nuestro malogrado escritor está recogida la dura, espantosa, trágica realidad venezolana. En mi ensayo "La traición de los mejores", yo les he dado el título que merecen, y he acumulado sobre su conciencia los cargos que les guarda la Historia. "Los hombres inteligentes" estuvieron alejados, como dice López Méndez, del lugar donde era citado el pueblo para dar su respaldo a los caciques. Los "hombres inteligentes" prefirieron la antesala de los gamonales al campo donde pudieron ayudar al pueblo en la legítima y noble labor de expresar su voluntad poderosa. Cuando los caciques hicieron feria de la conciencia del pueblo, apenas aprovechaban el fruto de su cercanía a las clases abandonadas por "los hombres inteligentes"; bien entendida esta clase que pintó López Méndez como formada por los "inteligentes" que hicieron profesión del oportunismo y del provecho, y sin que llegue jamás a incluir a las previsores varones que supieron en todo momento levantar la voz admonitoria para indicar los caminos errados que seguían los políticos. Los hombres de la actitud reservada y negativa fueron y son los hombres que miran y continúan mirando con criminal indiferencia la suerte de las instituciones.

En la edad rural de la República aquello fue, sin embargo, una manera primitiva y orgánica de expresarse el poder del pueblo. Este veía en el cacique a su verdadero director, a su legítimo representante en el orden del poder. Cuando a Caracas iban a pactar con Guzmán Blanco, con Rojas Paúl, con Crespo o con Castro, los

caciques de oriente, de Lara, de Coro, de la cordillera y de los llanos se sentían respaldados por una masa de pueblo. El caudillismo antiguo fue mirado por esta causa como expresión rudimentaria de una fuerza popular. La autocracia del Ilustre Americano era resultado de un equilibrio de fuerzas rurales. Cuando Gómez resolvió acabar con el viejo caudillismo tomó como fórmula la divisa de "Jefe Único". El "uniquismo" vino a representar, en consecuencia, la abolición de los caudillos rurales y de la fuerza del pueblo en beneficio de una autoridad suprema e indiscutible.

Junto con su malicia campesina, Juan Vicente Gómez reunía títulos efectivos de hombre de mando. Cuando en 1909 empezó la obra amañada de acabar con los viejos partidos y con sus jefes, Gómez era ya un caudillo con historia. En su hoja de servicios no figuraba haber sido cadete o catedrático de Aritmética o de Historia de Guerra en escuela militar alguna. Figuraba en su lugar El Guapo, Carúpano, Ciudad Bolívar y La Puerta. Cuando Gómez hablaba a los amigos en los grandes días de la Causa, evocaba la derrota que infligió al general Luciano Mendoza, justamente el jefe militar a quien, por haber vencido a Páez, el montañés taciturno anhelaba conocer, con el mismo interés telúrico con que deseaba visitar el Samán de Güere y el histórico montículo donde Ricaurte hizo volar el parque de los realistas. Hasta Gómez se prolonga una etapa de nuestra historia durante la cual las instituciones sufrieron la amenaza continua representada por el prestigio mágico de los hombres que se habían levantado sobre el nivel común en virtud de singulares hechos de guerra y demarcados relieves de hombradía personal.

La ley de estos hombres valientes se impuso sobre la realidad del derecho. Existía la armazón constitucional de la República, más que como rígido sistema que determinase el derecho de autoridades y de pueblo, como fácil instrumento para formalizar situaciones de hecho. Hombres del prestigio y de la cultura jurídica del

ministro Diego Bautista Urbaneja habían dicho desde antiguo que "la Constitución sirve para todo".

Durante las dictaduras caudillistas de Crespo y de Castro los procesos eleccionarios fueron en una progresiva decapitación. Había, sin embargo, propaganda y lucha que siempre favorecía al "gran escrutador". Cada revolución o cada tránsito incruento de gobierno era legalizado por medio de una jornada comicial, en la cual la autoridad ganaba la mayoría de los votos. Hasta la época de Gómez se hicieron elecciones más o menos amañadas. Durante la dictadura gomecista el sufragio se practicó apenas formalmente. Nada importaba al efecto el régimen que establecía la universalidad del voto. Para el pueblo aquellos principios eran simple música celestial que no llegaba a sus oídos. Gómez en esto no engañó a nadie. Las elecciones de su tiempo fueron un mero proceso de avisos oficiales y de papeleo sin trascendencia en las oficinas públicas. A la casa de los designados para los cargos electorales eran llevadas a la firma las actas que habían levantado los "escrutadores de votos". No hubo candidatos, ni oposición, ni propaganda. Se sabía que al Congreso, a las legislaturas, al municipio, no se iba a tratar sobre temas políticos, sino a discutir meras materias administrativas. Los Congresos del régimen silenciaron desde el año 1913, cuando José Eustaquio Machado, Trino Baptista, Pedro María Parra y el coronel Ramón Ayala manifestaron su voto contrario a la aprobación del Protocolo francés. Después, sólo se controvertió en materias eruditas y técnicas. La política no era función del Congreso. Ya no había, en realidad, otra política que seguir si no la voluntad del Jefe. Los que a ella no se conformaban, eran calificados de enemigos. Cuando estos enemigos tomaron parte cierta en conspiraciones, fueron hechos presos o expulsados del país. Pero a los que limitaban su actitud a sólo diferir sin acción visible, se les respetó su integridad personal. Gómez, en todo momento, procuró aniqui-

lar a sus enemigos como fuerzas hostiles, pero jamás sistematizó la inútil vejación de quienes no estuvieran con su régimen.

A la muerte del caudillo, Venezuela tomó otro camino. Se abrió entonces oportunidad a la lucha cívica. El general Eleazar López Contreras ganó con derecho el título de "Partero de la muerte". Cuando América esperaba que Venezuela se convertiría en un mar de sangre, se dio, en cambio, comienzo a una época de verdadero progreso institucional. En 1936 fue sancionada una nueva Constitución.

> Dictada –escribe el gran líder Jóvito Villalba– en una hora de tremenda conmoción nacional, la carta de 1936 reflejó los caracteres del régimen de transición que ella estaba llamada a regir: al lado de valiosas conquistas sociales y reformas administrativas de evidente sentido progresista, concretó un pensamiento político contradictorio y vacilante, que presiente, pero desconoce, la formidable transformación, ya para esa fecha, adelantada si no cumplida en la vida de la república, gracias al auge de la industria petrolera.

Afloró en los reformistas la idea de considerar el voto más como ejercicio de una función que pedía idoneidad en el elector, que como expresión de un derecho universal, por donde limitaron su ejercicio a los ciudadanos que sabían leer y escribir. Encararon también el problema del sufragio femenino, por muchos considerado tácitamente concedido en los enunciados constitucionales anteriores, puesto que no se hacía en ellos referencia alguna a sexo. La nueva Constitución redujo a los hombres mayores de veintiún años el derecho de votar.

Quedó, en realidad, restringido el concepto teórico de la universalidad del voto; pero, en cambio, al amparo de esa Consti-

tución comenzó el pueblo la práctica eleccionaria. Difícil fue el juego de la opinión pública, por cuanto hasta 1941 no hubo partidos políticos organizados; pero en medio de estas irregularidades, los grupos antigubernamentales lograron ganar al oficialismo las elecciones municipales de Caracas en 1937, y de distintos Estados fueron al Congreso representantes de la oposición. Como diputados del pueblo hicieron oír sus voces en la Cámara, Rómulo Gallegos, Andrés Eloy Blanco, Rafael Rodríguez Méndez, Luis Lander, Ricardo Mantilla, Germán Suárez Flamerich, Rafael Caldera, y otros distinguidos políticos de oposición. Como senador independiente, los Congresos de 1944 y 1945 oyeron el verbo encendido y la palabra orientadora de Jóvito Villaba.

La etapa de 1936 a 1945 constituye un franco proceso superativo en orden al sistema y a la práctica electoral. En 1941 fue legalizado el partido Acción Democrática, cuyos máximos dirigentes fueron y siguen siendo Rómulo Gallegos y Rómulo Betancourt. El actual Partido Socialcristiano comenzó a funcionar con el nombre de Acción Nacional, y los grupos comunistas obtuvieron una legalidad precaria hasta 1945, cuando ya abiertamente empezaron a actuar con nombre propio.

La posición de las fuerzas gubernamentales era bastante difícil, pues las llamadas Agrupaciones Cívicas Bolivarianas, que habían tomado la responsabilidad electoral como instrumentos del Gobierno, habían caído en un deplorable descrédito y no eran, en realidad, nada que remendase un partido político. Fue entonces cuando el presidente Medina Angarita pensó en la formación de un partido que reuniera a los seguidores de su política.

La historia del Partido Democrático Venezolano (PDV) está por escribirse, y quizá sea yo quien tenga los mejores documentos para hacer mañana un análisis de lo que fueron sus orígenes, de lo

que fue su estructura, de lo que fue su funcionamiento, de lo que fue su escisión y su agonía aún presente.

Cuando apareció el PDV, el medinismo ya era un régimen con teoría. En 1942, Isaías Medina Angarita había probado que era el más humano de los presidentes que había tenido Venezuela. Había probado, también, ser presidente con ánimo abierto para recibir y atender las grandes voces del pueblo. Pero Medina no era un caso simplista. A su alrededor se movían fuerzas contradictorias que buscaban utilizar su influencia extraordinaria para beneficio personal. En 1944, el partido planteó la enmienda de la Constitución en lo que dice a sistema electoral. Se estatuyó que los diputados a la Cámara y a las legislaturas estatales fueran electos por el pueblo directamente y se acordó el voto a la mujer para los cuerpos edilicios. En el partido y en torno al Presidente, que era su gran líder, se hicieron escuchar voces progresistas que insistentemente pedían la consagración en la Carta Fundamental de la elección directa del Presidente de la República; al mismo tiempo se movían reservas interesadas en mantener la elección por el Congreso, so pretexto de que el pueblo carecía de madurez para elegir. Los móviles eran otros. Si la designación presidencial se la reservaban las Cámaras, en estas podía influir poderosamente el presidente Medina, para hacer con cualquiera de sus amigos lo que con él había hecho en 1941 el presidente López Contreras.

Desde un punto de vista de historia orgánica del institucionalismo venezolano, la recomendación de candidato hecha por el Presidente saliente era en realidad un progreso relativo, pues el fardo que había venido pesando sobre el país era el continuismo más que la ausencia de elección directa. Con la entrega del poder que hizo el presidente López Contreras y con el modo autónomo de gobernar como procedió Medina Angarita, el pueblo había satisfecho su gran ideal anticontinuista.

Pero el proceso de la autoridad tropieza para su explicación con factores cuyo análisis reclama perspectiva de tiempo y de pasión. Como he dicho, a Medina Angarita correspondió poner a andar con mayor vigor los signos democráticos fecundados durante la política humanizada de López Contreras. Invocó Medina los viejos genios que habían inspirado a los padres de la República. Los invocó desgraciadamente, a medias. Los genios vinieron, sin embargo; mas él resultó víctima, como el aprendiz de brujo, de su propio ensayo. La extraordinaria bondad de Medina fue aprovechada por muchos para planes contrarios al propio interés del movimiento que él quiso encauzar. A un hombre como Medina, en trance tan sincero de despojarse de los resabios de la dictadura residual que gravitaba todavía sobre la suprema autoridad venezolana, tan sincero, repito, como para hacer que la mayor falla invocada por los militares alzados el 18 de octubre sea su distanciamiento físico del cuartel, confundido alevemente con un presunto abandono del Ejército como institución; a un hombre, repito de nuevo, dispuesto sinceramente a superarse en el camino de la verdadera política popular, muchos de sus amigos se empeñaron en convertirlo *pro domo sua*, en remedo de árbitro indiscutido que pudiera dar el pase mágico a dormidas aspiraciones personales.

La noble e ingenua contradicción que forma el sustrato anímico de quien quiso hermanar una extraordinaria bondad constitucional con la postiza reciedumbre que le daba su adventicio carácter militar, no permitió a Medina Angarita mirar dónde estaba la razón, cuando en 1944 un sector de pedevistas prohijaba la elección directa del Presidente de la República, y otro sector, quizá de mayor peso, le hacía ver la inconveniencia de que fuera reconocido al pueblo aquel derecho. En la mañana del 14 de julio de 1945, al día siguiente de la última crisis ministerial ocurrida en su gobierno, Medina Angarita discutió conmigo, a la sazón presi-

dente del Congreso, acerca de un acuerdo presentado al Congreso por Jóvito Villalba, Andrés Eloy Blanco, Rafael Pizani y por mí, en orden de acelerar la reforma constitucional que permitiese la elección directa del Presidente. Entonces, puesto de pies cuan alto era y golpeando fuertemente el escritorio presidencial, me hizo la siguiente declaración: “Te juro que no tendré en mi vida días y horas suficientes para arrepentirme de no haber estado el año pasado con quienes recomendaban la reforma constitucional en el sentido de hacer popular la elección del Presidente. No estaría en este horrible brete”. La palabra de Medina Angarita la escuché en aquel momento de manera impresionante. Ni él ni yo sabíamos que en su voz vibraba el metal oculto de una dolorosa profecía.

La suerte había sido echada con dados falsos. En medio de la gran crisis ocurrida en el movimiento pedevista, al surgir las aspiraciones del grupo que quería el regreso al lopecismo, considerado por muchos como un disimulado continuismo, Medina hubo de luchar con un mundo de pasiones que no pudo equilibrar. Como si se hubiese tratado de una herencia, los aspirantes menudearon y mantuvieron la tesis del “gran elector”, en espera de recibir el óleo de la recomendación. Aun fuerzas familiares se movieron en torno a quien más que tachirense era visto como venezolano integral, para hacer que la voluntad del Presidente se inclinase a favor de un nativo del Táchira.

En esta situación, se produjo el 18 de octubre. La conjura militar venía formándose hacía algún tiempo. Algunos dicen que se inició cuando Medina Angarita quiso que la suya fuese política de partidos. En principio el Presidente se negó a creer la conspiración, porque la extremada fe en sí mismo y en la bondad de los demás le hacía dudar que lo traicionaran sus discípulos amados. A mí me había dicho en septiembre que los militares jóvenes eran como sus hijos. ¡Felices las madres horras de semejantes hijos! Una vez

producido el golpe, quiso que no se ensangrentase el país, por donde dejó que el cuartel se desbordara. Aun traicionado, creyó que en sus discípulos perviviese el patriotismo. Evitó la poca sangre inmediata, mas facilitó el imperio tardío del crimen.

Ni el examen de la política de Medina Angarita ni menos el examen del también contradictorio proceso de gobierno de Acción Democrática, me propongo hacer en estas líneas. Quizás me haya detenido un poco más en fijar algunos temas de juicio por lo que dice al proceso de la reforma electoral del 44-45, en razón de haber firmado yo, como presidente del Congreso, el acuerdo que la sancionó en 1945 y porque la reciente muerte de Isaías Medina Angarita ha servido de testimonio elocuente para decir lo que la política noble, generosa, abierta del gran Presidente representó para el pueblo de Venezuela.

El 19 de octubre de 1945, Venezuela supo que el golpe militar de la víspera gozaba de los auspicios de un partido civilista y popular como Acción Democrática. El mismo pueblo que quería a Medina vio con beneplácito el ascenso al poder de un partido cuyos líderes venían luchando tesoneramente desde 1928 por las libertades públicas y por hacer del país una Venezuela libre y grande para todos los venezolanos. En la conciencia de la mayoría venezolana había un anhelo de progreso institucional.

> Yo mismo, que formaba en los cuadros responsables del régimen derrocado –escribí en carta a Andrés Iduarte–, creí en el primer momento que los hombres de Acción Democrática, muchos de ellos mis amigos personales y por quienes mostré marcadas simpatías desde las toldas contrarias donde estaba políticamente ubicado, serían capaces de cumplir las promesas que habían formulado desde la oposición. Creía yo que en Venezuela era necesaria una revolución

que barriese mucho vicio antiguo, y desde mi posición de dirigente pedevista procuré que esa revolución partiese desde las propias alturas del poder.

Los militares se dijeron preocupados por acelerar la marcha de las instituciones republicanas, y ahora, con el asocio de Acción Democrática, lograron convalidar el desagradable expediente golpista. Compenetrado el gobierno revolucionario de que el ambiente que hizo posible la cuartelada del 18 de octubre estaba lleno de reclamos por una lógica y popular amplitud electoral, designó por el Decreto 52 la junta que debía elaborar el nuevo Estatuto electoral. Ella estuvo compuesta por Andrés Eloy Blanco, Jesús Enrique Lossada, Nicomedes Zuloaga, Lorenzo Fernández, Luis Eduardo Moncada, Martín Pérez Guevara, Luis Hernández Solís, Ambrosio Oropeza y Germán Suárez Flamerich, quien por sarcasmo del destino apareció después comprometido en el fraude electoral de mayores proporciones en la historia de la democracia universal.

En el Estatuto elaborado por esta comisión, y luego dictado por el gobierno revolucionario, se consagró el voto universal y secreto, y luego la Constitución sancionada por la Constituyente que se dio el pueblo estableció la elección directa para Presidente, senadores y diputados, Cámaras legislativas y Concejos.

El resultado de estas elecciones tenía que favorecer a Acción Democrática. Era este un partido popular que había propugnado sentidas reivindicaciones y que gozaba, además, de la gracia del poder, ya ejercido por sus hombres. Las elecciones de 1946 y 1947 fueron recios torneos populares en que debatieron cuatro grandes colectividades que representaban la opinión nacional. Acción Democrática, el Partido Socialcristiano (Copei), el Partido Comunista y el partido Unión Republicana Democrática. Acción Democrática llegó a ser, en realidad, un partido mayoritario, tanto

por sus antecedentes de lucha como por las circunstancias de poder dispensar cargos y favores; el partido Copei, que en sí era el antiguo movimiento socialcristiano de Acción Nacional, a quien se agregó el sector reaccionario del pedevismo, del lopecismo, del latifundismo, del gamonalismo, que se sintieron perseguidos por Acción Democrática; y, por último Unión Republicana Democrática, partido formado por elementos liberales y progresistas que fueron golpeados por Acción Democrática, como Jóvito Villalba, Isaac Pardo, Elías Toro, Inocente Palacios, Jorge Figarella, a quienes entraron a acompañar, ora inscritos, ora como meros simpatizantes, los elementos progresistas del antiguo Partido Democrático Venezolano y la masa liberal no afecta a Acción Democrática.

Con esta alineación de fuerzas se hicieron las campañas electorales que llevaron a Rómulo Gallegos a la Presidencia de la República. Aunque el origen del poder de Acción Democrática hubiera estado en el golpe de octubre, las elecciones servían para alentar la institucionalidad. Con la consulta del pueblo convalidaba el indoctrinarismo en que había caído el partido.

El examen de las causas que provocaron la caída de Gallegos es materia delicada, sutil, compleja, en las cuales juegan visibles contradicciones, donde se ponen a flor de realidad las pasiones de los hombres. El movimiento de octubre hubo de ocasionar un profundo estremecimiento en las raíces de la sociedad nacional, y como toda revolución, afectó sentimientos e intereses múltiples. La justicia que se intentó hacer por medio de tribunales especiales careció de la universalidad que da fuerza a la justicia revolucionaria y la desviste de todo aspecto de venganza. No dejó de hacerse sentir la voz de la retaliación y del resentimiento que toma cuerpo en estos grandes tránsitos sociales. Muchas medidas defensivas del Gobierno estuvieron revestidas de carácter arbitrario, que las puso en contraste con la tranquilidad, con la paz, con la libertad y con la seguridad garantizadas durante el Gobierno anterior.

Cuando José Ramón Ayala inauguró el 26 de diciembre de 1935 las sesiones extraordinarias de la Cámara, empezó su discurso más o menos en los siguientes términos: “Nueve días hace que fue sepultado el Dictador y la República siente que han corrido nueve años de fresca libertad”. ¿Si aquella frescura la sentía el pueblo cuando apenas comenzaba a pisar el nuevo camino de las libertades públicas, qué no sentiría cuando durante el régimen de Medina Angarita había visto definitivamente asegurados sus hogares, garantizada su libertad, firme la tranquilidad de todos y cada uno de los venezolanos? De Acción Democrática tenía sobradas razones para esperar la ampliación y el perfeccionamiento de los derechos que venía gozando, y aunque en realidad viera crecido el radio del voto y viera más robustos los derechos de los trabajadores, sintió angustia al mirar cómo se tomaban algunas medidas respecto a la libertad de las personas y a la expresión de la palabra que caían en el área de lo arbitrario. Cuando el público entendió que no se hacía efectiva la concordia ofrecida por Gallegos empezó a desconfiar del régimen y tomó cuerpo en la opinión el espíritu conspirativo que venían insuflando las personas desplazadas y perjudicadas en el orden de los intereses personales.

La inseguridad relativa y la confusión reinantes en 1948 se miraban entonces poniéndoles de trasfondo la seguridad y la armonía del reciente gobierno de Medina. Nadie era capaz de imaginar que corridos los años, los errores y las fallas de Acción Democrática se desdibujarían al ser juzgados nuevamente poniéndoles de trasfondo la sombría dictadura que hoy aflige a Venezuela. Ni los peores opositores del partido podían imaginar que la serie de atropellos y de crímenes sufridos heroicamente por Acción Democrática darían a esta colectividad títulos para merecer el más profundo y patriótico respeto de parte del pueblo en general y aun de parte de adversarios no cegados por el vil interés que asegura la adhesión

a los déspotas. En el orden de la santidad, la sangre derramada por confesar a Cristo es como bautismo eficaz que lava toda especie de pecado. Así, también, en el área del error político los partidos limpian cualquier reato con la sangre de sus propias víctimas. La despiadada persecución desatada contra Acción Democrática por quienes creyeran en esa forma aniquilar al partido sólo ha servido para darle más vigor y méritos mayores.

Producido el golpe de noviembre, hubo, en cambio, quienes creímos que todos los errores del Gobierno gravitaban sobre los hombres de Acción Democrática y que tenía solvencia la palabra de los militares cuando insistían en declarar que el 18 de octubre se había producido para promover un avance en el institucionalismo y que dicho propósito se había frustrado por la política sectaria de Acción Democrática.

El primero en creer la palabra mendaz de los militares fue el propio general Medina Angarita, quien desde el austero y digno destierro que sobrellevaba en Nueva York aconsejó a sus amigos que colaborásemos con el orden nuevo. Sólo él se consideraba personalmente al margen de todo trato con quienes lo habían traicionado en 1945.

Yo no fui golpista ni acudí a Miraflores a ofrecer mis servicios a los comandantes victoriosos. Estos me pidieron, algunos días después, que aceptase la Embajada en Colombia. Creí, como lo creyeron Jóvito Villalba, Rafael Caldera, Enrique Pérez Dupuy, Carlos Sosa Rodríguez, Julio de Armas, Antonio Martín Araujo, Rangel Lamus, Santiago Ochoa Briceño y numerosos políticos honestos que era deber cívico ayudar en aquellos momentos a la abatida República, y fui en su servicio a Bogotá, donde me fue grato exhibirme como el representante de un país sin solución de continuidad en el orden de la política exterior, a quien era igualmente grato y honroso entregar al presidente Ospina Pérez una condeco-

ración concedida por Gallegos y entregar al ex presidente López otra condecoración conferida por Medina Angarita. Un incidente de protocolo me sirvió en julio de 1950 de ocasión propicia para prestar por cuarta vez, y ya con carácter irrevocable, mi renuncia del cargo de embajador. Yo había entrado a servir lealmente al régimen que se llamó provisional, convencido de que eran sinceras las promesas hechas al pueblo en orden a abrir luego un período electoral donde pudiesen tener un punto de retorno la institucionalidad y la concordia. En mayo de 1950 el comandante Delgado Chalbaud y el comandante Llovera Páez me dijeron que el nuevo Estatuto electoral sería promulgado el 24 de julio siguiente. Cuando en Curazao, donde el 25 de julio me hallaba de regreso de Estados Unidos, fui informado de que no había recibido sanción alguna el esperado instrumento electoral, hice propósito de hacer mutis silenciosamente del escenario político y de concretarme de nuevo a la vida privada.

El Estatuto vino a ser promulgado apenas en abril de 1951, después de haber ocurrido el tenebroso asesinato del presidente Delgado Chalbaud. Junto con su promulgación, se dictó un decreto que haría írrito el proceso proselitista.

El nuevo instrumento había sido redactado por una comisión que integraban los doctores Jóvito Villalba, Rafael Caldera, Ignacio Luis Arcaya, Lorenzo Fernández, Luis Gerónimo Pietri, Manuel Gimón Itriago, R. Lepervanche Parpacén, Horacio Guerrero Gori, Carlos José Ramírez Torres, Gustavo Manrique Pacanins, Alejandro Urbaneja Achelpohl, Rubén Corredor y Ramón Carmona. No fue íntegramente acogido por el Ejecutivo el proyecto presentado por la Comisión. Le fueron cercenados en Miraflores, entre otras normas progresistas, los artículos en que se reconocía derecho de voto a los mayores de dieciocho años y a los menores de esta edad que tuviesen título de bachiller, maestro o profesor, y los que dis-

ponían hacer conjuntamente la elección de diputados y Concejos. Sin embargo, en el Estatuto quedó el adelantado y contradictorio principio que consagraba el voto como función obligatoria del ciudadano. En la exposición de motivos con que fue presentado a la Junta Militar el nuevo proyecto, la cual entiendo fue redactada por Jóvito Villalba, se dice certeramente: "Sobre todo ha sido la idea de estimular el espíritu público del pueblo venezolano, de suscitar en él la conciencia de su deber cívico, de hacer por atraer a las urnas comiciales aun a los sectores que hasta hoy se mostraron indiferentes al ejercicio demográfico, lo que inspira la importante y avanzada reforma que en este punto propugna el proyecto".

Quedaban consagradas, pues, en el nuevo ordenamiento para las elecciones las grandes normas que se habían abierto camino feliz con la reforma electoral sancionada por Acción Democrática, y a ellas agregada ahora la obligatoriedad del sufragio, con que se balanceaba favorablemente la negativa de voto a la juventud.

Recia lucha de intereses se había agitado en torno al proceso de elaboración del nuevo Estatuto, en el seno de cuya Comisión redactora libraron una brillante batalla doctrinaria Jóvito Villalba y Rafael Caldera, ilustres profesores universitarios y líderes a la vez de los partidos legalizados que habían sido invitados a su redacción. Las fuerzas reaccionarias querían el retorno a los viejos sistemas de voto restringido. Una vez más las clases populares fueron objeto de los denuestos y de los ataques de quienes prefieren la irresponsabilidad garantizada por el "gendarme necesario" a la dialéctica constructiva de la República. La reacción contra la política de Acción Democrática llevó a muchos resentidos a querer que se aboliese hasta los más saludables principios que el partido hizo valer en el pasado Estatuto electoral, y entre aquellos resultaba ser el más temido el reconocimiento a los analfabetos del derecho de votar. Al respecto, Jóvito Villalba escribía:

> El general López Contreras –es cierto– les negó su derecho político en la Constitución de 1936; pero lo hizo después de treinta años de tiranía, durante los cuales ni letrados ni ignorantes ejercieron el sufragio. Entre 1936 y nuestros días han transcurrido la experiencia del gobierno amplio y liberal de Medina y de tres elecciones sucesivas. Lo que ahora pretenden ciertos oficiosos amigos del gobierno y las Fuerzas Armadas es que estos arrebaten al pueblo su aptitud legal para votar, después de que tal experiencia sembró en el corazón del pueblo la conciencia y el orgullo de su derecho a intervenir en la política nacional.

A pesar del impacto que representa el decreto mellizo del nuevo Estatuto, hubo quienes tuvieron fe en posibilidades favorables al sufragio. Yo he de confesar que no tuve confianza en el porvenir del voto. Compartí en un principio la tesis abstencionista de Acción Democrática. Cuando un delegado de Leonardo Ruiz Pineda y Alberto Carnevali, cuyo nombre silencio para evitarle persecución[1], se acercó a pedirnos a algunos políticos independientes que interviniésemos en el esfuerzo que se hacía cerca de URD y de Copei para que estos partidos se abstuviesen de ir a las urnas, yo estuve con la posición acciondemocratista, adelantada a mirar en la presencia de la oposición en las urnas un culposo respaldo moral a la farsa que el gobierno militar preparaba en orden a ganar una convalidación popular para el poder arbitrariamente ejercido. En aquel momento yo coincidía con Rómulo Betancourt en las explicables reservas que hasta las vísperas del histórico 30 de noviembre mantuvo el líder máximo de Acción Democrática. Era justo esperar, como escribía Betancourt a Roberto García Peña, director de *El Tiempo*, de Bogotá, el 24 de noviembre, que, "sin jugar a la adivinación, los candidatos del aparato electoral policíaco creado

1. Doctor Eduardo Arcila Farías. (Nota de 1958).

por la Junta (iban) a obtener en los comicios del 30 de noviembre un volumen de sufragios mayor al millar y varios centenares de votos con los cuales el pueblo dominicano eligió presidente a don Héctor Bienvenido Trujillo”. Acción Democrática había ya dispuesto en septiembre abstenerse de votar por ningún partido o agrupación electoral.

Las asambleas de los partidos legalizados desoyeron las voces abstencionistas y resolvieron participar en la lucha eleccionaria. También intentó participar en la contienda un grupo independiente formado por hombres de solvencia democrática, como Carlos Morales, Eduardo Arroyo Lameda, Juan Liscano, Martín Pérez Guevara, José Antonio Mayobre, José Nucete Sardi, José Enrique Machado, Pablo Ruggieri Parra, al cual el Gobierno negó la debida personería para terciar en el debate. El proceso de inscripción y la prórroga de los plazos indicaban las pocas ganas que tenía el Gobierno de ir al terreno público. Mientras tanto, se formaban diversas agrupaciones gubernamentales que con nombres de FEI, PUN, PIO alineaban en el Distrito Federal y en los estados a los posibles votantes de la burocracia, del caciquismo, del latifundismo y de todas las fuerzas que representaban la regresión antidemocrática.

El Gobierno, a pesar de que se creyó seguro del triunfo, y pese a la restricción de la propaganda permitida a la oposición, fue postergando la hora de las concentraciones de los partidos. Hasta el 4 de mayo de 1952 se tardó la presentación de Jóvito Villalba en el Nuevo Circo de Caracas. Sin respeto a los temores, el público colmó las gradas del Circo. En verdad fue extraordinaria la impresión de orden en aquel mitin, primero que se realizaba desde el derrocamiento del presidente Gallegos. Nadie interrumpió la palabra de los oradores, como ocurría en los antiguos mítines del PDV, de AD, de URD, de Copei, del PC. La razón era muy simple. Aquellos torneos se realizaron al amparo de regímenes que garantizaban

la lucha de los partidos, y al reunirse el pueblo, en él se juntaban miembros de partidos en actitud de oposición frente al partido que hacía uso de la palabra. El 4 de mayo el Nuevo Circo estaba lleno de urredistas, de copeyanos, de acciondemocratistas, de independientes, de comunistas, quienes formaban una sola conciencia antigubernamental que aplaudía la palabra de Jóvito Villalba, de Humberto Bártoli, de José Herrera Oropeza, de Andrés Agelvis Prato, de Amílcar Gómez, cuando pedían justicia, libertad y seguridad para el pueblo y cuando clamaban porque no siguiese el proceso de la entrega del país a los intereses extranjeros. Cuando a nombre de Copei hablaron en su turno Rafael Caldera, Pedro del Corral, Lorenzo Fernández, José Antonio Pérez Díaz, Eduardo Tamayo, el mismo pueblo de comunistas, de acciondemocratistas, de pedevistas, de urredistas, de copeyanos y de independientes aplaudía a oradores que más que buscar ámbito para posiciones diferenciales, coincidían con las mayorías nacionales en pedir cese a las persecuciones, a las cárceles y al terror que sufre la República, y que al igual de los nacionalistas más atacados por la casta entreguista, pedían, también, que la República fuera detenida en el proceso de su hipoteca total a los intereses estadounidenses. El Gobierno no tenía partido. El aparato electorero armado para ir a la lucha estaba integrado por hombres forzados, que miraban a otros signos políticos. Sin poder constituir una verdadera colectividad política, se mantenía en la actitud de caricatura desequilibrada de un partido. Al ponerse en contacto con el pueblo, los propios agentes de la policía recobraban su conciencia cívica y se avergonzaban de ser instrumentos de opresión.

El Gobierno miraba sin temor alguno la campaña de la oposición. Consideró que con encarcelar al día siguiente a los oradores, ya había conjurado el peligro de su palabra. Contradictorio, difícil, heroico, el esfuerzo de ambos partidos legalizados fue una verda-

dera obra de audaz resistencia a través de toda la República. Ni los dirigentes ni los militantes esperaban otra cosa sino cumplir el deber de hablar al pueblo, así fuese en la forma restricta que lo permitía la dictadura. Ninguno de los partidos buscaba ni esperaba llegar al poder. Convencidos de la poderosa eficacia de la palabra hablada, aprovechaban Copei y URD la oportunidad de hacer presente la voz de la justicia en medio del terror imperante y buscaban ser en el futuro cuerpo deliberante voces que dejaran constancia histórica de que el pueblo de Venezuela, pese a su tremenda crisis, no estaba muerto.

Paralela a la ardua labor de los partidos de oposición, los mamotretos electoreros que montó el Gobierno realizaban una labor fácil y doméstica en el orden del proselitismo. Por las poblaciones del interior fueron lanzadas verdaderas jaurías vestidas de piel de oveja. Su misión era enrolar al pueblo trabajador, a la clase media, a los empleados públicos en las listas de futuros votantes gubernamentales. Las autoridades estatales, bajo la dirección del Ministro del Interior, suministraban dinero, divisas y carnets. Entre los célebres telegramas cuyas copias fueron publicadas de furto por AD, figura el de un gobernador que solicitaba cien mil bolívares para poder intensificar las inscripciones. A las clases pobres se dio dinero, abrigos, leche en polvo, planchas de cinc para el techo de sus casas, y el pueblo cazurramente aceptaba la dádiva y ofrecía su voto. Los gamonales recibían mejores compensaciones. Los créditos agrícolas jugaron un papel extraordinario. La política de los centrales azucareros fue señuelo para convencer a incautos. Las construcciones baratas para la clase media se entregaron sobre el daca y toma de la papeleta electoral. Grandes porcentajes pedidos por los gobernantes a los contratistas de obras públicas se dijo que estaban destinados a la propaganda del partido oficial. A antiguos condenados en los juicios de peculado, se les pidió dejar una parte de lo que recibían para ayudar a la campaña electoral.

Para facilitar el fraude, el Consejo Supremo Electoral mejoró el Diccionario de la Lengua Castellana y admitió que un cartón circular puede ser llamado tarjeta. Así era más fácil convencer al pueblo de que votara por la tarjeta redonda, única de esa forma entre todos los cartones electorales. Un cura de pueblo, vendido a los gamonales merideños, llegó al sacrílego argumento de decir a sus feligreses que en el momento de votar tuviesen presente que redonda es también la hostia del Santísimo Sacramento. El pueblo escuchó con asco y sorpresa la palabra del sacerdote satánico y votó por la oposición en forma abrumadora. El milagro buscado por los enemigos del pueblo se resolvía a favor de este. La consigna electoral fue votar contra la tarjeta redonda del Gobierno. La oposición no hacía ya diferencia de color alguno. La oposición quería un solo objetivo: derrotar el aparato opresor de la dictadura.

En 14 y 27 de septiembre, respectivamente, Copei y URD lanzaron a la nación manifiestos contentivos de su plataforma electoral y de sus puntos de vista respecto a la concurrencia a las urnas comiciales. El manifiesto urredista debió circular en una nueva concentración anunciada para los primeros días de octubre. Sin embargo, no pudo realizarse en razón de haber sido descubierto un movimiento subversivo en Maracay, que acarreó una serie de detenciones y de citaciones, entre estas las de Jóvito Villalba y de Rafael Caldera.

En medio de este ambiente caldeado de nuevas persecuciones, un hecho nuevo apuntó como elemento llamado a desencadenar nuevos odios contra el Gobierno y a poner en resalto la crueldad de sus procedimientos. En la noche del martes, 21 de octubre, fue asesinado alevosamente por las autoridades de Seguridad, en plena calle de Caracas, el dirigente acciondemocratista Leonardo Ruiz Pineda. Al día siguiente, el mismo cuerpo policíaco hacía publicar en la prensa diaria la noticia del crimen como si se hubiera tratado de informar la cacería final de un gánster calificado.

Durante la lucha clandestina Ruiz Pineda había mostrado al pueblo una constancia y un valor personal que lo hacían respetable en grado eminente; había mostrado, también, el doctor Ruiz Pineda un amplio sentido humano, que lo llevó a superar exclusivismos personalistas y que puso en su mano la pluma que, con el valor digno de los grandes espíritus, le sirvió para reconocer públicamente errores anteriores de la lucha partidista.

La ferocidad del asesinato de Ruiz Pineda y el peor aún de Germán González, perpetrado, como el anterior de Cástor Nieves Ríos, en el propio recinto de la Seguridad Nacional, concitó la opinión del pueblo de un modo tremendo contra el Gobierno. Este, en cambio, enceguecido por la soberbia, recurrió a dos expedientes irrazonables. Sin saberse aún el tipo de gobierno que establecería la venidera Constituyente, y sin siquiera estar elegidos los diputados a quienes correspondía decir si habría gobierno plural o individual, y sin que el pueblo estuviese eligiendo Presidente, se lanzó la candidatura del coronel Marcos Pérez Jiménez para la presidencia provisional. Al mismo tiempo aparecía un “Libro de Oro” de respaldo “popular” al Ejército en la persona del Ministro de Defensa. En forma compulsiva se recogieron firmas en toda la República. El miedo y el oportunismo hicieron que en breve hubiera más de un millón de nombres, auténticos o apócrifos, en el famoso libro. Los retratos del candidato revistieron luego hasta los árboles de los parques. A las casas llegaban también en vasos, reglas, paños, platos, carteras, escarapelas y cuanto adminículo pudiera ayudar a que se grabase más en la mente del pueblo la efigie del candidato. Todo género de halagos se prodigaron, junto con amenazas a los posibles firmantes del famoso libro. Cuando el 24 de noviembre los hombres de la pro candidatura hicieron un desfile menguado ante el coronel Pérez Jiménez, este no intuyó la falta de respaldo del pueblo. Creyó ingenuamente en la sinceridad de las palabras

de sus supuestos adherentes y en la lealtad de quienes con halagos buscaban ganar su benevolencia. Semejante cosa, pero con signo contrario, ocurrió a los dirigentes políticos de oposición. En las grandes multitudes que acudían a oír la voz de los oradores populares, apenas miraron una adhesión condenada a fracasar ante el aparato electoral del Gobierno. En el sur, en oriente, en occidente, en el centro, el pueblo acudía en forma inusitada a escuchar la palabra de la oposición. Pero los dirigentes de los partidos, si bien sentían la ingenuidad, el fervor y la angustia del pueblo, creían desapoderadamente en la fuerza del fraude y en la eficacia del terror y del soborno que inspiraba la técnica gubernamental.

Al señalar sus candidatos, Unión Republicana Democrática me pidió que encabezara, junto con su gran líder Jóvito Villalba, la plancha de candidatos a diputados por el Distrito Federal. Después de un severo examen de lo que aquello significaba, acepté la honrosa designación que me hacía el partido. Me creí obligado a tomar parte en el sacrificio que realizaban los grupos de oposición. No fui, como he escrito en otra parte, en busca del poder. Acepté la carga de la candidatura porque quise dar prueba de que mi actitud no era la actitud pantuflista de quienes animan a otros desde muelles sitios al sacrificio para gozar los beneficios del triunfo alcanzado por terceros. Expuse mi salud, mi libertad, mi tranquilidad y la tranquilidad de mi familia para probar con mis actos la sinceridad de mis ideas. La lucha, pese al grande entusiasmo de las masas, se miraba como algo perdido desde el punto de vista del poder. Convine, también, en participar en la campaña para tener durante ella oportunidad propicia de hablar al pueblo acerca de la necesidad de defender nuestro destino histórico, amenazado por el entreguismo de la hora, y acerca del deber imperioso de buscar una fórmula eficaz que pusiera fin a la persecución y al crimen convertidos en signos del régimen militar.

Mi nombre tuvo un apoyo que rebasó los límites de la región para la cual se me postulaba. Del Zulia, de Lara, de Falcón, de Guárico, de Trujillo, de Monagas, de Miranda, de Aragua se me llamaba para intervenir en las concentraciones del pueblo. Maestros, obreros, escritores, artistas, estudiantes formaron comités de apoyo a mi candidatura. A muchos sorprendió que siendo yo católico práctico cooperasen en dichos comités elementos comunistas. No alcanzaban a mirar los celosos miopes que en aquel momento yo representaba una idea aglutinante de nacionalidad y de justicia más que un concepto religioso. Se me había visto en la prensa diaria luchar tenazmente por la defensa de los valores de Venezuela. Se me sabía interesado en una gran campaña encaminada a la rehabilitación de los viejos signos y de las viejas fuentes de nuestra propia historia. Se me veía empeñado en la guarda de todo lo que representase valor moral, económico y cultural de la Patria. El pueblo, con su adhesión a mi candidatura, estaba probando que no andaba lejos del sentido aglutinante de cuya deficiencia me quejaba en *Mensaje sin destino*[2].

A un católico, a un ateo, a un liberal, a un conservador, a un ultramontano, a un comunista han de sonar con igual interés las

2. Algunos lectores no han entendido o no han querido entender el sentido y el alcance de la expresión "crisis de pueblo" usada por mí en *Mensaje sin destino*. Olvidados de los múltiples valores de la palabra pueblo, han juzgado, tal como pudieran entenderlo los mantuanos caraqueños, que me refiero al pueblo en el sentido de gente común y humilde, "todavía no ensombrecida por el oscurantismo de la instrucción académica ni degenerada por la molicie de las riquezas", según en audaz paradoja se expresa de los humildes el eminente teólogo Joseph Holzner. En mi ensayo yo hablo de crisis de pueblo en concepto de nación. Me refiero, pues, al pueblo como categoría histórico-social y no como sector de la comunidad nacional. Si se pusieran en paralelo las clases llamadas populares con las denominadas clases altas en éstas aflorarían realmente deficiencias y vicios de que carecen aquéllas. Mas la expresión por mí usada no hace referencia a parcelas sociales, sino a la plenitud pueblo, cuya crisis hago radicar en otro tipo de factores.

palabras encaminadas a resguardar la integridad de la Nación. Por tal razón, mi modesto nombre de trabajador de la cultura alcanzó un apoyo que excitó la calumnia y el denuesto de quienes estaban comprometidos con la causa de la entrega de la Patria y de quienes persiguen y niegan la eficacia de las consignas de la tolerancia y de la convivencia humanista.

Para la noche del 26 de noviembre estaba anunciada en el Nuevo Circo la clausura en Caracas de la campaña electoral de URD. El Gobierno preparó para esa misma noche más de quince concentraciones del FEI en teatros de parroquia. En esa forma quiso boicotear el mitin urredista. Los vehículos oficiales se encargaron de transportar gente pagada para colmar los recintos donde discurría el oficialismo. En uno de estos teatros se cantaron canciones picantes y alegres, que el escaso público reclamó fueran continuadas cuando llegó la hora de los oradores. Sin embargo, los locales gubernamentales quedaron vacíos, mientras en el Nuevo Circo y sus alrededores se reunía la mayor concentración popular que recuerda Venezuela. Alrededor de sesenta mil almas habían acudido a escucharnos a Jóvito Villalba y a mí.

El gran líder estuvo aquella noche al nivel de sus mejores intervenciones. *El Nacional* del día siguiente comentaba su discurso como la mejor intervención de Villalba desde el año 1936. La extraordinaria personalidad del gran dirigente político se superó en oportunidad en que el pueblo se reunía para escuchar con atención ejemplar la palabra de quienes le llamaban a la unidad para ganar en las urnas la batalla a los opresores. Jóvito Villalba debió sentir sobre las sienes el ardor que acompaña a quienes se tornan en voces del pueblo. Yo jamás podré olvidar la profunda emoción con que al terminar mi discurso dije a la multitud que me había escuchado durante dos horas, que nada era para mí más encumbrado como ver la corriente de apoyo que se movía al lado de mi nombre.

> En ella se confunden –dije– voces de distinguidos representantes de las altas capas influyentes con las voces de modestos hombres del pueblo. Se parean el profesor y el estudiante con el obrero cargado de sufrimientos. Coinciden el hombre que conmigo comparte la vieja fe religiosa de los Padres de la República y el revolucionario negador de los valores del espíritu. Se aúnan antiguos servidores que fueron mis compañeros en época de opacamiento del civismo y exaltados dirigentes que ayer condenaron sin examen a los hombres que, sin ir a la cárcel y al destierro, también, mientras reían, sufrieron en lo interior de la conciencia.

Esa convergencia de actitudes no obedece ni a lustre de mi nombre ni a mérito de mi obra de escritor y de político. Obedece al hecho circunstancial de haber tomado yo la "voz antigua de la tierra". Suelta andaba esa voz en busca de garganta poderosa que diérasele expresión. Cuando los mejores fallaron, la voz llegó hasta mis labios y la idea descendió hasta los puntos ardorosos de mi pluma. Yo la puse a andar con la responsabilidad que representaba su mensaje. Al principio no supe a quiénes destinarlo. Hoy comprendo que el pueblo vio en mis palabras las huellas de su dolor y del dolor de Venezuela. Hoy nos unimos, pues, para la lucha cívica, el hombre sin tamaño que tomó la palabra de la Patria y el pueblo poderoso que se sintió la Patria misma[3].

3. En el prólogo a la edición costarriqueña de mi discurso en el Nuevo Circo, asumí el peso pleno de la posición antiimperialista que distingue a dicha pieza. Al hacer recaer sobre mis solos hombros la responsabilidad de aquellos planteamientos, quise enfrentarme a ciertos comentarios, insistentemente dirigidos a decir que el fruto positivo de las pasadas elecciones venezolanas se había perdido, en parte, por mi "imprudencia" al atacar severamente la política absorbente de Estados Unidos en mi país.
Este juicio simplista y arbitrario reclama para su repudio un doble análisis. En primer término, el partido Unión Republicana Democrática no fue a la lucha electoral, como tampoco fue el Partido Socialcristiano, a ganar poder alguno.

Quienes hubieran juzgado anticipadamente el resultado de la elección arrancando de lo que significaban la multitudinaria concentración de aquella noche y las semejantes manifestaciones ocurridas en toda la República en torno a los oradores de URD y de

---

Ambas colectividades políticas entendieron cumplir un mero deber cívico, y al aprovechar el filo que dejaban al civismo las espadas de los gobernantes, sólo procuraron avivar la dormilona conciencia pública. Por mucha que fuese nuestra fe y nuestra esperanza en el pueblo, no era tanta en aquel momento como para esperar el triunfo aplastante que confundió a la dictadura y la llevó inconsultamente a destruir en la forma más vergonzosa que registran los anales políticos de América, el resultado de una votación cuyo democrático éxito conocieron desde el primer momento la conciencia vigilante del pueblo venezolano y la conciencia atenta del continente americano, y cuyo recuerdo quedará en la historia nacional como "un hondo y vasto movimiento de luz", según apropiado decir del ilustre ex embajador Manuel Pulido Méndez.

A mí no se me invitó a ir a la conquista de ningún poder. Se me pidió acompañar al partido con mi voz modesta de reconocido defensor de los valores nacionalistas, y de representante a la vez del grupo del antiguo pedevismo. Numa Quevedo, Rodolfo Rojas, Juan José Palacios, Manuel Silveira, Enrique Tejera, Pastor Oropeza, Julio Diez y Héctor Cuenca conocieron de previo la invitación con que me honraba Unión Republicana Democrática. Pensé que si lográbamos algunos escaños en la Asamblea Constituyente, tendría desde ahí oportunidad propicia para proseguir mi campaña en pro de los intereses privativos y esenciales de la Nación, bien sabido, además, de que en mi posible labor parlamentaria habría de encarar diariamente con los denuestos y las infamias de los voceros de la presunta mayoría gubernamental. Llevado del más sano optimismo, creí que el Gobierno militar, paradójicamente presidido por jurista que gozó de elevado concepto en el país, guardaría un mínimum de respeto para sus propias palabras, y que en la venidera Asamblea mi voz defensora de la nacionalidad no quedaría expuesta a que fuese silenciada, como se había tratado de silenciarla en mayo, al hacer reparos el Gobierno al movimiento del grupo Araguaney y al amenazárseme a mí con el destierro; creí que la inmunidad que ganaría con mi acta de diputado me evitaría ser nuevamente arrestado y vejado, como lo había sido en enero de aquel mismo año, a causa de mi elección como presidente del Comité de Defensa de la Economía Nacional. Debía confiar en un residuo de buena fe en quienes, de manera compulsiva habían llamado al pueblo a elecciones. Era correcto que pensáramos así quienes aún no habíamos visto ni presumíamos la befa insolente del 2 de diciembre ni la felonía sin nombre del 15 de aquel mes.

Copei, tenían para anunciar el triunfo aplastante de la oposición. Mas era necesario tomar en cuenta la presión de las autoridades y el fraude que venían preparando sus agentes.

---

Se me honró con la inclusión de mi nombre en la papeleta electoral del Distrito Federal, en razón, pues, de mi conocida labor como defensor de los valores nacionalistas. Ello me llevó a imprimir, previamente, el discurso de mi campaña política. Quise en tal forma dar a mis palabras y planteamientos ámbito constante de programa de acción nacionalista. Callarme aquellas ideas y soslayar soluciones hubiera sido una traición a mí mismo y a quienes tenían fe en los principios por mí enunciados.

De otra parte, se ha dicho que mi discurso es excelente como pieza de agitación, pero pésimo como instrumento de un político en busca de poder. Sin necesidad de rechazar una atribución peyorativa que contradice el sentido humano de integración y de conveniencia que forma la médula de dicho discurso, en el cual sólo extranjeros, o a los más extranjerizantes, podrían hallar elementos agitativos contra quienes indebidamente lucran con nuestra riqueza y pisotean nuestra dignidad, he de insistir en decir que ni el partido ni yo pensábamos conquistar algo que no fuese una exigua minoría en la Asamblea, donde para servir al país, estaríamos expuestos a infames ataques de la mayoría. Mas en el supuesto negado de que hubiésemos barruntado el triunfo del pueblo, no habría sido razón suficiente callar legítimos sentimientos nacionalistas para asegurar la sonrisa aprobatoria del Departamento de Estado. Eso habría sido tanto como llegar al poder a través de la puerta de servicio o con un billete adulterado. Engaño al pueblo y sumisión vergonzosa a Washington. La soberanía interna de un país no puede pedir permiso a nadie para realizar el escogimiento de su Gobierno, y los políticos que honestamente pretenden servirle deben rechazar tales humillantes suposiciones.

Sin embargo, y aun bien recordado de los planteamientos de Jóvito Villalba en sus mítines de mayo y de septiembre, creí prudente asumir, como digo, la plena responsabilidad de las ideas que expuse como candidato independiente, a fin de que Unión Republicana Democrática no cargase con el peso de la “imprudencia” que algunos imputaban a su invitado de honor. (Años hace que aspiro a que se me excluya de la lista de los “prudentes” del país. En 1942 llamé “virtud culpable” a la prudencia con que entre nosotros se ha pretendido dignificar el amañamiento con las posiciones cómodas y concupiscentes. Venezuela ha sido víctima propiciatoria de hombres prudentes y cobardes. A mí, por dicha o por pena, me ha tocado reaccionar ya en la vejez inclinadora a la cómoda claudicación contra la prudencia culpable en que discurrió mi juventud).

El 30 de noviembre el pueblo acudió ordenadamente a las urnas. Seguro de su triunfo, en la misma medida en que los partidos opositores juzgaban la eficacia de las amenazas y del soborno que pesaban sobre el pueblo, el Gobierno dio al acto material del voto la seriedad requerida para después jactarse de su buen éxito. Pero el pueblo amaneció aquel día resuelto a manifestar su soberano querer. Se le obligaba a votar, y votó contra sus opresores. Como era lógico, la mayoría de los votos favorecieron a Unión Republicana Democrática. El Partido Socialcristiano estaba ahora reducido a una minoría en relación con los votos alcanzados en 1946 y 47, cuando también votaron con la tarjeta verde los grupos reaccionarios que se sintieron golpeados por la política liberal de Acción Democrática y que ahora rodeaban al régimen militar. La esencia revolucionaria y justiciera del movimiento socialcristiano la ha confundido el pueblo por aquella circunstancia con la posición de los gamonales y caciques naturales que anteriormente acompañaron a Copei. El pueblo venezolano, de conciencia ampliamente liberal, siguió al partido que había hecho suya la vieja divisa populista.

No eran, en realidad, de ningún partido exclusivamente el millón y doscientos mil votos que favorecieron en la República a los colores urredistas; eran los votos masivos del pueblo sin partido que seguía a los hombres que interpretaban su voluntad de justicia, de paz, de libertad. Variando la actitud tomada en septiembre por su órgano directivo, la misma militancia de Acción Democrática

---

Corridos los días, he tenido la profunda satisfacción de que el líder máximo de Unión Republicana Democrática, mi ilustre amigo Jóvito Villalba, no sólo haya objetado el descargo que hago al partido de la responsabilidad de mis planteamientos, sino que, además, haya puesto énfasis patriótico para decirme que dicha posición la comparte el partido plenamente conmigo, por ser la única a la cual no renunciará ni de la cual se desviará jamás.

votó con URD, cuando reconsideró que su abstención podría llevar agua a los molinos del Gobierno. Votaron, también, los comunistas por las planchas de URD allí donde no tuvieron candidatos propios. Votó además con URD el pedevismo ortodoxo, que miraba en las consignas del partido, las mismas consignas democráticas que habían inspirado su política, y votaron también por URD los independientes de mentalidad liberal. Tal fue la unión del pueblo en la lucha contra el Gobierno, que los testigos urredistas de las mesas se ausentaban de estas confiados en que quedaban debidamente representados por los testigos copeyanos. La lucha era de pueblo contra Gobierno. Y ganó el pueblo de una manera ejemplar. Armado del voto, como en una república de estilo suizo, el pueblo derrotó en las urnas a los hombres armados de la cimitarra tiránica. Jamás en la historia del país había tenido lugar un hecho semejante. El pueblo luchó esta vez solo contra el dinero de las arcas públicas y contra la fuerza opresora de un régimen policíaco. En anteriores ocasiones había podido la oposición ganar plazas comiciales al Gobierno, pero jamás el triunfo se había logrado en lucha contra un aparato opresor de tamañas dimensiones y contra una persecución más espantosa que la del régimen militar. Tampoco fue nunca tan universal y tan aplastante el triunfo del pueblo inerme contra la voluntad de sus opresores.

En el pueblo se había creado en realidad una conciencia de unidad como estímulo de lucha contra una dictadura que había llegado a ensangrentar la vía pública con el asesinato perpetrado por las autoridades y que había llegado a ultrajar la dignidad de la mujer como sólo se había hecho en los tiempos sombríos de Boves y Moxó. La oposición urredista se había empeñado, además, en predicar la unión de todos los hombres libres para así poder llegar a un gobierno de integración nacional, en el cual se sintiesen amparados todos los partidos y bajo cuya dirección se lograse un retorno

a la vieja concordia nacional. El gobierno de opresores y oprimidos se buscaba sustituido por un nuevo sistema donde no hubiese vencedores ni vencidos y en cuyo seno la justicia se abriera paso sin acudir a recursos extraordinarios y sin escuchar la voz de la venganza. Quería la oposición, ya que en ello coincidía Copei con URD, que sobre la atrocidad reinante se erigiese un sistema que calmase los ánimos y llevase a la conciencia nacional la certidumbre de su seguridad y su reposo. En este camino acciondemocratistas, independientes y comunistas tenían que formar una alianza tácita y sin compromisos con los partidos legalizados.

La campaña electoral también había servido para crear una clara conciencia de rebelión civil. Todas las fuerzas del país se sintieron vinculadas a esa actitud rebelde. Obreros fabriles, obreros del campo, maestros de escuela, funcionarios públicos, industriales y comerciantes progresistas, profesionales, estudiantes, mujeres que sentían el desgarro de las heridas del país, sacerdotes honestos, hombres no corrompidos de los cuadros conservadores, formaron un silencioso frente cívico, encaminado a expresar de modo rotundo su repudio a la dictadura. En especial se puso de resalto cómo el campesino, siempre votante del Gobierno, en esta oportunidad mostró conciencia de oposición democrática. A un pueblo desarmado y perseguido le dieron sus opresores oportunidad de ejercitar los instrumentos cívicos, y armado del voto fue a las urnas a decir no a sus verdugos y explotadores, del mismo modo como el pueblo en 1810 había dicho no al representante del imperio español.

Antes de la medianoche del 30 ya se conocía el resultado de las elecciones. El sistema de escrutinio era fácil y la población había acudido a numerosas salas. A las meras 6 p.m. ya las mesas electorales estaban contando votos y levantando actas. El 1º de diciembre Venezuela amanecía como el hombre de pueblo que viste ropa limpia para la alegría dominguera. URD había triunfado en 17

estados, en el Distrito Federal y en un territorio. Con 67 escaños en la Asamblea Constituyente, superaba los votos de la mayoría. Pero al mismo tiempo se rumoreaba que las Fuerzas Armadas apoyarían al Gobierno en su intento de no reconocer el triunfo del pueblo. Se supo que la tesis de los nuevos golpistas se afincaba sobre los votos emitidos por los miembros de Acción Democrática y del Partido Comunista.

Los militantes de uno y otro partido no votaron como tales puesto que no se les permitió la concurrencia a la lucha con candidatos propios; mas los ciudadanos inscritos en dichas colectividades políticas, lejos de haber sido despojados de la ciudadanía, fueron obligados con apremios a emitir su voto. ¿Por cuál agrupación iban a votar? Sencillamente, por los candidatos que tenían el apoyo masivo del pueblo liberal de Venezuela, a quien URD por medio de sus esforzados dirigentes, Jóvito Villalba e Ignacio Luis Arcaya a la cabeza, había sabido exponer las tesis poderosas de la unidad y de la concordia y había sabido presentar la tremenda crisis de nuestra economía y de nuestra libertad. No podía esperarse que los hombres de izquierda, forzados al sufragio, dieran su voto al Partido Socialista Venezolano, que en actitud de minoría había inscrito candidatos, ni que votasen por el Partido Socialcristiano, menos aún por los aparatos electoreros del Gobierno. Aquellos sabían, en cambio, como lo entendió la militancia acciondemocratista, que el voto en blanco era refuerzo al oficialismo. Sin pacto alguno, sin compromiso de ninguna especie, los partidos condenados al degredo político por la dictadura sabían que los diputados vencedores de URD defenderían en la Constituyente las grandes tesis de la libertad y de la convivencia nacional.

En la noche del 1º de diciembre la directiva de URD dirigió un mensaje a las Fuerzas Armadas en la persona del Ministro de Defensa, relacionado con el triunfo del pueblo. Era, en realidad, el pueblo y no un partido quien había triunfado.

Al conocerse el triunfo, la propia noche del histórico 30 de noviembre, la directiva de URD declaró enfáticamente que el resultado de las elecciones no era un triunfo del partido, sino testimonio veraz de que en el seno de la opinión popular no existía ninguna corriente política exclusivamente mayoritaria o hegemónica. A URD correspondió, en cambio, el mérito extraordinario de haber sabido dirigir la conciencia de la Nación en un difícil momento de su historia. Como partido político, dicha organización no buscaba tampoco soluciones exclusivistas. Sostuvo siempre a todo lo ancho del país su vieja tesis de un gobierno de integración que pudiera hacer posible el equilibrio de las distintas fuerzas políticas. Más tarde, Jóvito Villalba repetiría en el destierro cómo el triunfo logrado por su partido no era triunfo de URD, sino triunfo de un pueblo que anhela libertad y busca la justicia. Con un extraordinario sentido para la medición de los hechos políticos, URD había tomado por consigna la idea de que la solución de nuestro problema político no estaba en su triunfo como partido, sino en el logro de un gobierno de unidad y de equilibrio que realizara la imparcialidad de sus órganos. Artífice de esa poderosa corriente, Jóvito Villaba debe sentir el orgullo de haber sabido orientar la conciencia del pueblo en uno de los más graves momentos de su historia.

Los absurdos argumentos esgrimidos por el Ministro de Defensa en nombre de las Fuerzas Armadas sirven de testimonio irrecusable del triunfo aplastante del pueblo. Con sólo leer su texto ya se mide la torpeza de quienes lo redactaron. Sobre la contradicción legal del alegato acerca de la fuente de los votos, se levanta el reconocimiento expreso del triunfo de la oposición.

El famoso documento dice así:

Caracas, 2 de diciembre de 1953, DEP. 00.05 hora. 3 a.m.
Doctores Ignacio Luis Arcaya y Jóvito Villalba.
Caracas.

No basta el desmentido categórico del grave hecho del acuerdo con partidos en la clandestinidad y antinacionales que a ustedes se les imputa, para probar la buena fe de las aseveraciones que ustedes hacen. Las ideas expuestas por oradores de URD en diferentes mítines y la votación de los comunistas y de los acciondemocratistas por la tarjeta amarilla, ha venido a corroborar el hecho señalado. La Institución Armada, tan escarnecida por ustedes, no está dispuesta a admitir que por acuerdos torvos se vaya a lesionar el prestigio y el progreso de la nación, seriamente comprometido por el *triunfo electoral* [las cursivas son mías, B.I.] de Acción Democrática y el Partido Comunista, que URD ha propiciado. Atentamente.

Marcos Pérez Jiménez.

Mas, los razonamientos resultaban forzados desde el punto de vista de las promesas hechas por los comandantes en noviembre de 1948. El fariseísmo internacional pedía otra cosa. Ya puesto a la firma del nuevo dictador el decreto por el cual asumía el poder en vista del "peligro" que constituía para "el mundo libre" el triunfo del pueblo, alguien, nacional o extranjero, no lo sé a ciencia cierta, aconsejó que era mejor optar un procedimiento semejante al usado cuando ocurrió el asesinato del comandante Delgado Chalbaud. "Renunciaron" al efecto los otros dos miembros de la Junta Militar, y el Estado Mayor, convertido en Asamblea deliberante, depositó el poder en manos del coronel Marcos Pérez Jiménez con carácter de Presidente provisional[4]. Voces corrieron en Caracas el propio 2 de diciembre de que la Embajada americana había hecho

4. El país ignora la verdadera actitud de Suárez Flamerich. Se dijo que el 1º de diciembre prohijó el reconocimiento del triunfo del pueblo y negó su aprobación al fraude encaminado a variar el resultado de los escrutinios. Sin embargo, venido a Europa, no ha hecho ninguna declaración de lo ocurrido y se pasea, favorecido por los homenajes de las misiones diplomáticas del régimen, sin buscar medio

saber a nuestra Cancillería que Estados Unidos no reconocería el Gobierno que se daba el pueblo[5]. La especie es por demás burda, pero así lo hizo conocer entre los oficiales, para justificar la usurpación, el propio coronel Pérez Jiménez[6].

---

alguno de ganar un juicio favorable a su ignorada conducta. Después del derrocamiento de Pérez Jiménez, el doctor Suárez Flamerich dio una explicación de su conducta, que habría tenido grande audiencia si hubiese sido hecha a la hora de abandonar el país en 1952. Hoy no explica nada. (*Addenda* de 1958).

5. "*La versión oficial sobre la pretendida intervención de la Embajada Americana*. En los momentos de la lamentable confusión que precipitó en Pérez Jiménez el resultado de las elecciones, el Ministro de la Defensa hizo del conocimiento de sus amigos políticos y luego de la alta oficialidad una versión que más tarde se hizo del formal conocimiento de la oficialidad toda: *La Embajada Americana le había comunicado a Pérez Jiménez que su gobierno no reconocería un gobierno controlado por 'Unión Republicana Democrática'*. URD considera inverosímil esta versión, por cuanto el Gobierno americano está evidentemente basado en el libre juego de partidos y afirma mantener una política internacional fundada en el principio democrático de que su amistad es con los pueblos –que son lo permanente– y no simplemente con los gobiernos que son transitorios: y que conoce muy bien, por razones de filosofía política y propia experiencia, que el gobierno apoyado en el respaldo popular y en el sufragio efectivo es el único idóneo y verdaderamente estable, en contraste con los sistemas mantenidos por la fuerza. Pero lo más grave de todo esto, independientemente de que la versión sea falsa o verdadera, es que quien ostenta la calidad de Jefe del país, quien se siente el más calificado representante de las Fuerzas Armadas, quien debiera ser presentado como celoso guardián de la independencia nacional, acuda a este expediente para condicionar resoluciones que sólo a Venezuela atañen y lo haga circular en el seno de la Institución Armada para oponerlo a la voluntad nacional". Manifiesto de URD al Ejército Nacional, firmado por el secretario general interino, Juan Manuel Domínguez Chacín, y distribuido en Caracas el 30 de enero de 1953.

6. Se ha hablado de un grupo de damas optimistas de la oligarquía caraqueña que postraron súplicas ante el Ministro de la Defensa para que no dejara que la "buena sociedad se perdiese" bajo el gobierno rojo que surgiría con nuestro triunfo. Esta infame propaganda se ha encargado de deshacerla el mismo régimen al perseguir atrozmente al Partido Socialcristiano (Copei) y al reducir a prisión en el antro llamado "Cárcel del Obispo", al ilustre doctor Rafael Caldera y al directorio del partido, por el mero "delito" de denunciar el fraude pirático con que el Gobierno ha minado a dicho partido, valiéndose de la complicidad de unos cuantos tránsfugas y de algunos correligionarios expulsados anteriormente. También Hitler se

Pero cuando esto pasaba en Venezuela, la opinión del mundo ya sabía el triunfo logrado por el civilismo sobre el tenebroso régimen dictatorial ejercido a nombre del Ejército venezolano. En su edición del 4 de diciembre *ABC*, de Madrid, decía: "El efecto moral pertenece a Unión Republicana Democrática, es decir, que se repite lo ocurrido en Bolivia en las elecciones generales y también se repite el golpe de fuerza militar realizado en el altiplano por el general Hugo Bellivian y en Venezuela por el coronel Pérez Jiménez. Existe el temor de que el paralelo continúe con todas sus consecuencias"[7]. En Londres, *The Economist* del 11 de diciembre escribía:

> Las perspectivas son muy graves. El coronel Pérez Jiménez ha probado ser un politiquero torpe y sus lugartenientes actuales son o bár-

---

llamó en un principio defensor de los principios cristianos; mas cuando logró su objetivo, echó a un lado la careta. Para suerte del cristianismo, la dictadura venezolana ha caído en sus propias redes y empieza a mostrarse enemiga de quienes honestamente regimentan en un partido político los ideales del cristianismo social que, en forma individual e independiente, inspiran la obra de otros hombres que nos hemos ocupado en la problemática social del país. Así, también, verán los ilusos que al atacar el triunfo aplastante logrado por los candidatos de URD el 30 de noviembre pasado, los oficiales lo hicieron por la simple razón de dar sueltas a su apetencia de mando y no con el fin de precaver peligro alguno que amenazase la conformación esencialmente cristiana de la comunidad venezolana. De lo contrario, la mayoría de los diputados electos somos hombres de ideas y de prácticas católicas. Los que sí peligraban, ciertamente, con la organización que hubiera surgido del reconocimiento de las elecciones, son los hombres irresponsables que han venido haciendo feria de los intereses nacionales y los impíos verdugos tomados del empeño de mantener en alto el grito de angustia que reseca los labios de hombres y mujeres de Venezuela. Si el catolicismo llegase a declarar ajustados a la moral de Cristo los asesinatos y los latrocinios que sirven de soporte al actual sistema venezolano yo me haría musulmán, con mejores razones que las invocadas por Alfonso XIII cuando se manifestó dispuesto a ampararse bajo la luz mortecina de la Media Luna.

7. Pese a este reconocimiento, *ABC* terminó por publicar en sitio editorial columnas redactadas por agentes del perezjimenismo, en las cuales se elogió la obra del dictador, en términos ofensivos para la patria venezolana.

> baros o débiles. Lo más probable es que su único método de enfrentarse a los estallidos opositores que ya se anuncian sea la represión bestial frente a un pueblo que se siente más enfurecido y exaltado que nunca. Aunque lograsen mantener el orden, esos no son los hombres para dirigir los programas indispensables en medio de una economía tan avanzada como es hoy la venezolana.

En Estados Unidos, *The New York Times*, periódico que había mostrado en comentarios anteriores poca simpatía por los líderes de URD, comentaba en editorial del 4 de diciembre, cómo el coronel Pérez Jiménez habría de sufrir la condenación general de quienes consideran la superioridad del sufragio sobre "la ley del orden" que forma la esencia de los regímenes militares[8].

Una vez más, en realidad, triunfaban en Venezuela los antivalores del orden sobre los valores de la libertad. La filosofía del orden, que representa equilibrio y armonía, necesita detenerse a mirar que en el campo social lo positivo y primario son los valores del ente libre. Más que de la compulsión externa, el orden surge de

---

8. De un informe aprobado unánimemente por la American Federation of Labor reunida en St. Louis Mo. el pasado 25 de septiembre, transcribo textualmente la referencia que en él se hace a las pasadas elecciones venezolanas: "*After four years of dictatorial rule, the Venezuelan clique thought that it would be safe to risk an election; so they called one last November, taking, however, the precaution of banning the majority party. When the votes were counted it became clear that the government had been defeated by a majority of more than two to one. So at 3 o'clock in the morning, all the polling places were seized, the ballot boxes impounded, a strict censorship imposed, and the leading members of the opposition party arrested. The count continued in secrecy, and two days later the government announced that it had gained the majority. The farce was so crude that no responsible observer could be deceived. Yet, this illegitimate government has been rewarded with the task of organizing the Tenth Conference of American States, which is scheduled to be held in Caracas, Venezuela. Brutal dictatorial governments should not be asked to play host to a conference, allegedly called to strengthen the cause of democracy and freedom*".

la propia voluntad interior. Para que obre racionalmente, es necesario que en la economía de lo social y de lo popular se produzca una equilibrada retracción del ámbito individual en provecho del interés vecino. Lo justo en sí no mira a un imperio indiferenciado del orden, aparentemente sostenible a base de compulsión y de temor. Lo positivo del orden es la posibilidad de que se realice la libertad. Cuando, en cambio, el orden es impuesto por medio de la negación de los derechos de la igualdad y de la dignidad humana, se convierte en antivalor con que medran cuerpo los ímpetus de la bestia llamada a ser domeñada por la cultura. No falta quienes alaben ese supuesto orden, por algunos llamado paz social, en cuanto la injusticia que pesa sobre los otros se convierte para ellos en bandeja de beneficios. Se trataría en este caso de ese admirable "orden" del cual dice don Jacinto Benavente, en *De sobremesa*, que "es tomado muy a gusto por la pequeña parte de la sociedad que tiene el buen dinero". Ese "orden" y esa "paz" son exaltados hoy en todos los tonos por quienes en Venezuela reciben el beneficio material de las participaciones, las gabelas, las comisiones, los porcentajes, los contratos, las prebendas, los viáticos y los honores con que son premiados los cómplices de la dictadura. Ciegos y sordos por la irreflexión y el hartazgo, los tiranos y sus beneficiados no escuchan los truenos ni ven los refuciles de la tempestad amenazadora de su propia vida.

Mientras tanto, las fuerzas oscuras que dirigen el país comenzaron su propaganda en el exterior para legitimar en Washington, en Londres, en París, en Madrid, en Roma, en el Nuevo Mundo el zarpazo dado a la institución del voto. Sutilmente se dijo que con URD triunfaba el comunismo. Al Departamento de Estado acudieron políticos venezolanos a dar prenda del "comunismo" de Jóvito Villalba. Yo, pese mi conocido catolicismo, resultaba comunista también, porque había tomado la bandera del antiimperialismo. A

Ignacio Luis Arcaya se le bautizó provisionalmente de comunista porque en una ocasión presenció el desarrollo de un film soviético. Nada valían nuestras ideas, nuestra conducta, nuestra posición política. Éramos un grupo de hombres dispuestos a defender el país del entreguismo y esto bastaba para concitar contra nosotros la animadversión de los otros grupos que han hecho granjería con la venta de la riqueza territorial y con el despilfarro del patrimonio moral del país.

El procedimiento no era nuevo tampoco ni se ensayaba por vez primera en Venezuela. La táctica de comunizar a hombres que defienden la dignidad y la integridad de sus patrias tiene solera y espacio en el mundo actual. Cuando esto escribo me es grato leer en *La Prensa*, de Barcelona, del 7 de octubre, un comentario sobre los recientes sucesos de la Guayana inglesa.

> Lo que ocurre es que allí ha habido elecciones con arreglo a la más pura doctrina democrática y han resultado triunfantes los partidarios de la independencia que a la par constituyen el partido socialmente avanzado, y como el gobierno inglés no puede aplastar ese movimiento por el mero hecho de haber ganado unas elecciones –pues ello sería demasiado descarado– ni está dispuesto a respetar esas elecciones en cuanto suponen de peligro para el régimen colonial allí impuesto, se ha recurrido al comodín del comunismo.[9]

9. También el diario *Pueblo*, de Madrid, con este mismo motivo ha escrito en la edición del 8 de diciembre, lo siguiente: "Cada vez resulta más difícil definir el significado de la palabra comunista; la prensa inglesa, sobre todo, ha puesto su granito de arena en el esfuerzo universal por hacer más y más confuso el significado de la condenada palabreja. Cuando Perón regateaba el precio de la carne, hubo quien sugirió que quizá Perón fuese comunista; a Naguib ya le han colgado el sambenito en más de una ocasión; de Mossadeq 'se sabía', como quien dice, que era comunista perdido, y lo mismo como Jomo Kenyatta y sus seguidores". Aun la propia prensa de Caracas ha hecho referencia a este mismo tema, y periódicos como *La Religión* rechazan para los patriotas nacionalistas de la Guayana

Esto lo dicen los periódicos de España, donde en realidad se luchó contra el comunismo. No dice esto ningún órgano periodístico sospechoso de veleidades izquierdistas. Pues bien, lo que acaba de

---

la atribución de comunismo de que ha sido motejada su actitud. "Sería el mejor elogio al comunismo y a los comunistas decir que ellos son los abanderados de la libertad en las colonias europeas en América". ¿Y por qué el decano de la prensa venezolana se reservó tan buen argumento para defender a los patriotas anglo-guayaneses del sambenito de comunistas, cuando hizo la vista gorda a las razones invocadas por los colonialistas venezolanos contra los patriotas que ganamos unas elecciones llamadas a promover la independencia del hierro y del petróleo, donde hoy se afinca nuestro potencial económico? ¿Ignora acaso tan avisado órgano de prensa que el nacionalismo que dio fuerza y carácter a nuestra propaganda electoral fue también calificado de comunismo en los círculos de Washington? ¿Por qué olvida en este caso que la historia del imperialismo tiene hoy, más que el nombre de Inglaterra, el nombre de Estados Unidos? ¿Será mayor acaso la falta de Inglaterra al pretender conservarse en el goce de una vieja colonia que le falta de Estados Unidos al buscar que pueblos con dignidad de república le rindan sumiso vasallaje? La universalidad de la justicia pide condenar a todos los que atenten contra la libre determinación de los pueblos. Lo contrario es hacer un juego incorrecto, que puede tornarse contra nosotros. Buscar en Venezuela reavivar sentimientos antiingleses y poner de nuevo en el orden de la discusión el viejo caso del despojo que sufrimos en nuestra frontera sudoriental, es tender una manera de cortina de humo pseudopatriótica sobre la tragedia de nuestro entreguismo a la política de Washington. No se ha de luchar sólo contra el imperialismo inglés. Se debe luchar contra el imperialismo policéfalo que amenaza la integridad y el decoro de nuestros países latinoamericanos y que arrolla en uno y otro mundo la dignidad y la paz del hombre libre.
Pero aún se ha llegado a más en la vía de la desconcertante paradoja. Mientras el régimen presente pisotea la voluntad del pueblo que se dio en heroica lucha cívica un gobierno desconocido por la fuerza imperante, la Cancillería venezolana ofrece su "apoyo moral" a los nacionalistas anglo-guayaneses y declara que el Gobierno venezolano "respeta y sostiene el principio de libre determinación de los pueblos". En la medida con que el régimen pone sus influencias y recursos al servicio de la política absorbente de Estados Unidos, sus voceros condenan el imperialismo de Gran Bretaña. Mientras en Caracas se niega libertad a los partidos políticos que unánimemente adversan el régimen dictatorial, la censura oficial permite que se publiquen declaraciones en que la señora Jagen dice cómo "tropas inglesas pisotearon los derechos constitucionales de la colonia y los reemplazaron por la fuerza", y cómo las autoridades imperiales "lo que no consiguieron con elecciones libres, lo están buscando ahora con la fuerza". De esta señora podría

ocurrir en la Guyana inglesa sucedió el año pasado en Venezuela, realizado por autoridades espúreas que se empeñan en mantener a la República dentro del esquema arbitrario de otro orden colonialista.

Producido el 2 de diciembre el nuevo golpe de Estado de las Fuerzas Armadas –ahora no contra el Ejecutivo, sino directamente contra el pueblo–, Vicente Grisanti y nueve más de los miembros que integraban el Consejo Supremo Electoral, se negaron, en acto de alta dignidad cívica, a respaldar con su presencia el monstruoso

---

decirse que acaso ignora el viejo refrán que aconseja no nombrar la soga en la casa del ahorcado; pero es el caso que los responsables del ahorcamiento son quienes tienen obcecación de alabar las sogas, como para despistar el crimen que el mundo entero sabe que fue por ellos cometido.
Por medio de esta farsa desenfadada y pueril, el Gobierno cree engañar al propio pueblo escarnecido y sacrificado, y cree, a la vez hacer una demagogia liberalizante en el orden de la política americana. Empeñoso el régimen en mostrarse asistido de alguna luz de decoro para ganar la concurrencia a Caracas de las delegaciones que formarán la próxima X Conferencia Panamericana, recurre a infantiles expedientes que recuerdan el empeño de las mujeres caídas por tocarse con velos virginales. Se necesita una soberana dosis de pueril audacia para proclamarse respetuoso del principio de autodeterminación de los pueblos, un Gobierno que acaba de desconocer ante los ojos atónitos de la opinión universal el gesto más hermoso, más altivo y más honorable cumplido por el pueblo de Venezuela en su empeño de civismo. Estas teorías de exportación están, sin embargo, en congruencia perfecta con la técnica de quienes sacrifican los valores internos de la República para lucrar un aparente crédito exterior. Quienes miran zaguán afuera la suerte del país, no tienen por qué sentir rubor ante la mentira que olvida la dolorosa realidad de adentro. No hay, en realidad, paz, decoro, seguridad y libertad en el país donde se montará la nueva farsa panamericana: pero ¿se van a tratar efectivamente problemas y temas atingentes con la libertad, con la seguridad, con el decoro, y con la paz activa de los pueblos de América? ¿Para la comedia en puerta no son suficiente garantía de éxito la autopista Caracas-La Guaira, el Hotel Tamanaco y el Palacio de la Escuela Militar? ¿Acaso en Venezuela se cometerá el descuido en que cayeron las autoridades bogotanas cuando se reunió la IX Conferencia? ¿Ignora alguien que el terror policíaco de Caracas habrá de mantener una seguridad varsoviana durante los felices y alegres días de las cuchipandas panamericanas?...

atentado[10]. Las elecciones fueron directamente intervenidas por el Ministro de Relaciones Interiores. A todos los estados se enviaron agentes que cambiasen las actas. Se trataba de realizar una cesárea *post mortem* para dar vida a un feto ya difunto. No en vano se llevó al nuevo Gabinete un gran tocólogo. Algunos hombres débiles se prestaron a ello; otros, en cambio, resistieron y fueron perseguidos y encarcelados. Encarcelados y perseguidos fueron también los diputados electos. A poco, sin firma que lo respaldase, se publicó el resultado "oficial" de las elecciones. Según el Gobierno habían concurrido a las urnas 1.787.209 sufragantes. De estos votos el oficialismo se atribuyó cínicamente 788.013, reconoció a URD 633.336 y a Copei 300.359; los restantes los distribuyó entre los grupos minoritarios.

El 15 de diciembre la directiva de URD fue invitada a celebrar una conferencia con el Ministro de Relaciones Interiores del régimen. Después de haber conversado sin llegar a la deseada aceptación del fraude, Jóvito Villalba, Humberto Bártoli, Luis Hernández Solís, Raúl Díaz Legórburu, Ramón Tenorio Sifontes, Víctor Rafalli y J.A. Medina Sánchez fueron secuestrados en las propias puertas del Gabinete ministerial por oficiales de la Guardia Nacional y embarcados esa misma noche rumbo a Panamá, sin equipaje, sin dinero, sin papeles, sin aviso alguno a sus amigos y deudos. Así ponía fin el Gobierno al proceso electoral abierto para restablecer

10. También presentaron renuncia de sus altos cargos los doctores Manuel Pulido Méndez y Carlos Sosa Rodríguez, embajadores, respectivamente, cerca del Romano Pontífice y de la Corte de Inglaterra. Así estos ilustres compatriotas pusieron en alto sus nombres y probaron, además, que su colaboración con el Gobierno *de facto* surgido el 24 de noviembre no obedecía a otros móviles sino el de ayudar a la aflicta República durante un proceso que se dijo encaminado a restablecer las instituciones civiles. Con el decoro de quienes han cumplido un alto deber, estos honestos ciudadanos sufren hoy el destierro impío a que son condenados los que contradicen la dictadura.

el orden, la concordia y la institucionalidad. El monteverdismo hacía su nueva aparición en el panorama venezolano. Como en 1812, la Patria proseguía buscando los caminos del mar.

A puertas cerradas se celebró el 9 de enero de 1953 la instalación de la Asamblea Constituyente. Cuando arreglaron el fraude, los hombres del Gobierno no advirtieron que para iniciar funciones la Asamblea necesitaba reunirse con las dos terceras partes de sus miembros.

Al día siguiente se juramentaba ante ella como Presidente provisional el coronel Marcos Pérez Jiménez. El magistrado autoelecto concurría a la Asamblea con la misma satisfacción con que el confiado Polícrates recibió el anillo que le devolvieron los dioses marinos. Ciertamente, aquella Asamblea espúrea reunía peces en cuyos entresijos cabían las más extravagantes prendas. El primer día las curules habían estado vacías, porque los diputados no hacían *quorum*; a causa de esto no se permitió la entrada a los periodistas ni a los fotógrafos. A la comedia de la jura era forzoso invitar al Cuerpo Diplomático. Para dar bulto a los sitios vacíos, se ordenó que un grupo de espías tomaran asiento al lado de los llamados “representantes del pueblo”. Ante una Asamblea completada por diputados falsos y por policías vestidos de diputados, no sonaban mal las palabras del perjurio.

Jamás en la Historia de Venezuela se habían producido un fraude y un atropello más insolentes. Ningún dictador tuvo el atrevimiento de burlarse en forma tan cínica de toda una nación. Pero mientras la fuerza militar, aliada inconscientemente con las clases oligárquicas, realizaba este monstruoso atentado, el pueblo dejaba constancia de su capacidad de discernimiento. El 30 de noviembre de 1952 marca en la historia del país la hora meridiana de la con-

ciencia del pueblo. Nunca Venezuela se había puesto cívicamente en pie de modo más enérgico para repudiar a sus verdugos. Aquel día fue en nuestro proceso de nación como un nuevo 19 de abril. En el divorcio de las aguas se supo quiénes representaban los intereses genuinos de la libertad, de la justicia y del decoro, y quiénes se empeñaban en mantener a la República en minoría, cuya tutela beneficie a los verdugos y a los explotadores del país.

El pueblo dio su lección y prosigue el camino de la digna resistencia. Dinero y miedo tienen rendidas muchas voluntades que pudieran ayudarlo. Mientras los doctores y los mantuanos entregan la conciencia al halago de los poderosos, los obreros resisten promesas torvas y asechanzas crueles. Mientras muchos hombres se entregan a la amenaza más tenue, mujeres de extraordinaria varonía encabezan brigadas de resistencia. Como lo probaron durante el proceso electoral, también muchos funcionarios que derivan del Estado su sustento y el sustento de sus hijos luchan silenciosamente por la buena causa, así aparezcan forzadamente alistados en los cuadros del oficialismo. No tienen ellos la libertad económica que, en cambio, hipotecan otros hombres por sólo el enfermizo empeño de figurar en altas posiciones públicas.

Cuando se trató de simular, so pretexto de intención patriótica, un homenaje al dictador, el pueblo hizo burla del propósito y acompañó con entristecida sonrisa a los personajes forzados que participaron en homenajes y desfiles; en seguida, cuando rendido bajo el peso de cruel enfermedad, agravada por la perversidad de sus verdugos, murió Isaías Medina Angarita, el pueblo en masa llevó sobre sus hombros a su muerto. En impresionante desfile de ocho horas, el cadáver de Medina viajó desde su casa al cementerio sobre los hombros del pueblo de Caracas. Medina era ya, más que un político caído, un símbolo angustioso del pueblo mismo. Muerto, estaba más vivo en su presencia permanente de magistrado que

supo respetar al pueblo. Aquel día Caracas replicaba a la dictadura con una marcha nueva. Al desfile impulsado por el miedo y la amenaza, se oponía el desfile de los hombres enteros y sufridos, tras un cadáver que representaba el propio cadáver de la libertad, de la seguridad y de la paz social. Animando el fúnebre cortejo, el espíritu adolorido y enérgico del pueblo cantaba, con voz asordada por las lágrimas las notas severas del "Gloria al bravo pueblo".

Honrando a sus muertos –Medina Angarita, Ruiz Pineda, Carnevali, muertos que al ser simados en el polvo junto a sus banderas partidistas se han convertido en banderas sin colores de partido–, el pueblo se encuentra consigo mismo y consigo mismo reafirma el pacto de mantenerse firme en la defensa del decoro de la Patria.

Contra los que no creen en él, contra sus eternos calumniadores y explotadores, el pueblo ha levantado su gran voz. Nada importa que los detentadores de la autoridad no escuchen su mandato. Él vale más de lo que piensan los que tienen el interés inmediato de triunfar. Más allá de nuestro fracaso personal, están sus consignas permanentes. Como Prometeo, él resiste altivo el castigo que le imponen el Poder y la Fuerza, por el delito de haberse acercado a los manaderos generosos de la luz. En cambio, esa luz es y será por siempre suya y el claror de la antorcha que sus enemigos poderosos le impiden levantar, iluminará mañana su ancho camino. A la cara de ese hombre sufrido y discreto, que el 30 de noviembre de 1952 derrotó con un modesto papel la soberbia de sus opresores, debieran mirar aquellos que, para resolverse a tomar una actitud frente al pueblo o para justificar tras inútiles alardes literarios su actual inhibición, afanosamente preguntan, como si viniesen de otro mundo donde hubieran olvidado las viejas virtudes de los Padres, qué cosa significa ser venezolano.

# EL CAMINO DE LA VICTORIA

El 2 de diciembre de 1952 representa en el proceso histórico de Venezuela un retorno funesto que contradice la luminosidad salvadora del 30 de noviembre. Si las Fuerzas Armadas no se hubiesen negado a reconocer el triunfo del pueblo, habría ocurrido una manera de saneamiento en la raíz de los propósitos por ellas enunciados cuando asumieron violentamente el poder el 24 de noviembre de 1948. La nación reclamaba paz, concordia, comprensión y unidad. Tales valores se habrían puesto a flor de evidencia si la legítima Asamblea Constituyente elegida por el pueblo hubiera asumido la soberanía y hubiera marcado nuevo paso al institucionalismo. Ausente la palabra patriótica en las esferas del Gobierno, el nuevo golpe fue inspirado y dirigido por quienes, olvidados de los altos intereses de la República, sólo deseaban mantener y agrandar las posibilidades de mando y de provecho. Ese día las Fuerzas Armadas, en asocio con los hombres civiles que, ora como colaboradores oficiales, ora como visibles privados, rodeaban a los gobernantes, levantaron un muro infranqueable en el callejón donde quedó encerrada la República.

¿Hacia dónde camina Venezuela? En los últimos años del régimen gomecista el país sabía que sobre el timón antiguo no era posible hacer virar la nave. Lo mismo ocurre en el momento actual. El imperio de la institucionalidad y el retorno a un sistema de garantías que haga posible la convivencia de la familia venezolana sólo pueden surgir de la absoluta negación del régimen presente. Ni la dictadura misma ha logrado fortalecerse, pese a todas sus maniobras y a lo favorable de la situación económica. Las únicas fuerzas internas que sirven de apoyo al Gobierno son la burocracia militar enriquecida y el capital financiero que lucra con la irresponsabilidad del régimen. La opinión pública, tanto interior como

internacional, le es completamente adversa. Ya se halla desasistido hasta del rebuscado pretexto de llamarse defensor de los intereses cristianos. Ayer pretendió erigirse en sustentáculo del orden de la Fe. Hoy está probando descaradamente que el sistema no es sino la expresión evidente del más calificado ateísmo práctico. Tienen, en verdad, un Dios a quien rinden homenaje los artífices del régimen. Es el gran Dios de los idólatras, pintado por Maritain como centro de fe de los negadores de la Divinidad. El Dios de "los poderosos arrellanados en sus asientos y de los ricos en su gloria terrena; el Dios del éxito carente de ley y del hecho erigido en ley".

El ataque uniforme e indiscriminado a todos los partidos está diciendo con claridad meridiana que el enemigo no es el urredismo, ni el comunismo, ni el acciondemocratismo, ni el socialcristianismo, sino todo el orden del civilismo y del nacionalismo que mueve la conciencia de la oposición. El dilema planteado hoy es el de la fuerza contra la ley; el del terror contra la justicia. Por donde la traición, la violencia y la impiedad han adquirido rango de valores heroicos. Un ilustre amigo venezolano escribe que hemos llegado al momento de "lo absoluto en el mal".

Pero Venezuela tiene que seguir su camino sobre las tumbas donde descansan las víctimas materiales del terror y sobre las tumbas donde se oculta el cadáver moral de los caídos al soplo diabólico de las fuerzas imperantes. Venezuela ha de ir adelante en busca de sí misma; en busca de la realidad de su gran fuerza de pueblo. La angustia que padece debe aprovecharla para el mejor encuentro de la vía. Como el acero, el pueblo se está purificando en la fragua del dolor y se está templando sobre el yunque de la reflexión. En esta hora terrible de su agonía con el satanismo, el pueblo, anheloso de libertad y de dignidad, ha de meditar que su camino para el buen éxito no es sólo la mera lucha subterránea frente a las autoridades que lo oprimen, menos aún el cultivo de un odio que sueña terribles castigos para los verdugos; su camino mejor es la lucha continua,

callada y heroica contra los antivalores que le niegan categoría. Más que exponer vida y libertad en la campaña positiva contra la dictadura, el pueblo ha de cubrir todos los flancos por donde le mina el enemigo. Más que el terror armado lo está aniquilando ese entregarse fácil a la disposición que embota y divierte el sentido de responsabilidad. El hipódromo, el club, el garito, el bar, la lotería, el circo, el cine, el estadio, el viático, el porcentaje, la comisión, hacen más daño a su libertad que los peores agentes de la Seguridad Nacional. Son el soborno alegre con que el terror gana sus más eficaces batallas. "Pan y circo" fue la consigna de los embrutecidos plebeyos romanos. Circo y pan es también la consigna de la nueva dictadura venezolana en su empeño de mantener encadenada la razón del pueblo. Pan y circo acondicionados a las jerarquías, a los gustos, a las apetencias de los diversos grupos sociales y de los diversos individuos que se pretende corromper. Ninguna palestra mejor para rendir al enemigo como el festín insano o el azaroso tapete donde se adquieren inconfesables compromisos. Jeremías llamaba a penitencia a los judíos para conjurar los riesgos de la invasión enemiga. Más allá del significado religioso del método, sobrenadaba el valor de terapia moral representada por la vigilia de los sentidos. Las grandes conspiraciones para derrocar tiranos no se han fraguado entre músicas festivas ni en medio de voluptuosas danzas. La reflexión de quienes quieran dirigir la victoria final de la democracia reclama cámara discreta y pasión sosegada con que el ejemplo luzca. Más que doctores que enseñen a entablillar canillas rotas en institutos sin decoro, necesítanse profesores que por medio del austero silencio enseñen a caminar dignos caminos.

La gran vigilia del pueblo impone, pues, sacrificios de orden moral y disciplina centrada que lo alejen de esa alegría postiza donde se diluye la voluntad de crear. La verdadera risa del pueblo debe reservarse para la hora próxima en que su tremenda luminosidad haga temblar a los traidores que lo oprimen.

## *CODA*

*No está de más insistir acerca de la finalidad más histórica que polémica de esta publicación. Llegado el aniversario del 30 de noviembre de 1952, era preciso dejar constancia del significado trascendental de la fecha en el orden de la República. Haciendo a un lado circunstancias personales, he mirado a la absoluta dimensión nacional de los hechos. Hasta donde me ha sido posible, he evitado nombres propios, sobre los cuales pudiera hacerse gravitar la responsabilidad directa de los hechos funestos provocados con motivo del desconocimiento por las autoridades del triunfo limpio y extraordinario del pueblo.*

*No ha sido jamás propósito mío destruir ni atacar personas. Cuando he enjuiciado hechos políticos he procurado únicamente abultar los efectos, los errores, las faltas de los sistemas. Nunca he buscado zaherir individualmente. No me he creído, tampoco, en el goce de virtudes olímpicas que me autorizaran para erigirme en juez inapelable de la conducta de mis compatriotas. Tengo buenos ojos para ver primero a los espejos donde se ponen de bulto mis defectos; por donde jamás he llegado a desconocer ni a ocultar mis errores políticos, distintos y distantes, sin embargo, de las calumnias con que mis enemigos, sin hacer examen de sí mismos, procuran difamarme.*

*En cambio, me creo asistido del derecho de hablar cuando otros que pudieran hacerlo mejor que yo no abren la boca, en razón de tenerla llena de pecaminosos manjares, y cuando para bien ganarme dicho derecho he sacrificado, en edad crecida, paz, salud y bienestar. Ni empujado por compromisos de partido ni animado de espíritu de figuración o de aventura, me expuse conscientemente al sacrificio que hoy representa para mí el destierro a que me somete un régimen sin posibilidades de regreso al orden de las garantías constitucionales.*

*Lejos de la Patria, cultivo para ella mis mejores pensamientos. Volviendo siempre la memoria hacia la consigna viviana de* sine querela*, que tomé como lema de mi* ex libris*, procuro derramar fría ceniza sobre la lumbre de las pasiones personales. Sin embargo, mal hacen quienes dan valorización de reclamo individual al horno de pasiones que arden al soplo de los intereses mayores de la Patria. Aquí sí resulta pecado grave arrojar ceniza apaciguadora. Para que ese horno se mantenga en tono digno, precisa atizar toda manera de fuego y urge arrojar en él toda especie de combustible. Justamente para que ese fuego creador no decaiga, es requerido el sacrificio de nuestras pasiones subalternas. Para que la Patria logre su dimensión de deber y de sacrificio, es de imperio que la llama de su altar consuma y purifique los resabios de egoísmo que herrumbran el metal de nuestra voluntad personal.*

*Inspirado por sólo el alto interés de Venezuela, he dado sueltas a la pluma. Lo que en torno a sus problemas he escrito no tendrá brillo ejemplar, pero sí calor donde resalta la pasión que me hace buscar para mi oscuro nombre de ciudadano sitio entre los nombres de los ciudadanos que han sacrificado en sus altares y no en la lista de quienes de sus altares tomaron para beneficio personal los mejores y los más ricos cabritos, ofrendados por el pueblo sufrido que sirve de soporte a la gula de los falsos dioses.*

*En esta actitud de sacrificio tiene algún precio el egoísmo. El mío se limita modestamente a que se me vea a la zaga de quienes aspiran más a impulsar a defender lo permanente de Venezuela que a gozar lo transitorio de un prestigio público. Más que yo han sufrido y están sufriendo quienes soportan cárceles horrendas o padecen atroces privaciones en playas extranjeras, pero siento, en cambio, tónica fruición al saberme en el lado del río donde esperan su barca estos atormentados compatriotas. La expectativa del viaje contrario me tendría en un hilo la conciencia.*

*Sirvan, pues, estas líneas finales de lima que absuelva toda idea de que odio personal alguno pudiera formar la madre del tintero donde mojo mi tosca pluma. Menos el interés de buscar méritos, que en nada me inquietan para llevar dignamente mi nueva vida de ciudadano al amparo de las leyes públicas y de la paz doméstica. Al odio que cultivan los opresores del pueblo, yo opongo sólo la sana pasión de libertad y de decoro que debe inspirar los actos de los hombres justos. Para que se mantenga el recuerdo de la pasión de libertad y de decoro que anima al pueblo de mi Patria, he compuesto, pues, estas líneas.*

Madrid, 12 de noviembre de 1953.

## VENEZUELA SIN LUZ
## (A propósito del carácter fraudulento de las instituciones políticas venezolanas)

CUANDO EL PÚBLICO político de América comenzaba a leer en diciembre último mi ensayo "Sentido y vigencia del 30 de noviembre", el joven dictador de Venezuela se encargaba de formular con sus propios labios la prueba más elocuente y audaz de las conclusiones que en aquel trabajo yo procuré probar. En somero examen de la realidad electoral venezolana quise mostrar en dicho ensayo lo burdo de la farsa montada ante el mundo por quienes, después de haber llamado al pueblo a elecciones, desconocieron de la manera más brutal el resultado de los escrutinios y asumieron por sí y ante sí el ejercicio del poder público.

Frente a la necesidad de entregar legalmente los instrumentos de la autoridad a la mayoría democrática favorecida por los votos del pueblo venezolano, Marcos Pérez Jiménez, haciéndose voz de intereses sórdidos que han venido trabajando contra la libertad y la dignidad del pueblo, desconoció el resultado de las elecciones y ordenó una revisión fraudulenta que variase *a posteriori* el resultado del recuento electoral. Mientras se realizaba la farsa adulterante, el 2 de diciembre se declaró él mismo en ejercicio de la primera magistratura de la República. Al mes siguiente, una Asamblea espúrea *ratificaba*, así, con la desvergüenza del verbo, lo hecho por el círculo militar que en diciembre había revestido de omnímodos poderes al nuevo dictador.

Sin embargo, empujado por esas fuerzas invisibles que en la Historia se presentan con frecuencia en función de vindicta que obliga a los culpables a acusarse a sí mismos, Marcos Pérez Jiménez, en el discurso pronunciado el 2 de diciembre de 1953, ante militares y paisanos que festejaban la dictadura, declaró que aquel día se remataba "un año de (su) ascensión a la presidencia de la República por decisión de las Fuerzas Armadas".

Con tan enfático decir, Pérez Jiménez demostró una vez más su menosprecio por la voluntad popular y dijo ante propios y extraños cómo el origen de su poder radica exclusivamente en un acto violento de las Fuerzas Armadas.

Muchos, seguramente, habrán leído esta pieza singular, a cuyo contenido habré de volver en el curso de estas líneas, sin caer en la cuenta de que en ella el dictador ha fijado lo que pudiera llamarse la teoría de su autoridad gubernamental.

Cuatro siglos de vida histórica lleva Venezuela. Hasta 1810 las autoridades se sucedieron en virtud de real disposición de los soberanos españoles, a quienes, de acuerdo con las teorías de la época y apoyados en el argumento contrincado de filósofos y de teólogos, correspondía, por el descubrimiento de Colón, el ejercicio del poder. No a humos de mera fuerza enseñoreaban en nuestras latitudes los fieros guerreros hispánicos. Necesario fue que la voluntad de dominio de la Corona estuviese respaldada por la fuerza de principios colocados más allá de la simple zona de los hechos. Vitoria mismo hubo de hilar finas sentencias en orden a configurar el derecho que los españoles tenían para recorrer nuestras provincias y para permanecer allá. Demás de eso, la realeza y el imperio eran viejas instituciones con raíces enredadas en textos sagrados; y filósofos, desde el viejo Aristóteles, se habían encargado de dar lineamiento a las instituciones del poder público, en pos de fórmulas

que las separasen de la hora en que los más fuertes se imponían en la horda salvaje. El mismo Padre Vitoria, citado en todos los problemas atinentes a la legitimidad del dominio español en las Indias, había escrito lo siguiente en su relección *De potestad civil*:

> Habiendo por derecho natural y divino un poder de gobernar la república, como quitado el derecho positivo y humano, no haya razón especial para que aquel poder esté más en uno que en otro, es menester que la misma sociedad se baste a sí misma y tenga poder de gobernarse. Si antes de que se convengan los hombres en formar una ciudad, ninguno es superior a los demás, no hay ninguna razón para que en el mismo acto o convenio civil alguien quiera constituirse en autoridad sobre los otros, máxime teniendo en cuenta que cualquier hombre tiene derecho natural de defenderse, y nada más natural que rechazar la fuerza por la fuerza.

Esta concepción democrática vitoriana anunciaba en el propio siglo XVI, con claras y legítimas luces cristianas, la legitimidad del derecho autodeterminativo de los pueblos; y aún más, avanzaba el extraordinario teólogo de Salamanca a configurar el natural derecho de rebeldía de los pueblos oprimidos.

Sobre la base, pues, del derecho de autoridad que radicaba en el viejo poder real y en las propias concesiones que el Pontífice, como Pastor universal, tenía hechas a los reyes españoles para la evangelización de los aborígenes de América, descansó el aparataje del viejo poder prerrepublicano que pesó sobre la sociedad venezolana. La revolución de las colonias americanas del Norte y la inmediata ocurrida en Francia a fines del siglo XVIII regaron en el mundo ideas de libertad y de igualdad que chocaban con el secular prestigio de los reyes y de las clases oligárquicas. De la misma España, cuyas instituciones absolutistas no estaban bien defendidas

de los aires renovadores venidos de allende los Pirineos, partieron hacia América voces cargadas de sentido revolucionario, que se juntaron con los ánimos exaltados de los indianos, deseosos de crecer en dignidad social.

Hasta una Comisión de Investigadores se ocupa hoy en el continente americano, y justamente en Caracas, en acumular todas las causas, cercanas y remotas, que produjeron la explosión rebelde de 1810. Aun espíritus españoles, genuinamente saturados de lo que representa como exponente de rebeldía y de dignidad la propia historia de España, buscan sumar al brasero que produjo aquel incendio buena leña talada en el bosque de las viejas libertades castellanas. La historia toda del institucionalismo americano ha girado en torno al esfuerzo que realizan hombres empeñados en dar expansión en el área de los derechos a los principios y a las consignas que alimentaron la mente de los grandes patricios de la independencia republicana.

Así hayan ocurrido eclipses en el ejercicio de la libertad y haya sido así negada por medio de prácticas funestas la realidad fecunda de la República, todos, aun los propios enemigos del principismo, han tenido buen cuidado de mantener en el frontón de los capitolios republicanos los signos que indican el carácter popular y democrático de la República.

Cuando los rudos caudillos, empujados por ansias orgánicas de poder, fueron a los campos de batalla para conquistarse cuerpo a cuerpo el privilegio de gobernar la República, ocurrieron de inmediato a la convocatoria de la población civil, para que esta ratificase por medio del instrumento del voto lo que la población armada había decidido en lucha cruenta. Mirando los hechos con ojos realistas, podría hasta llegar a decirse que los fieros soldados cumplían en campo abierto una función brutal de selección de po-

deres. Eran expresión del pueblo valiente, pujante y lleno de bárbara frescura, que seguía a los caudillos rurales en la lucha armada, en un nivel en realidad de muy inferior calidad, pero siempre en grado voluntario y sincero, que lo pareaba al pueblo que, inerme y sólo con la reflexión y la voluntad, acompaña a los dirigentes civiles en las grandes luchas libradas en el terreno del sufragio. Los viejos caudillos, aun aquellos que llegaron entre nosotros a convertirse en déspotas soberbios, como Guzmán Blanco, Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, hablaron desde el pináculo del poder diciéndose respaldados por la voluntad del pueblo y se exhibieron ante las naciones civilizadas del mundo como mantenidos en el mando por la voluntad de cuerpos deliberantes, así fuese amañada la estructura de estos mismos.

En mi ensayo citado, hago referencia a la crisis de 1945. El pueblo, en realidad, quería elegir directamente al primer magistrado de la República. A Medina Angarita faltó buen oído cuando escuchó consejos que indicaban la conveniencia de retardar por un período más la consulta popular. La colectividad nacional veía mientras tanto con atención lo que ocurría en los altos círculos de la política; y esa misma colectividad, que supo ver en Medina Angarita al presidente que más se acercaba a los valores populares, terminó por mirar con simpatía el golpe militar que se dijo fraguado para dar al pueblo el legítimo derecho de intervenir en la elección directa de sus gobernantes.

En realidad, maltrecha, con las vestes rotas, caminando coja y con mirada tuerta, la República ha venido siendo el ideal irrevocable de nuestro pueblo. Todos los valores de igualdad, de libertad, de seguridad que forman el meollo conceptual de su figura, han servido a los venezolanos, tanto como a los demás pueblos de América, de nube reconfortable que ha guiado sus pasos a través del largo siglo de conflictos entre la legitimidad y la usurpación.

Hoy, en cambio, en Venezuela se ha abierto un nuevo capítulo en lo que dice a la teoría y a la técnica del poder. Paladinamente, como quien confiesa un dogma teológico, Marcos Pérez Jiménez se ha dirigido al pueblo para declararlo en la oportunidad de conmemorar su presencia absoluta en la primera magistratura nacional "por decisión de las Fuerzas Armadas", ya no apoyadas en gesto heroico alguno, sino en el nuevo privilegio de disponer de los instrumentos de la violencia con que anulan la voluntad del pueblo. Ningún paliativo verbal, ninguna palabra que pudiera tomarse como homenaje indirecto al cuerpo espúreo que dio apariencia de legalidad a su autoridad. Nada de eso. Sólo la declaración seca de que él es Presidente de la República porque así lo acordaron las Fuerzas Armadas. Lo demás ya nada importa. El institucionalismo queda a un lado, como mera fórmula para que los jurisconsultos al servicio del régimen enhebren sofísticos discursos donde se proclame sarcásticamente como dogma de fe de la verdadera república la necesidad de la justicia que haga prosperar la paz y la convivencia. A los ejercitantes del mando sólo interesa el mando por sí mismo. A ellos sólo preocupa el mantenimiento de un aparataje de terror donde la discusión no levante voz y donde quienes piensen con libertad se muerdan la lengua y la conciencia. Mientras tanto, los intelectuales que ribetean de falsos adornos de cultura universitaria la feria concupiscente de los aprovechadores, se encargan de cumplir la fácil tarea de engañar la opinión de los menores de edad, y la cómplice misión de decir a los otros pueblos que en Venezuela hay empeño por mantener un orden donde tengan seguro los ideales cristianos.

Los nuevos profesores de Derecho Constitucional no podrán exponer a sus alumnos, sin riesgo de infidencia al régimen, las viejas teorías del derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos. Todo lo que el pensamiento político-filosófico ganó durante los

siglos XVII, XVIII y XIX es materia obsoleta en la pedagogía del nuevo institucionalismo venezolano. Para explicar el poder ni siquiera se invocará la vieja gracia de los caudillos que acumulaban la fuerza primitiva de los pueblos. No se dirá, como se dijo para justificar el extraordinario poder de Julio César, que el talento, la audacia y el prestigio personal puestos al servicio de la república romana terminaron por convertir a aquel en figura de singulares y peligrosas dimensiones. Tampoco se invocará como estribo de fuerza el ímpetu de conquistas que llevaron, como en el caso de Alejandro el Macedonio, a trasladar de Atenas a Alejandría el eje de la cultura del mundo. Menos habrá necesidad de estudiar la fuerza extraordinaria que convirtiendo a Bonaparte en freno de la propia revolución, metió en sus moldes burgueses la política de Francia y liberalizó, en cambio, la conciencia oprimida de Europa. Los antecedentes del nuevo sistema venezolano no estarían tampoco en Mussolini ni en Hitler. Estos comenzaron su carrera pública al frente de masas que defendían una manera de obrar política. Los antecedentes del sistema venezolano habría que buscarlos en las guardias pretorianas que jugaban con la suerte de Roma a la muerte de los emperadores.

Decir que se ejerce la primera magistratura de una nación, hasta hoy llamada república representativa y democrática, en razón de que "así lo dispusieron las Fuerzas Armadas", es asentar una tesis nueva como fundamento de la autoridad. Hasta ayer se enseñaba que era el pueblo quien depositaba en sus gobernantes la autoridad de dirigirlo. Sobre dicha declaración estuvo organizada la estructura de la democracia. En cambio, en Venezuela, con el mayor descaro y con una audacia digna de otras causas, se ha dicho que la primera magistratura es materia reservada al organismo que en verdadera práctica republicana se tuvo como cuerpo no deliberante y cuya voz en el orden institucional es, según palabras de Bolívar, anuncio de desgracias cívicas.

Sin embargo, a todo lo ancho de América se hace propaganda entusiasta a favor de que en Caracas se reúna la próxima conferencia de los países americanos, encargada de fijar pautas jurídicas para la defensa del "mundo libre". A más de todas las reservas que puedan derivarse de la propia estructura de las conferencias, de los intereses que tras ellas se mueven, de la imposibilidad de equilibrar fuerzas supeditadas a los intereses de una potencia mayor, ya bastaría para decir hasta dónde pueden llegar las conclusiones de dicha asamblea el hecho de que su presidencia recaiga en un gobernante que, negando la tradición democrática de los pueblos del Nuevo Mundo, dice que su poder es expresión de la voluntad de las Fuerzas Armadas y no expresión de la voluntad del pueblo. Ni siquiera invoca que su autoridad sea producto de un equilibrio transitorio en medio de un desbordamiento de partidos, por jamás, tampoco, testimonio de una fuerza impuesta en la conciencia del pueblo a través de una lucha dirigida por ideales colocados más allá de los intereses personales de los grupos políticos.

Tan sin ideales, tan sin fuerzas que motoricen la conciencia del pueblo se halla la política hoy vigente en Venezuela, que el propio Pérez Jiménez ha tenido que recurrir a la frase sin sentido de un "ideal de bien nacional" como razón de su sistema. En su citado discurso define este famoso "bien nacional" como ordenamiento cuya finalidad práctica es hacer caminos, levantar edificios, engordar a la población y mantener un sistema de seguridad a costa de las libertades públicas. Para quienes están en el secreto de lo que representa el actual régimen de enriquecimiento de los hombres públicos; a quienes conocemos la voraz impudicia con que se entregan al extranjero los recursos fundamentales del país; a quienes sabemos cómo se distribuyen las gabelas, los beneficios y los porcentajes; a quienes conocemos cómo se premia la incapacidad puesta al servicio del servilismo, suena a baja comedia toda

esta farsa de palabras con que se pretende dar marco de altura a un sistema que representa el máximo ultraje a la República.

Sin embargo, este sistema tiene sus apoyaturas en la lógica. En un país donde diariamente enflaquece la salud moral de los hombres que forman su clase dirigente y donde diariamente se apaga la luz del decoro que ayer protestó contra la injusticia, es natural y cuerdo que se promueva el engorde físico de la población. Las autoridades necesitan obreros que trabajen para otros, y estos obreros deben estar bien cebados; las autoridades necesitan soldados que las sirvan para amedrentar al pueblo, y estos soldados deben estar bien musculados; la administración necesita peones que hagan caminos y levanten edificios que simulen el nuevo progreso, y estos peones deben estar sanos y bien alimentados. A la finalidad espiritual de levantar la conciencia, la técnica del "bien nacional" opone el régimen del ladrillo y del cemento y el régimen del enriquecimiento ilícito que transforma en potentados a los encargados de vejar a la República. Para que Venezuela sea, según palabras del propio Pérez Jiménez, una nación digna, próspera y fuerte, él habrá de impedir que se formen partidos políticos[1]. Al único que actúa, lo ha venido minando por medio de organizaciones clandestinas y paralelas, que en nombre del socialcristianismo publican fraudulentas adhesiones a un régimen que es la mayor negación de los ideales cristianos[2]. Bien está, pues, que en medio de tamaña

1. Reportaje a *Visión*, Nueva York, 11 de diciembre de 1953.
2. Los propagandistas del actual régimen venezolano han dejado correr maliciosamente la voz de que en los círculos de la Secretaría de Estado del Vaticano es censurada la actitud del doctor Rafael Caldera y del Partido Socialcristiano, dizque por no apoyar al gobierno perezjimenista, ya que este tiene la audacia de llamarse defensor del orden cristiano. Con tan infame falacia, los agentes del sistema venezolano pretenden ganar la simpatía de los gobiernos y de las colectividades políticas que propugnan tesis anticomunistas. Con esta táctica creen evitar el justo examen de la realidad venezolana, y consiguientemente evadir el juicio

obscuridad, mientras los hombres que aún sienten la angustia de la Patria se retuercen en sí mismos para vivir vida torturada de conciencia, el sistema político haga alardes de una prosperidad material que permite el soborno, no sólo de ciudadanos de poco tamaño, sino de intelectuales extranjeros de fácil mercado. La técnica del engorde físico a costa de la flaqueza del espíritu es, pues, la norma de los actuales asaltantes del poder venezolano.

Quizá, de ser lógica la presente política entreguista y de resistir un examen de provecho la conciencia encementada de los hombres del gobierno, mejores frutos se lograrían en orden al bienestar propugnado por Pérez Jiménez, si se contratase la administración pública con una o varias firmas extranjeras. Habría posiblemente más rendimiento en las obras públicas y mayor responsabilidad en las edificaciones. Seguramente disminuirían, también, los porcentajes que enriquecen a los favoritos del gobierno y habría mejores caminos y mejores parques donde pudieran pasear los hombres gordos del nuevo sistema venezolano[3].

---

adverso que se deriva de una correcta apreciativa de hechos por completo distanciados de la más elemental posición socialcristiana. No basta, para ganar respeto y consideración en el mundo cristiano, decirse pura y simplemente anticomunista. Se necesita poner en evidencia hechos que testimonien una actitud de equidad, de respeto, de libertad, de convivencia, de paz, de igualdad, de dignidad, acordes con una justa valuación de la persona humana. No puede hablarse de reino cristiano allí donde la curul magistraticia la comparten Pilatos y Herodes.

3. En vano intento de cohonestar opinión que disimule las razones opuestas por algunos países de América para la celebración en Caracas de la próxima X Conferencia Panamericana, el Ministro de Relaciones Interiores del régimen hizo público un propósito de libertad de presos y de amnistía general, que sólo ha servido para poner en mayor resalto la farsa donde se asienta el sistema venezolano. Ningún cónsul ha recibido instrucciones de visar pasaportes, y las mismas condiciones señaladas por el Ministro son un vejamen a la dignidad de los desterrados. De las cárceles, donde se hallan secuestrados miles de ciudadanos, sólo han salido, y eso para ser expulsados, escasas decenas de detenidos, de ellos la mayor parte militares requeridos por sus propios compañeros, algunos de los cuales, según se dice, han sido apresados de nuevo.

A esa Venezuela sin luz, donde hoy, en cambio, se exhiben los últimos adelantos de la técnica y las más arbitrarias innovaciones de los bulevares de París y Nueva York, habrán de concurrir en breve los delegados de América para discutir, en medio de suculentas cuchipandas, los medios de defender la libertad y la democracia en el Nuevo Mundo. Lo mismo que reunir una Academia de Ciencias Morales en un barrio de gánsteres.

En la capital de la República que mayores sacrificios hizo por la independencia del nuevo continente, apenas queda una sola libertad pública que no haya sido violada por los hombres que dirigen los destinos del país. En la avenida de El Paraíso, y sobre altiva columna, se mantiene aún, como símbolo doloroso de la República, la Libertad que fraguó en bronce el pensamiento creador de Eloy Palacios[4]. Desnuda y pura, aquella mujer que simboliza la Venezuela libre, aguarda su hora para bajar a ras de tierra. A pesar de la concupiscente sociedad de que se ha visto rodeada, a la estatua no ha llegado aún ninguna mano de oro o plata que ultraje la dignidad de su pudor. Es la única libertad escapada de la furia corruptora de los tiranos. Es el único valor libre que dura en medio de la funesta destrucción que hoy reina en el orden espiritual venezolano. Lo demás es la farsa impúdica de un "bien nacional" donde no existe ni bondad ni nación.

Todo en la Patria infeliz es tragedia de llanto, tragedia de dolor, tragedia de silencio, tragedia de mentira. En medio del imperio absoluto del mal que hoy reina en Venezuela, lo único cierto es

---

4. No falta desenfado para hacer el elogio de la libertad periodística que hoy reina en el país. Pérez Jiménez ha declarado en su citado reportaje a *Visión*, que se siente "orgulloso como venezolano de que el país cuente con una prensa digna de respeto por su responsabilidad". Esto no empece para que agentes de la Seguridad, disfrazados de "desconocidos", hayan secuestrado y apaleado a periodistas de la categoría de José González y Julio Ramos.

que no existe la República. Marcos Pérez Jiménez ha tenido el impudor, por no decir el carácter, de confesarlo ante el pueblo de Venezuela y ante las demás naciones de América. La historia nacional y la arqueología jurídica americana tendrán que agradecerle la sinceridad con que ha manifestado que no es Presidente por voto del pueblo, sino por imposición de las Fuerzas Armadas. Con sus palabras desmedidas confirmó el fraude funesto eregido contra la realidad de un escrutinio que repudió absolutamente a los tiranos de Venezuela. Sus palabras son como fino escolio a la tesis de mi ensayo sobre el 30 de noviembre. Con sus impremeditadas frases ha justificado también, una vez más, la actitud de los países americanos negados a asistir a una reunión internacional que tiene por sede la capital, ensangrentada por el asesinato político, de un país que mantiene en las cárceles a millares de ciudadanos contra quienes no cursa el más leve denuncio de delito y que obliga a vivir en destierro a millares de ciudadanos empeñados en salvar la dignidad de las instituciones cívicas[5].

Madrid, 24 de enero de 1954.

5. Como haciendo cuenta de que la nación careciera de sensibilidad y de memoria, Marcos Pérez Jiménez en su reciente saludo de año nuevo ha llegado al extremo de asentar impúdicamente ante los más altos representantes de las distintas jerarquías venezolanas, que en 1953 "la zozobra no había acechado a las puertas de los hogares ni la intranquilidad había coartado las iniciativas de los ciudadanos". No temió que salieran a espantarle la sombra de los venezolanos asesinados por las autoridades, ni que interrumpieran su sueño orgiástico los lamentos de quienes han visto destrozados hogares, libertad y sosiego. Confió, en cambio, en la complicidad silenciosa de los graves oyentes que llenaban los salones del Palacio de Miraflores; confió, también, en que los jerarcas de la plutocracia venezolana, hijos putativos del petróleo, del hierro, del porcentaje, del soborno, del peculado, del monopolio, de la comisión, del cupo, al escuchar por la radio, en sus cómodas mansiones, las palabras entusiastas y mendaces, reirían agradecidos del aparato policíaco que les asegura el goce de su comodidad a costa de las desgracias de la República.

## *PUNTO Y APARTE*

*Hoy comienza para Venezuela un nuevo capítulo de su dolorosa vida pública. A cinco años de distancia, el pueblo ha cobrado al dictador ensoberbecido el crimen de lesa soberanía cometido el 2 de diciembre de 1952. Para legitimar su ambición y desconocer los derechos del pueblo, Marcos Pérez Jiménez invocó el querer de las Fuerzas Armadas; hoy, el grupo responsable de estas Fuerzas ha escuchado las voces del pueblo, empeñado en echar fuera al déspota y a sus cómplices. Se han cambiado los términos de la ecuación del poder y el gobierno provisional comienza su gestión sobre supuestos ajustados a la lógica de los pueblos libres. Se han restablecido las libertades públicas y en breve las instituciones cambiarán el origen forzado por la violencia, por el título mejor que otorgan los votos pacíficos de las urnas electorales. Venezuela ya no es la Venezuela sin luz de la dictadura perezjimenista, sino la Venezuela alegre, que el 5 de julio de 1811 cantó con bríos juveniles el* Gloria al bravo pueblo. *Sobre la agresividad divisionista de ayer se alza hoy una estupenda conciencia de unidad, dispuesta a poner de lado lo privativo y transitorio de las luchas partidistas, para servir integralmente los permanentes intereses del hombre venezolano. Mirando hacia el doloroso y cercano ayer, los hombres responsables de la política han comprendido la necesidad de buscar algo más que la inmediata concupiscencia del poder. Dejaron el instante fascinador, para mirar hacia futuras posibilidades enraizadas en la provechosa reflexión del pasado, por donde los partidos reaparecen portando todos las mismas frescas y fecundas consignas de tregua, de concordia y de unidad.*

Génova, 23 de enero de 1958.

*Laus Deo*

# ÍNDICE

Este volumen de la Fundación Biblioteca Ayacucho,
se terminó de imprimir el mes de diciembre de 2008,
en los talleres de Fundación Imprenta Cultural, Guarenas, Venezuela.
En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva
de la familia tipográfica Times, en cuerpos 8, 9, 10, 11 y 12 puntos.
La edición consta de 3.000 ejemplares.

**ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS**

Luis Beltrán Prieto Figueroa
*El magisterio americano de Bolívar* (vol. 31)

Darcy Ribeiro
*La universidad nueva: un proyecto* (vol. 32)

José Carlos Mariátegui
*Literatura y estética* (vol. 33)

Roberto Fernández Retamar
*Con las mismas manos. Ensayo y poesía* (vol. 34)

Portada: Detalle de *Batalla de Carabobo* (1888)
de Martín Tovar y Tovar (Venezuela, 1827-1902).
Óleo sobre tela, técnica marouflage.
Salón Elíptico del Palacio Federal Legislativo.
Asamblea Nacional de la República Bolivariana de Venezuela.
Caracas, Venezuela.

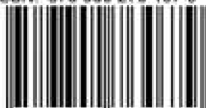


República Bolivariana de Venezuela
Fundación

Biblioteca Ayacucho

Colección Claves de América

Mario Briceño Iragorry (1897-1958) es uno de los escritores del siglo XX venezolano de pensamiento profundo y civilista. Historiador, ensayista y novelista, su obra se encuentra entrelazada por el desarrollo de conceptos como Historia, Nación, Patria, Tradición e Identidad, que penetraron en la conciencia colectiva y develaron lo que Briceño Iragorry denominó “crisis de pueblo”. Este volumen *Ideario político* contiene ocho ensayos escritos durante su exilio en España en 1953; en ellos analiza y describe la realidad política y social de ese período de Venezuela, así como también la actitud económica, política y cultural asumida por Estados Unidos ante las naciones latinoamericanas.


ISBN: 978-980-276-467-9

